LOS DIOSES TIENEN SED
ANATOLE FRANCE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Los dioses tienen sed

Edición de José Mayoralas
Traducción de José Mayoralas

Librodot

CAPÍTULO PRIMERO

EVARISTE Gamelin, pintor, discípulo de David, miembro de la sección del Pont-Neuf, antes sección de Enrique IV, habíase encaminado, muy de mañana, hacia la antigua iglesia de los barnabitas, que servía de sede desde hacía tres años, desde el 21 de mayo de 1790, a la asamblea general de la Sección. Alzábase esta iglesia por encima de una plaza estrecha y sombría y daba junto a la verja de la Audiencia. Su fachada de estilo clásico estaba adornada por ménsulas y ornamentos que el paso del tiempo y la desconsideración humana habían ido deteriorando. Los emblemas religiosos habían sido mutilados y se había escrito, con letras negras, por encima de la puerta, la divisa republicana: «Libertad, Igualdad, Fraternidad o la Muerte.» Evaristе Gamelin penetró en la nave: las bóvedas, que antaño habían oído resonar las voces de los clérigos de la congregación de San Pablo cantar ataviados con roquete los oficios divinos, presenciaban ahora las asambleas que celebraban los patriotas, con gorro frigio, reunidos para elegir a los representantes municipales y deliberar acerca de los asuntos de la Sección. Los santos habían sido retirados de sus nichos y reemplazados por los bustos de Bruto, de Jean-Jacques Rousseau y de Le Peltier. Una mesa con los Derechos del Hombre tenía preferencia encima de aquel altar desmantelado.

En aquella nave tenían lugar, dos veces por semana, y desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche, las asambleas públicas. El púlpito, engalanado con los colores de la bandera nacional, servía de tribuna para los oradores. Un tosco tablado de madera, situado junto y frente a la Epístola, acogía a un gran número de mujeres y de niños que asistían en masa a aquellas reuniones. Aquella mañana, delante de una mesa de despacho, al pie del púlpito, se encontraba, con gorro frigio y carmañola, el carpintero de la plaza de Thionville, el ciudadano Dupont el viejo, uno de los doce del Comité de vigilancia. Encima de la mesa había una botella y unos vasos, un estuche con lápices y un cuaderno que contenía el texto de una petición que invitaba a la Convención a expulsar de su seno a los veintidós miembros indignos.

Evaristе Gamelin cogió la pluma y firmó:

-Ya sabía yo -dijo el magistrado artesano- que vendrías para dar tu nombre, ciudadano Gamelin. Tú eres puro. Pero la Sección no está por la labor; le falta virtud. He propuesto al Comité de vigilancia que no se otorgue ningún certificado de civismo a todo aquel que no firme la petición.

-Estoy dispuesto a firmar con mi sangre -dijo Gamelin- la proscripción de los federalistas traidores. Ellos han querido la muerte de Marat: ¡que perezcan!

-Lo que nos pierde -replicó Dupont el viejo- es el indiferantismo. En una sección, que contiene novecientos ciudadanos con derecho al voto, no hay cincuenta que vengan a la asamblea. Ayer estábamos veintiocho.

-¡Pues bien! -dijo Gamelin-, hay que obligar, amenazándolos con multarles, si es preciso, a que vengan.

-¡Eh! ¡Eh! -dijo el carpintero frunciendo el ceño-, si viniesen todos, los patriotas estaríamos en minoría...

Ciudadano Gamelin, ¿quieres beber un vaso de vino a la salud de los buenos *sans-culottes*?...

En la pared de la nave de la iglesia, del lado del Evangelio, se leían estas palabras que iban acompañadas por una mano negra cuyo índice indicaba el pasadizo que conducía al claustro: *Comité civil, Comité de vigilancia, Comité de beneficencia.* Unos pasos más adelante se iba a dar a la puerta de la ex sacristía, que ahora llevaba esta inscripción: Comité militar. Gamelin la empujó y encontró al secretario del Comité escribiendo delante de una gran mesa atestada de libros, de papeles, de lingotes de acero, de cartuchos y de muestras de salitre.

Comment [Librodot1]:

Existió en Francia, efectivamente, un pintor que se apellidó Gamelin, pero que se llamaba Jacques (1738-1803). Conoció al pintor David en Roma y vivió toda su vida en el sur de Francia, su tierra natal. Su carrera nada tuvo que ver con la de nuestro protagonista.

Comment [Librodot2]:

Las secciones parisinas, creadas en 1790. Pertenecía a ellas cualquier ciudadano mayor de veinticinco años que hubiese pagado una contribución equivalente a tres jornadas de trabajo. Su ultrajacobinismo hizo que fuesen suprimidas en 1795. El cambio de nombre (en Pont-Neuf) quería suprimir toda reminiscencia monárquica...

Comment [Librodot3]:

El pantalón corto (o *culotte) fue* considerado como un símbolo aristocrático; de ahí que los revolucionarios adoptaran el pantalón largo a rayas que utilizaban exclusivamente los marineros. Razón por la cual se les llegó a llamar los *sana-culottes.*

Comment [Librodot4]:

El salitre o nitrato de potasio se forma, bajo fermentación, en las paredes de los sótanos... La Convención lo recogía para fabricar pólvora.

Salud, ciudadano Trubert. ¿Cómo estás?

¿Yo?... de maravilla.

El secretario del Comité militar, Fortuné Trubert, daba permanentemente esta misma respuesta a todos aquellos que se interesaban por su salud, no tanto para informarles acerca de su estado, sino mejor para cortar toda conversación sobre el tema. Tenía, a sus veintiocho años, la piel áspera, poco pelo, los pómulos rojos, la espalda encorvada. Tenía una óptica en el muelle de los Orfévres, y había sido propietario de una casa muy antigua que había cedido en el 91 a un viejo empleado con el fin de dedicarse a sus funciones municipales. Una madre encantadora, muerta a los veinte años y cuyo recuerdo conservaban algunos viejos del barrio, le había dado esos hermosos ojos tiernos y apasionados, su palidez, su timidez. De su padre, ingeniero óptico, proveedor del rey, que murió de la misma enfermedad antes de haber alcanzado la treintena, le venía su sentido de la justicia y su aplicación. Sin pararse de escribir:

-Y tú, ciudadano, ¿cómo estás?

-Bien. ¿Qué hay de nuevo?

-Nada, nada. Ya ves: todo muy tranquilo por aquí. -¿Y la situación?

-La situación sigue siendo la misma.

La situación era espantosa. El mejor ejército de la República cercado en Mayence; Valenciennes asediada; Fontanay tomado por los vendeanos; Lyon rebelado; las Cévennes sublevadas, la frontera abierta a los españoles; los dos tercios de las provincias invadidos o agitados; París bajo los cañones austriacos, sin dinero, sin pan.

Fortuné Trubert escribía tranquilamente. Por decreto de la Comuna se les había encargado a las secciones llevar a cabo la movilización de doce mil hombres para la Vendée, éste redactaba las instrucciones que tenían como misión el reclutamiento y el aprovisionamiento del contingente que el «Pont-Neuf», antes «Henri IV», debía proporcionar. Todos los fusiles de munición tenían que ser entregados a los que los requiriesen. La guardia nacional de la sección sería armada con fusiles de caza y con picas.

-Te traigo -dijo Gamelin- la relación de las campanas que deben ser enviadas al Luxemburgo para ser convertidas en cañones.

Evariste Gamelin, aunque no tenía ni blanca, figuraba entre los miembros activos de la sección: la ley no concedía esta prerrogativa más que a los ciudadanos que eran lo suficientemente ricos como para pagar una contribución por valor de tres jornadas de trabajo; igualmente exigía diez jornadas para que un elector fuese elegible. Pero la sección del Pont-Neuf, celosa por mantener la igualdad y preservar su autonomía, consideraba elector y elegible a todo aquel ciudadano que había pagado por su cuenta el uniforme de guardia nacional. Tal era el caso de Gamelin, que era ciudadano activo de su sección y miembro del Comité militar.

Y Fortuné Trubert añadió:

-Ciudadano Gamelin, vete a la Convención para pedir que se nos envíen instrucciones con el fin de excavar el suelo de los sótanos, limpiar la tierra y los morrillos y recoger el salitre. No basta con tener cañones, se necesita también la pólvora.

Comment [Librodot5]:

En la Convención, elegida el 21 de septiembre de 1792, coexistían dos fracciones muy distintas y a menudo enfrentadas: los *Girondins* (llamados también *Brissotins),* partidarios de la Revolución, pero dentro de la legalidad, y los *Montagnards,* más centralistas y autoritarios, y que estaban apoyados por el grupo de los «patriotas» parisinos.

Un jorobadito, con una pluma de escribir en la oreja y unos papeles en la mano, entró en la ex sacristía..., era el ciudadano Beauvisage, del Comité de vigilancia:

Ciudadanos -dijo-, recibimos malas noticias: Custine ha evacuado Landeau.

-¡Custine es un traidor! -exclamó Gamelin.

Será guillotinado -dijo Beauvisage.

Trubert, con voz algo jadeante, murmuró con su calma habitual:

La Convención no ha creado un Comité de salvación pública para nada. El comportamiento de Custine se examinará. Incapaz o traidor, será reemplazado por un general dispuesto a vencer *et fa ira!*

Hojeó unos cuantos papeles y deslizó la mirada de sus ojos cansados:

-Para que nuestros soldados cumplan con su deber sin trastornos ni desfallecimiento, es

preciso que sepan que la suerte de aquellos que han dejado en casa está asegurada. Si tú, Gamelin, eres de este parecer, pedirás conmigo, en la próxima asamblea, que el Comité de beneficencia se ponga de acuerdo con el Comité militar para socorrer a las familias indigentes que tienen un familiar en el ejército.

Y sonrió tarareando el

-Ça *ira! Ça ira!...*

Trabajando doce y catorce horas al día, delante de su mesa de madera blanca, por la defensa de la patria en peligro, este humilde secretario de un comité de sección no tenía en absoluto conciencia de la enorme desproporción que reinaba entre su monstruosa labor y la escasez de sus medios; hasta tal punto se sentía unido en ese común esfuerzo patriótico, hasta tal punto formaba un solo cuerpo con la nación, hasta tal punto su vida se confundía con la vida de un gran pueblo. El era de aquellos que, entusiastas y pacientes, después de cada fracaso, preparaba el triunfo imposible pero seguro. Razón por la cual necesitaban vencer. Esos hombres de nada, que habían aniquilado a la monarquía, puesto patas arriba el viejo mundo, ese Trubert, insignificante ingeniero de óptica, ese Evariste Gamelin, pintor oscuro, no esperaban ninguna clemencia de sus enemigos. No tenían más opción que la victoria o la muerte. De ahí su ardor y su serenidad.

CAPÍTULO II

DESPUÉS de haber abandonado la antigua iglesia de los barnabitas, Evariste Gamelin se dirigió hacia la place Dauphine, ahora llamada plaza de Thionville como recuerdo de una ciudad inexpugnable.

Comment [Librodot6]:

La antigua, y actual, *Place Dauphine* fue «desmonarquizada» durante la Revolución, «rebautizándola» con el nombre de *Place de Thionville* en memoria de la resistencia de esta ciudad (de la región de la :Melle) a la embestida infructuosa de las tropas prusianas en 1792. Desde 1814 volvió a llamarse *Place Dauphine.*

Ubicada en el barrio más concurrido de París, esta plaza había perdido desde hacía casi un siglo su antigua fisonomía: las mansiones a tres caras, en los tiempos de Enrique IV, de ladrillo rojo uniforme encuadrado en hileras de piedra blanca, para uso de magistrados exuberantes, habían cambiado ahora sus dignísimos tejados de pizarra por dos o tres pisos de yeso, o incluso habían sido demolidas para ser sustituidas por miserabilísimas casuchas malamente enjalbegadas. La plaza no ofrecía ahora más que fachadas irregulares, pobres, sucias, agujereadas por ventanas desiguales y estrechas, numerosas, que sólo animaban unas cuantas macetas y algunas jaulas junto a ropa blanca que secaba. Allí vivía una multitud de artesanos, joyeros, cinceladores, relojeros, impresores, tintoreras, modistas, y algunos pocos hombres de leyes que no habían perecido en la tormenta que barrió a la justicia monárquica.

Era por la mañana y por primavera. Unos tempraneros rayos de sol, embriagadores como vino dulce, trepaban sonrientes por las paredes y se colaban alegremente por las buhardillas. Las claraboyas de las ventanas a guillotina estaban todas levantadas y dejaban ver, por debajo, las cabezas despeinadas de las amas de casa. El escribiente del Tribunal revolucionario, que había salido de casa para ir a su trabajo, acariciaba de paso las mejillas de los niños que estaban jugando debajo de los árboles.

Evariste Gamelin ocupaba, en el muelle de l'Horloge, una casa que databa de la época de Enrique IV y podría aún tener su encanto, de no haber sido por ese pequeño granero recubierto de tejas que le habían adosado bajo el penúltimo tirano. Para amoldar la morada de algún viejo parlamentario al gusto de las familias burguesas y artesanas que ahora vivían allí, se habían multiplicado los tabiques y los sobradillos. Razón por la cual, al ciudadano Remacle, conserje-sastre, que se albergaba en un entresuelo de escasa altura y reducido tamaño, se le podía ver por la puerta de cristales con las piernas cruzadas delante de su mesa de trabajo dando con la nuca en el techo mientras cosía un uniforme de guardia nacional. La ciudadana Remacle, cuyo horno tenía por chimenea la escalera, atufaba al vecindario con el humo de sus guisos al mismo tiempo que la pequeña Joséphine, su hija, con cara sucia y manchada, jugaba en el quicio de la puerta con *Mouton,* el perro del carpintero. A la ciudadana Remacle,

sobrada en carnes, abundante de corazón y con pecho generoso, se la tenía por prestarle favores a Dupont el viejo, vecino suyo y uno de los doce miembros del Comité de vigilancia. El marido, por lo menos, tenía fundadas sospechas y los esposos Remacle llenaban esporádicamente la casa de altercados seguidos de disputas y reconciliaciones. Los pisos superiores de la casa estaban ocupados por el ciudadano Chaperon, platero, cuya tienda estaba ubicada en el muelle de l'Horloge, por un practicante de Sanidad, por un legista, por un batidor de oro y por varios empleados de la Audiencia.

Evariste Gamelin subió por la vieja escalera hasta el cuarto y último piso en donde tenía su taller con una habitación para su madre. Allí terminaban los peldaños de madera provistos de baldosas que habían sustituido a los grandes peldaños de piedra de los primeros pisos. Una escalerilla, pegada a la pared, conducía al desván por el que descendía por entonces un hombre grueso bastante mayor, de rostro agradable y risueño, sosteniendo penosamente un enorme fardo y cantando sin embargo: *He perdido a mi criado.*

Habiendo dejado de cantar, saludó cortésmente a Gamelin y éste le respondió fraternalmente ayudándole a bajar el paquete, favor que el anciano le agradeció complacido.

-Observe -le dijo recogiendo su bulto- estos monigotes que voy a vender a la sazón a un vendedor de juguetes de la calle de la Loi. Hay aquí todo un pueblo: son mis criaturas, han recibido de mí un cuerpo perecedero, exento de alegrías y de sufrimientos. No les he otorgado la facultad de pensar porque soy un Dios bueno.

Era el ciudadano Maurice Brotteaux, antiguo cobrador de impuestos reales, ex noble: su padre, enriquecido en este tipo de negocios, había comprado un título de nobleza. En los buenos tiempos, Maurice Brotteaux se llamaba señor des Ilettes y daba, en su residencia de la calle de la Chaise, suculentas cenas a altas horas de la noche que contaban con la asistencia de madame de Rochemaure, esposa de un procurador, mujer juncal que lo animaba todo con sus hermosos ojos, hasta que la Revolución dejó a Maurice Brotteaux des Ilettes sin mansión, sin rentas, sin tierras y sin nombre. Pero la revolución se los quitó y este hombre ganó su vida entonces haciendo dibujos, fabricando *crépes y* buñuelos en el muelle de la Mégisserie, componiendo discursos para los representantes del pueblo y dando lecciones de baile a las jóvenes ciudadanas. Actualmente, en su desván, en el cual se introducía por una escalerilla y apenas si podía ponerse de pie, Maurice Brotteaux, provisto de un frasco con cola, de un paquete de cuerda, de una caja de acuarelas y de algunos recortes de papel, fabricaba algún que otro monigote para vendérselo a los grandes vendedores de juguetes, que a su vez, los revendían a los buhoneros, que al mostrarlos por los Campos Elíseos despertaban la codicia de los niños. En medio de esta turbia situación, y a pesar de la mala suerte que había tenido, conservaba la calma y leía para recrearse un Lucrecio que llevaba siempre en un bolsillo abierto de su levita pardusca.

Evariste Gamelin empujó la puerta de su vivienda, la cual cedió inmediatamente. Su pobreza le ahorraba tener que preocuparse por las cerraduras, y cuando su madre, maquinalmente, echaba el cerrojo, Evariste le decía: «¿Para qué? Nadie roba telas de araña... y menos las mías.» En su taller se amontonaban, bajo una espesa capa de polvo o vueltos contra la pared, los lienzos de sus comienzos, cuando trataba, según la moda de la época, escenas galantes y acariciaba, con liso y tímido pincel, pastorcillas primorosamente ataviadas en cuyos senos ponía florecillas: juegos peligrosos y anhelos de felicidad desaparecidos.

Pero no, este estilo no le iba nada bien a su temperamento. Esas escenas, tratadas fríamente, daban testimonio de la irremediable castidad del pintor. Los entendidos no se habían equivocado, y Gamelin no pasó nunca por ser un artista erótico. En la actualidad, aunque no había llegado aún a la treintena, ese estilo le parecía pertenecer a un tiempo inmemorial. En él reconocía la depravación monárquica y el vergonzoso efecto de la corrupción cortesana. Se reprochaba a sí mismo haber caído en ese género estúpido que dejaba ver un talento envilecido por la esclavitud. Ahora, ciudadano de un pueblo libre, pintaba al carbón con rasgo vigoroso Libertades, Derechos del Hombre, Constituciones

francesas, Virtudes republicanas, Hércules populares fulminando a la Hidra de la Tiranía, y ponía en esas creaciones todo el ardor de su patriotismo. Desgraciadamente eso no le permitía ganarse la vida. Corrían malos tiempos para los artistas. La culpa no era, sin duda, de la Convención, que lanzaba por todas partes a sus ejércitos contra los reyes; altiva, impasible, desafiando a una Europa conjurada, pérfida y cruel consigo misma, carcomida en su propio seno, ponía el terror a la orden del día, instauraba para castigar a los conspiradores un tribunal despiadado que pronto iba a devorar a sus propios miembros; pero que, al mismo tiempo, tranquila, serena, amiga de la ciencia y de la belleza, reformaba el calendario, fundaba escuelas especiales, decretaba concursos de pintura y escultura, concedía premios para alentar a los artistas, organizaba salones anuales, abría el Museo y, siguiendo el ejemplo de Atenas y de Roma, imprimía un carácter sublime a la celebración de las fiestas y de los duelos públicos.

Pero el arte francés, antaño tan extendido en Inglaterra, en Alemania, en Rusia, en Polonia, ya no tenía salidas en el extranjero. Los expertos en pintura, los que sentían curiosidad por el arte, grandes señores y financieros, estaban arruinados, habían emigrado o se escondían. Las gentes que la Revolución había enriquecido, los campesinos que habían adquirido bienes nacionales, agiotistas, abastecedores de los ejércitos, croupiers del Palacio Real, no se atrevían todavía a mostrar su opulencia y, por otra parte, tampoco les interesaba la pintura. Había que tener o bien la reputación de un Regnault o la destreza del joven Gérard para vender un cuadro. Greuze, Fragonard, Houin estaban hundidos en la miseria. Prudhon daba de comer a duras penas a su mujer y a sus hijos y dibujaba temas que Copia grababa siguiendo el punteado. Los pintores patrióticos Hennequin, Wicar, Topino-Lebrun pasaban hambre. Gamelin, incapaz de cubrir los gastos de un cuadro, no podía ni pagar a un modelo, ni comprar colores, por lo que había dejado apenas esbozado su gran lienzo del *Tirano perseguido en los infiernos por las Furias.* El lienzo tapaba a la mitad de las figuras medio acabadas, y más grandes que el tamaño natural, que ocupaban el taller, así como a un sinfín de serpientes verdes que mostraban sus lengüecillas afiladas y encorvadas. Podía verse en un primer plano, a la izquierda, un Caronte escuálido y espeluznante en su barca, hermoso retazo de un bello dibujo, pero que no iba más allá de lo que podía esperarse de un aprendiz. Había mucho más genio y naturalidad en un lienzo de menores dimensiones, igualmente inacabado, que estaba colgado en el lugar mejor iluminado del taller. Era un Orestes que su hermana Electra incorporaba de su lecho dolorido. Y se veía a la joven apartar con gesto conmovido los cabellos enmarañados que tapaban los ojos de su hermano. El rostro de Orestes tenía una expresión mezcla de pasión y de ternura a la vez, y podía encontrársele un cierto parecido con el semblante del pintor.

Gamelin contemplaba, a menudo con tristeza, esta composición; a veces sus manos temblorosas acariciaban el deseo de volver a pintar y se orientaban hacia la figura bastante trabajada de Electra, pero volvían en seguida a su sitio deshauciadas. El artista estaba henchido de entusiasmo y con el alma puesta en el empeño. Pero tenía que extenuarse realizando encargos que no eran de su agrado, y ello porque había de satisfacer los gustos del vulgo y también porque era incapaz de imprimir a las cosas pequeñas el sello de la genialidad. Dibujaba pequeñas composiciones alegóricas que su camarada Desmahis grababa con bastante pericia en negro o en colores a un laminador de la calle Honoré, al ciudadano Blaise. Pero el mercado de láminas iba de mal en peor, decía Blaise, que desde hacía algún tiempo no quería ya comprar nada.

Esta vez, sin embargo, Gamelin, que se había vuelto ingenioso por necesidad, acababa de concebir un invento hermoso y nuevo, al menos así lo creía él, y que traería la fortuna al laminador, al grabador y a él: se trataba de un juego de cartas patriótico en el cual los reyes, las damas y las sotas del Antiguo Régimen eran reemplazadas por Genios, Libertades e Igualdades. Ya había esbozado todas sus figuras, terminado algunas y le corría mucha prisa entregarle a Desmahis las que ya podían ser grabadas. La figura que más le satisfacía era la de un voluntario con tricornio, traje azul y chaqueta con bocamangas rojas, pantalón amarillo y polainas negras, sentado sobre un tambor con los pies encima de un montón de balas de cañón

Librodot

y el fusil entre las piernas. Era el «ciudadano de corazones» que reemplazaba a la «sota de corazones».

Hacía más de seis meses que Gamelin dibujaba voluntarios de mil amores. Y había vendido algunos, en los días de entusiasmo. Quedaban algunos colgados en la pared del taller. Cinco o seis a la acuarela, a la guacha, en blanco y negro, pero estaban desperdigados por la mesa y por las sillas. En julio del 92, cuando sobre todas las plazas de París los mozos se alistaban y en todas las tabernas cubiertas de ramajes retumbaban los gritos de «¡Viva la Nación! ¡Libertad o Muerte!», Gamelin no podía pasar por el Pont-Neuf, o delante del Ayuntamiento, sin que su corazón saltara hacia la tienda engalanada en la cual los magistrados con toquilla inscribían a los voluntarios al son de la *Marsellesa.* Pero, si se hubiese inscrito, hubiera dejado a su madre sin pan.

Un aliento, penosamente exhalado, anunciaba que la viuda y ciudadana Gamelin irrumpía en el taller, sudorosa, acalorada, palpitante, con la escarapela nacional prendida a su cofia y casi para caerse. Depositó su cesto en una silla y, puesta en pie para respirar mejor, se quejó de la carestía de los alimentos.

Cuchillera de la calle de Grenelle-Saint-Germain con el letrero de «la Ciudad de Châtellerault», mientras había vivido su esposo, y ahora pobre ama de casa, la ciudadana Gamelin vivía retirada en casa de su hijo el pintor. Este era el mayor de sus hijos. Por lo que se refiere a su hija Julie, hasta hace poco empleada en una tienda de la calle Honoré, lo mejor era ignorar lo que había sido de ella; pues no era prudente decir que había emigrado con un aristócrata.

-¡Dios mío! -suspiró la ciudadana mostrándole a su hijo una hogaza de masa espesa y morena-, el pan está fuera de precio; y no es seguro que sea de puro candeal. No se 'encuentran en el mercado ni huevos, ni verduras, ni queso. A fuerza de comer castañas, nos convertiremos en castañas.

Después de un largo silencio prosiguió:

-He visto en la calle a mujeres que no tenían con qué alimentar a sus pequeñuelos. La miseria es enorme para las pobres gentes. Y seguirá siendo así mientras las cosas no cambien.

-Madre -respondió Gamelin frunciendo el ceño-, el hambre que padecemos la provocan los acaparadores y los agiotistas que se entienden con los enemigos de fuera con el fin de desprestigiar la República a los ojos del pueblo y poder así destruir la libertad. Ahí es donde quieren llegar los complots de los Brissotins, las traiciones de los Pétion y de los Roland. ¡Todavía podemos darnos con un canto en los dientes si los federalistas armados no vienen a masacrar a París a los patriotas que aún no han sido diezmados por el hambre! No hay tiempo que perder: hay que tasar la harina y guillotinar a todo aquel que especule con los alimentos del pueblo, fomente la insurrección o pacte con el extranjero. La Convención acaba de crear un tribunal extraordinario para juzgar a los conspiradores. Está compuesto por patriotas; pero ¿tendrán sus miembros la suficiente firmeza como para poder defender a la patria contra todos sus enemigos? Confiemos en Robespierre: es virtuoso, confiemos sobre todo en Marat. Quiere al pueblo y sabe cuáles son los verdaderos intereses a los que tiene que servir. Siempre fue el primero en desenmascarar a los traidores, en deshacer complots. Es incorruptible y no tiene miedo. ¡Sólo él es capaz de salvar a la República en peligro!

La ciudadana Gamelin sacudió la cabeza y dejó caer su escarapela mal ajustada:

-¡Venga ya, Evariste! Tu Marat es un hombre como los otros, y que no vale más que los otros. Eres joven y tienes ilusiones. Lo que hoy dices de Marat lo decías antaño de Mirabeau, de La Fayette, de Pétion, de Brissot.

-jamás! -respondió Gamelin, sinceramente olvidadizo.

Después de haber despejado un extremo de una mesa de madera blanca que estaba llena de papeles, de libros, de brochas y de lapiceros, la ciudadana colocó la sopera de loza, dos escudillas de estaño, dos tenedores de hierro, la hogaza de pan moreno y un jarro de vino peleón.

Librodot

Madre e hijo comieron la sopa en silencio y terminaron su almuerzo con un pequeño trozo de tocino. La madre había puesto el tocino sobre el pan y se llevaba gravemente a la boca, con la punta del cuchillo, unos trozos que masticaba con respeto dado lo caros que habían costado.

Había dejado en el plato lo mejor para su hijo, el cual permanecía pensativo y distraído.

-Come, Evariste -le decía, a intervalos regulares-, come.

Y esta palabra adquiría en su boca la gravedad de un precepto religioso.

Después volvió a quejarse de la carestía de la vida. Gamelin insistió de nuevo en la necesidad de imponer la tasa como única solución a esos males.

Pero ella:

-Ya no hay dinero. Los emigrados se han llevado todo. Ya no hay confianza. Es como para desesperarse.

-¡Cállese, madre, cállese! -respondió Gamelin-. ¡Qué importan nuestras privaciones, nuestros sufrimientos pasajeros! La Revolución acabará imponiendo para siempre el bienestar para todo el género humano.

La buena señora mojó el pan en el vino: vio más claro y se acordó sonriente de sus tiempos de juventud, cuando bailaba en la hierba en la festividad del rey. Se acordó también del día en que Joseph Gamelin, de profesión cuchillero, le había propuesto casarse. Su madre le había dicho: «Vístete. Vamos a la plaza de Gréve, a la tienda del señor Bienassis, el platero, para ver descuartizar a Damiens.» Les costó mucho trabajo abrirse camino a través de una multitud de curiosos. En la tienda del señor Bienassis la jovencita había encontrado a Joseph Gamelin, engalanado con su hermoso traje rosa, y se había dado cuenta en seguida de lo que quería. Todo el tiempo que había estado en la ventana viendo al regicida torturándolo, echándole plomo fundido, arrastrado por cuatro caballos hasta echarlo al fuego, Joseph Gamelin, de pie detrás de ella, no se había atrevido a celebrarle su aspecto, su peinado o su talle.

Apuró lo que quedaba en el fondo del vaso y continuó acordándose:

-Te traje al mundo, Evariste, más pronto de lo que esperaba como consecuencia de un susto que tuve cuando estaba embarazada, en el Pont-Neuf, donde estuve a punto de ser pisoteada por unos curiosos que corrían para ver la ejecución de M. de Lally. Eras tan pequeñito cuando naciste que el cirujano creyó que no sobrevivirías. Pero yo estaba segura de que Dios me concedería el favor de conservarte. Te crié lo mejor que pude y no escatimé ni los cuidados ni los gastos. Es justo decir, Evariste mío, que tú me demostraste agradecimiento y que, desde la niñez, tratabas de recompensarme según tus posibilidades. Eras cariñoso y afectuoso por naturaleza. Tu hermana no era mala; pero era egoísta y violenta. Tú te compadecías más de los desgraciados que ella. Cuando los niños traviesos del barrio cogían los nidos de los árboles, tú tratabas de quitarles de las manos a las crías para devolvérselas a su madre, y a menudo no desistías de tu empeño más que después de haber sido pisoteado y cruelmente golpeado. A los siete años, en lugar de pelearte con los granujas, te paseabas tranquilamente por la calle recitando tu catecismo; y a todos los pobres que encontrabas los traías a casa para socorrerlos, hasta tal punto, que tuve que azotarte para quitarte esa costumbre. No podías ver sufrir a alguien sin echarte a llorar. Cuando terminaste de crecer, eras muy guapo. Y para sorpresa mía, parecías no darte cuenta, ¡qué diferencia con los demás niños que son presumidos y vanidosos!

La anciana decía la verdad. Evariste había tenido a los dieciséis años un rostro grave y encantador, una belleza a la vez austera y femenina, los rasgos de una Minerva. Ahora sus ojos sombríos y sus mejillas pálidas dejaban entrever un alma triste y violenta. Pero su mirada, cuando la dirigió hacia su madre, volvió a tomar por un momento la calidez de su primera infancia.

La madre prosiguió:

-Hubieses podido aprovecharte de tus cualidades para tener mujeres, pero te gustaba quedarte conmigo, en la tienda, y alguna que otra vez tenía que decirte que te despegases de mis faldas y que te fueses a estirar las piernas con tus amigos. Lo tendré presente mientras mi cuerpo me haga sombra. Evariste, qué buen hijo eres. Después de la muerte de tu padre, tú has cargado conmigo; aunque tus recursos son escasos, nunca has permitido que me falte nada, y, si hoy estamos los dos indigentes y miserables, no puedo reprochártelo: la culpa es de la Revolución.

El hizo un gesto de reproche; pero ella se encogió de hombros y prosiguió:

-No soy ninguna aristócrata. He conocido a los grandes en todo su apogeo y reconozco que abusaban de sus privilegios. Vi cómo le daban a tu padre una buena paliza los lacayos del duque de Canaleille por no cuadrarse rápidamente cuando pasaba su dueño. Nunca quise a la Austriaca: era demasiado orgullosa y despilfarraba demasiado. Sobre el rey, lo creía bueno; fue necesario que lo procesaran y lo condenaran para que cambiase de idea. Por último, tengo que decir que no añoro el Antiguo Régimen, aunque haya pasado algunos momentos agradables. Pero no me digas que la Revolución establecerá la igualdad, ya que los hombres no serán jamás iguales; eso no es posible, y por mucho que se ponga al país patas arriba, siempre habrá pequeños y grandes, gordos y flacos.

Y, mientras hablaba, colocaba la vajilla. El pintor no la escuchaba ya. Buscaba la silueta de un *sans-culotte* con gorro frigio y carmañola, el cual debía, en su juego de cartas, reemplazar al as de picas ya en desuso.

Comment [Librodot7]:

Esta especie de chaqueta corta fue importada a Francia por obreros italianos que procedían de la ciudad de Carmagnola (en el Piamonte). La pusieron de moda los federados de Marsella y fue luego adoptada por los revolucionarios. Dio también nombre a una canción popular de la época que sería prohibida años más tarde por Napoleón Bonaparte.

Llamaron a la puerta, y una muchacha, una campesina, apareció. Era más ancha que larga, pelirroja, patituerta, con una verruga que le tapaba el ojo izquierdo, y el derecho era de un azul tan claro que parecía blanco, los labios eran enormes y los dientes asomaban por encima.

Le preguntó a Gamelin si era él el pintor y si podía hacerle el retrato de su novio, Ferrand (Jules), voluntario en el ejército de las Ardennes.

Gamelin le respondió que lo haría con mucho gusto a la vuelta de ese bravo guerrero.

La muchacha solicitó con dulzura, pero con prisa, que lo hiciera inmediatamente.

El pintor sonrió a pesar suyo y objetó que no podía hacerlo sin el modelo.

La pobre criatura no respondió nada: no había previsto esta dificultad. Con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, las manos unidas sobre el vientre, permanecía inerte y muda y parecía agobiada y apenada. Conmovido y divertido por tanta simplicidad, el pintor, para distraer a la desdichada amante, le puso en la mano a uno de los voluntarios que había pintado a la acuarela y le preguntó si su novio el de las Ardennes era así.

La muchacha llevó al papel la mirada de su ojo taciturno, que lentamente cobró vida, luego brilló y resplandeció, su ancha cara se inundó con una radiante sonrisa.

-¡Cómo se le parece! -dijo por fin-, ¡es Ferrand (Jules) al natural, es Ferrand Gules) clavado!

Antes de que el pintor hubiese pensado en arrancarle el papel de las manos, ésta lo dobló cuidadosamente con sus gruesos dedos rojos e hizo un pequeño cuadradito que colocó junto al corazón, entre el corset y la camisa; entregó al artista un billete de cinco céntimos, saludó a la compañía y salió cojeando y ligera.

CAPÍTULO III

POR LA TARDE del mismo día, Evariste fue a casa del ciudadano Jean Blaise, de profesión laminero, que vendía también cajas, encuadernaciones y toda clase de juegos en la calle Honoré, frente L'Oratoire, cerca de las Messageries, en la tienda del *Amour peintre.* El

almacén estaba situado en la planta baja de una casa que contaba sesenta años y cuyo vano tenía en la bóveda un mascarón con cuernos. La cimbra de este vano contenía una pintura al óleo que representaba «le Sicilien ou l'Amour peintre», imitando una composición de Boucher, que había sido colocada allí en 1770 por el padre de Jean Blaise y que desde entonces el sol y la lluvia borraban. A cada lado de la puerta, un vano similar, con una cabeza de ninfa en la clave de arco, provisto de cristales tan grandes como habían podido encontrarse, exponía a las miradas las láminas de moda así como las últimas novedades del grabado en colores. Podían verse, ese día, escenas galantes de Boilly no exentas de aridez, *Leçons d'amour conjugal y Douces résistances*, que escandalizaban a los jacobinos y que los puros denunciaban a la *Société des am; la Promenade publique de Debucourt*, con un jovenzuelo bastante cursi con pantalón amarillo canario, expuesto en el escaparate sobre tres sillas; caballos del joven Carie Vernet, aeróstatos, *le Bain de Virginie y* figuras a la antigua usanza.

Del chorro de ciudadanos que desfilaba delante de la tienda, los que más tiempo se paraban delante de los dos hermosos escaparates eran los más harapientos, prestos a entretenerse, ávidos de imágenes y ansiosos por participar, al menos con los ojos, de su parte en los bienes de este mundo, quedándose boquiabiertos; mientras que los aristócratas echaban un vistazo furtivo, fruncían el ceño y pasaban.

Lo más lejos que le alcanzaba la vista, Evariste alzó su mirada hacia una de las ventanas que estaban por encima del almacén, la de la izquierda, donde había una maceta con claveles rojos detrás del balcón de hierro abombado. Esta ventana iluminaba la habitación de Elodie, hija de Jean Blaise. El laminero vivía con su única hija en el primer piso de la casa.

Evariste, habiéndose detenido un momento, como para tomar aliento, delante del *Amour peintre*, levantó el picaporte. Encontró a la ciudadana Elodie que, habiendo vendido grabados, dos composiciones de Fragonard hijo y de Nigeon, cuidadosamente elegidas entre otras muchas, antes de guardar en su caja los billetes que acababan de entregarle, los miraba al trasluz uno tras otro, con el fin de verificar el puntizón, las vetas y la filigrana, inquieta, pues circulaban tantos billetes verdaderos como falsos, lo que perjudicaba mucho al comercio. Como aquellos que antiguamente imitaban la firma del rey, los falsificadores de la moneda nacional estaban condenados a muerte; no obstante, se encontraban planchas para fabricar billetes en todos los sótanos; los suizos introducían billetes falsos por millones; se echaban paquetes enteros en las fondas; los ingleses desembarcaban todos los días fardos en nuestras costas para desacreditar a la República y reducir a los patriotas a la miseria. Elodie temía que le entregasen billetes falsos y temía más todavía ser considerada cómplice de Pitt, confiando, sin embargo, en su suerte y estando segura de salir airosa en cualquier circunstancia.

Evariste la miró con ese aire sombrío que da a entender el amor mejor que cualquier sonrisa. Ella lo miró mohína y algo burlona retorciendo sus ojazos negros, y esta expresión venía a cuento porque se sabía amada y ello no le disgustaba y también porque dicho aspecto irrita al enamorado, lo invita a quejarse, lo empuja a declararse si todavía no lo ha hecho, como era el caso de Evariste.

Después de haber puesto los billetes en la caja, ésta sacó de su cesto de costura un echarpe blanco que había comenzado a bordar, y se puso manos a la obra. Era laboriosa y coqueta y, como por instinto, manejaba la aguja para agradar y al mismo tiempo para darse postín, bordando de manera diferente según quien la miraba: bordaba indolentemente para aquellos que les quería comunicar una suave languidez; caprichosamente para con los que quería divertirse y desesperarlos un poco. Para Evariste se puso a bordar con cuidado, pues con él quería mantener relaciones serias.

Elodie no era ni muy joven ni muy bonita. Se la podía encontrar fea en un primer momento. Morena, la tez aceitunada, en medio de un gran pañuelo blanco anudado negligentemente alrededor de la cabeza y que dejaba escapar bucles ligeramente azulados. Sus ojos de fuego carbonizaban las órbitas. Su cara redonda, con pómulos salientes, sonriente, chata, agreste y voluptuosa, el pintor encontraba la cabeza del fauno Borghése, del cual

Librodot

admiraba, en un molde, su divina travesura. Un bigotito acentuaba sus labios ardientes. Un seno que parecía inflamado de ternura levantaba la toquilla cruzada que estaba de moda ese año. Su talle flexible, sus piernas ágiles, todo su cuerpo robusto se movía con gracias salvajes y deliciosas. Su mirada, su aliento, los escalofríos de sus carnes, todo en ella retaba al corazón y prometía el amor. Detrás de su mostrador de vendedora recordaba a una ninfa del baile, a una bacante de la Opera, despojada de su piel de lince, de su tirso y de sus guirnaldas de hiedra, reportada, disimulada por encanto en la apariencia modesta de un ama de casa de Chardin.

-Mi padre no está en casa -le dijo al pintor-, aguardad un momento: no tardará en volver.

Sus pequeñas manos morenas hacían correr la aguja a través del linón.

-¿Este dibujo es de vuestro agrado, señor Gamelin? Gamelin era incapaz de fingir. Y el amor, al acrecentar su valor, exaltaba su franqueza.

-Bordáis con habilidad, ciudadana, pero, si queréis que os lo diga, el dibujo que os ha sido trazado no es lo suficientemente simple, lo bastante sencillo, y adolece del gusto afectado que reinó tanto tiempo en Francia en el arte de adornar tejidos, muebles, artesones; esos nudos, esas guirnaldas, recuerdan el estilo pequeño y mezquino que estuvo en yoga bajo el tirano. El gusto renace. Desgraciadamente el pasado pesa. En la época del infame Luis XV la decoración era una mojiganga. Se hacían cómodas barrigudas con tiradores retorcidos de un aspecto ridículo y que no sirven más que para echarlas al fuego para que se calienten los patriotas; sólo la simplicidad es hermosa. Hay que volver a lo antiguo. David dibuja camas y sillones que imitan a los jarrones etruscos y a las pinturas de Herculano.

-He visto esas camas y esos sillones -dijo Elodie-, ¡es hermoso! Pronto quedará sólo eso. Al igual que vos, yo también adoro lo antiguo.

-¡Pues bien! Ciudadana -volvió a decir Evariste-, si hubieseis adornado esa toquilla con una greca, con hojas de hiedra, con serpientes o flechas entrecruzadas, ello hubiese sido digno de una espartana... y de vos. Podéis, sin embargo, guardar ese modelo; pero simplificándolo, aproximándolo de la línea recta.

Ella le preguntó lo que había que quitar.

El se inclinó sobre la toquilla: sus mejillas rozaron los tirabuzones de Elodie, sus manos se encontraron bajo el linón, sus alientos se mezclaron. Evariste sentía en ese momento una alegría infinita; pero, sintiendo muy cerca de sus labios los labios de Elodie, temió haber ofendido a la joven y se retiró bruscamente. La ciudadana Blaise quería a Evariste Gamelin. Encontraba soberbios sus ardientes ojos grandes, su magnífica cara ovalada, su palidez, su abundante pelo negro, con una raya en medio de la cabeza, y cayéndole sobre los hombros; su gesto grave, su semblante frío, su trato austero, su palabra firme, en absoluto halagadora. Y, como lo quería, le prestaba un genial orgullo de artista que un día se plasmaría en una obra maestra y haría de él una celebridad.

Lo amaba entonces cada vez más. La ciudadana Blaise no rendía culto al pudor viril, su moral no se ofendía por que un hombre cediese a sus pasiones, a sus gustos, a sus deseos; quería a Evariste, que era casto; no lo amaba porque era casto; pero encontraba en que lo fuese la ventaja de no estar celosa ni temer contrincantes.

Sin embargo, en aquel momento, lo consideró excesivamente reservado. Si la *Aricie* de Racine, que amaba a Hippolyte, admiraba la virtud tosca del joven héroe, era con la esperanza de vencerla, y hubiese protestado por tanto rigor en el comportamiento, si él no hubiese cedido ante ella. Y, cuando la ocasión le fue propicia, se insinuó a hurtadillas para hacer que él mismo se declarase. Siguiendo el ejemplo de esta tierna Aricie, la ciudadana Blaise estaba lejos de rechazar la idea de dar los primeros pasos en las cosas del amor. «Los que más aman, se decía, son los más tímidos; necesitan ayuda y ánimo. Por lo demás, su candidez es tal, que una mujer puede hacer la mitad del camino, incluso más, sin que ellos se den cuenta, ahorrándoles pensar en un ataque audaz y otorgándoles la gracia de una

conquista.» Lo que la tranquilizaba sobre el resultado final era que sabía con certeza (y, por consiguiente, no había duda al respecto) que Evariste, antes de que la Revolución lo hubiese heroizado, había amado muy humanamente a una mujer, a una humilde criatura, la portera de la Academia.

Elodie, que no era nada ingenua, concebía diferentes clases de amor. El sentimiento que le inspiraba Evariste era lo bastante profundo como para que pensase en empeñar su vida. Estaba completamente dispuesta a casarse, pero temía que su padre no aprobase la unión de su única hija con un artista oscuro y pobre. Gamelin no tenía nada; el laminero manejaba grandes sumas de dinero. El *Amour peintre* le proporcionaba grandes ingresos; la especulación, más todavía, y se había asociado con un proveedor que abastecía a la caballería de la República con forrajes y avena mojada. Finalmente, el hijo del cuchillero de la calle Saint-Dominique era un personaje insignificante al lado del editor de láminas conocido en toda Europa, aparentado con los Blaizot, con los Basan, con los Didot, y que iba a casa de los ciudadanos Saint-Pierre y Florian. Y no es que fuese una hija obediente que necesitase el consentimiento de su padre para arreglar su situación. El padre, viudo desde muy joven, codicioso e irreflexivo por naturaleza, gran conquistador de muchachitas, ducho en negocios, no se había ocupado nunca de ella, habiéndola dejado crecer libre, sin consejos, sin cariño, preocupado no por vigilar, sino por ignorar el comportamiento de esta chica, de la cual apreciaba, en tanto que entendido, su temperamento fogoso y sus recursos para seducir, mucho mejores que un bonito rostro. Demasiado generosa para protegerse, demasiado inteligente para perderse, sabía en sus locuras que el placer de amar no le había hecho nunca olvidar los intereses sociales. Su padre le agradecía infinitamente esta prudencia y, como tenía al igual que él sentido comercial y afición por las empresas, no se preocupaba por las razones misteriosas que apartaban del matrimonio a una doncella tan núbil, quedándose en casa, donde valía por un ama de llaves y cuatro empleados. A sus veintisiete años, se consideraba con edad y con experiencia para hacer su propia vida y no necesitaba en modo alguno que le diesen consejos u obedecer a un padre joven, fácil y distraído. Pero para que se casase con Gamelin, hubiese sido preciso que el señor Blaise le encontrase un empleo a ese yerno pobre, lo incorporase al negocio familiar, le asegurase algunos trabajos como los que les proporcionaba a otros artistas, en una palabra, que le procurase, de alguna manera, recursos; y eso, ella lo sabía bien, era imposible que el uno lo ofreciese, que el otro lo aceptase. ¡Era tan poca la simpatía que había entre los dos hombres!

Esta dificultad ponía en un aprieto a la tierna y buena Elodie. Concebía sin terror la idea de unirse a su amigo por lazos secretos tomando al creador de la naturaleza por único testigo de su fe mutua. Su filosofía no reprobaba tal unión, ya que la independencia en la que se movía la hacía posible, y además, el carácter sincero y virtuoso de Gamelin le daría una fuerza tranquilizadora; pero Gamelin tenía muchas dificultades para subsistir y mantener a su desdichada madre: no parecía que hubiese sitio en una existencia tan estrecha para un amor, aunque éste quedase reducido a la simplicidad de la naturaleza. Por lo demás, Evariste, ni se había declarado ni había comunicado sus intenciones. La ciudadana Blaise contaba con convencerlo dentro de poco.

Ésta detuvo al mismo tiempo sus meditaciones y su aguja:

-Ciudadano Evariste -dijo-, esta toquilla sólo me gustará cuando también os guste. Dibujadme un modelo, os lo ruego. Mientras tanto, descoseré como Penélope lo que ha sido hecho en vuestra ausencia.

Él le respondió con un sombrío entusiasmo:

-Eso está hecho, ciudadana. Os dibujaré la espada de Harmodio: una espada en una guirnalda.

Y, sacando el lápiz, esbozó unas espadas y unas flores en ese estilo sobrio y seco que a él le gustaba. Momento que aprovechó para exponer sus teorías:

-Los franceses regenerados -decía- deben repudiar todo el legado de la servidumbre: el mal gusto, la mala forma, el dibujo malo. Watteau, Boucher, Fragonard trabajaban para

tiranos y para esclavos. A sus obras les faltaba por completo un estilo digno y una línea pura; la naturaleza y la verdad brillaban por su ausencia. Todo son máscaras, muñecas, adornos, imitaciones falsas. La posteridad despreciará sus frívolas obras. Dentro de cien años, todos los cuadros de Watteau habrán perecido arrinconados en los graneros; en 1893, los estudiantes de pintura taparán con sus bocetos los cuadros de Boucher. David ha abierto brecha: se aproxima a lo antiguo; pero no es todavía lo suficientemente sencillo, grande, sobrio. Nuestros artistas tienen que aprender todavía los secretos de las frisas de Herculano, de los bajorrelieves romanos, de los jarrones etruscos.

Habló durante mucho tiempo de la belleza antigua; después la tomó con Fragonard, a quien odiaba rabiosamente: -¿Lo conocéis, ciudadana?

Elodie le indicó que sí.

-¿Conocéis también seguramente al bueno de Greuze, que es el colmo del ridículo con su traje escarlata y su espada. Sin embargo, parece un sabio de Grecia comparado con Fragonard. Lo encontré, hace algún tiempo, a ese miserable anciano, corriendo a pasitos por debajo de los arcos del Palais-Egalité, empolvado, galante, jacarandoso, jocoso, horroroso. Al verlo, me hubiese gustado que, de no hacerlo Apolo, algún vigoroso amigo de las artes lo hubiese colgado de un árbol para desollarlo como a Marysas, dando así un ejemplo definitivo a los pintores malos.

Elodie lo miró con ojos grises y voluptuosos:

-Sabéis odiar, señor Gamelin, es de esperar que también sepáis a...

-¿Sois Gamelin? -dijo una voz de tenor, la voz del ciudadano Blaise que volvía a la tienda, botas crujientes, dijes sonantes, flecos levantados y un enorme sombrero cuyas puntas le llegaban hasta los hombros.

Elodie subió a su habitación llevando consigo su cesta de costura.

-¡Pues bien, Gamelin! -preguntó el ciudadano Blaise-, ¿me traéis alguna novedad?

-Quizá -dijo el pintor.

Y expuso su idea:

-Nuestros juegos de cartas chocan frontalmente con nuestras costumbres actuales. Los nombres de lacayo y rey ofenden los oídos de un patriota. He concebido y llevado a cabo un nuevo juego de cartas revolucionario en el cual los reyes, las damas, las sotas son reemplazadas por las Libertades, las Igualdades, las Fraternidades; los ases, rodeados de antorchas, se llaman las Leyes... Se dice, entonces: «Libertad de trébol, Igualdad de picas, Fraternidad de oros, Ley de corazón...» Estoy muy contento con ellas y pienso dárselas a Desmahis para que las grabe; procuraré conseguir una patente.

Y, sacando de su estuche algunas figuras hechas a la acuarela, el artista se las entregó al dueño del establecimiento.

El ciudadano Blaise rechazó la oferta y volvió la cabeza.

-Amigo mío, llevad eso a la Convención, que os concederá los honores de la sesión. Pero no piense obtener un centavo con ese nuevo invento, que no es tan nuevo. Habéis llegado tarde. Vuestro revolucionario juego de cartas es el tercero que me entregan. Vuestro camarada Dugourc me ha ofrecido, la semana pasada, un juego de los cientos con cuatro Genios, cuatro Libertades, cuatro Igualdades. Me han propuesto otro juego en el que había sabios, valientes, Catón, Rousseau, Aníbal, ¡qué sé yo cuántas cosas más!... Y esas cartas tienen sobre las vuestras, mi querido amigo, la ventaja de haber sido dibujadas y grabadas sobre madera y con cortaplumas. ¡Qué poco conocéis a los hombres para pensar que los jugadores utilizarán cartas diseñadas a la manera de David y grabadas a la manera de Bartolazzi! Es además completamente irrisorio creer que hay que hacer tantos alardes para adaptar los viejos juegos de cartas a las ideas actuales. Los buenos *sans-culottes* corrigen por ellos mismos esa falta de civismo al anunciar: «¡El tirano!» o simplemente: «¡El cerdo!» Siguen utilizando esas cartas roídas que tuvieron siempre y jamás compran unas nuevas. Donde

verdaderamente se juega es en los garitos del Palais-Egalité: Ofrecédselas a los croupiers y a los mandamás esas Libertades, esas Igualdades... ¿cómo decís?... Leyes de corazón... ¡y cuando volváis me diréis qué tal os han recibido!

El ciudadano Blaise se sentó en el mostrador, y dando unos cuantos capirotazos para sacudir las motosías de tabaco que habían caído en su pantalón de nanquín, miró de nuevo a Gamelin y le dijo con fingida compasión:

-Si me lo permitís, os daré un consejo, ciudadano: si queréis ganaros la vida, olvidaos de cartas patrióticas, abandonad los símbolos revolucionarios: esos Hércules, esas Hidras, esas Furias persiguiendo el crimen, esos genios de la Libertad, y pintadme bellas muchachas. El ardor de los ciudadanos por regenerarse se va enfriando con el tiempo mientras que a los hombres les gustarán siempre las mujeres. Componedme sonrosadas mujeres de pies diminutos y manos pequeñitas. Y convenceos de que a nadie le interesa ya la Revolución y no le apetece oír hablar de ella.

De pronto, Evariste se puso hecho una fiera:

-¡Cómo! ¡No oír hablar ya de la Revolución!... La implantación de la Libertad, las victorias de nuestros ejércitos, así como el correspondiente castigo a los tiranos, son cosas que conmoverán a nuestras posteriores generaciones. ¿Cómo podríamos restarle importancia a eso?... ¡Además, la secta del *sans-culotte* Jesús ha durado cerca de diecio-cho siglos, y el culto a la Libertad va a ser abolido sólo cuatro años después de haber sido establecido!

Pero Jean Blaise le respondió con un aire de superioridad:

-Soñáis, amigo mío, yo soy mucho más realista. La Revolución aburre: dura demasiado. Cinco años de entusiasmo, cinco años de abrazos, de masacres, de discursos, de Marsellesa, de alarmas, de cabezas que cuelgan, de mujeres a caballo sobre cañones, de árboles de la Libertad con gorro frigio, de muchachas y ancianos vestidos de blanco en carros de flores, de encarcelamientos, de guillotinas, de racionamiento, de carteles, de escarapelas, de penachos, de sables, de carmañolas, ¡eso dura demasiado! Se acaba no comprendiendo ya nada. Estamos demasiado acostumbrados a ver a esos grandes ciudadanos que habéis conducido al Capitolio para precipitarlos luego desde lo alto de la roca Tarpeya, Necker, Mirabeau, La Fayette, Bailly, Pétion, Manuel, y tantos otros. ¿Quién nos garantiza que no haréis lo mismo con vuestros héroes de hoy?... Uno no sabe ya a qué atenerse.

-¡Nombradlos, ciudadano Blaise, nombrad a esos héroes cuyo sacrificio preparamos! -dijo Gamelin levantando la voz, lo que hizo que el laminero se acordase de que tenía que ser más prudente.

-Yo soy republicano y patriota -replicó con la mano puesta en el corazón-. Soy tan republicano como vos, tan patriota como vos, ciudadano Evariste Gamelin. No pongo en duda vuestro civismo y de ninguna manera os acuso de versatilidad. Pero sabed que mi civismo y mi entrega a la cosa pública están avalados por numerosos actos. He aquí mis principios: pongo mi confianza en todo individuo que sea capaz de servir a la nación. Frente a los hombres que la voz pública ha encomendado la difícil misión del poder legislativo, tal Marat, Robespierre, yo me inclino y estoy dispuesto a ayudarles en lo que pueda, aportándoles el humilde apoyo de un buen ciudadano. Los comités pueden certificar mi celo y mi entrega. De común acuerdo con los verdaderos patriotas, he aprovisionado con avena y forraje a nuestra valiente caballería y proporcionado zapatos a nuestros soldados. Hoy mismo he mandado a Vernon sesenta bueyes para el ejército del sur, y ello a pesar del riesgo que supone atravesar un país plagado de bandidos y azotado por los emisarios de Pitt y de Condé. No son sólo palabras; son actos.

Gamelin volvió a poner tranquilamente sus acuarelas en el cartapacio, abrochó los cordones y se lo puso debajo del brazo.

-Resulta bastante contradictorio -dijo apretando los dientes- que se ayude a nuestros

soldados a exportar la Revolución por esos mundos de Dios al mismo tiempo que se la traiciona en casa sembrando la duda y la inquietud en el corazón de sus defensores... Salud, ciudadano Blaise.

Antes de tomar la calle que bordea el Oratorio, Gamelin, afligido por una mezcla de amor y de cólera, se volvió para echar un vistazo a los claveles rojos que florecían en el borde de la ventana.

Su empeño por salvar a la patria no cedía por ello. A la tibiez antirrevolucionaria de Jean Blaise él oponía su fe revolucionaria. Reconocía, no obstante, que el laminador tenía algo de razón cuando decía que al pueblo de París le importaba cada vez menos el curso de los acontecimientos. Desafortunadamente era evidente que al entusiasmo de antaño le sucedía ahora una indiferencia generalizada y que era difícil que se volviesen a ver a esas multitudes del Ochenta-y-nueve, ni a esos millones de almas que se agolpaban unánimes en el Noventa alrededor del altar de los federados. ¡Pues bien!, los buenos ciudadanos tendrían entonces que redoblar de celo y de audacia para despertar a ese pueblo adormecido y para ello habría que darles a elegir entre la libertad o la muerte.

Este tipo de consideraciones se robustecía con el recuerdo de Elodie.

Cuando llegó a los muelles, vio cómo el sol descendía por el horizonte envuelto en medio de pesados nubarrones que recordaban montañas de lava incandescente; los tejados de la ciudad estaban resplandecientes; los cristales de las ventanas echaban chispas. Y Gamelin se imaginaba que unos Titanes forjaban, con los escombros incandescentes de los viejos mundos, Dicé, la ciudad de bronce.

Sin tener siquiera un mal bocado de pan que poder echarse a la boca, soñaba con la mesa común que invitaría a sentarse a una humanidad regenerada. Mientras tanto, trataba de convencerse de que la patria, como una buena madre, lo alimentaría como a un hijo fiel. Crispándose contra la desdeñosa acogida que su juego de cartas revolucionarias había tenido por parte del laminero, trataba de convencerse de que éste era nuevo y que lo que llevaba bajo el brazo podía aportarle una fortuna. «Desmahis hará los grabados, pensaba. Lo editaremos nosotros dos y seguro que venderemos diez mil, a veinte céntimos cada uno, en un mes.» Impaciente por llevar a cabo ese proyecto, se dirigió rápidamente al muelle de la Ferraille, donde moraba Desmahis, un piso más arriba del vidriero.

Se entraba por la tienda. La vidriera le advirtió a Gamelin de que Desmahis no estaba en casa, cosa que no sorprendía sobremanera al pintor, puesto que sabía que su amigo era un personaje un tanto errabundo y casquivano; a pesar de lo cual trabajaba mucho y bien. Gamelin decidió esperarlo un poco. La mujer del vidriero lo invitó a sentarse. Pronto empezó a quejarse de la marcha de los negocios, haciendo hincapié en que a pesar de que durante la Revolución se habían roto muchos cristales, no por ello los fabricantes habían ganado más dinero.

Como se hacía de noche, Gamelin decidió no seguir esperando y se despidió de la mujer del vendedor de cristales. Cuando pasaba por el Pont-Neuf, vio cómo venían del muelle de los Morfondus unos guardias nacionales a caballo que apartaban a los transeúntes, llevando antorchas y haciendo mucho ruido con los sables; iban escoltando una carreta que arrastraba lentamente hacia la guillotina a un hombre que nadie conocía: era el primer condenado del tribunal revolucionario. Apenas si se le distinguía entre los sombreros de los guardias, estaba sentado, con las manos atadas por detrás, sin nada en la cabeza, y dando la espalda a la carreta. El verdugo estaba de pie junto a él, apoyado en el adral. Los transeúntes suponían que se trataba de algún acaparador y lo miraban con indiferencia. Al acercarse Gamelin reconoció entre los espectadores a Desmahis, que trataba de abrirse paso entre la muchedumbre. Lo llamó y le puso la mano en el hombro; Desmahis volvió la cabeza. Era un hombre joven y vigoroso.

Se decía de él hace poco, en la Academia, que tenía la cabeza de Baco y el cuerpo de Hércules. Sus amigos lo llamaban «Barbarroja» a causa de su parecido con ese representante

del pueblo.

-Ven -le dijo Gamelin-, tengo que hablarte de un asunto importante.

-¡Déjame! -respondió enérgicamente Desmahis.

Y diciendo unas cuantas palabras ininteligibles esperaba el momento para lanzarse:

-Seguía a una mujer divina: la empleada de una sombrerería, que llevaba un sombrero de paja y un pelo que le llegaba hasta las espaldas. Esa maldita carreta nos ha separado... Iba delante, ya debe estar al final del puente.

Gamelin intentó agarrarlo para retenerlo, prometiéndole que la cosa tenía importancia.

Pero Desmahis acababa de escabullirse entre los caballos, guardias, sables y antorchas persiguiendo a la empleada de la sombrerería.

CAPÍTULO IV

ERAN las diez de la mañana. Un sol abrileño inundaba con su luz las tiernas hojas de los árboles. La tormenta de la noche anterior había dejado en el aire una brisa deliciosa. Sólo un jinete, que pasaba muy de vez en cuando por el paseo de las Viudas, perturbaba tan hondo silencio. En un banco de madera, al borde de la alameda umbría y pegado a la choza de *La Belle Lilloise,* Evariste esperaba a Elodie. Desde el día en que sus dedos habían tropezado en el chal de linón y sus alientos se habían entremezclado, Evariste no había vuelto al *Amour peintre.* Durante toda una semana, su orgulloso estoicismo y su timidez, que se hacía cada vez más ruda, lo habían mantenido alejado de Elodie. Le había escrito una carta seria, tétrica, apasionada, en la cual acusaba al ciudadano Blaise, callaba su amor, disimulaba su dolor y anunciaba su decisión de no volver a poner los pies en casa del laminero, mostrando en dicha resolución mucha más firmeza de la que una amante puede soportar.

Pero Elodie era muy diferente a él, y como estaba dispuesta a salvaguardar sus intereses por encima de todo, procuró retenerlo. Pensó en ir a verlo a su taller de la plaza de Thionville; pero, conociendo su suspicacia, sabiendo, por su carta, que estaba irritado, temiendo que su rencor no hiciese diferencias entre padre e hija, e, incluso, proyectase no volverla a ver, creyó que sería mejor embaucarlo en una cita novelesca y sentimental que difícilmente podría eludir, de esta forma tendría todo el tiempo del mundo para persuadirlo y seducirlo, ya que la soledad conspiraría con ella para embrujarlo y vencerlo.

Había entonces, en todos los jardines ingleses y en todos los paseos a la moda, unas «cabañas» construidas por sabios arquitectos que halagaban los gustos agrestes de los ciudadanos. La de *La Belle Lilloise,* ocupada por un vendedor de refrescos, exhibía su triste indigencia por encima de unos escombros muy artísticamente imitados de una vieja torre, todo ello con el fin de conjugar el encanto pueblerino con la melancolía de las ruinas. Y, por si fuera poco, el vendedor de refrescos había añadido a la choza y a la torre devastada, una tumba bajo un sauce y una columna que acababa en una urna con esta inscripción: «Cléonice a su fiel Azor.» Chozas, ruinas, tumbas: en vísperas de su desaparición, la aristocracia había puesto en los parques tradicionales esos símbolos de pobreza, de abolición y de muerte. Y a los patrióticos ciudadanos les encantaba ahora beber, bailar, amar en falsas chozas, a la sombra de falsos claustros falsamente arruinados y en medio de falsas tumbas, pues todos eran amantes de la naturaleza y discípulos de Jean-Jacques, y tenían como él un corazón sensible e impregnado de filosofía.

Como había llegado a la cita antes de la hora, Evariste, al igual que el péndulo de un reloj, medía el tiempo por los latidos del corazón. Pasó una patrulla que llevaba a unos prisioneros. Diez minutos después, apareció una mujer vestida completamente de rosa, y con un ramo de flores en la mano, como era entonces la moda, acompañada por un caballero con

tricornio, chaqueta y pantalón rojo de rayas. Ambos se metieron en la choza de igual manera a como se había venido haciendo en el viejo régimen; Evariste tenía sobradas razones para pensar que el ciudadano Blaise no se equivocaba demasiado cuando decía que hay en los hombres ciertos comportamientos que las revoluciones no borran.

Unos instantes después, procedente de Rueil o de SaintCloud, una señora mayor, que llevaba en el extremo del brazo una caja cilíndrica pintada de colores chillones, vino a sentarse en el banco en el que esperaba Evariste. Puso la caja ante sí y en la tapa había una aguja para jugar a la rifa. Pues la pobre mujer repartía suerte, en los jardines, a los niños. Era una vendedora de «placeres» que vendía, con nombre nuevo, una antigua golosina, pues, ya sea que el término inmemorial de «barquillo» diese la idea inoportuna de oblación o de deber, ya sea que se hubiese descartado por capricho, el hecho es que los «barquillos» se llamaban ahora «goces».

La anciana enjugó el sudor de su frente con el pico de su delantal, quejándose al cielo y acusando a Dios de injusticia por hacer llevar una vida tan dura a sus criaturas. Su marido tenía una tasca, al borde del río, en Saint-Cloud y subía todos los días a los Campos Elíseos haciendo sonar sus tarreñas y pregonando: «¡Al buen barquillo, señoras!» Y con todo ese trabajo apenas si conseguían llevar adelante su vejez.

Viendo que el joven que estaba sentado a su lado estaba dispuesto a compadecerla, le expuso los pormenores de su pobreza. La culpa la tenía la república, ya que, al haber desposeído a los ricos, les quitaba a los pobres el pan de la boca. Y no se esperaban grandes cambios. Muy al contrario; por ciertos indicios, ella sabía que las cosas no harían más que empeorar. En Nanterre, una mujer había dado a luz un niño con cabeza de víbora; un rayo había caído en la iglesia de Rueil y había derretido la cruz del campanario; un hombre-lobo había sido visto en el bosque de Chaville. Unos hombres enmascarados envenenaban las aguas de las fuentes y echaban en el aire unos polvos que producían enfermedades...

Evariste vio a Elodie bajarse del carricoche. Se dirigió hacia ella. Los ojos de la joven brillaban bajo el sombrero de paja, y sus labios, tan rojos como los claveles que llevaba en la mano, sonreían. Un chal de seda negra, que se cruzaba por delante, iba atado por la espalda. El vestido amarillo dejaba entrever los rápidos movimientos de las rodillas y los zapatos de tacón plano. Las caderas estaban casi completamente despejadas, ya que la Revolución había liberado también el talle de las ciudadanas; sin embargo, la falda abultaba un poto, haciendo que el todo no fuera neto, lo que daba una imagen distorsionada de la realidad.

Al querer hablarle no le salieron las palabras, y esta fatalidad fue más del agrado de Elodie que cualquier otro tipo de acogida. Ésta se dio cuenta también de que Evariste se había hecho el nudo de la corbata mejor que de costumbre y lo interpretó como algo muy positivo. Le tendió la mano.

-Quería veros, hablaros. No he respondido a vuestra carta; me ha contrariado; era como si no fueseis vos. Hubiera sido más amable, si hubieseis sido más natural. Os desestimaría si creyese que no queréis volver al *Amourpeintre* porque habéis tenido un ligero altercado sobre la política con un hombre más viejo que vos. Tened la completa seguridad de que mi padre no os recibirá mal cuando os dignéis volver a casa. No lo conocéis: ya ni se acuerda de lo que os ha dicho ni de lo que le habéis respondido. No quiero decir con ello que exista una gran simpatía entre los dos; pero no es rencoroso. Os digo francamente que no le interesáis sobremanera..., yo tampoco. Sólo piensa en sus negocios y en sus diversiones.

Luego se dirigió hacia el arbolado de la cabaña y él la siguió con reparos porque sabía que era un lugar de citas interesadas y de ternuras efímeras. Ella eligió la mesa más escondida.

-¡Tengo tantas cosas que deciros, Evariste! La amistad tiene algunos derechos: ¿me permitís hacer uso de ellos? Os hablaré mucho de vos... y un poco de mí, si os parece.

El vendedor de refrescos había traído una garrafa y unos vasos en los que Elodie sirvió la bebida, como buena ama de casa, luego habló de su infancia, de la hermosura de su madre,

cuya belleza alabó mucho, por piedad filial y por ser el origen y la causa de su propia belleza; alabó igualmente la energía de sus abuelos, pues le gustaba presumir de su origen burgués. Recordó igualmente cómo tras haber perdido, cuando tenía dieciséis años, a su madre, había vivido sin ternura y sin cariño. Se describió como era, despierta, sensible, trabajadora, y añadió:

-Evariste, he pasado una juventud demasiado melancólica y demasiado solitaria como para poder apreciar ahora un corazón como el vuestro, y no renunciaré en modo alguno, os lo advierto, a un cariño en el que creo puedo ser correspondida y en el que he puesto todas mis esperanzas.

Evariste la miró con ternura:

-¿Será, Elodie, que no os soy indiferente?, ¿puedo creer?...

Se detuvo por miedo a decir demasiado o abusar así de la confianza que ella había depositado en él.

Ella le tendió honestamente una mano que entresalía a medias por una manga estrecha bordada de encaje. Su seno se estremecía entre los largos suspiros.

-Atribuidme, Evariste, todos los sentimientos que queráis que tenga por vos, y no os equivocaréis en lo que a mis sentimientos concierne.

-Elodie, Elodie, ¿seríais capaz de repetir lo que estáis diciendo cuando sepáis que...?

Evariste dudó.

Ella bajó los ojos.

El acabó por decir cada vez más bajo:

-a... que os amo?

Al oír esas últimas palabras ella se puso roja: era de gozo. Y, mientras que sus ojos rezumaban una tierna voluptuosidad, una sonrisa burlona asomó a sus labios mientras pensaba:

-¡Y cree que es el primero que se me declara!... ¡Y además teme enfadarme!...

Y continuó diciéndole con mansedumbre:

-¿No os habíais dado cuenta, amigo mío, de que os amaba?

Parecía como si estuviesen solos en el mundo. En su exaltación, Evariste levantó los ojos hacia el firmamento resplandeciente de luz y de azul:

-¡Mirad: el cielo nos observa! Su condescendencia es parecida a la vuestra, amada mía; tiene vuestro mismo resplandor, vuestro encanto, vuestra sonrisa.

Parecía como si la naturaleza hiciese causa común con él, como si contribuyese a su alegría, a su gloria. Era como si, para celebrar sus desposorios, las flores de los castaños se encendiesen como candelabros, como si las antorchas gigantes de los sauces ardiesen como tea.

Tanta fuerza y tanta grandeza lo regocijaban. Ella, mucho más mimosa y mucho más ladina, más flexible y más dúctil, fingía debilidad, sometiéndosele, después de haberlo conquistado; ahora que lo había dominado, lo hacía su dueño, su héroe, su dios, pronta a obedecerle, admirarlo, a entregarse. A la sombra de la arboleda, la besó tan largamente y con tanto ardor, que ésta estuvo a punto de desvanecerse en brazos de Evariste, sintiendo como si su carne se derritiese como la cera de una vela.

Hablaron aún durante mucho tiempo de ellos y se olvidaron del universo. Evariste aludía a cosas vagas y puras, pero que encantaban a Elodie. Ella hablaba con más suavidad, pero era más práctica. Luego, cuando consideró que no podía seguir esperando, se puso de pie con decisión, entregó a su amigo los tres claveles rojos que habían florecido en su ventana y se dirigió prontamente hacia el cabriolé que la había traído. Era un coche de punto amarillo, con ruedas muy altas, bastante corriente, pero que tenía un cochero algo estrafalario. Sin embargo, ni Gamelin ni la gente que le rodeaba acostumbraba a usar coche. Viéndola alejarse en tan altas ruedas, fue preso de una intensa emoción seguida de un doloroso presentimiento: por una especie de alucinación plenamente intelectual, tuvo la impresión de que el caballo de alquiler la llevaba hacia un más allá y la depositaba en unas mansiones de lujos placenteros a

los que él nunca tendría acceso.

El coche desapareció y con él el malestar de Evariste; una sorda angustia le quedaba no obstante, pues temía que esas horas de cariño y de éxtasis que acababa de pasar no volviesen jamás.

Al pasar por los Campos Elíseos vio cómo unas cuantas mujeres vestidas con colores claros cosían o bordaban, en sillas de madera, mientras que sus niños jugaban bajo los árboles. Una vendedora de barquillos, con una caja en forma de tambor, le recordó a la vendedora del paseo de las Viudas pareciéndole que, entre esos dos encuentros, había transcurrido toda una época de su vida. Atravesó la plaza de la Revolución. En el jardín de las Tullerías, oyó tronar el rumor de la gloria de días pasados, esas voces unánimes que los enemigos de la Revolución pretendían haber callado para siempre. Aligeró el paso en medio del creciente clamor, llegó a la calle Honoré y la encontró repleta de una muchedumbre de hombres y de mujeres que gritaban: «¡Viva la República! ¡Viva la Libertad!» Las verjas de los ardines, las ventanas, los balcones, los tejados estaban llenos de espectadores que agitaban sombreros y pañuelos. Precedido por un zapador que habría paso a la comitiva, rodeado por la corporación municipal, de guardias nacionales, de artilleros, de guardias, de húsares, un hombre con tez biliosa, envuelto en una vieja levita verde con cuello de armiño, y una corona de haya en la frente, se habría paso lentamente entre los ciudadanos. Las mujeres le arrojaban flores. Su mirada profunda escrutaba a la multitud, como si con sus ojos amarillentos quisiese desenmascarar a los enemigos del pueblo, a los traidores a la causa. A su paso, Gamelin se descubrió, y mezclando su voz a otras tantas exclamó:

-¡Viva Marat!

El Triunfador entró como el Destino en la sala de la Convención. Mientras que la multitud penetraba lentamente, Gamelin, sentado en un poste de la calle Honoré, contenía con la mano los latidos de su corazón. Lo que acababa de presenciar lo enardecía fervorosamente.

Veneraba y respetaba a Marat porque, enfermo, con las venas inflamadas, devorado por las úlceras, agotaba el resto de sus fuerzas al servicio de la República y, en su humilde morada, abierta a todos, lo acogía con los brazos abiertos, le hablaba con celo del bienestar social y lo interrogaba, a veces, acerca de los planes de los delatores. Le parecía maravilloso que los conspiradores, al intentar perderlo, hubiesen preparado su triunfo; bendecía al tribunal revolucionario por haber absuelto al Amigo del pueblo y haber devuelto a la Convención al más celoso y puro de sus legisladores. Sus ojos vislumbraban su cara enfebrecida, con una corona cívica, y un rostro a la vez orgulloso y audaz, de aspecto impasible, cavernoso, solemne, con boca crispada, ancho pecho, un agonizante robusto, en fin, que parecía decir a sus conciudadanos, desde la cúspide de su triunfo: «Sed, a imitación mía, patriotas hasta la muerte.»

La calle estaba desierta, la noche la envolvía con su sombra; un hombre, farolillo en mano, pasaba por allí, y Gamelin murmuraba:

-¡Hasta la muerte!

CAPÍTULO V

A LAS NUEVE de la mañana, Evariste encontró, en un banco del jardín de Luxemburgo, a Elodie esperándole. Un mes después de que hubiesen intercambiado declaraciones, todos los días se veían en el *Amour peintre* o en el taller de la plaza de Thionville, muy tiernamente, y, sin embargo, con una reserva impuesta a dicha intimidad por el carácter de un amante grave y virtuoso, deísta y buen ciudadano, que, dispuesto a unirse con su

amante delante de la ley o delante de Dios solamente, según las circunstancias, no quería hacerlo sino en pleno día y públicamente. Elodie estimaba sobremanera todo cuanto de honorable había en aquella resolución, pero, convencida de la imposibilidad de un matrimonio que parecía imposible, y no estando dispuesta a pasar por encima de las conveniencias sociales, acariciaba la idea de entablar una relación mantenida en la dignidad del secreto en espera de que el tiempo la hiciese respetable. Contaba con poder vencer, algún día, los escrúpulos de un amante demasiado respetuoso; pero, no queriendo demorar por más tiempo todo cuanto consideraba necesario decirle, le había pedido una hora de cita en un jardín solitario, cerca del convento de los cartujos.

Después de haberlo mirado tierna y francamente, le cogió la mano, lo sentó a su lado y le habló con recogimiento:

-Como os estimo demasiado no puedo ocultaros nada, Evariste. Creo mereceros, pero no sin antes confesaros todo. Oíd y juzgadme. No tengo que reprocharme nada malo, vil o simplemente bajo. He sido débil y crédula... No perdáis de vista, amigo mío, las circunstancias difíciles en las que me he movido. Ya sabéis: sin madre, mi padre, joven aún, no pensaba más que en divertirse, y no se preocupaba por mí. Yo era sensible; la naturaleza me había otorgado un corazón tierno y un alma generosa; y, aunque no me había negado un firme y sano juicio, el sentimiento estaba por encima de la razón. ¡Lo mismo ocurriría hoy, desgraciadamente, si no fuese porque ahora ambos convergen hacia vos, y para siempre!

Había en sus declaraciones mesura y firmeza. Su discurso había sido preparado; hacía tiempo que había resuelto confesarse, porque era franca, porque le gustaba imitar a Jean Jacques y porque se decía con toda la razón del mundo: «Evariste sabrá, algún día, unos secretos que no conozco yo sola; más vale que, adelantándome, lo instruya acerca de algo que, más tarde o más temprano, conocerá algún día, sin que por ello me beneficie.» Dado que era tierna y dócil como la naturaleza, esta confesión no le resultó demasiado penosa; pues esperaba, además, decir sólo lo necesario: justo aquello que podría beneficiarle.

-¡Ah! -sollozó-, ¡si hubieseis estado conmigo cuando estaba sola, abandonada!

Preparado por naturaleza y dispuesto por educación literaria a ejercer la justicia doméstica, Gamelin había tomado al pie de la letra la petición que le había hecho Elodia de ser su juez oyéndola hasta el final.

Como ésta dudaba, le indicó que siguiera.

Ella se expresó en estos términos:

-Un joven, que entre sus muchos defectos tenía alguna que otra cualidad y sólo mostraba ésta, se interesó por mí con una asiduidad que no era corriente en él: estaba en lo mejor de su vida, era atractivo y las mujeres no disimulaban su interés por él. No fue ni su belleza ni su inteligencia lo que me interesó de él... Supo captarme testimoniándome su amor, y creo que me amó verdaderamente. Fue tierno, impaciente. Sólo le pedí cuentas a su corazón, y su corazón era inestable... Sólo yo soy culpable; hago mi confesión, no la suya. No me quejo a causa de él, puesto que ha dejado de interesarme. ¡Ah! ¡Os lo juro, Evariste, para mí es como si no hubiese existido!

Luego se calló, Evariste no dijo nada. Tenía los brazos cruzados y una mirada fija y sombría. Estaba pensando al mismo tiempo en su amante y en su hermana Julie. Esta también había hecho caso de un amante; pero, muy diferente en eso, pensaba, a su desafortunada amante, ésta había partido, no a causa de una corazonada, sino para encontrar, lejos de los suyos, placeres y lujo. Su severidad ya había condenado a su hermana y estaba dispuesto a condenar igualmente a su amante.

Elodie prosiguió con voz muy suave:

-Estaba impregnada de filosofía; creía que los hombres eran buenos por naturaleza. Para mi desgracia encontré un amante que no había sido instruido siguiendo los principios de la

Librodot

naturaleza y de la moral; los prejuicios sociales, la ambición, el amor propio, un falso pundonor, lo habían hecho egoísta y pérfido.

Tales consideraciones causaron una profunda impresión en Gamelin; su mirada se enterneció para preguntar: -¿Quién era vuestro seductor? ¿Lo conozco? -No lo conocéis.

-Nombrádmelo.

Como ella había previsto de antemano la pregunta, resolvió no satisfacerla. Trató de justificarse como pudo:

-Os ruego que os olvidéis del asunto. Olvidémoslo y no le demos más vueltas.

Pero como Evariste insistía:

-Con el fin de consagrar nuestro amor, no os diré nada que pueda ayudaros a adivinar quién era ese... extranjero. No quiero atizar el fantasma de los celos. No tengo ganas de introducir una sombra inoportuna entre los dos. No se trata de daros a conocer a alguien que yo ya he olvidado.

Gamelin le insistió para que le dijese el nombre de su seductor: era ésta la palabra que empleaba continuamente, pues no le cabía la menor duda de que Elodie había sido seducida, engañada, atropellada. No concebía ni por asomo que pudiese haber sido de otra manera: que Elodie hubiese seguido su deseo, el irresistible deseo, la llamada subterránea de la carne y de la sangre; no concebía que esta criatura tierna y voluptuosa, esta encantadora víctima, se hubiese entregado; era preciso, para apaciguar su temple, que la hubiesen obligado por fuerza o astucia, violentado, precipitado en una trampa sabiamente orquestada. Le hacía preguntas bastante comedidas, pero precisas, apuradas, molestas. Le preguntaba cómo habían nacido esas relaciones, si habían durado poco o mucho, si habían sido tranquilas o turbulentas, cómo habían llegado a romperse. Volviendo sin cesar para preguntar cuáles habían sido los trucos que había utilizado para seducirla, pues tuvieron que ser muchos y muy variados. Pero todo fue inútil. Elodie dio la callada por respuesta, boca sellada y lágrimas en los ojos.

No obstante, Evariste preguntó dónde se encontraba ahora ese hombre. La respuesta fue:

-Se ha marchado del reino...

Pero se corrigió rápidamente:

-... de Francia.

-¡Un emigrado! -exclamó Gamelin.

Ella lo observó, sin rechistar, sosegada y entristecida al mismo tiempo, viendo cómo, fabricándose una verdad conforme a sus pasiones políticas, daba así, gratuitamente, a sus celos, un color jacobino.

En realidad, el amante de Elodie era un amanuense muy guapo, un chupatintas al que había adorado y cuyo recuerdo tres años después la enardecía y desazonaba. Como le gustaban las mujeres ricas y maduras, había dejado a Elodie por una señora con experiencia que recompensaba sus dotes. Habiendo entrado, después de la supresión de los ministerios, en la alcaldía de París, se había convertido ahora en un disciplinado *sans-culotte* y en el ojito derecho de aquélla.

-¡Un noble! ¡Un emigrado! -repetía Gamelin, guardándose ella muy mucho de desengañarlo, ya que no deseaba que supiese toda la verdad-. ¡Y te ha abandonado cobardemente?

Ella inclinó la cabeza.

Él la apretó contra su pecho:

-¡Cara víctima de la corrupción monárquica, mi amor vengará esa infamia! ¡Ojalá el cielo me lo ponga delante! ¡Sabría cómo reconocerlo!

Ella volvió la cabeza, entristecida y al mismo tiempo sonriente, pero decepcionada. Le hubiese gustado que fuese más experto en las cosas del amor, más natural, más brusco. Presentía que se lo perdonaría pronto porque tenía una imaginación bastante fría y porque sabía que la confidencia que acababa de hacerle no despertaba en él ninguna de esas imágenes que desasosiegan a los voluptuosos y porque, finalmente, no veía en esta seducción más que un hecho moral y social.

Puestos en pie habían caminado juntos por los verdes paseos del jardín. Él le decía que, por haber sufrido, la quería más todavía. Elodie no le pedía tanto; pero que lo quería como era, lo admiraba sobre todo a causa de los conocimientos artísticos que se dejaban notar en él.

Cuando salieron del jardín de Luxemburgo, encontraron algunas aglomeraciones en la calle de la Egalité y alrededor del Teatro de la Nación, sin que hubiese nada de particular en ello: desde hacía algunos días reinaba una gran agitación en el seno de las secciones más patrióticas; denunciándose a la facción de Orleans, a los cómplices de Brissot, que preparaban, según se decía, la ruina de París y la matanza de los republicanos. El mismo Gamelin había firmado, poco antes, la petición de la Comuna pidiendo la exclusión de los Veintiuno.

Cuando estaban a punto de pasar bajo el arco que unía el teatro con la casa colindante, tuvieron que abrirse paso a través de un grupo de ciudadanos vestidos con carmañola que estaban escuchando la arenga de un joven militar, con casco de piel de pantera y bello como el Amor de Praxíteles. Este encantador soldado acusaba al Amigo del pueblo de indolencia. Decía:

-¡Te estás durmiendo, Marat, y los federalistas esperan el momento oportuno para enjaularnos!

Nada más verlo, Elodie dijo precipitadamente:

-¡Vámonos, Evariste!

Según dijo, la muchedumbre le daba miedo y temía desvanecerse con tanto agobio.

Se despidieron en la plaza de la Nation jurándose amor eterno.

Aquella mañana, muy temprano, el ciudadano Brotteaux había regalado a la ciudadana Gamelin un magnífico capón. Hubiese sido por su parte cometer una imprudencia si le hubiese dicho cómo se lo había procurado: pues se lo había dado una dama de la Halle con quien trabajaba de secretario al final de la calle Eustache, y era sabido que las damas de la Halle albergaban sentimientos monárquicos y mantenían correspondencia con los emigrados. La ciudadana Gamelin había aceptado el capón de muy buena gana. Casi no se veían entonces tales ejemplares: los víveres se encarecían. El pueblo temía el hambre; los aristócratas, según se decía, la deseaban, los usureros la preparaban.

El ciudadano Brotteaux, que había sido invitado a degustar la parte de capón que le correspondía en el almuerzo de mediodía, aceptó gustoso la invitación y felicitó a su anfitriona por el buen olor a cocina que allí se respiraba. Y, en efecto, el taller del pintor olía a puchero.

-Sois muy amable, señor -le dijo la buena señora-. Con el fin de prepararos el estómago, he aviado un potaje con una corteza de tocino y un gran hueso de buey. No hay mejor aroma que la que da la médula.

-Esta máxima es encomiable, ciudadana -repuso el provecto Brotteaux-. Y haríais muy bien volviéndolo a poner mañana, pasado mañana y todo el resto de la semana para que perfume vuestra olla. La Sibila de Panzoust procedía igualmente: hacía un potaje de coles verdes con una corteza de tocino amarilla y un «savorados». Así llaman en su tierra, que es también la mía, al rico hueso medular que es tan sabroso. ,

-Esta señora de la que habláis, señor -inquirió la ciudadana Gamelin-, ¿no era un poco roñosa aprovechando durante tanto tiempo el mismo hueso?

-Tenía pocos medios -respondió Brotteaux-. Era pobre, aunque profetisa.

En ese momento entró Gamelin, muy conmovido por las declaraciones que acababa de escuchar y prometiéndose dar con el seductor de Elodie, y ello con el fin de vengarse y al mismo tiempo vengar a la República.

Tras haber intercambiado los saludos de rigor, el ciudadano Brotteaux retomó el hilo de su discurso:

-Es raro que los que se dedican a predecir el futuro se enriquezcan, la gente se percata rápidamente de sus artimañas. Su impostura los hace odiosos. Pero habría que detestarlos todavía más si verdaderamente predijeran el futuro. Pues la vida de un hombre se haría insoportable si supiese lo que le va a pasar. Descubriría males futuros que le haría sufrir de antemano, le impedirían disfrutar de los deleites actuales, sabiéndolos efímeros. La ignorancia es la condición necesaria para ir sobreviviendo y, afortunadamente, ésta está muy extendida. Ignoramos casi todo acerca de nosotros mismos; del prójimo, todo. La ignorancia nos procura tranquilidad; la mentira, felicidad.

La ciudadana Gamelin puso el potaje en la mesa, rezó el *Benedicite*, colocó en su sitio a su hijo y a su huésped y empezó a comer de pie, rechazando el sitio que el ciudadano Brotteaux le dejaba a su lado, pues sabía, según dijo, que su obligación era no sentarse.

Comment [Librodot8]:

Oración latina que se dice antes de las comidas y que empieza por esta palabra. Se opone a la «acción de gracias» que se reza al finalizar las comidas.

CAPÍTULO VI

Las diez de la mañana. Ni una pizca de aire. Corría el mes de julio más caluroso que se recordase. En la estrecha calle de Jerusalén, un centenar de ciudadanos de la sección hacía cola a la puerta de la panadería, bajo la vigilancia de cuatro guardias nacionales que, con el arma en descanso, fumaban en pipa.

La Convención nacional había decretado el *maximum*: acto seguido los granos y la harina habían desaparecido. Como los israelitas en el desierto, los parisinos se levantaban antes del amanecer si querían comer. Toda esa gente, apretados unos contra otros, hombres, mujeres, niños, bajo un sol de justicia que recalentaba la porquería de los arroyos y acentuaba el olor a sudor y a humanidad, se empujaba, se interpelaba, se miraba con todos los sentimientos que los seres humanos son capaces de sentir unos por otros: antipatía, asco, interés, deseo, indiferencia. Se sabía, por dolorosa experiencia, que no había pan para todo el mundo: por lo tanto, los recién llegados intentaban colarse, y los que perdían sitio se quejaban e irritaban protestando inútilmente porque se les reconocieran sus derechos conculcados. Las mujeres, codazo va, codazo viene, se mantenían en su sitio o conseguían uno mejor. Si el apretón llegaba a ser agobiante, se oían gritos de: «¡No empujen!» Y todos protestaban diciendo que habían sido empujados· Para evitar esos desórdenes, los comisarios delegados por la sección habían atado una cuerda a la puerta de la panadería con el fin de que la agarrasen uno tras otro; pero las manos que estaban demasiado cerca tropezaban entre sí para acabar en conflicto. Y aquel que la soltaba, nunca más conseguía retornarla. Los bromistas o los que estaban descontentos la cortaban, habiéndose acabado por suprimirla. Mientras duraba la cola, uno se ahogaba, se sentía morir, se gastaban bromas, se decían chistes verdes, se insultaba a los aristócratas y a los federalistas, causantes de todo el mal. Cuando pasaba un perro, los bromistas lo llamaban Pitt. A veces alguna ciudadana asestaba un gran bofetón en la mejilla de un insolente, mientras que, entre los apretujones del vecino, alguna que otra sirvienta suspiraba tiernamente. Ante cualquier palabra, gesto o actitud capaz de despertar el buen talante de los amables franceses, un grupo de jóvenes libertinos entonaba el Ça *ira*, pese a las protestas de un viejo jacobino que encontraba indignante que se mezclase un estribillo republicano con cosas que nada tenían que ver.

Comment [Librodot9]:

El *maximum* fue un edicto que fijaba el precio máximo de algunos productos alimenticios básicos: cereales, por ejemplo.

Comment [Librodot10]:

Hombre de estado británico, enemigo implacable de la Revolución, fue el organizador de tres expediciones contra la Francia revolucionaria de entonces.

Con su escalera bajo el brazo, un hombre puso unos carteles en los que se advertía que la Comuna racionaba la carne. Algunos transeúntes se detuvieron para leer el todavía pegajoso cartel. Una vendedora de coles, con su hacecillo a cuestas, dijo con voz ronca:

-¡Se acabaron aquellos hermosos bueyes! ¡Encojamos las tripas!

De pronto subió tal olor de las alcantarillas, que a algunos le dieron arcadas; una mujer se sintió tan mal que la llevaron a unos pasos de allí, y dos guardias nacionales la colocaron bajo una pompa. Había que taparse la nariz, el olor se hacía cada vez más fuerte, se cruzaban palabras, llenas de angustia y desesperación. Se pensaba si no se trataría de algún animal enterrado allí, o bien de un veneno colocado con malas intenciones, o más bien uno de los fusilados de septiembre noble o cura, que había sido olvidado en algún sótano del vecindario.

Comment [Librodot11]:

Entre el 2 y el 5 de septiembre fueron fusilados, por el pueblo de París y los piquetes de las secciones, una multitud de prisioneros políticos y de religiosos que no habían acatado el nuevo orden republicano, y ello como represalias contra la inminente invasión de las tropas prusianas.

-¿Los dejaron allí?

-¡Dejaron en todas partes!

-El dos, vi un montón de trescientos en el Pont au Change.

Los parisinos temían que, por venganza, los susodichos los envenenasen.

Evaristе Gamelin vino a hacer cola: quería evitarle a su anciana madre las incomodidades de una espera tan larga. Su vecino, el ciudadano Brotteaux, lo acompañaba, tranquilo, sonriente, con su Lucrecio en el bolsillo abierto de su levita de color pardo.

Comment [Librodot12]:

Se trata, naturalmente, de un ejemplar del *De rerum natura*, poema filosófico del autor latino Lucrecio (95-53 a.C).

El benevolente anciano alabó esta escena como si fuese una bambochada digna del pincel de un moderno Téniers.

-Esos mozos de cuerda y esas comadres -dijo- tienen más chispa que esos griegos y esos romanos que tanto gustan a nuestros pintores de ahora. Personalmente, he preferido siempre el estilo flamenco.

Lo que no decía, por sentido común y por tacto, era que había tenido una galería de cuadros holandeses que sólo se podía comparar a la del duque de Choiseul en el número de cuadros y de pinturas.

-Sólo lo antiguo es hermoso -respondió el pintor-, y lo que se inspira en ello: os concedo que las bombacha-das de Téniers, de Steen o de Ostade son mejores que las perendengas de Watteau, de Boucher o de Van Loo; en ellos la humanidad está avasallada, pero no envilecida como en los cuadros de un Baudouin o de un Fragonard.

Un vendedor de periódicos pasó pregonando:

-¡El Boletín del Tribunal revolucionario!... ¡La lista de los condenados!

-Un tribunal revolucionario no es suficiente -dijo Gamelin-. Se necesita uno en cada ciudad... ¿Qué digo?, en cada municipio. Es preciso que todos los padres de familia, que todos los ciudadanos se hagan jueces. Cuando la nación se encuentra amenazada por el cañón enemigo, a merced del puñal de los traidores, la indulgencia es parricida. ¿Qué? ¡Lyon, Marsella, Burdeos, sublevados; Córcega en rebelión; la Vendée ardiendo; Mayence y Valenciennes rendidas y en poder de la coalición; la traición en los campos, en las ciudades; la traición en los bancos de la Convención nacional; la traición paseándose entre los consejos de guerra de nuestros generales!... ¡Que la guillotina salve a la patria! -

-No tengo nada especial en contra de la guillotina -respondió el anciano Brotteaux-. La naturaleza, mi única dueña y mi única consejera, nunca se dignó a decirme que la vida de un hombre valiese demasiado; más bien al contrario, parece como si no valiese gran cosa; el fin del hombre tal vez sea el de convertirse en pasto para los que le siguen y así sucesivamente. El asesinato es un derecho natural; por consiguiente, la pena de muerte es legítima, a condición de que no se ejerza ni por virtud ni por justicia, sino por necesidad o para sacar

Librodot

algún provecho. Sin embargo, hace falta ser perverso, ya que me horroriza ver correr la sangre, y ello constituye una depravación que toda mi filosofía no ha conseguido nunca corregir.

-Los republicanos -prosiguió Evariste- son humanos y sensibles. Sólo los déspotas consideran que la pena de muerte es un atributo necesario para mantener el ejercicio de la autoridad. El pueblo soberano la suprimirá algún día. Robespierre, así como los demás patriotas, la han criticado duramente; una ley que la suprima hace falta ya. Pero no deberá aplicarse hasta que el último enemigo de la República haya sucumbido bajo el peso de la ley.

Gamelin y Brotteaux tenían ahora tras de sí a unos cuantos remolones, de entre los cuales, una mujer de la sección; otra, grande y guapa, que hacía calceta, con un pañuelo en la cabeza y almadreñas en los pies, un sable en bandolera, y una bonita rubia, desgreñada, y pañuelo muy arrugado, amén de una madre joven, delgada y pálida, que amamantaba a un niño de pecho canijo.

El niño, a falta de leche que poder succionar, gritaba, pero débilmente porque sus suspiros lo ahogaban. Asombrosamente pequeño, la tez pálida y turbia, con los ojos hinchados, estaba siendo contemplado solícitamente y con dolor por su madre.

-Es muy niño -dijo Gamelin volviéndose hacia el desafortunado infante, que gemía contra sus espaldas, y entre el agobio de los recién llegados.

-Tiene seis meses la criaturita. Su padre está en el frente: es de los que han empujado a los austriacos hacia Condé. Se llama Dumonteil (Michel), y de profesión dependiente en una tienda de paños. Se alistó en un recinto teatral que habían puesto delante del Ayuntamiento. El pobrecillo quería defender a su patria y conocer mundo... Me escribe diciéndome que tenga paciencia. Pero ¿cómo queréis que mantenga a Paul... (se llama Paul)... si no puedo mantenerme yo misma?

-¡Ay! -exclamó la guapísima rubia-, nos queda todavía una hora, y habrá que recomenzar esta tarde la misma ceremonia delante de la abacería. Corre peligro de muerte para el que tenga tres huevos y cuarterón de mantequilla.

-¡Mantequilla -dijo quejándose la ciudadana Dumonteil-, hace tres meses que no la veo!

Y el corro de mujeres se quejó de la escasez y del precio de los víveres, maldijo a los emigrados y solicitó la guillotina para los comisarios de las secciones que daban a las mujerzuelas, a cambio de abyectos favores, gallinas y panes de cuatro libras. Se contaron alarmantes historias de bueyes que habían sido ahogados en el Sena, de sacos de harina vaciados en las alcantarillas, de panes tirados en las letrinas... Eran los monárquicos, los partidarios de Rolland, de Brissot, que preparaban la exterminación del pueblo de París.

De pronto, la guapísima rubia, la del pañuelo arrugado, empezó a gritar como si se estuviese quemando, sacudiéndose la falda y palpándose los bolsillos, asegurando que le habían robado la faltriquera.

Alarmados por este hurto, los de a pie se indignaron, ellos que habían saqueado las mansiones del faubourg Saint-Germain e invadido las Tullerías sin llevarse nada, artesanos y amas de casa, que hubiesen quemado de buena gana el castillo de Versalles, pero que eran incapaces de robar un alfiler de la ropa. Los jóvenes desaprensivos se aventuraron a gastar algunas bromas acerca de lo que le había ocurrido a la muchacha, pero fueron acallados por el tumulto. Empezaba a hablarse de colgar de un farol al ladrón. Se hacían apresuradas encuestas bastante tendenciosas. La que estaba calcetando señalaba con el dedo a un anciano sospechoso de haber sido un fraile que había colgado los hábitos, y juraba que había sido «el capuchino» el que había jugado esa mala pasada. La muchedumbre, sin reparar en mientes, pidió su muerte a gritos.

El anciano, tan estrepitosamente denunciado delante de la vindicta pública, aguardaba modestamente delante del ciudadano Brotteaux. Tenía, para decir verdad, toda la pinta de ser un ex religioso. Su actitud era venerable, aunque algo perturbada por las molestias que le

causaban al pobre hombre las violencias de la muchedumbre y el recuerdo aún reciente de las jornadas de septiembre. El temor que se reflejaba en su rostro lo hacía sospechoso al populacho, que acepta de muy buen grado que sólo los culpables tienen miedo a ser juzgados por ella, como si la arrebatada precipitación con la que condenan no asustase hasta a los más inocentes.

Brotteaux tenía por norma no contrariar jamás a la masa, sobre todo cuando sus manifestaciones rozaban lo absurdo o lo feroz, «porque, decía, la voz del pueblo era la voz de Dios». Pero Brotteaux era inconsecuente declarando que este hombre, fuese capuchino o no, no había podido robar a la ciudadana, puesto que no se había acercado un solo momento a ella.

La muchedumbre concluyó que aquel que defendía al ladrón era su cómplice, y ahora se barajaba la posibilidad de castigar severamente a los dos malhechores, y, cuando Gamelin intervino en favor de Brotteaux, los más respetables propusieron llevarlo con los otros dos a la sección.

Pero, de repente, nuestra jacarandosa muchacha dijo haber encontrado la faltriquera. Entre abucheos y amenazas se pidió que la azotasen públicamente, como a una monja.

-Señor -le dijo el religioso a Brotteaux-, le agradezco que me hayáis defendido públicamente. No importa demasiado cómo me llamo, pero debo deciros mi nombre: Louis de Longuemare. Soy, efectivamente, un religioso, pero no un capuchino, como han creído esas mujeres. Tiene que haber de todo: soy un clérigo regular de la orden de los barnabitas, que ha dado innumerables doctores y muchos santos a la Iglesia. No basta con remontarse hasta su fundador: Carlos Borromeo; se debe considerar al apóstol San Pablo como a su verdadero fundador, que lleva el monograma en su escudo de armas. Tuve que abandonar el convento al haberse convertido en la sede de la sección del Pont-Neuf, por eso voy vestido de paisano.

-Padre -dijo Brotteaux-, vuestro hábito demuestra

claramente que no habéis renunciado a vuestra condición de religioso; viéndolo de cerca se podría pensar más bien que habéis reformado vuestra orden en lugar de haberla dejado: exponiéndoos, tranquilamente, con esa apariencia austera, a las injurias de un populacho impío.

-¡No puedo llevar en modo alguno -respondió el religioso- un traje azul como un bailarín!

-Padre, lo que os estoy diciendo acerca de vuestra vestimenta no es más que un cumplido y que intenta, además, preveniros contra el peligro que os amenaza.

-Señor, sería mejor, por el contrario, que me estimulaseis a confesar mi fe. Pues ya soy demasiado propenso a temer el peligro. Al no llevar ya los hábitos, cometo de alguna manera una apostasía. Me hubiese gustado, al menos, no tener que abandonar un convento en el que Dios me otorgó, durante tantos años, la gracia de llevar una vida tranquila. Me permitieron quedarme y me dieron una celda cuando la iglesia y el claustro se transformaron en una especie de ayuntamiento que ellos llaman sección. He visto, señor, cómo machacaban los emblemas de la santa verdad; he visto reemplazar el nombre del apóstol San Pablo por el gorro de un presidiario. A veces, incluso, he asistido a los conciliábulos de la sección, teniendo que oír errores de bulto. Finalmente tuve que dejar la profanada mansión para ir a vivir con una pensión de cien pistolas que me daba la Asamblea en una cuadra cuyos caballos habían sido destinados para uso del ejército. Allí oficio la misa delante de algunos fieles que vienen para testimoniar la eternidad de la Iglesia y de Jesús.

-Yo, padre -dijo el otro-, si queréis saberlo, me llamo Brotteaux y antaño fui «publicano».

-Señor -replicó el padre Longuemare-, ya sabía, por el ejemplo de San Mateo, que

Librodot

pueden esperarse buenas palabras de un «publicano».

-Padre, sois demasiado bueno.

-Ciudadano Brotteaux -dijo Gamelin-, admirad a ese buen pueblo más hambriento de justicia que de pan: todo el mundo estaba dispuesto a dejar el sitio para castigar al ladrón. Esos hombres, esas mujeres tan pobres, sometidos a tantas privaciones, son intachables y no toleran vilezas.

-Hay que estar de acuerdo -dijo Brotteaux- en que, llevados por un celo de colgar al ladrón, esas gentes hubieran prestado un flaco servicio a este buen religioso, a su defensor y al defensor de su defensor. Su avaricia y el apego egoísta que tienen a lo suyo, los pierde: el ladrón, al atacar a uno de ellos, amenazaba a los demás; al defenderlo, se preservaban... Por lo demás, es probable que la mayoría de esos jornaleros y de esas amas de casa sean probos y respetuosos del bien ajeno. Esos sentimientos les fueron inculcados desde la infancia por sus padres que, tantos azotes les dieron, que les inculcaron la virtud por el culo.

Gamelin no puso mucho empeño en disimularle al anciano Brotteaux el desagrado que tales consideraciones le producían, viniendo de un filósofo.

-La virtud -dijo- es natural en el hombre: Dios ha depositado el germen en el corazón de los mortales.

El viejo Brotteaux era ateo y se regocijaba de serlo por el provecho que le sacaba.

-Me doy cuenta, ciudadano Gamelin, que, siendo revolucionario en las cosas terrenales, sois conservador, diría incluso que reaccionario, para los asuntos celestiales. Robespierre y Marat lo son tanto como vos. Y encuentro verdaderamente extraño que los: franceses, que no soportan un rey mortal, se obstinen en conservar uno inmortal, mucho más tiránico y feroz. Pues ¿qué es la Bastilla, o la *chambre ardente* comparada con el infierno? ¡La humanidad copia sus dioses de sus tiranos, y vosotros, que rechazáis el original, guardáis la copia!

-¡Oh!, ¡ciudadano! -repuso Gamelin-, ¿no os avergüenza hablar así?, ¿pretendéis comparar las siniestras divinidades concebidas por la ignorancia y por el miedo con el Autor de la naturaleza? La creencia en un Dios bueno es necesaria a la moral. El Ser Supremo es la fuente de todas las virtudes, y no se es republicano si no se cree en Dios.

Comment [Librodot13]:

Bajo el Antiguo Régimen, tribunal especial encargado de juzgar las herejías o los delitos de envenenamiento, tan frecuente por entonces.

Robespierre lo sabía muy bien, por eso desalojó de la sala de los jacobinos el busto del filósofo Helvétius, causante de haber preparado a los franceses para la servidumbre al haberles enseñado el ateísmo... Confío, al menos, ciudadano Brotteaux, que, cuando la República haya instaurado el culto a la Razón, no rechacéis vuestra adhesión a una religión tan sabia.

-Me apasiono por la razón, no me fanatizo -respondió Brotteaux-. La razón nos conduce y nos ilumina; pero cuando hayáis hecho de ella una divinidad, os cegará y justificará vuestros crímenes.

Y Brotteuax siguió razonando, con los pies en el agua del arroyo, tal y conforme lo había venido haciendo en uno de esos sillones dorados del barón de Holbach, que, según su expresión, servían de fundamento a la filosofía natural:

-Jean-Jacques Rousseau dijo que no hay que negarle algunos dones, sobre todo en música; era un Juan Lanas que pretendía sacar su moral de la naturaleza, pero que en realidad la sacaba de los principios de Calvino. La naturaleza nos enseña a devorarnos con el ejemplo de todos los vicios y de todos los crímenes que el estado social corrige o disimula. Se debe amar la virtud; pero es bueno saber que es una simple disculpa concebida por los hombres para poder vivir juntos en paz y armonía. Lo que llamamos moral no es más que un simple remiendo para poder defendernos contra el orden universal, que es lucha, carnicería y juego feroz de fuerzas contrarias. Cuanto más lo pienso, mejor me doy cuenta de que el universo está enloquecido. Los teólogos y los filósofos, que han hecho de Dios el autor de la naturaleza

Comment [Librodot14]:

Rousseau llegó a París en 1742 para proponer a la Academia francesa un nuevo sistema de rotación musical que acababa de inventar... y, al final de su vida, podrá asegurar su maltrecha existencia transcribiendo partituras musicales.

y el arquitecto del universo, nos lo hacen ver absurdo y feroz. Dicen que es bueno, porque le temen, pero coinciden en afirmar que actúa de una manera atroz, concediéndole una malevolencia inusual en el hombre. Por eso mismo lo adoran en la tierra. Pues nuestra miserable raza no establecería cultos a unos dioses justos y misericordiosos de los que nada tendría que temer; sería inútil agradecérselo. Sin el purgatorio y el infierno, el bueno no sería más que un pobre diablo.

-Señor -dijo el padre Longuemare-, no habléis de la naturaleza; no sabéis lo que es.

-¡Por Dios! Lo sé tan bien como vos, padre.

-No podéis saberlo, puesto que no tenéis religión y sólo la religión nos enseña lo que es la naturaleza, lo que tiene de bueno y cómo ha sido corrompida. Por lo demás, no espere que le responda: Dios no me ha dado, para rebatir vuestros errores, ni un lenguaje apasionado, ni un carácter impulsivo. Con tales limitaciones, temo proporcionaros más de una ocasión para la blasfemia y el extremismo, y, aunque deseo serviros con todas las fuerzas de mi corazón, mi indiscreta caridad sólo me llevaría a...

Estas palabras fueron interrumpidas por un inmenso clamor que anunciaba, desde el comienzo de la fila, que la panadería abría sus puertas. Se empezaba a avanzar muy despacio. Un guardia nacional, que estaba de servicio, iba haciéndolos entrar uno a uno. Al panadero, a su mujer y a su hijo, les ayudaban en tales menesteres dos comisarios civiles que, con un brazalete tricolor en el brazo izquierdo, verificaban si el consumidor pertenecía a la sección, y sólo se le concedía la parte proporcional a las bocas que tenía que alimentar.

La búsqueda del placer era para Brotteaux la única meta de su vida, considerando que la razón y los sentidos, únicos jueces en ausencia de Dios, no podían otorgar otra cosa. Luego, encontrando en las palabras del pintor un exceso de fanatismo y en las del religioso un exceso de simpleza, este hombre sabio, con el fin de conformar su actuación con su doctrina por los tiempos que corrían, y hacer más llevadera la larga espera, sacó del bolsillo de su levita parda un Lucrecio, que constituía su mejor entretenimiento y la mayor de sus satisfacciones. Las pastas de marroquin rojo estaban dobladas por el uso y el ciudadano Brotteaux había borrado, por prudencia, el escudo de armas, los tres islotes de oro que su padre, médico de cabecera, había pagado al contado. Había abierto el libro por donde el filósofo, queriendo curar a los hombres de las penas del amor, sorprende a una mujer entre los brazos de sus sirvientas y, en tal estado, que cualquier amante se sentiría ofendido. El ciudadano Brotteaux leyó esos versos, sin quitar la mirada de la nuca de la encantadora vecinita que tenía al lado y sin dejar de respirar con voluptuosidad el suave aroma de su piel sudada. El poeta Lucrecio no tenía más que una virtud; su discípulo Brotteaux tenía varias.

Mientras estaba leyendo, daba dos pasos, cada cuarto de hora. Su oído, acariciado por las graves cadencias de la musa latina, permanecía ajeno al griterío de las comadres que se quejaban de la subida del pan, del azúcar, del café, de las velas y del jabón. Hasta que por fin llegó tranquilamente hasta el quicio de la panadería. Detrás de él, Evariste Gamelin veía por encima de su cabeza la espiga amarilla sobre la verja de hierro que cerraba la imposta.

Por fin entró en la tienda: las cestas, las casillas de las estanterías estaban vacías; el panadero le dio el único trozo que quedaba y que apenas pesaba dos libras. Evariste pagó y las puertas se cerraron tras él, por miedo a que el pueblo organizase un tumulto e invadiese la panadería. Pero no había por qué tener miedo: esas pobres gentes, acostumbradas a obedecer por sus antiguos opresores y por sus actuales libertadores, se marcharon agachando la cabeza y arrastrando los pies.

Cuando Gamelin dobló la esquina de la calle, se encontró con la ciudadana Dumonteil que estaba sentada sobre un mojón con su niño en brazos. Sin moverse, sin color, sin lágrimas, con la mirada perdida, el niño le chupaba el dedo ávidamente. Gamelin se quedó un momento parado delante de ella, tímido, inseguro; sin que ésta pareciese verlo.

Librodot

Después de dirigirle algunas palabras entre dientes, sacó el cuchillo del bolsillo, una faca con puño de cuerno, cortó el pan por la mitad y puso la otra parte sobre las rodillas de la joven madre, ante el asombro de ésta; pero cuando quiso darse cuenta Evariste ya había dado la vuelta a la esquina.

Ya en casa, Evariste encontró a su madre sentada a la ventana cosiendo medias. Le cogió la mano y le entregó tranquilamente el trozo de pan que le quedaba.

-Madre, tenéis que disculparme: estaba tan cansado de esperar, tenía tanto calor, que al volver me he ido comiendo a trocitos la otra mitad. Apenas si os queda la parte que os corresponde.

E hizo como si se sacudiese las migajas que tenía en la chaqueta.

CAPÍTULO VII

SIIRVIÉNDOSE de una antigua y popular manera de decir, la ciudadana Gamelin había pronosticado: «De lo que se come se cría.» Aquel día, el 13 de julio, madre e hijo se habían almorzado con unas gachas de castañas. Cuando estaban acabando esta austera comida, una señora abrió la puerta, inundando de repente el taller con su aroma y su resplandeciente belleza. Evariste reconoció en ella a la ciudadana Rochemaure. Creyendo que ésta se había equivocado de puerta y que más bien buscaba al ciudadano Brotteaux, su amigo de antaño, pensó en indicarle el camino que la llevase hasta el desván del susodicho, evitando así que una mujer distinguida tuviese que subir por unas escalerillas; pero resultó que era a Evariste Gamelin a quien buscaba, pues dijo que estaba encantada de verlo y, si fuere menester, prestarle ayuda.

Ambos se conocían desde hacía tiempo, habiéndose visto ya en varias ocasiones: en el taller de David, en una tribuna de la Asamblea, en el Club de los jacobinos, en casa del dueño del restaurante Nénua. Evariste le atraía por su belleza, su juventud y por su interesante aspecto.

La ciudadana Rochemaure llevaba peluca, se había pintado algún que otro lunar, perfumado con almizcle, ataviado con un sombrero que tenía tantas cintas como una flauta que recordase a un emisario en misión especial. Esos violentos artificios de la moda ponían al descubierto la prisa que se tiene por vivir en esos días terribles de porvenir incierto. Su vestido de grandes solapas y mucho vuelo, brillantes botones de acero, era rojo como la sangre, y no se sabía muy bien, dado que se mostraba a la vez aristócrata y revolucionaria, si llevaba los colores de las víctimas o los del verdugo. Un joven militar, un dragón, la acompañaba.

Guapa, alta, de exuberante pechera, con un bastón de nácar en la mano, fue dando la vuelta al taller y, acercándose los quevedos de oro a los ojos, presa de admiración por la belleza del artista, alabando para ser alabada, fue examinando los lienzos del pintor, sonriente, complacida.

-¿Qué cuadro es ese -preguntó la ciudadana- tan noble y tan tierno, con una hermosa muchacha al lado de un joven enfermo?

Evariste le dijo que representaba a un *Orestes atendido por su hermana Electra*, y que, si hubiese podido acabarlo, tal vez fuese el menos malo de sus lienzos.

-El asunto está sacado -añadió- del *Orestes* de Eurípedes. Había leído, en una traducción bastante antigua de esta tragedia, una escena que me había entusiasmado: aquella en la que la joven Electra, incorporando a su hermano sobre el lecho dolorido, enjuga el espumarajo que le sale por la boca, le quita el pelo que le tapa los ojos y le pide que escuche lo que va a

decirle en el silencio de las furias... Leyendo y releyendo esta traducción, sentí como si una niebla espesa que me tapase las formas griegas me impidiese discernir. Me imaginaba el texto griego más tenso y rico en matices. Deseoso de poderme hacer una idea exacta al respecto, le fui a pedir al señor Gail, entonces profesor de griego en el Collége de Francia (era en el 91), que me explicase esta escena palabra por palabra. Hizo como le pedí y pude darme cuenta de que los antiguos son mucho más sencillos y accesibles de lo que uno se imagina. Así pues, Electra le dice a Orestes: «Querido hermano, ¡cuán contenta estuve mientras dormías! ¿Quieres que te ayude a levantarte?» Y Orestes responde: «Sí, ayúdame, cógeme y limpia esos espumarajos que tengo alrededor de la boca y quítame esas legañas de los ojos. Pon tu pecho sobre el mío y quítame el pelo de la cara: me está tapando los ojos...» Dichoso y feliz con poesía tan fresca y vigorosa, con esas expresiones tan candorosas y ladinas, me puse a bosquejar el cuadro que estáis viendo, ciudadana.

El pintor, que, normalmente, hablaba tan discretamente de sus obras, se deshacía en elogios esta vez. Envalentonado por el ademán que le hizo la ciudadana Rochemaure con los quevedos, prosiguió:

-Hennequin ha pintado como nadie los furores de Orestes. Pero Orestes nos conmueve todavía más cuando está triste que cuando está furioso. ¡Curioso destino el suyo! El amor filial y la obediencia le han llevado a cometer ese crimen que los dioses sabrán perdonarle, pero que los hombres no olvidarán jamás. Para vengar a la justicia ultrajada ha sabido renunciar a la naturaleza, hacerse inhumano, arrancarse las entrañas. Su orgullo permanece intacto a pesar de tan horrible y singular fechoría... Eso es lo que yo hubiese querido plasmar con los dos hermanos.

-Eso es admirable... Y Orestes se os parece, ciudadano Gamelin.

-Quizá -dijo el pintor sonriendo gravemente.

Gamelin la invitó a sentarse. El joven dragón permaneció de pie a su lado, con la mano puesta sobre el respaldo de la silla. Con lo cual se veía que la Revolución empezaba a dar frutos, pues, en el Antiguo Régimen, un hombre no hubiese puesto jamás un dedo en el asiento en que se encontraba una dama. Aquellas normas de urbanidad, bastante duras por cierto, consideraban que cierta retención en el trato en sociedad avivan el deseo del abandono en secreto y que, para perder el respeto, era preciso tenerlo.

Louise Maschée de Rochemaure, hija de un lugarteniente de las cacerías reales, viuda de un procurador y, durante veinte años, fiel amiga del financiero Brotteaux des Ilettes, se había adherido a los nuevos principios. Se la había visto, en julio de 1870, labrando la tierra en el Champ de Mars. Su clara simpatía por las potencias la había llevado de los monárquicos constitucionales a los girondinos y a los montañeros, mientras que un cierto sentido de la conciliación, un ferviente deseo de integración y cierto gusto por la intriga, la mantenían todavía del lado de los aristócratas y de los contrarrevolucionarios. Era una persona muy conocida, asidua a los merenderos, teatros, casas de moda, garitos, salones, despachos de periódicos, antecámaras de comités. La Revolución le proporcionaba entretenimientos, distracciones, sonrisas, alegrías, negocios, un sinfín de beneficios. Urdía intrigas políticas y galantes, tocaba el arpa, pintaba paisajes, cantaba romances, ejecutaba bailes griegos, daba de cenar muy tarde, recibía mujeres encantadoras, tales como la condesa de Beaufort y la actriz Descoings, y con la mesa puesta durante toda la noche, sin que faltasen los juegos de azar, aún le quedaba tiempo para acordarse de sus amigos. Curiosa, activa, intrigante, frívola, su conocimiento de los hombres sólo se podía comparar a su desconocimiento del populacho, igualmente indiferente a las opiniones que compartía como a las que rechazaba, sin comprender absolutamente nada de lo que estaba sucediendo en Francia, se mostraba diligente y enérgica, pues ignoraba el peligro y tenía plena confianza en sus encantos personales yen su ilimitado poder de seducción.

El militar que la acompañaba estaba en la flor de la juventud. Llevaba un casco de cobre guarnecido con piel de pantera, cuya cresta adornada con felpilla color punzó, sombreaba su cabeza de querubín, dejando caer sobre sus espaldas, largas y magníficas

crines. Una chaqueta roja, bastante corta, dejaba el talle completamente al descubierto. El enorme sable, con la empuñadura en forma de pico de águila, brillaba como los chorrillos. Un pantalón estrecho, de color azul claro, ceñía los músculos elegantes de las piernas, y unas trencillas de color azul oscuro diseñaban ricos arabescos en los muslos. Parecía un bailarín ataviado para hacer un papel marcial y galante en *Aquiles en Eskiros* o en las *Bodas de Alejandro,* que un discípulo de David hubiese dibujado con minuciosidad extrema.

Gamelin recordaba vagamente haberlo visto antes. Se trataba, efectivamente, del militar que, quince días atrás, se estaba dirigiendo al pueblo desde las galerías del Teatro de la Nación.

La ciudadana Rochemaure lo presentó así:

-El ciudadano Henry, miembro del Comité revolucionario de la sección de los Derechos del Hombre.

Siempre lo tenía pegado a sus faldas, era algo así como un espejo donde se refleja el amor y constituía un certificado vivo de civismo.

La ciudadana felicitó a Gamelin por sus dotes y le preguntó si querría diseñar una tarjeta para una sombrerera amiga suya. Tendría que ser un motivo apropiado: una mujer probándose un chal delante de un espejo o una joven obrera llevando bajo el brazo una caja de sombreros.

Le habían hablado, para llevar a cabo un trabajo de este tipo, de Fragonard hijo, del joven Ducis y también de un tal Prudhomme; pero ella prefería hablar primero con el ciudadano Evariste Gamelin. Sin embargo, no precisó nada al respecto, y se tenía la impresión de que había sacado el tema con el único fin de entrar en conversación. Y, efectivamente, había venido para otra cosa. Quería pedirle un gran favor al ciudadano Evariste: sabiendo que conocía al ciudadano Marat, había venido para que la introdujese en casa del Amigo del pueblo, pues quería entrevistarse con él.

Gamelin respondió que él no era quién para presentarla a Marat, y que, por lo demás, no hacían falta presentaciones: Marat, aunque ciertamente estaba muy ocupado, no por ello era el hombre invisible que se decía por ahí.

Y Gamelin añadió:

-Os recibirá, ciudadana, si estáis en apuros; su gran corazón le hace acercarse al infortunio y apiadarse de todos los sufrimientos. Os recibirá si tenéis que comunicarle algo relacionado con la paz y el bienestar social: se ha consagrado en cuerpo y alma a desenmascarar a los traidores.

La ciudadana Rochemaure respondió que sería muy de su agrado poder saludar al ilustre Marat, que tanto había hecho por el bien del país, y que podía hacer más todavía, pero que desearía poder poner en contacto a ese legislador con algunos hombres bien intencionados, unos filántropos que la fortuna había favorecido y que estaban en condiciones de proporcionarle los medios necesarios que le permitiesen satisfacer su ardiente amor por la humanidad.

-Es conveniente -añadió- que los ricos colaboren en pro del bienestar público.

En realidad, la ciudadana había prometido al banquero Morhardt organizarle una cena con Marat.

Morhardt, suizo como el Amigo del pueblo, se había conchabado con algunos miembros de la Convención, Julien (de Toulouse), Delaunay (de Angers) y el ex capuchino Chabot para especular con las acciones de la Compañía de Indias. El juego, muy simple, consistía en dejar caer en picado esas acciones a seiscientas cincuenta libras mediante expoliaciones, todo ello con el fin de poder comprar el mayor número posible a dicho precio, subiéndolas después a cuatro o cinco mil libras por medio de mociones tranquilizadoras. Pero Chabot, Julien, Delaunay estaban callados. Se sospechaba de Lacroix, de Fabre d'Eglantine e incluso de Danton. El gran especulador, el barón de Batz, buscaba nuevos cómplices en la Convención y aconsejaba al banquero Morhardt para que fuese a ver a Marat.

Librodot

Estas secretas intenciones de los especuladores contra-revolucionarios no eran tan extrañas como pueden parecer en un primer momento. Toda esa gente trataba por todos los medios de estar a bien con los poderosos del momento y, por su popularidad, por su pluma, por su carácter, Marat era una ganga. Los girondinos desaparecían poco a poco; los dantonistas, fuertemente sacudidos por la tempestad, ya no gobernaban. Robespierre, el ídolo del pueblo, era tan tremendamente íntegro y escrupuloso que no permitía que se le acercasen. Convenía, pues, ir embaucando a Marat, asegurándose su anuencia para el día que fuese dictador, y todo hacía pensar que lo sería: su popularidad, su ambición, su prisa por recomendar los golpes de efecto. Y, quizá, Marat, algún día, por qué no, fuese capaz de restablecer el orden, las finanzas, la prosperidad. Ya en varias ocasiones había parado en seco a los que presumían de patriotismo; desde hacía algún tiempo condenaba por igual a demagogos y moderados. Después de haber alentado al pueblo para que colgase a los acaparadores, tras haber entrado a saco en sus dependencias, pedía ahora calma y prudencia a los ciudadanos; haciéndose así un hombre apto para llegar a ocupar el poder.

A pesar de los chismes y rumores de que eran objeto tanto él como los otros miembros de la Revolución, esos difamadores sabían muy bien que no era corruptible, aunque no ignoraban que era vanidoso y crédulo: razón por la cual esperaban ganárselo mediante alabanzas y familiaridad en el trato, que ellos consideraban como la mejor manera de seducirlo. Esperaban con ello poder jugar con dos barajas a la hora de comprar y vender valores, poniéndolo al servicio de sus intereses como si se tratase de actuar en aras del bien público.

Muy alcahueta, a pesar de estar todavía en condiciones de poder amar, la ciudadana Rochemaure quería reunir a toda costa al legislador con el banquero. Su descabellada imaginación le hacía concebir a aquel hombre cuyas manos estaban todavía ensangrentadas con los asesinatos de septiembre, entrando a formar parte ahora del partido financiero que ella subvencionaba, comprometiéndose hasta el cuello con ese mundo de acaparadores, prestamistas, emisarios del extranjero, de corruptos y mujeres de vida alegre que ella tanto codiciaba.

Volvió a insistir para que el ciudadano Gamelin la condujese hasta la casa del Amigo del pueblo, que vivía bastante cerca de allí, en la calle de Cordeliers, cerca de la iglesia. Después de algunas reticencias, el pintor se rindió a las súplicas de la ciudadana.

El dragón Henry, que fue invitado a seguirlos, rechazó alegando que quería ser libre y poder guardar así las distancias, incluso con respecto a Marat, que, sin duda, había hecho mucho por la República, pero que ahora pecaba de tibio: ¿no era él quien había aconsejado, en su manifiesto, la resignación al pueblo de París?

Y el joven Henry, con voz melodiosa, entre suspiros, deploró que la República hubiese sido traicionada incluso por aquellos en los que el pueblo había depositado su confianza: Danton el primero, por haber rechazado la idea de un impuesto sobre la riqueza, Robespierre, por haberse opuesto a la permanencia de las secciones, Marat, por cuyos consejos pusilánimes los ciudadanos habían frenado su ímpetu.

-¡Oh! -exclamó-. ¡Cuánta tibieza la de esos hombres si se les compara con Leclerc y Jacques Roux!... ¡Roux! ¡Leclerc! ¡Esos sí que son los verdaderos amigos del pueblo!

Gamelin, que había ido a la habitación de al lado para ponerse su traje de patriota, no oyó afortunadamente unas palabras que, con toda seguridad, le hubiesen indignado.

-Debéis de estar orgullosa de vuestro hijo -dijo la ciudadana Rochemaure a la ciudadana Gamelin-. Tiene un gran talento y mucho carácter.

La viuda madre se conformó con dar por toda respuesta un buen testimonio de su hijo, evitando presumir demasiado delante de una señora de alto copete, ya que había aprendido desde su más tierna infancia que el primer deber de los pobres es el de mostrarse humildes delante de los ricos. Siempre dispuesta a quejarse, sin que pueda decirse que le faltaban motivos para ello, conseguía cierto alivio lamentándose delante de los que ella consideraba

Librodot

que podían aliviarla, y la señora Rochemaure le parecía ser de aquéllos. Por lo tanto, viendo que el momento era propicio, habló sin descanso de las calamidades de que eran objeto madre e hijo, diciendo que estaban muriéndose de hambre. No se vendía ni un cuadro: la Revolución había estrangulado los negocios... Los alimentos estaban por las nubes.

Y la buena señora soltaba queja tras queja con toda la fuerza que sus débiles labios y espesa lengua le permitían. Y ello con el fin de haberse despachado a gusto antes de que su hijo volviese, pues ya sabía que el orgullo de éste se lo impediría. Trataba por todos los medios de conmover, en el menor tiempo posible, a una dama que ella consideraba pudiente y rica, haciendo que se interesase por su hijo. Parecíale que la belleza de Evariste le ayudaría a conmover a una señora de tan rancio abolengo.

Efectivamente, la ciudadana Rochemaure hizo ademán de conmoverse tratando de aliviar las penas y los sufrimientos de la madre y del hijo: trataría de que algunos de sus adinerados amigos comprasen los lienzos del pintor.

-Pues -dijo sonriendo-, todavía queda dinero en Francia, pero está escondido.

Mejor aún: puesto que el arte no se cotizaba, trataría de emplear a Evariste en casa de Morhardt o en casa de los hermanos Perregaux, tal vez pudiese colocarlo de empleado en el abastecimiento del ejército.

Más tarde se dio cuenta de que no era eso lo que mejor convenía a un hombre con tal carácter; y, después de pensarlo, dijo que ya estaba.

-Todavía quedan por nombrar varios miembros en el Tribunal revolucionario. Miembro jurado, magistrado, eso es lo que le conviene a vuestro hijo. Tengo buenas relaciones con algunos miembros del Comité de salvación pública: conozco al mayor de los Robespierre; su hermano cena muy a menudo en casa. Les hablaré. Buscaré apoyos en Montané, Dumas, Fouquier.

La ciudadana Gamelin, conmovida y agradecida, puso el dedo a la boca: Evariste volvía al taller.

Ambos bajaron por una escalera sombría en cuyos peldaños de madera la suciedad se había alojado desde hacía tiempo.

En el Pont-Neuf, un sol poniente, bastante bajo, alargaba la sombra del pedestal que había alojado la estatua del Caballo de Bronce y que ahora lucía los colores nacionales, y en donde una multitud de hombres y de mujeres del pueblo escuchaban, en pequeños grupos, a unos ciudadanos hablando en voz baja. La muchedumbre, consternada, guardaba un silencio interrumpido sólo de vez en cuando por algunos quejidos o gritos de cólera. Muchos se dirigían rápidamente hacia la calle de Thionville, antes calle Dauphine; Gamelin, que se había deslizado en uno de esos grupos, oyó decir que Marat había sido asesinado.

Poco a poco la noticia acabó por precisarse y por confirmarse: lo habían asesinado en la bañera, había sido una mujer que había venido expresamente de Caen para cometer el crimen.

Algunos creían que se había escapado; pero la mayoría decía que la habían detenido.

Todos estaban allí, sin moverse, como un rebaño sin pastor.

Meditando así:

-¡Marat, sensible, humano, bienhechor. Marat ya no está ahí para guiarnos; él que no se había equivocado nunca, que adivinaba todo, que se atrevía a denunciarlo todo!... ¿Qué hacer?, ¿cómo actuar? Hemos perdido a nuestro consejero, a nuestro defensor, a nuestro amigo -todos sabían de dónde venían los tiros, y quién había manipulado el brazo de esa mujer. Y se decían lamentándose:

-Marat ha sido abatido por manos criminales que quieren exterminarnos. Su muerte es el inicio de la matanza de todos los patriotas.

Cada uno contaba, de muy diversa manera, los pormenores de una muerte tan trágica, haciéndose toda clase de preguntas sobre las últimas palabras pronunciadas por la víctima y acerca de la identidad de su asesino, sabiéndose solamente que se trataba de una mujer joven

pagada por los federalistas. Las ciudadanas, afilándose las uñas y mostrando los dientes, consideraban la guillotina demasiado suave, exigían para ese monstruo castigos más duros aún: el látigo, la rueda, el descuartizamiento, llegando a imaginar, incluso, nuevas torturas.

Unos guardias nacionales en armas arrastraban hasta la sección a un hombre de aspecto firme y decidido. Tenía la ropa hecha pedazos y el rostro ensangrentado. Lo habían sorprendido diciendo que la culpa era del propio Marat por haber fomentado el saqueo y el asesinato. A punto estuvo de vérselas con el populacho enfurecido de no haber estado allí los milicianos para impedirlo. A su paso se le señalaba con el dedo amenazándolo de muerte por complicidad con el asesino.

A Gamelin le embargaba el dolor. Con lágrimas en los ojos se sentía desgarrado entre su amor filial y su ardor patriótico cuando pensaba:

-Después de Le Peltier, después de Bourdon, ¡Marat!... Ya sé lo que les espera a los patriotas: asesinados en el Champ de Mars, en Nancy, en París, acabarán todos por perecer -y se acordaba del traidor Wimpfer que, recientemente, marchando a la cabeza de una horda de sesenta mil monárquicos sobre París, hubiese prendido fuego y ensangrentado a la ciudad heroica y condenada, si no hubiese sido detenido en Vernon por los patriotas leales.

¡Y qué de peligros todavía, qué de proyectos criminales, qué de traiciones que ya nunca más podrán ser desveladas por la previsión de Marat! ¿Quién puede permitirse denunciar ahora a un Custine ocioso en el bando de César y empeñado en no desbloquear Valenciennes, a un Biron inactivo en la Basse-Vendée, dejándose arrebatar Saumur y asediar Nantes, y Dilon traicionando a la patria en la Argonne?

Sin embargo, a su alrededor, por momentos, un siniestro clamor amenazante profería a gritos:

-¡Marat ha muerto, lo han matado los aristócratas!

Cuando, transido de dolor, de odio y de amor, se disponía a rendirle un último homenaje al mártir de la libertad, una vieja campesina que llevaba la cofia lemosina se le acercó para preguntarle si ese señor Marat, que había sido asesinado, no era el señor cura Mara, de Saint-Pierre-de-Queyroix.

CAPÍTULO VIII

LA víspera de la fiesta, en uno de esos atardeceres tranquilos y claros, Elodie, agarrada del brazo de Evariste, se paseaba por el campo de la Federación. Unos obreros estaban terminando de construir columnas, estatuas, templos, una montaña, un altar. Algunos símbolos gigantescos, el Hércules popular blandiendo su clava, la Naturaleza abrevando al universo de sus senos inagotables, se estaban levantando de repente en la capital asediada por el hambre, por el terror, a la espera de saber si los cañones austriacos no asomaban por la carretera de Meaux. La Vendée se recuperaba de su derrota frente a Nantes mediante audaces victorias. Un cerco de hierro, de llamas y de odio rodeaba a la gran ciudad revolucionaria. Y, sin embargo, ésta recibía con magnificencia, como la soberana de un gran imperio, a los diputados de las asambleas primarias que habían acatado la constitución. El federalismo había sido vencido: la República una, indivisible, vencería a todos sus enemigos.

Extendiendo sus brazos por encima de la populosa llanura:

-Fue allí -dijo Evariste- donde el 17 de julio del 91, el infame Bailly hizo fusilar al pueblo al pie del altar de la patria. El granadero Passavant, testigo de la matanza, al volver a casa, desgarró su uniforme y dijo: «He jurado morir con la libertad; ésta se ha acabado: muero.» Y se saltó la tapa de los sesos.

Sin embargo, los artistas y los burgueses tranquilos parábanse para examinar los preparativos de la fiesta; sobre sus rostros se dibujaba un amor hacia la vida tan taciturno

como la vida misma: los mayores acontecimientos, al entrar en su ánimo, se empequeñecían, haciéndose tan insípidos como ellos. Cada pareja tenía en brazos, llevaba de la mano o corriendo delante de ellos a unos chiquillos que no eran más hermosos que ellos y no parecía que llegasen a ser más felices, pero que seguramente darían al mundo otros niños igualmente mediocres en alegría y belleza. De vez en cuando se veía a una hermosa muchacha que inspiraba a los jóvenes un generoso deseo, y, a los viejos, la nostalgia de una vida apacible.

Cerca de la Escuela militar, Evariste mostró a Elodie unas estatuas egipcias diseñadas por David según unos modelos romanos de la época de Augusto. Entonces oyeron a un viejo parisino empolvado gritando:

-¡Parece como si estuviéramos en las orillas del Nilo!

Durante los tres días que Elodie no había visto a su amigo, habían tenido lugar graves sucesos en el *Amour peintre.* El ciudadano Blaise había sido denunciado al Comité de seguridad general por fraudes en los suministros. Por suerte, el vendedor de láminas era conocido en la sección: el Comité de vigilancia de la sección de piques había garantizado su civismo delante del Comité de seguridad general, habiéndolo plenamente respaldado.

Después de haber hablado, con emoción, de este acontecimiento, Elodie añadió:

-Ahora podemos estar tranquilos, pero la alerta ha sido angustiosa. Faltó un pelo para que mi padre no fuese a la cárcel. Si el peligro hubiese durado más, os hubiese pedido, Evariste, que intercedieseis por él ante vuestras influyentes amistades.

Evariste no contestó. Elodie estaba muy lejos de sospechar el alcance de tan hondo silencio.

Se fueron, mano sobre mano, dando un paseo por las orillas del Sena. E iban expresándose un mutuo afecto sirviéndose del lenguaje de Julie y de Saint-Preux: el bueno de Jean-Jacques les proporcionaba los medios de pintar y adornar este amor.

La municipalidad había realizado ese prodigio que consiste en hacer reinar por un día la abundancia dentro de una ciudad hambrienta. Había una feria en la plaza de los Inválidos, al lado del río: los feriantes vendían, en sus casetas, salchichones, salchichas y demás especies de embutidos, jamones cubiertos de laurel, pasteles de Nanterre, alajús, filloas, panes de cuatro libras, vino y gaseosa. Había también casetas en donde se vendían canciones patrióticas, escarapelas, cintas tricolores, bolsos, cadenas de latón y todo tipo de quincalla. Habiéndose detenido delante del humilde puesto de un joyero, Evariste escogió una sortija de plata que tenía en relieve la cabeza de Marat con un pañuelo alrededor. Y se la puso a Elodie en el dedo.

Aquella tarde, Gamelin se encaminó en dirección de la calle del Arbre-Sec, a casa de la ciudadana Rochemaure, que lo había requerido para un asunto apremiante. Y la encontró recostada, en su alcoba, encima de una mecedora, ricamente ataviada con atuendos muy caseros.

Esta voluptuosa languidez por parte de la ciudadana hablaba por sí sola de sus hechizos, de sus juegos, de su ingenio: el arpa cerca del clavicordio entreabierto, una guitarra en el sillón, un bastidor con una tela de raso; en la mesa, una miniatura esbozada, papeles, libros; una biblioteca patas arriba, como si una mano ávida por saber la hubiese desordenado. Le tendió la mano para que se la besase y le dijo:

-¡Salud, ciudadano jurado!... Hoy mismo, el mayor de los Robespierre me ha entregado una carta para vos que habéis de entregar al presidente Herman, una carta muy bien escrita, que dice mas o menos: «Os señalo al ciudadano Gamelin dados sus talentos y su patriotismo. Me creo en el deber de recomendaros a un patriota con principios y de intachable conducta revolucionaria. No desperdiciéis la ocasión de poder ayudar a un republicano...» Sin perder tiempo he entregado esta carta al presidente Herman, quien me ha recibido exquisitamente y ha firmado inmediatamente vuestro nombramiento. Ya está hecho.

Gamelin, después de un momento de silencio, repuso:

-Ciudadana, a pesar de que no tengo un trozo de pan que poder llevar a la boca de mi pobre madre, juro por mi honor que acepto mis funciones de miembro jurado con la única

Librodot

finalidad de poder servir a la República y vengarla de todos sus enemigos.

La ciudadana juzgó frío el agradecimiento y severo el cumplido. Le pareció que a Gamelin le faltaba una chispa de gracia. Pero como era una enamorada de la juventud, supo perdonarle esa falta de refinamiento. Gamelin era guapo: podía dar juego. «Lo refinaremos», pensó. Acabando por invitarlo a que viniese a cenar a su casa ya bien entrada la noche, en las veladas que daba a los invitados, después del teatro.

-En casa encontraréis gente ingeniosa y sagaz: Elleviou, Talma, el ciudadano Vigée, maravilloso poeta que hace versos como nadie. El ciudadano François nos ha leído su *Paméla*, que se representa actualmente en el Teatro de la Nación. Tiene un estilo elegante y puro, como todo lo que sale de su pluma. La pieza es conmovedora: nos ha hecho llorar. La joven Lange interpretará el papel de Pamela.

-Me remito a vuestras palabras, ciudadana -replicó Gamelin-. Pero el Teatro Nacional es poco nacional. Y es un fastidio que el ciudadano François tenga que representar en el mismo sitio en el que se oyeron los miserables versos de Laya: no se ha olvidado el escándalo de *L'Ami des Lois*...

-Ciudadano Gamelin, olvidaos de Laya: no lo considero amigo mío.

No era por pura bondad por lo que la ciudadana había desplegado tantos esfuerzos para promocionar la figura de Gamelin en un puesto tan importante: después de lo que había hecho y de lo que cabía esperar que hiciese todavía por él, esperaba poder ganárselo con el fin de asegurarse un apoyo en caso de que tuviese líos con la justicia, pues, dado que mandaba muchas cartas al extranjero, y que ese tipo de correspondencia despertaba sospechas, habría de necesitarlo.

-¿Vais a menudo al teatro, ciudadano?

En ese preciso momento, el dragón Henry, de una belleza comparable a la del niño Bathylle, entró en la habitación. Llevaba dos enormes pistolas en el cinturón.

Tras besar la mano de la ciudadana, ésta le dijo:

-Aquí tenéis al ciudadano Evariste Gamelin que ha sido la causa de que haya pasado el día entero en el Comité de seguridad general y que no parece estarme muy agradecido. Reprendedlo.

-¡Ah! ciudadana -exclamó el militar-, acabáis de ver a nuestros legisladores en las Tullerías. ¡Qué triste espectáculo! ¿Hay derecho a que los representantes de un pueblo libre se reúnan en el sitio que antes presidía la tiranía? Las lámparas que hace poco presidían los complots de Capet y las orgías de Antoinette iluminan hoy las veladas de nuestros legisladores. Eso clama al cielo.

-Amigo mío, felicitad al ciudadano Gamelin; ha sido designado miembro jurado del Tribunal revolucionario.

-¡Enhorabuena, ciudadano! -dijo Henry-. Me alegra ver a un hombre de tu talento acceder a dicho cargo. Pero, la verdad sea dicha, tengo poca confianza en esa justicia metódica, creada por los moderados de la Convención en esa Némesis bonachona que contemporiza con los traidores, apenas si se atreve a castigar a los federalistas y teme sentar a la Austriaca en el banquillo. No, no creo que el Tribunal revolucionario salve a la República. ¡Buena parte de culpa la tienen aquellos que, en una situación tan desesperada como la nuestra, detienen el ímpetu de la justicia popular!

-Henry -dijo la ciudadana Rochemaure-, alcanzame ese frasco...

Al volver a casa, Gamelin encontró a su madre y al anciano Brotteaux echando la partida en medio de la humareda que despedía una candela. La ciudadana anunciaba sin sonrojarse: «Escalerilla al rey.»

Al enterarse de que su hijo era miembro jurado, lo abrazó efusivamente, y pensó que tanto para uno como para otro se debía considerar como un gran honor que se les hacía, por lo que, desde ahora en adelante, los dos podrían comer todos los días.

-Estoy contenta y orgullosa de ser la madre de un miembro del Tribunal -dijo-. La justicia es una cosa muy hermosa, y muy necesaria; sin justicia, los débiles serían pisoteados a

Comment [Librodot15]:

Jean-Louis Laya, escritor francés (1761-1833). En 1793 su pieza *L 'Ami des Lois* ataca directamente a los jacobinos: durante su representación en el Teatro de la Nación tuvieron lugar graves incidentes. Los moderados se habían dado cita allí para mofarse de Robespierre a través del personaje de «Nomophage».

cada momento. Y creo que mi Evariste juzgara bien, pues, desde muy niño, ya eras justo y condescendiente en todo lo que hacías. No soportabas la arbitrariedad, oponiéndote con todas tus fuerzas a la violencia. Te compadecías de los pobres desgraciados y esa es la mejor cualidad que un juez puede tener... Pero, dime, Evariste, ¿cómo vais vestidos en ese gran Tribunal?

Gamelin le dijo que los jueces llevaban un sombrero con plumas negras, pero que el resto de los miembros no tenían uniforme, que iban vestidos normalmente.

-Sería mejor -respondió la ciudadana- que llevasen toga y peluca: así parecerían más respetables. Aunque no pones demasiado esmero en vestirte, la ropa te sienta bien; sin embargo, la mayoría de los hombres necesita de algún adorno para parecer dignos: sería mejor que llevaseis toga y peluca.

Habiendo oído que los que forman parte de un tribunal podían vivir más o menos holgadamente, no necesitó preguntar cuánto ganaban, ya que, en buena lógica, un tal cargo debía permitir estar a la altura de las circunstancias.

Le habían dicho, para satisfacción suya, que a los miembros del Tribunal se les gratificaba con una suma de dieciocho libras por juicio y que, dado el alto número de crímenes contra la seguridad del Estado que tenían que juzgar, ello les obligaría a reunirse muy a menudo.

El anciano Brotteaux recogió las cartas, se levantó y dijo a Gamelin:

-Ciudadano, habéis sido nombrado para un cargo venerable y temerario. Me alegro de que podáis contribuir con los destellos de luz que irradia vuestra conciencia a defender la causa de un tribunal menos malo que los otros, dado que éste busca el bien y el mal, no ya en sí mismo y en esencia, sino con relación a intereses tangibles y a sentimientos manifiestos. Deberéis pronunciaros entre el odio y el amor, cosa que se hace espontáneamente, y no entre la verdad y el error, cuya dilucidación le resulta imposible al nimio conocimiento humano. Al juzgar según las leyes del corazón, no hay riesgo de equivocarse, ya que el veredicto será bueno con tal que satisfaga las pasiones que os sirven de sagrado principio. Pero, da igual, si yo fuese vuestro presidente, haría como Bridoie: que decidan los dados. En cuestiones de justicia, eso es lo más seguro.

CAPÍTULO IX

EVARISTE Gamelin tenía que entrar en funciones el 14 de septiembre, en el momento de la reorganización del Tribunal, dividido desde ahora en adelante en cuatro secciones, con quince miembros en cada una. las cárceles rebosaban; el fiscal trabajaba dieciocho horas al día. A la derrota de los ejércitos, a las rebeliones de las provincias, a las conspiraciones, a los complots, a las traiciones, la Convención oponía el terror. Los dioses tenían sed.

Antes de nada, lo que hizo el recién nombrado miembro del Tribunal fue ir a visitar al presidente Herman, cuya amenidad en el trato y en la conversación le entusiasmaron. Compatriota y amigo de Robespierre, cuyos sentimientos compartía, era de buen corazón y practicaba la virtud. Estaba completamente impregnado de todos esos sentimientos humanos de que habitualmente carecen los jueces y que habían hecho la reputación y el renombre de un Duparty y de un Beccaria. Se alegró mucho de que se hubiesen suavizado, en el terreno judicial, la practica y supresión de la tortura así como la de castigos infames y crueles. Le alegraba sobremanera que la pena de muerte, antaño tan alabada para castigar pequeños delitos, fuese ahora menos corriente y se reservase sólo para los grandes delitos. Tanto él como Robespierre la hubiesen abolido, salvo en aquellos casos en que estaba en juego la seguridad pública. Pues consideraba una traición al Estado no castigar con pena de muerte los crímenes cometidos contra la soberanía nacional.

Todos sus colegas pensaban lo mismo: la vieja idea monárquica de la razón de Estado seguía inspirando al Tribunal revolucionario. Ocho siglos de poder absoluto había influido sobremanera en los magistrados, y en nombre del principio de derecho divino, se seguía juzgando a los enemigos de la libertad.

Evariste Gamelin visitó también ese mismo día al fiscal, al ciudadano Fouquier, que lo recibió en el despacho en el que estaba trabajando con su escribano forense. Era aquél un hombre robusto, de voz ruda, con ojos de gato, de tez cetrina a causa de haber llevado una existencia recluida y sedentaria, tan nefasta para los hombres de esta constitución física. Los expedientes que tenía a su alrededor lo emparedaban como los muros de un sepulcro y, a todas luces, parecía encontrarse a gusto en medio de aquel montón de papeles que parecían asfixiarle. Hablaba como un magistrado laborioso, muy pendiente de lo que tenía que hacer y sin extralimitarse en sus funciones. Su ardoroso aliento olía al aguardiente que tomaba para aguantar su labor diaria, sin que por ello se pudiese decir que se le subiese a la cabeza, pues nunca ningún despropósito alteró su mediocre medianía.

Vivía en un apartamentito de la Audiencia con su joven esposa y los dos gemelos que ésta le había dado. Esta joven esposa, la tía Henriette y la criada Pélagie completaban el hogar. El se mostraba bueno y bondadoso para con ellas. En una palabra, se trataba de un hombre excelente en cuestiones de familia y de profesión, sin muchas ideas y sin ninguna imaginación.

Gamelin no pudo disimular el asombro que le proporcionaba el parecido que tenían estos nuevos magistrados con aquéllos del Antiguo Régimen. Y es que en realidad, Herman había ejercido como abogado general en el consejo de Artois; Fouquier era un antiguo fiscal de Chatelet. Ambos habían conservado el carácter. Pero Gamelin creía en la palingenesia revolucionaria.

Tras atravesar la galería de la Audiencia se detuvo delante de esas tiendas que suelen mostrar tan artísticamente toda clase de objetos. Hojeó, en el puesto de la ciudadana Ténot, tratados históricos, políticos y filosóficos: *Las cadenas de la esclavitud; Ensayo sobre el despotismo; Los crímenes de las reinas.* «¡Albricias! -se dijo para sí-, ¡al menos son escritos republicanos!», y preguntó en la librería si esos libros solían venderse. La señora sacudió la cabeza:

-No se venden más que canciones y novelas. Y sacando un volumen pequeñito de un cajón:

-He aquí -añadió- algo muy bueno.

Evariste leyó el título: *La Religiosa en camisa.*

Delante de la tienda de al lado se encontró con Philippe Desmahis que, dicharachero y cariñoso en medio de los perfumes, los polvos y las bolsitas de la ciudadana Saint-Jorre, ofrecíale amor y prometía hacerle un retrato a cambio de una cita en el jardín de las Tullerías por la noche. La persuasión brotaba de sus labios y corría por sus ojos. La ciudadana Saint-Jorre lo escuchaba en silencio y, dispuesta a seguirle, bajaba los ojos.

Para familiarizarse con la terrible labor que le esperaba, el recién nombrado quiso asistir, mezclado con el público, a una sentencia del Tribunal. Subió por la escalera donde un pueblo inmenso estaba sentado como en un anfiteatro y entró en la antigua sala del Parlamento de París.

El público se apiñaba para ver juzgar a un general. Pues, como decía el viejo Brotteaux, «la Convención, siguiendo el ejemplo del gobierno de su Majestad británica, sometía a juicio a los generales vencidos, a falta de poder hacerlo con los generales traidores, los cuales no daban oportunidad para que se les juzgase. Y no era porque -añadía Brotteaux- un general vencido fuese necesariamente criminal, ya que, de cualquiera de las maneras, siempre tiene que haber vencidos en toda batalla; sino porque no hay nada como condenar a muerte a un general para poder así alentar a los otros...».

Ya se habían sentado unos cuantos en el banquillo de los acusados, unos cuantos de esos generalotes casquivanos y testarudos, cabezas de chorlito. Este, por ejemplo, sabía tanto

Librodot

acerca de los asedios y las batallas que había librado como los magistrados que lo juzgaban: la acusación y la defensa se perdían en los efectivos, los objetivos, las municiones, las marchas y las contra-marchas. La inmensa mayoría de los ciudadanos que seguía esos debates oscuros e interminables veía detrás de ese militar imbécil a la patria entregada y deshecha, acosada por doquier; y, con la mirada y la palabra, instaban a los jueces, tranquilos en su sitio, para que dictasen su veredicto con contundencia y en contra de los enemigos de la República.

Evariste lo sabía muy bien: ese miserable debía servir de ejemplo y escarmiento contra las dos plagas que padecían: la rebelión y la derrota. ¿Habría que cuestionarse, precisamente ahora, si ese militar era culpable o inocente? En un momento en que la Vendée tomaba nuevo impulso, Toulon se entregaba al enemigo, el ejército del Rin retrocedía frente a los vencedores de Mayence, el ejército del norte, de retirada en el campo de César, podía ser aniquilado en un santiamén por los Imperiales, los ingleses, los holandeses, dueños de Valenciennes... Lo que importaba era enseñar a los generales a vencer o a morir. Al ver a ese borrachín achacoso y aturdido perdiéndose, durante la audiencia, como se había perdido antaño en las llanuras del norte, Gamelin, para no tener que gritar a coro con el público «¡A muerte!», salió precipitadamente de la sala.

En la asamblea de la sección, el recién investido fue felicitado por el presidente Olivier, quien le obligó a jurar delante del viejo altar de los barnabitas, transformado ahora en altar de la patria, en nombre de la sacrosanta humanidad, que descartaría cualquier debilidad que fuese incompatible con su deber sagrado.

Gamelin, mano en alto, puso por testigo de su juramento los manes de Marat, mártir de la libertad, cuyo busto acababa de ser puesto sobre un pilar de la sacristía, frente al busto de Le Peltier.

Se oyeron algunos aplausos sin que faltasen murmullos. La asamblea estaba agitada. En la entrada de la nave, un grupo de la sección, armado con picas, vociferaba.

-Es antirrepublicano -dijo el presidente- llevar armas en una reunión de hombres libres.

Y ordenó depositar inmediatamente los fusiles y las picas en la ex sacristía.

Un jorobado, de mirada despierta y labios carnosos, el ciudadano Beauvisage, del Comité de vigilancia, subió a lo que antes era el púlpito y ahora una tribuna con gorro frigio incluido.

-Los generales nos traicionan -dijo-, dejando nuestros ejércitos a merced del enemigo. Los Imperiales envían destacamentos de caballería a Perona y a San Quintín, y se ha dejado Toulon en manos de los ingleses, que han desembarcado con catorce mil hombres. Los enemigos de la República conspiran en el seno mismo de la Convención. En la capital, los complots proliferan con objeto de liberar a la Austriaca. En este preciso instante, corren rumores acerca de la evasión de Capet, hijo, que se ha escapado del Templo y lo llevan, como a un héroe, hasta Saint-Cloud; pretendiendo con ello restaurar el trono del tirano. La carestía de la vida, la devaluación de los billetes son consecuencia de maniobras tramadas entre los nuestros, ante nuestros ojos, por los agentes del extranjero. En nombre de la salvación pública, insto al ciudadano recientemente designado para que sea implacable con los conspiradores y con los traidores.

Mientras bajaba de la tribuna, oíanse voces desde la asamblea: «¡Abajo el Tribunal revolucionario! ¡Abajo los moderados!»

Gordito y sonrosado, el ciudadano Dupont el viejo, de profesión carpintero en la plaza de Thionville, subió a la tribuna, deseoso, decía, de plantearle una pregunta al recientemente designado. Y preguntó a Gamelin qué actitud tomaría en el asunto de los Brissotins y en el de la viuda Capet.

Evariste era tímido y se expresaba mal en público. Pero su indignación le dio fuerzas para que se levantase y dijese con voz ronca:

-Soy magistrado. No respondo mas que en conciencia. Cualquier promesa que os hiciese sería contraria a mi deber. Estoy obligado a hablar en el Tribunal y guardar silencio en las

demás circunstancias. Ya no conozco a nadie. Soy juez: no sé de amigos ni de enemigos.

La asamblea, diversa, insegura y dividida, como todas las asambleas, asintió. Pero el ciudadano Dupont, el mayor, volvió a la carga; no podía perdonarle a Gamelin que ocupase un puesto que había deseado para sí.

-Comprendo -dijo-, apruebo incluso, los escrúpulos del ciudadano aquí presente. Se le considera patriota: le corresponde saber si su conciencia le permite formar parte de un tribunal destinado a destruir a los enemigos de la República y en realidad los encubre. Hay complicidades que todo buen ciudadano debe rechazar. ¿No se ha probado en varias ocasiones que algunos miembros de este tribunal se han dejado corromper por el oro de los acusados, y que el presidente Montané ha falsificado documentos con el fin de salvar a la hija de Corday?

Tras esas palabras, la sala prorrumpió en aplausos desaforados. Las últimas rafagas llegaban hasta el techo cuando Fortuné Trubert subió a la tribuna. Éste había adelgazado mucho estos últimos meses. En medio de una extraordinaria palidez, unos pómulos rojizos le sobresalían de la cara; tras la rojez de sus párpados se escondían unas pupilas viscosas.

-Ciudadanos -dijo, con voz débil y algo temblorosa, extrañamente penetrante-; no se puede sospechar del Tribunal revolucionario sin sospechar también de la Convención y del Comité de salvación pública del cual depende. El ciudadano Beauvisage nos ha alarmado mostrandonos cómo el presidente Montané ha manipulado el proceso en beneficio de un culpable. ¿Por qué no ha añadido, para tranquilidad nuestra, que, mediante denuncia interpuesta por el fiscal, Montané ha sido destituido y encarcelado?... ¿No se puede garantizar la seguridad pública sin levantar sospechas continuamente? ¿Es que no quedan ya ninguno de los valores ni ninguna virtud en la Convención? ¿Robespierre, Couthon, Saint-Just han dejado de ser dignos de crédito? ¡Es escalofriante ver cómo las palabras más duras son aquellas que pronuncian individuos que no se han caracterizado precisamente por su ardor en defender a la República! No lo harían mejor si quisiesen desprestigiarla. Ciudadanos, ¡menos ruido y más eficacia! Salvaremos Francia con cañones, no con charlatanería. La mitad de los sótanos de la sección no han sido registrados todavía. Varios ciudadanos guardan aún considerables cantidades de bronce. Les recordamos a los ricos que los dones patrióticos son para ellos la mejor garantía. Dejo bajo vuestra benévola protección a las mujeres y a las hijas de los soldados que se cubren de gloria en la frontera y en el Loire. Uno de ellos, el húsar Pommier (Augustin), antiguo aprendiz de somierero, en la calle de Jerusalén, el día 10 del mes pasado, delante de Condé, cuando iba a dar de beber a unos caballos, fue asaltado por seis caballeros austriacos: mató a dos e hizo prisioneros a los otros. Pido que la sección declare que Pommier (Augustin) ha cumplido con su deber.

Este discurso fue muy aplaudido e hizo que los miembros de la sección se separasen a los gritos de: «¡Viva la República!»

A solas, en la nave, con Trubert, Gamelin le estrechó la mano:

-Gracias. ¿Cómo estas?

-¡Yo, muy bien, muy bien! -respondió Trubert, que tenía hipo y había escupido sangre en el pañuelo-. La República tiene muchos enemigos dentro y fuera; y nuestra sección cuenta, por otra parte, con un gran número de ellos. No serán las palabras sino las espadas y las leyes las que funden un imperio... Buenas noches, Gamelin: tengo que escribir algunas cartas.

Y se marchó, con el pañuelo pegado a los labios, a la antigua sacristía.

La madre de Gamelin, con su escarapela ya mejor ajustada a la cofia, había adoptado, de la noche a la mañana, un aire burgués, un orgullo republicano y el porte que correspondía a la madre de un miembro del Tribunal. El respeto a la justicia, en el cual había sido criada, la admiración que, desde la infancia, le inspiraban la toga y la sotana, el santo terror que le infundían esos hombres a quienes Dios les había delegado en la tierra el derecho a la vida y la muerte, esos sentimientos, la volvían augusta, venerable, y hacían un santo de ese hijo que hasta hace poco ella consideraba aún un niño. En su sencillez, concebía la continuidad de la justicia a través de la Revolución tan intensamente como los legisladores de la Convención concebían la continuidad del Estado en la mutación de los regímenes, y el Tribunal

Librodot

revolucionario le parecía igual en dignidad a todas las antiguas jurisdicciones que le habían enseñado a reverenciar.

El ciudadano Brotteaux sentía por el joven magistrado un interés teñido de sorpresa y una deferencia bastante forzada. Al igual que la ciudadana Gamelin, consideraba la continuidad de la justicia a través de los regímenes; pero, contrariamente a esta dama, despreciaba a los tribunales revolucionarios de la misma manera que a los tribunales del Antiguo Régimen. No atreviéndose a expresar abiertamente su pensamiento; y no estando dispuesto a callarse, se movía en medio de tales paradojas que, a Gamelin, le costaba mucho trabajo llegar a sospecharlo de incivismo.

-El augusto Tribunal en el que muy pronto os vais a sentar -llegó a decirle una vez- ha sido instituido por el Senado francés para salvar a la República; y seguramente constituyó un acierto, por parte de nuestros legisladores, el dotar de jueces a sus enemigos. Hay en ello mucha generosidad, pero la medida es poco política. Hubiese sido mas astuto, me parece, haber reducido sigilosamente a los irreconciliables y haberse ganado a los otros mediante dones o promesas. Un Tribunal juzga con lentitud y asusta más de lo que castiga: es, ante todo, ejemplar. El inconveniente que veo en el vuestro es que reconcilia a todos los que asusta, acabando por movilizar contra él una gran fracción de intereses y pasiones que desembocarán en una acción común y potente. Sembráis el miedo: y el miedo crea mas héroes que el valor; ¡ojalá, ciudadano Gamelin, no tengáis que véroslas algún día con los prodigios del miedo!

El grabador Desmahis, enamorado, aquella semana, de una muchacha del Palacio-Igualdad, Flora la morena, altísima, había encontrado cinco minutos para felicitar a su camarada y decirle que con tal nombramiento las bellas artes se sentían profundamente honradas.

La misma Elodie, muy a su pesar, pues detestaba todo lo que oliese a revolucionario, y considerando las funciones públicas como el mayor y más poderoso rival a la hora de disputarse un amante, la tierna Elodie era sensible al ascenso de un magistrado que habría de pronunciarse en cuestiones de suma importancia. Por lo demás, el nombramiento de Evariste tenía felices repercusiones en su entorno: el ciudadano Jean Blaise vino al taller de la plaza de Thionville para abrazar al recién nombrado, en medio de grandes demostraciones de ternura muy masculina.

Como todos los contrarrevolucionarios, sentía mucho respeto por los poderes de la República, y, desde que había sido denunciado por fraude en el abastecimiento del ejército, el Tribunal revolucionario le inspiraba un miedo lleno de respeto. Viéndose un personaje demasiado comprometido y temiendo por su seguridad, le parecía que había que intentar ganarse a Gamelin como fuese. En fin, había que ser buen ciudadano y respetar las leyes.

Estrechó la mano del pintor, se mostró cordial y patriota, favorable a las artes y a la libertad. Gamelin, generoso, apretó magnánimamente esa mano.

-Ciudadano Evariste Gamelin -dijo Jean Blaise-, necesito que me echéis una mano. Os propongo que vengáis mañana conmigo para pasar cuarenta y ocho horas en el campo: allí podréis pintar mientras nosotros hablamos.

Varias veces por año, Jean Blaise realizaba una pequeña excursión campestre de dos o tres días acompañado por pintores que confeccionaban, por indicación suya, ruinas y paisajes. Su habilidad le permitía captar aquello que podría interesar al público. De esas excursiones se traía unos cuantos esbozos que, tras ser artísticamente perfilados en el taller, se convertían en láminas grabadas a la sanguina o en colores, sacándoles un muy sustancioso provecho. A partir de esos croquis, confeccionaba también dinteles y entreventanas cuya venta superaba la de los trabajos decorativos de Hubert Robert.

Esta vez, Blaise quería llevarse con él al ciudadano Gamelin para que esbozase fábricas del natural, y es que su nueva condición de miembro del Tribunal lo había realzado a los ojos de aquél. Otros dos artistas formaban parte también: el grabador Desmahis, que dibujaba bien, y el oscuro Philippe Dubois, que seguía muy de cerca el estilo de Robert. Según costumbre, la

ciudadana Elodie, con su compañera la ciudadana Hasard, acompañaría a los artistas. Jean Blaise, que sabía conjugar sus intereses con sus distracciones, había invitado también a la ciudadana Thévenin, actriz de vodevil, y que estaba considerada como su inseparable compañera.

CAPÍTULO X

EL sábado, a las siete de la mañana, el ciudadano Blai se, provisto de bicorne, de chaleco escarlata, de botas amarillas con vuelta, estaba llamando con su fusta a la puerta del taller. La ciudadana Gamelin estaba conversando tranquilamente con el ciudadano Brotteaux, mientras que Evariste se estaba haciendo el nudo de la corbata delante de un trozo de espejo.

-¡Buen viaje, señor Blaise! -dijo la ciudadana-. Pero, puesto que vais a pintar paisajes, llevaos al señor Brotteaux, que pinta también.

-¡Pues bien! -dijo Jean Blaise-, ciudadano Brotteaux, venid con nosotros.

Después de haberse asegurado de que no estorbaría, Brotteaux, sociable y amigo de las diversiones, accedió.

La ciudadana Elodie había subido los cuatro pisos para poder abrazar a la ciudadana Gamelin, a la cual llamaba mamaíta. Iba completamente vestida de blanco y olía a lavanda.

Una vieja berlina de viaje, de dos caballos, con la capota hacia atrás, estaba esperándoles en la plaza. Rose Thévenin y Julienne Hasar estaban sentadas detrás. Elodie instó a la comediante para que se sentase a la derecha, sentándose ella a la izquierda, y puso a la delgada Juliana entre las dos. Brotteaux se sentó detrás, frente a la ciudadana Thévenin; Philippe Dubois, frente a la ciudadana Hasard; Evariste, frente a Elodie. Por su parte, Philippe Desmahis se puso delante, a la izquierda del cochero, sacando su pecho de atleta y contándole, para asombro de aquél, que en cierto país de América, los árboles tenían embutidos y salchichas.

El ciudadano Blaise, excelente jinete, hizo el camino a caballo, y fue delante para evitar el polvo que levantaba la berlina.

Ya en marcha, y una vez atravesados suburbios y arrabales, los viajeros iban olvidándose de sus penas. La vista de los campos, de los árboles, del cielo, les procuraba un agradable bienestar. Elodie se imaginaba haber nacido para criar gallinas junto a un Evariste ejerciendo como juez de paz en un pueblecito, al lado de un río, junto a un bosque. Los olmos del camino iban huyendo a su paso. A la entrada de los pueblos, los mastines perseguían al carromato y ladraban tras las patas de los caballos, mientras que un gran podenco acostado en medio de la calzada se levantaba de mala gana; las gallinas revoloteaban y atravesaban la carretera en desbandada; las ocas, en perfecto orden, iban alejándose lentamente. Los niños, entarquinados, miraban pasar a los viajeros. Era una calida mañana y el cielo estaba resplandeciente. La tierra agrietada esperaba lluvia. Pusieron pie en tierra cerca de Villejuif. Mientras cruzaban el pueblo, Desmahis entró en una frutería para comprar cerezas con el fin de refrescar a las ciudadanas. La vendedora era hermosa: Desmahis tardaba en volver, Philippe Dubois lo llamó por el mote que sus amigos le daban normalmente:

-¡He! ¡Barbarroja!... ¡Barbarroja!

Tan execrable apodo hizo que muchos transeúntes afinasen el oído y que otros se asomasen a las ventanas. Y, cuando vieron salir de la frutería a un hombre joven y guapo, con la chaqueta desabrochada y el vaivén en el pecho que tenía la chorrera, llevando a hombros un cesto de cerezas y la ropa en la punta del bastón, lo tomaron por un girondino proscrito. Entonces, unos *sans-culottes* lo atraparon por la fuerza y lo hubiesen llevado a la municipalidad a pesar de sus airadas protestas si, el viejo Brotteaux, Gamelin y las tres señoras no hubiesen declarado que el ciudadano se llamaba Philippe Desmahis, que hacía

grabados en dulce y que era bien jacobino. Fue necesario, sin embargo, que mostrase su carta de civismo, la cual, por casualidad, llevaba consigo, pues era muy poco precavido en ese tipo de cosas. Así consiguió escaparse de entre las manos de los pueblerinos patriotas, no habiendo perdido mas que uno de sus manguitos de encaje, que se lo habían arrancado; pero la pérdida fue poca cosa. Recibiendo, incluso, las excusas de los guardias nacionales que más lo habían acosado y pretendido llevar a cuestas hasta la municipalidad.

Libre ya, rodeado de las ciudadanas Elodie, Rose y Julienne, Desmahis, que no apreciaba demasiado a Philippe Dubois, y lo acusaba de perfidia, le sonrió amargamente diciéndole con arrogancia:

-Dubois, si me vuelves a llamar Barbarroja, te llamaré Brissot; se trata de un hombrecete rechoncho y ridículo, con el pelo graso, la piel aceitosa, las manos viscosas. Todo el mundo creerá que eres el infame Brissot, el enemigo del pueblo; y los republicanos, aterrorizados al verte, te colgaran en el primer farol que encuentren... ¿Comprendes?

El ciudadano Blaise, que acababa de dar de beber al caballo, aseguró que había arreglado el asunto, aunque a todos les pareció que la cosa se había arreglado sin él.

Todos volvieron al coche. En el camino, Desmahis le dijo al cochero que hacía ya algún tiempo que unos cuantos habitantes de la luna habían venido a parar a la llanura de Longjumeau y que, dados la forma y el color, se asemejaban a una rana, pero que eran mucho más grandes. Philippe Dubois y Gamelin hablaban de arte. Dubois, discípulo de Regnault, había ido a Roma. Había visto las tapicerías de Raphaél, considerándolas muy superiores a cualquier obra maestra. Admiraba los tonos de Corrége, el ingenio de Annibal Carrache y el trazado de Dominiquin, pero no encontraba nada comparable, en cuanto a estilo, a los cuadros de Pompeio Battoni. En Roma, había frecuentado al señor Ménageot y a la señora Lebrun, habiéndose ambos confesado antirrevolucionarios: por lo que no quería hablar de ellos. Pero alababa a Angélique Kauffmann, que tenía un gusto muy depurado y era buena conocedora de lo antiguo.

Gamelin deploraba que al apogeo de la pintura francesa, tan tardía, puesto que sólo databa de la época de Lesueur, de Claude y de Poussin, y correspondía a la decadencia de las escuelas italiana y flamenca, hubiese sucedido un declive tan profundo y tan rápido. Le echaba las culpas a las costumbres y a la Academia, que era su máxima expresión. Pero, por fortuna, la Academia acababa de ser suprimida, y, bajo la influencia de los nuevos principios, David y su escuela profesaban un arte digno y a la altura de un pueblo libre. Entre los jóvenes pintores, Gamelin ponía en primer plano a Hennequin y Topino-Lebrun. Philippe Dubois prefería a Regnault, su maestro, a David, y tenía puestas sus esperanzas en el joven Gérard.

Elodie felicitaba a la ciudadana Thévenin por su toca de terciopelo rojo y su vestido blanco. Y la actriz se deshacía en cumplidos con respecto a los tocados de sus dos compañeras, pero les señalaba que, a su parecer, estarían todavía mejor si llevasen menos adornos.

-Nunca se es lo suficientemente sencilla a la hora de vestirse -decía-. Eso lo aprendemos en el teatro, donde se nos enseña que el vestido debe dejar ver todos los movimientos. En eso consiste la belleza, lo demás sobra.

-Decís bien, querida -respondió Elodie-. Pero nada es tan caro como vestirse con sencillez. Y no es por falta de gusto por lo que nos ponemos de vez en cuando perendengues; todo es cuestión de dinero.

Después hablaron con mucho interés de la moda de otoño, faldas estrechas, tallas cortas.

-¡Hay tantas mujeres que se afean por querer seguir la moda! -dijo la Thévenin-. Habría que vestirse con un poco de tacto.

-Sólo las telas enrolladas alrededor del cuerpo sientan bien -dijo Gamelin-. Todo lo que se corta y se cose es espantoso.

Ese tipo de consideraciones, mas propias de un libro de Winckelmann que de un

hombre que se dirige a unas parisinas, cayeron en saco roto y provocaron una repulsa unánime.

-Para este invierno se fabrican -dijo Elodie- unos abrigos acolchados a lo japonés, en tafetán y en siciliana, y unas levitas a la Zulima, de talle redondo, que se cierran con chaleco a la turca.

-Son unos gabanes miserables -dijo la Thévenin-. Se venden ya hechos. Conozco a una modistilla que trabaja como los ángeles y que cobra muy barato: os la recomendaré, querida.

Y las palabras volaban, fútiles y apretadas, extendiendo, ' desenrollando finos tejidos, tafetán rayado, pequín liso, tejido siciliano, gasa, nanquín.

Mientras escuchaba, venían a la memoria del anciano Brotteaux viejos recuerdos teñidos de una voluptuosidad melancólica y que recuerdan a esas flores que, tras marchitarse, vuelven a florecer con energía renovada. De la mirada de esas tres mujeres su vista pasaba insensiblemente de los ancianos a las amapolas, y sus ojos se llenaban de lagrimas no exentas de gozo.

A eso de las nueve llegaron a Orangis y se detuvieron en la posada de la Cloche, donde el matrimonio Poitrine daba albergue a jinetes y a caballos. El ciudadano Blaise, después de haberse refrescado, se puso a disposición de las ciudadanas. Tras haber encargado el almuerzo, cogieron sus cartapacios, sus caballetes y sus sombrillas, y, ayudados por un mozo del pueblo, fueron dando un paseo por los campos, alla donde confluyen el Orge y la Yvette, en plena llanura de Longjumeau, bordeada por el Sena y los bosques de Sainte-Geneviéve.

Jean Blaise, que dirigía a la artística compañía, bromeaba a tontas y a locas con el ex financiero acerca de Verboquet le Généreux, Catherine Cuissot la vendedora, las señoritas Cahudron, el brujo Galichet y las más recientes figuras dé Cadet-Rousselle y la señora Angot.

Evariste, de repente fascinado por el trabajo que llevaban a cabo los segadores, hizo un canto de la naturaleza y, con lágrimas en los ojos, soñó con una humanidad reconciliada. Desmahis soplaba en las cabelleras de las ciudadanas unos granitos de diente de león. Como a las tres les gustaban los ramilletes, se hicieron manojos de gordolobo, cuyas flores se apiñan como espigas alrededor del tallo, llevándose igualmente haces de campanulas escalonadas de color lila pálido, de yezgo, de menta, de gualda, de milenrama, de toda la flora campestre del verano que empezaba. Y, como Jean-Jacques había puesto de moda la botánica entre las muchachas de la ciudad, las tres sabían los nombres de las flores y su significado amoroso. Como las delicadas corolas se empezaban pronto a marchitar por el calor, comenzaron a deshojarse cayendo en fina lluvia hasta sus pies, y Elodie suspiró:

-¡Qué pronto se marchitan las flores!

Todos se pusieron manos a la obra esforzándose por representar a la naturaleza tal y conforme la veían; pero cada cual seguía a su maestro. En un abrir y cerrar de ojos, Philippe Dubois hubiese sido capaz de farfullar una mujer abandonada, unos cuantos árboles derribados, o un seco riachuelo a la manera de Hubert-Robert. Evariste Gamelin revivía los paisajes de Poussin en las orillas de la Yvette. Philippe Desmahis, delante de un palomar, hacía suyos los métodos picarescos de Callot y de Duplessis. El anciano Brotteaux, que pretendía imitar a los pintores flamencos, dibujaba cuidadosamente a una vaca. Elodie esbozaba una choza, y su amiga Julienne, que era hija de un tintorero, le preparaba la paleta. A su vera, unos niños observaban cómo pintaba. Como le hacían sombra, les pedía que se apartasen, dándoles pellizcos y llamándoles moscardones. Y la ciudadana Thévenin, cuando había alguno que le gustaba, lo lavaba, lo abrazaba y le ponía flores en el pelo. Como no había tenido la suerte de ser madre, solía acariciarlos con dulce melancolía, y también para adornarse con tal noble sentimiento, al mismo tiempo que demostraba sus dotes de organizadora.

La única que ni pintaba ni dibujaba era ella. Representar un papel y sobre todo gustar, la ocupaban por completo. Con su libreta en la mano, iba de allá para acá, adorable, inquieta.

«Sin color, sin voz, incorpórea», decían las otras mujeres, y ella llenaba el espacio de movimiento, de color y de armonía. Marchita, bonita, cansina, incansable, era el deleite del viaje. Su desigual estado de animo no le impedía que estuviese siempre contenta, susceptible, irritable y, sin embargo, fácilmente asequible, algo lenguaraz, sin dejar de ser cortés, casquivana, modesta, auténtica, falsa, deliciosa, si Rose Thévenin no triunfaba, si no llegaba a ser diosa, era porque los tiempos no le eran propicios y porque no había ya en París ni altares ni incienso para las Gracias. La ciudadana Blaise, que cuando hablaba de ella hacía muecas y la llamaba su «suegra», no podía evitar cierto sobrecogimiento cuando la veía.

Era como si se representasen *Les Visitandines* en Feydeau; y Rose estaba encantada con el papel que le había tocado jugar. Buscaba lo natural, lo perseguía, lo encontraba.

-¿No podremos ver a Pamela? -preguntó el elato Desmahis.

El Teatro de la Nación estaba clausurado y los comediantes habían sido enviados a las Madelonnetes y a Pélagie.

-¿A eso llaman libertad? -profirió la Thévenin poniendo el grito en el cielo.

-Los actores del Teatro Nacional son unos aristócratas -dijo Gamelin-, y la pieza del ciudadano François invita a echar de menos los privilegios de la nobleza.

-Señores -dijo la Thévenin-, ¿sólo sois capaces de oír a los que os adulan?...

Hacia mediodía, como todos sentían hambre, la pequeña compañía volvió a la posada.

Evariste, sonriente, evocaba, con Elodie, el recuerdo de sus primeros encuentros:

-Dos pajaritos se habían caído del nido que tenían en el tejado y habían ido a parar a vuestra ventana. Les dabais de comer en el pico; uno de ellos sobrevivió y más tarde salió volando. El otro murió en el nido de algodón que le habíais hecho. «Era al que más quería», habíais dicho. Aquel día, llevabais, Elodie, un lazo rojo en el pelo.

Philippe Dubois y Brotteaux, un poco a la zaga de los demás, hablaban de Roma, donde habían estado los dos, éste en el 72 y el otro en los últimos días de la Academia. El viejo Brotteaux se acordaba todavía de la princesa Mandragone, por quien hubiese gustosamente suspirado si no hubiese sido porque el conde Altiere no la dejaba ni al sol ni a la sombra. Philippe Dubois procuró no dejar pasar por alto la invitación a una cena que el cardenal de Bernis le había ofrecido, el mejor anfitrión del mundo, según él.

-Lo conocí -dijo Brotteaux-, y llegué a formar parte del círculo de sus más allegados, no lo digo por presumir: le gustaba codearse con gentes de mal vivir. Era un hombre amable, tal vez un poco fabulador, pero había más filosofía en su dedo meñique que en todas las cabezas de esos jacobinos que quieren empapirolar y tragavirotear. Prefiero, sin lugar a dudas, a nuestros modestos teófagos, que no saben ni lo que dicen ni lo que hacen, que a esos endiablados picapleitos que se dedican a guillotinarnos para hacernos mejores y más buenos, y adoran a ese Ser supremo que tanto se les parece. Recuerdo ahora las palabras que, hace algún tiempo, un pobre cura, la mar de listo, decía durante la misa que celebraba en la capilla de Ilettes: «¡No debemos maldecir a los pecadores, nosotros no somos mas que unos sacerdotes indignos que vivimos de ellos!» Estaréis de acuerdo conmigo, señor, en que ese chupalámparas tenía sanos principios de comportamiento. Habría que meditar sobre el asunto y gobernar a los hombres conociéndolos como son y no como se querría que fuesen.

La Thévenin se había puesto al lado de Brotteaux. Sabía muy bien que este hombre había vivido a lo grande no ha mucho tiempo, y tan brillante recuerdo compensaba, en su imaginación, la actual penuria del financiero de antaño, considerándola menos humillante por ser general y debido a los tiempos que corrían. Veía en él, curiosamente, y no sin respeto, algo así como los restos de uno de esos generosos Crésus que sus predecesores en el escenario tanto habían celebrado y ¡qué caramba! las buenas maneras que este hombre con levita de color pardo tenía, tan gastada y tan limpia, le gustaban.

-Señor Brotteaux -le dijo-, sabido es que antaño, en un bonito parque, en las noches de luna llena, os deslizabais subrepticiamente por entre los matorrales con bailarinas mientras sonaban, a lo lejos, aires de flauta al compás de violines... Y es que, seguramente, aquellas diosas de la Opera y de la Cómédie-Francaise eran mas tentadoras que nosotras, pobres

Comment [Librodot16]:

Opera-cómica de Picard y Devienne (1792) que estaba entonces muy de moda.

Comment [Librodot17]:

El teatro Feydeau se llamó primero teatro Monsieur.

Comment [Librodot18]:

El antiguo convento de las Madelonnettes había venido albergando a mujeres de mala vida; habiendo pasado ahora a ser una prisión.

Comment [Librodot19]:

Lo mismo ocurrió con el convento de *Sainte-Pélagie*, que fue demolido en 1899.

Librodot

actrices nacionales.

-No crea eso, señorita -replicó Brotteaux-, y sepa que si hubiese habido, por entonces, una que se os pareciese, podría haberse paseado, sola, segura y sin rival, con tal que lo hubiese deseado, por ese parque que tan halagadoramente evocáis...

La posada de la Cloche era rústica. Una rama de acebo colgaba sobre la puerta cochera dando acceso a un patio siempre húmedo en el que las gallinas picoteaban. Al final del patio estaba la vivienda, formada por un bajo y un primer piso, con tejado cubierto de moho y cuyas paredes recubrían casi por completo unos inmemoriales rosales cargados de flores. A la derecha, dos árboles cortados en forma de huso se asomaban por encima de la pared baja del jardín. A la izquierda estaba la cuadra, con un pesebre exterior y un pajar. Había una escalera adosada a la pared. Por este lado todavía, bajo un cobertizo atestado de utensilios de labranza y de arados, encaramado en lo alto de un viejo cabriolé, un gallo blanco custodiaba a sus gallinas. El patio estaba cerrado, en aquella dirección, por unos establos delante de los cuales se encontraba, como un cerro glorioso, un montón de basura que, en aquel momento, removía con la horca una muchacha más ancha que larga, de pelo color paja. El agua del estiércol que mojaba sus almadreñas le lavaba los pies, y, cuando levantaba los talones, se veían dos grandes rosetones del color del azafrán. Su falda levantada dejaba al descubierto unas pantorrillas enormes, cortas y sucias. Mientras que Philippe Desmahis la estaba mirando, sorprendido y divertido de que la naturaleza se hubiese entretenido creando una criatura más ancha que larga, el posadero la llamó:

-¡He! ¡La Tronche! ¡Vete a buscar agua!

Dióse la vuelta y dejó ver una cara escarlata con una boca ancha que le faltaba una pala. Una mella así, en una tal dentadura, no podía ser más que obra del asta de un toro. Con su horca en la espalda, sonreía, y sus dos brazos enormes, que más bien parecían piernas, se aireaban al sol.

Se había puesto la mesa en la sala de abajo, y los pollos estaban acabándose de asar bajo el manto de una chimenea provista de fusiles. Con mas de veinte pies de larga, la sala, enjalbegada con cal, no recibía mas luz que la que le daban unos cristales verdosos de la puerta y de una única ventana, circundada de rosas, donde una abuela daba vueltas a la rueca. Llevaba una cofia y una papalina de encaje de la época de la Regencia. En los dedos huesudos de sus manos manchadas de tierra sostenía la rueca. Ni siquiera se quitaba de encima las moscas que se le paraban en los parpados. En brazos de su madre, había visto pasar a Luis XIV en una carroza.

Hacía sesenta años que había visitado París. Contó a las tres mujeres que estaban delante de ella, con voz débil y cantarina, que había visto el Hótel de Ville, Les Tuileries y la Samaritaine, y que, mientras cruzaba el Pont-Royal, un barco que llevaba manzanas para el mercado se había partido, y que las manzanas se habían ido siguiendo el curso del agua, poniéndose el agua completamente roja.

Comment [Librodot20]:

La Samaritaine era una pompa hidráulica construida en 1610, cerca del Pont-Neuf y que fue demolida en 1813; el nombre provenía de una decoración en la que se representaba a Jesús conversando con la Samaritana, cerca del pozo de Jacob (véase Evangelio según San Juan).

La habían puesto al corriente de los cambios ocurridos recientemente en el reino, y le habían hablado, sobre todo, de las desavenencias habidas entre los curas que habían colgado los hábitos y los que no. También sabía que había habido guerras, hambre y señales en el cielo. No creía, en absoluto, que el rey estuviese muerto. Este había huido, decía, por un subterráneo, y en su lugar, el verdugo había ajusticiado a un hombre del pueblo.

A los pies de la abuela, en su cunita de mimbre, al pequeñín de los Poitrine, a Jeannot, le empezaban a salir los dientes. La Thévenin lo cogió en brazos y éste empezó a quejarse débilmente, agotado por la fiebre y las convulsiones. Tenía que estar muy enfermo para que se hubiese llamado al médico, al ciudadano Pelleport, que, en honor a la verdad, además de ser diputado suplente en la Convención, no cobraba las visitas que hacía.

La ciudadana Thévenin, al igual que su padre, se sentía a gusto en todas partes; descontenta de cómo la Tronche había lavado los platos, se puso a secar cubiertos y cubiletes. Mientras que la ciudadana Poitrine hacía la sopa y la probaba como buena mesonera, Elodie cortaba en rebanadas un pan recién salido del horno. Gamelin, que la estaba observando, le

dijo:

-Acabo de leer, hace algunos días, un libro escrito por un joven alemán, cuyo nombre he olvidado, y que está muy bien traducido al francés. En él se describe a una joven llamada Charlotte, también hace rebanadas, al igual que vos, y lo hace tan bien, y con tanta gracia, que el joven Werther se enamora de ella.

-¿Y eso acaba en boda? -preguntó Elodie.

-No -respondió Evariste-; eso acaba con la muerte violenta de Werther.

Comieron bien, pues tenían mucha hambre; pero la carne no era buena. Jean Blaise se quejó: era muy exigente y hacía del bien comer una norma de conducta, y, tal vez, lo que le llevaba a ponderar tanto su glotonería fuese quizá la miseria generalizada. Con la Revolución no había nada que echar en el puchero. Las pobres gentes no tenían nada que llevarse a la boca. Los más hábiles, aquellos que como Jean Blaise se forraban a expensas de tal penuria, iban a una casa de comidas de encargo para embucharse y mostrar así lo listos que eran. Por lo que respecta a Brotteaux, que en este año II de la Libertad se alimentaba a base de castañas y de mendrugos de pan, solía acordarse de haber comido en Grimod de la Riviére, al comienzo de los Campos Elíseos. Deseoso de que se le reconociera su paladar exquisito, prodigaba los elogios delante de las coles con tocino que había preparado la señora Poitrine, dando al mismo tiempo elaboradas recetas de cocina y sabios consejos gastronómicos. Y como Gamelin apuntó que un buen republicano debe desdeñar los manjares de la mesa, el viejo médico de cabecera, muy aficionado a las antigüedades, le dio al joven espartano una lección de lo que, en su caso, era comer mal.

Comment [Librodot21]:

Célebre gastrónomo (1758-1838).

Después de comer, Jean Blaise, cumpliendo con su deber, mandó hacer a la compañía foránea croquis y esbozos de la posada, pues consideraba muy romántico el ruinoso estado en que estaba. Mientras Philippe Desmahis y Phillippe Dubois estaban dibujando las caballerizas, la Tronche vino a dar de comer a los cerdos. El ciudadano Pelleport, oficial de sanidad, que salía al mismo tiempo de la sala de abajo donde había estado curando al pequeño Poitrine, se acercó a los artistas y, después de felicitarlos y decirles que la nación se sentía muy honrada con talentos como los suyos, les mostró a la Tronche en medio de sus puercos.

-Esta criatura que estáis viendo -dijo- no es una muchacha, como se podría creer: son dos. Y esto hay que tomarlo al pie de la letra. Habiéndome extrañado su enorme corpulencia ósea, la examiné y encontré que tenía muchos huesos repetidos: en un muslo doble fémur; en cada hombro, dos húmeros. Tiene, además, músculos dobles. Creo que puede hablarse de dos gemelas en una sola, o para ser más preciso, puede decirse que se trata de una fusión. El hecho es interesante. Se lo he comunicado al señor Saint-Hilare y me ha quedado muy agradecido. Lo que están viendo, ciudadanos, es un monstruo. Las gentes de aquí la llaman «la Tronche». Deberían decir «las Tronchas»: porque son dos. La naturaleza es así de caprichosa... ¡Buenas noches, queridos ciudadanos! Esta noche habrá tormenta...

Después de la cena con velas, la academia Blaise jugó en el patio de la posada, en presencia de un hijo y de una hija de los Poitrine, a la gallinita ciega. Fue tanto el entusiasmo que aquellos hombres y mujeres pusieron en dicho juego, que habría que encontrar una explicación a aquello en la violencia e incertidumbre del momento, si no fuera porque, a su edad, la cosa se explica por sí sola. Cuando se hizo completamente de noche, a Jean Blaise se le ocurrió ir a la sala de abajo a jugar a las prendas. Elodie propuso jugar a «la caza de corazones» y la compañía aceptó complacida. Desmahis dibujó, con tiza, siete corazones en las puertas, en los muebles y en las paredes, es decir, uno menos que jugadores había, pues Brotteaux había aceptado gustoso la invitación. Bailaron en corro «La Tour, ten cuidado», y, cuando Elodie dio la salida, todos corrieron a poner una mano encima de uno de los corazones. Gamelin, torpe y distraído, no encontró ninguno libre, teniendo que dar una prenda: el cuchillo que había comprado por seis céntimos en la feria de Saint-Germain y con el que había cortado el pan para su pobre madre. Volvieron a jugar de nuevo y le fue tocando perder a Blaise, a Elodie, a Brotteaux y a la Thévenin, que se quedaron también sin poner la

mano en uno de los corazones y tuvieron que entregar una prenda, una sortija, una redecilla del pelo, un librito encuadernado en marroquín, un brazalete. Luego, las prendas se depositaron en las rodillas de Elodie para sortearlas y cada uno tuvo que, para poder recuperarla, mostrar sus habilidades en público cantando una canción o recitando versos. Brotteaux declamó el discurso del patrono de Francia, en el primer canto de *La Doncella de Orleans:*

Comment [Librodot22]:
Poema épico-burlesco de Voltaire (1755).

Soy Denis y mi oficio es ser santo, Amo a las Galias...

El ciudadano Blaise, aunque menos letrado, dijo la respuesta de Richemont sin vacilar:

Comment [Librodot23]:
Arturo III, duque de Bretaña y conde de Richemont (1393-1458), lucha con Juana de Arco contra los ingleses.

No merece la pena que un Santo Abandone el celeste aposento...

Todo el mundo leía y releía con deleite entonces la obra maestra del Aristóteles francés. Los más eminentes se burlaban de los amoríos de Juana y de Dunois, de las aventuras de Agnés y de Monrose así como de las hazañas del asno alado. Todos los letrados conocían de memoria los pasajes más representativos de ese hermoso y divertido poema filosófico. A pesar de la severidad que le caracterizaba, Evariste declamó admirablemente la entrada de Grisbourdon en los infiernos, no sin antes haber recogido el cuchillo de las faldas de Elodie. La ciudadana Thévenin cantó sin acompañamiento el romance de Nina:

Cuando el bien-amado vuelva.

Desmahis cantó un estribillo de *La Faridondaine*.

Comment [Librodot24]:
Estribillo de ciertas canciones populares cuya rima es *en aine: Nausicaa é la fontaine, Pénélope en tissant la laine,* etc.

Sin embargo, Desmahis estaba preocupado. En ese momento, deseaba ardientemente a las tres mujeres con las que estaba jugando a las «prendas»; en su mirada había destellos de codicia y de dulzura hacia las tres. La Thévenin le gustaba por su gracia, su soltura, sus artimañas, sus ojeadas y una voz que llegaba al corazón; en Elodie presentía una manera de entregarse, rica, abundante; de Julienne Hasard apreciaba sus pestañas blancas, a pesar de que tenía el pelo teñido, también le gustaban sus pecas y su cintura de avispa, y ello porque, al igual que ese Dunois de *La Doncella de Orleans* del cual habla Voltaire, siempre estaba generosamente dispuesto a amar un poco a las menos agraciadas, sobre todo si, como en este caso, estaba ociosa y, por consiguiente, más accesible. Exento de toda vanidad, nunca estaba seguro de gustar; pero tampoco de desagradar. Por lo tanto, solía dejarse guiar por el azar. Aprovechando la oportunidad que le brindaba el juego de las «prendas», tuvo palabras delicadas para con la Thévenin, quien no se molestó en absoluto, pero no pudo responderle al sentirse vigilada muy de cerca por Jean Blaise. Con Elodie, aunque estaba comprometida con Gamelin, fue aún más incisivo, ya que no era tan exigente como para no querer compartir. Elodie no podía quererlo; pero como lo encontraba guapo, le costaba trabajo ocultárselo. Finalmente, se acercó para decir todo lo que tenía que decir a la ciudadana Hasard: ésta respondió con tanta estupefacción que no se sabía si había en ello una total entrega o tal vez una tierna indiferencia.

No había en la posada más que dos alcobas, y las dos estaban en el mismo piso y daban al mismo pasillo. La de la izquierda, la mejor, estaba tapizada de papeles con flores y tenía un espejo del tamaño de la palma de la mano, habiendo sido visitada por las moscas desde la infancia de Luis XV. Bajo un techo de Indiana rameado, se habían dispuesto dos camas con almohadas de plumas, edredones y cubrecamas. Esta habitación se había reservado para las ciudadanas.

Cuando llegó la hora de acostarse, Desmahis y la ciudadana Hasard, con sendos candelabros en la mano, se desearon las buenas noches en el pasillo. El enamoradizo diseñador le enfiló a la muchacha una notita en la que le rogaba que viniese a verlo, al pajar, cuando todo el mundo estuviese durmiendo.

Astuto y previsor, había estado estudiando, durante el día, ese granero lleno de manojos

de cebollas, de frutos que se secaban acorralados por un enjambre de abejas, de cajas, de viejas maletas. Había, incluso, descubierto un viejo catre de tijera en desuso, según le pareció, y un colchón de paja reventado y lleno de pulgas.

Frente a la alcoba de las ciudadanas había una habitación con tres camas, bastante pequeña, y de la que los viajeros harían uso a discreción. Pero Brotteaux, que era un sibarita, se había ido a dormir sobre el heno del pajar. Jean Blaise, por su parte, se había esfumado. Dubois y Gamelin no tardaron en dormirse. Desmahis se metió en la cama; pero, cuando el silencio de la noche inundó con su manto la solitaria morada, éste subió por la escalera de madera que se puso a crujir pese a que fuera descalzo. La puerta del pajar estaba entornada y dejaba escapar un calor bochornoso y unos olores ácidos a frutas podridas. En aquel catre de tijera, la Tronche estaba durmiendo con la boca abierta, la camisa desabrochada y abierta de piernas. Un rayo de luna que pasaba por el tragaluz coloreaba de azul y de plata aquella masa enorme, sucia y maloliente, pero joven y fresca. Desmahis se le echó encima, ésta se despertó sobresaltada, le dio miedo y gritó: pero cuando comprendió de lo que se trataba, se tranquilizó, sin que manifestara ya ni sorpresa ni contrariedad; es más, fingiendo que dormía, podía apreciar en ese estado de semiinconsciencia, algún que otro sentimiento...

Ya en su habitación de nuevo, Desmahis pasó el resto de la noche sumido en un sueño profundo y tranquilo.

Al día siguiente, después de una última jornada de trabajo, la compañía ambulante emprendió el regreso a París. Cuando Jean Blaise pagó en papel moneda al posadero, el ciudadano Poitrine se lamentó de no ver ya más que «dinero cuadrado», asegurando que daría cualquier cosa por que alguien volviese a poner en circulación aquellas amarillentas y redonditas monedas de oro de antaño.

El posadero regaló flores a las ciudadanas. Por orden suya, la Tronche, subida en una escalera, arremangada y con almadreñas, dejando ver sus pantorrillas sucias pero resplandecientes, cortaba sin descanso las rosas de los rosales que trepaban por encima de la muralla. Una lluvia de flores caía de sus enormes manos, a torrentes, en avalancha, y Elodie, Julienne y la Thévenin las recogían en sus faldas. A su regreso, todos volvieron a casa trayendo tantas flores, que el aroma perduró mientras dormían, teniendo un despertar muy perfumado.

CAPÍTULO XI

LA mañana del 7 de septiembre, cuando la ciudadana Rochemaure se dirigía a casa del ciudadano Gamelin con el fin de recomendarle a un amigo suyo, que figuraba entre los sospechosos, se encontró en el pasillo con Brotteaux des Ilettes, alguien a quien ella había amado en tiempos mejores. Brotteaux se disponía a llevar doce docenas de títeres, que había fabricado, a casa del vendedor de juguetes de la calle de la Loi. Para que le resultase más cómodo llevarlos, había decidido atarlos a una vara como hacían los vendedores ambulantes. Solía mostrarse bastante galante con todas las mujeres, incluso con aquellas que, como con la ciudadana Rochemaure, un largo roce había acabado por desgastar dichas relaciones; a menos que tras esa larga ausencia, alguna que otra infidelidad, o traición, y el relativo buen ver que ahora tenía, no excitasen en él su apetito de antaño. En cualquier caso, le dio la bienvenida, en aquel sórdido pasillo, con baldosas levantadas, de la misma manera que antes lo hiciese en la escalinata de su mansión de Ilettes, rogándole que tuviese la bondad de acercarse hasta el desván. Esta subió rápidamente por la escalera hasta encontrarse en una especie de buhardilla con vigas inclinadas que sostenían una techumbre de tejas con un tragaluz. Como no se cabía de pie, ésta sentóse en la única silla que había en el recinto y, tras echar una ojeada a ese techo tan dispar, preguntó entre sorprendida y triste:

-¿Vivís aquí, Maurice? La verdad es que no corréis ningún peligro de que os molesten. Hay que ser diablo o gato para encontraros.

-Tengo poco espacio -respondió el susodicho-. Y no os oculto que a veces me llueve en el camastro. Es un pequeño inconveniente. Pero durante las noches serenas puedo ver la luna, testigo mudo de los amores del género humano. Pues, la luna, señora mía, pálida y redonda cuando esta en pleno apogeo, siempre le recuerda al amante aquello que desea.

-Comprendo -dijo la ciudadana.

-Cuando están en celo -prosiguió Brotteaux-, el ruido que los gatos hacen en el tejado es formidable. Pero el maullido de los felinos sobre el tejado es poca cosa si se le compara con los estragos y con los crímenes que el amor provoca entre los hombres.

Y la discusión entre ambos transcurría como si se tratase de dos amigos que se hubiesen despedido la víspera, antes de irse a dormir; y, aunque ajenos el uno al otro, conversaban bonachona y apaciblemente.

Sin embargo, la señora de Rochemaure parecía preocupada. La Revolución, que durante mucho tiempo le había sido favorable y amable, le traía ahora algún que otro quebradero de cabeza; sus festejos menos concurridos y bastante aburridos. Los sonidos de su harpa habían dejado de apaciguar los ánimos taciturnos. En sus mesas de juego ya no se hacían apuestas como las de antes. Varios miembros de su familia despertaban sospechas y tenían que esconderse; su amigo, el financiero Morhardt, estaba preso y ella tenía que arreglárselas con Gamelin para intentar liberarlo. Incluso ella era sospechosa. Los guardias nacionales habían registrado su casa, levantado las baldosas y examinado detenidamente los colchones a punta de bayoneta. No habiendo encontrado nada, le pidieron perdón y se bebieron el vino. Pero habían estado a punto de dar con la correspondencia que mantenía con un emigrado, el señor de Expilly. Algunos amigos que tenía entre los jacobinos, le habían advertido que el galán Henry empezaba a despertar sospechas a causa de la vehemencia que ponía a la hora de defender la causa republicana.

Con los codos en las rodillas y los puños en las mejillas, sentada en el colchón de paja, pensativa, le preguntó a su amigo de antaño:

-¿Qué pensáis de todo esto, Maurice?

-Creo que todas estas gentes proporcionan a cualquier filósofo, y a cualquier aficionado al espectáculo, excelentes razones para pensar y para divertirse; pero en vuestro caso, sería mejor que os fueseis de Francia.

-Maurice, ¿y eso a qué conduce?

-Esa misma pregunta me la hicisteis, Louise, un día, en marcha, y a orillas del Cher, cuando nos dirigíamos a las Ilettes, mientras que nuestro caballo, que se había desbocado, galopaba con furia inusitada. ¡Cómo sois las mujeres de curiosas! Todavía hoy queréis saber dónde vamos. Preguntádselo a las que echan las cartas. Yo no soy adivino, querida mía. Y la filosofía, incluso la más práctica, es incapaz de pronosticar el futuro. Esas cosas acabarán, pues todo se termina. Se puede vislumbrar algún desenlace. La victoria de la coalición y la entrada de los aliados en París. Lejos no están; sin embargo, no creo que lleguen. Los soldados republicanos luchan con tanto ahínco que es fácil que aguanten hasta el final. Puede ocurrir que Robespierre se case con madame Royale y se haga nombrar regente del reino durante la minoría de edad de Luis XVII.

-¿Es posible? -preguntó la ciudadana imaginándose ya involucrada en tan bella intriga.

-Puede ocurrir también -prosiguió Brotteaux- que la Vendée venza y que se restablezca un gobierno de clérigos sobre un montón de ruinas y de cadáveres. No podéis haceros una idea, mi querida amiga, del poder que tienen los curas sobre el ignorante pueblo... sobre las almas: empieza a trabárseme la lengua. Lo más probable, según mi opinión, es que el Tribunal revolucionario acabe con el régimen que lo ha creado: corta demasiadas cabezas. Cada vez son más los que tienen miedo; y acabarán por reunirse para, aniquilándolo, acabar con el régimen. Me parece que habéis elegido al joven Gamelin para que desempeñe uno de esos cargos en el Tribunal. Es puro, es casto: será terrible. Cuantas más vueltas le doy, más me

Librodot

convenzo de que ese Tribunal, que tiene como misión proteger a la República, acabará perdiéndola. La Convención ha querido contar, como la monarquía, con festividades por todo lo alto, y con tribunales y magistrados que ella designa para que la protejan. ¡Pero qué abismo entre las festividades monárquicas y las fiestas republicanas, entre esta justicia política y la de Luis XIV! Late en el seno del Tribunal revolucionario una justicia de pacotilla y un igualitarismo estúpido que hará que las gentes lo aborrezcan muy pronto. ¿Sabéis, querida Louise, que ese Tribunal que va a hacer comparecer ante él a la reina de Francia y a veintiún legisladores, condenaba ayer a una sirvienta acusada de haber gritado: «¡Viva el rey!» con el propósito y la intención de querer destruir a la República? Nuestros jueces, bien acicalados, hacen un poco como ese William Shakespeare, tan apreciado por los ingleses, cuando introduce en las escenas más trágicas de su teatro las más ramplonas ordinarieces.

-Bueno, Maurice -preguntó la ciudadana-, ¿seguís siendo afortunado en amores?

-Por desgracia -respondió Brotteaux-, días de mucho, vísperas de nada. Agua pasada no mueve molino.

-No habéis cambiado... ¡Hasta luego, mi querido amigo!

Aquella tarde, el dragón Henry había ido, sin que se le hubiese requerido, a casa de madame de Rochemaure, y la encontró sellando una carta dirigida al ciudadano Rauline, a Vernon. Sabía que se trataba de una carta para Inglaterra. Rauline recibía la correspondencia de madame de Rochemaure a través de un postillón del servicio de transportes y lo hacía llegar hasta Dieppe por medio de una pescadora. El patrón de una barquichuela lo entregaba, por la noche, a un navío británico que cruzaba la costa; un emigrado, M. de Expilly, lo recibía en Londres y lo comunicaba, si lo creía conveniente, al despacho de Saint-James.

Henry era joven y bello: ni siquiera Aquiles, revistiendo las armas que le entregaba Ulises, podía comparársele. Pero la ciudadana Rochemaure, hasta hace poco no del todo indiferente a los encantos del joven héroe de la Comuna, habíase ido distanciando desde que le habían dicho que lo habían denunciado a los jacobinos por ser un exagerado, ya que ese joven soldado podía comprometerla y perderla. Para Henry no sería ninguna cosa del otro mundo dejar de amar a madame de Rochemaure; pero lo que no le gustaba es que ésta no le hiciese ningún caso. Contaba con ella para paliar algunos de los gastos que el servicio de la República le exigía. Finalmente, considerando cuán fácil es que las mujeres pasen de un extremo a otro sin transiciones, cuán fácil resulta para ellas amar tiernamente u odiar hasta el ensañamiento, y el poco trabajo que les cuesta deshacerse de lo que han querido, tirando por la borda lo que han adorado; llegó a sospechar que esta adorable criatura sería capaz de quitárselo de encima encarcelándolo. Su sentido común le aconsejó no dejar escapar a esa huidiza hechicera. De ahí que hiciese uso de todas sus mañas: acercándosele, alejándosele, volviéndosele a acercar, rozándola, esquivándola, según establecen las normas de un ballet de seducción. Luego, tirado en un sillón, con voz inquebrantable, con esa voz que llega hasta las entrañas femeninas, elogió la naturaleza y la soledad para proponer acto seguido un apasionante paseo por Ermenonville.

Sin embargo, mientras miraba a su alrededor con cierta circunspección y algo de fastidio, dejaba escapar de su harpa algunos acordes. De repente Henry se puso de pie para anunciarle con firme resolución que partiría dentro de unos días con el ejército para Mauberge.

Sin mostrar ni duda ni sorpresa, ella asintió moviendo la cabeza.

-¿Me felicitáis por haber tomado esta decisión? -Os felicito.

Ella esperaba a un nuevo amigo que le gustaba muchísimo más y podría aportarle, según creía, más cosas; alguien que nada tenía que ver con el otro: un Mirabeau resucitado, un Danton, pero en fino, y convertido en proveedor; un león que hablaba de tirar a todos los patriotas al Sena. Le parecía que la campanilla podía sonar en cualquier momento y temblaba.

Para que Henry se fuera, se calló, bostezó, ojeó una partitura, y bostezó de nuevo. Como veía que no se iba, le dijo que tenía que salir y se fue al cuarto de baño.

Fingiendo la voz, éste le dijo:

-¡Adiós, Louise!... No sé si os volveré a ver -y sus manos registraron el cajón abierto.

Cuando estuvo en la calle, abrió la carta dirigida al ciudadano Rauline y la leyó ávidamente. Esta contenía una curiosa descripción del estado de ánimo que reinaba en Francia. Se hablaba de la reina, de la Thévenin, del Tribunal revolucionario, y muchas de las confidencias del bueno de Brotteaux figuraban también allí.

Cuando terminó de leerla se la metió en el bolsillo, dudó unos instantes; luego, como un hombre que ha tomado una decisión importante y que se dice que lo mejor será ponerla en práctica lo antes posible, se dirigió a las Tullerías y entró en la antecámara del Comité de seguridad pública.

Aquel día, a las tres de la tarde, Evariste Gamelin vino a formar parte del Tribunal en medio de catorce colegas, casi todos conocidos, sencillos, humildes y patriotas, sabios, artistas y artesanos: un pintor como él, un dibujante, ambos de gran talento, un cirujano, un zapatero, un antiguo marqués, que había dado grandes pruebas de civismo, un impresor, pequeños comerciantes, una muestra, en definitiva, del pueblo de París. Allí estaban todos, vestidos de obreros o de burgueses, con el pelo cortado al rape y un moño por detrás, con un bicornio hasta los ojos o un birrete, amén del gorro frigio que les llegaba hasta las orejas. Algunos iban vestidos con traje de ceremonia a la antigua usanza, otros llevaban carmañola y pantalón a rayas imitando a los *sans-culottes.* Sus botas, sus zapatos con hebillas o sus almadreñas daban una muestra de la manera de vestir de entonces. Como el que más y el que menos había tenido ya la oportunidad de juzgar alguna vez, estaban todos muy tranquilos menos Gamelin que los envidiaba. A él le latía el corazón, le zumbaban los oídos, se le nublaban los ojos y veía todo lívido.

Cuando el ujier anunció al Tribunal, tres jueces subieron a un estrado muy pequeño, y se sentaron delante de una mesa verde. Llevaban un sombrero patriótico, con grandes plumas negras, y en la toga una cinta tricolor con una medalla de plata que lucían en el pecho. Delante de ellos, al pie del estrado, estaba el sustituto del fiscal, idénticamente vestido. El escribano se sentó entre el Tribunal y el sillón vacío del acusado. Gamelin veía ahora a esos hombres de manera muy diferente a cómo los había visto hasta entonces, más guapos, más dignos, más severos, aunque se comportasen familiarmente, hojeando papeles, llamando al ujier o echándose hacia atrás para oír lo que les decían algún miembro del Tribunal o algún oficial de servicio.

No podía faltar, en tan solemne sesión, la declaración de los Derechos del Hombre presidiendo aquella ceremonia de jueces y magistrados a cuya izquierda y a cuya derecha se situaban, frente a las viejas murallas feudales, los bustos de Le Peltier, de Saint-Fargeau y de Marat. Frente a los miembros del jurado, al final de la sala, estaba la tribuna pública. El primer banco estaba ocupado por mujeres, rubias, morenas o canosas, pero todas llevaban una cofia cuya cinta plisada les hacía sombra en la cara; un pañuelo blanco surcaba una pechera que, siguiendo la moda, les era común a todas, y acababa por anudarse en el peto del delantal blanco. Los brazos cruzados los apoyaban en el borde de la tribuna. Detrás de ellas, esparcidos por las gradas, se encontraban diseminados algunos ciudadanos que iban ataviados con ese pintoresquismo que caracterizaba entonces a las muchedumbres. En la derecha, a la entrada, detrás de una barrera, había un espacio para el público que estaba de pie. Por esta vez, era poco numeroso. El asunto del que iba a tratar el Tribunal no interesaba a casi nadie, y, tal vez, las otras secciones, que estaban deliberando al mismo tiempo, trataban asuntos más llamativos.

Era eso lo que tranquilizaba un poco a Gamelin cuyo corazón, a punto de estallar, no hubiese podido soportar el ambiente febril que se respiraba en las asambleas multitudinarias. Su mirada se detenía en escrutar detalles un tanto nimios: un algodoncito en el oído del escribano, una mancha de tinta en el respaldo del sustituto. Veía, como con lupa, los capiteles esculpidos en un tiempo en el que se había perdido toda referencia del arte de la antigüedad y en cuyas columnas góticas se habían puesto guirnaldas de ortigas y de acebo. Pero su mirada

se detenía constantemente en ese sillón, tan extraño, tapizado con terciopelo rojo de Utrech, raído en el asiento y con los brazos llenos de mugre. Los guardias nacionales, con armas, estaban en todas y cada una de las salidas.

Finalmente compareció el acusado, custodiado por granaderos, pero sin ningún tipo de amarras, tal y como prescribía la ley. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años aproximadamente, delgado, enjuto, moreno, bastante calvo, de rostro apergaminado y labios delgados tirando a violeta. Iba vestido a la antigua usanza con un traje de color sangre de toro. Sin duda, la fiebre, daba a sus ojos un resplandor parecido al de las piedras preciosas y a sus mejillas un brillo cual barniz. Sentóse. Habiendo cruzado las piernas, unas piernas excesivamente flacas, las mantenía abrazadas con ayuda de sus manos sarmentosas. Se llamaba Marie-Adolphe Guillergues y se le acusaba de dilapidar las reservas forrajeras de la República. Se le imputaban delitos numerosos y graves, todos sin confirmar. Interrogado, Guillergues negó casi todos y el resto lo utilizó en su favor. Hablaba con tal precisión y frialdad, que daba la impresión de ser un hombre con el cual a muy poca gente le gustaría enfrentarse. Tenía respuesta para todo. Cuando el juez le hacía alguna pregunta fastidiosa, su rostro permanecía impasible, su voz inquebrantable, pero las manos delataban su crispación. Gamelin se dio cuenta y le dijo al oído a otro pintor que estaba a su lado:

-¡Fijaos en los dedos!

El primer testigo en declarar fue contundente. Todo el peso de la acusación la llevaba él. Los que vinieron después se mostraron, por el contrario, favorables al acusado. El sustituto del fiscal se mostró vehemente, pero muy etéreo. El defensor puso tanto empeño en su alegato en favor del acusado que despertó simpatías hacia el reo. La audiencia fue suspendida, y los jueces se retiraron para deliberar en una habitación contigua. Allí, tras oscuras y confusas discusiones, se dividieron en dos bandos rivales. Por un lado estaban los indiferentes, los tibios, los juiciosos, desprovistos de grandes pasiones; por el otro, aquellos que se dejan llevar por los sentimientos, juzgan con el corazón y no quieren saber nada de argumentos. Los primeros condenaban siempre. Eran los buenos, los puros, sólo pensaban en salvar a la República y no les preocupaba lo demás. Tal actitud causó una fuerte impresión en Gamelin que se sentía gran afinidad con ellos.

-Ese Guillergues -pensaba para sí- es un valiente canalla, un bribón que ha especulado con los piensos de nuestra caballería. Absolverlo sería tanto como dejar escapar a un traidor, traicionar a la patria, condenar el ejército a la derrota -y Gamelin se imaginaba ya a los patrióticos soldados de la República tambaleándose a lomos de famélicos corceles mientras eran traspasados por los sables de la caballería enemiga-. Pero, ¿y si Guillergues fuese inocente...?

-No hay pruebas -dijo Gamelin, en voz alta.

-Nunca hay pruebas -respondió encogiéndose de hombros el presidente del Tribunal, un íntegro, un puro.

Finalmente, hubo siete votos a favor de la condena y ocho en contra.

El jurado volvió a la sala reabriéndose la sesión. Como había que razonar el voto, cada cual argumentó frente al sillón vacío. Algunos fueron explícitos, a otros les bastaba con decir una palabra; los hubo, incluso, que murmuraban entre dientes.

Cuando fue el turno de Gamelin, éste se levantó y dijo:

-Cuando se acusa de haber cometido un crimen tan formidable como el de haber estado a punto de dejar desfallecer a los leales servidores de la República, ha de exigirse pruebas formales que no tenemos en absoluto.

Por mayoría de votos, al acusado se le declaró no culpable.

A Guillergues se le recondujo a la sala. Un cálido murmullo por parte de los asistentes daba ya a entender que se le dejaría en libertad. Este era ya otro hombre. Se le había suavizado el semblante, había desaparecido de su rostro toda muestra de crispación. Se le veía sosegado, irradiaba inocencia. El presidente leyó, conmovido, el veredicto que lo declaraba

inocente, el auditorio estalló en aplausos. El guardia que otrora lo custodiaba, se echó en sus brazos. El presidente lo llamó para darle un fraternal abrazo. El resto lo felicitaba. Gamelin lloraba a lágrima viva.

En el patio que iluminaban los últimos resplandores del atardecer, una multitud enfebrecida se aglomeraba. Las cuatro secciones del Tribunal habían fallado la víspera treinta penas de muerte y, en los peldaños de la escalera grande, algunas de las que se dedicaban a hacer calceta estaban esperando la salida de las carretas. Sin embargo, Gamelin, que bajaba los peldaños en medio de aquel tumulto, no veía nada; sólo contaba para él el gesto humanitario que había sido llevado a cabo, algo de lo que no tenía por menos que felicitarse. En el patio, Elodie, muy pálida, sonriente y llorosa, se le echó en brazos y se le desmayó. Cuando pudo recobrar la voz, le dijo:

-¡Evariste, qué bueno sois, qué generoso! En esta sala, al escucharos, sentía como si unas ondas magnéticas me traspasasen. Tan cálida y vigorosa voz me electrizaba. Os miraba fijamente. No veía más que a vos. ¿No os habéis dado cuenta de mi presencia, amado mío? ¿No había nada que os lo hiciese presagiar? Estaba en la tribuna, en la segunda fila, a la derecha. ¡Dios mío!, ¡qué bien sienta hacer el bien! Habéis salvado a ese desgraciado. ¡Pobrecillo! ¿Qué hubiese sido de él sin vuestra intervención? Lo habéis devuelto a la vida, al amor de los suyos. En este preciso instante debe de estar bendiciéndoos. Evariste, ¡cómo me alegro y presumo de poder amaros!

Cogidos del brazo, amarraditos los dos, cruzaban calle tras calle cual pluma que llevase el viento.

Se dirigieron al *Amourpeintre*. Pero al llegar a L'Oratoire:

-No entremos por la tienda -dijo Elodie.

Le hizo pasar por la puerta cochera y lo subió al apartamento. Ya en el pasillo, sacó una gran llave de hierro de la faltriquera.

-Parece la llave de una cárcel -dijo-. Evariste, vais a ser mi prisionero.

Tras atravesar el comedor se dirigieron a la alcoba de la joven manceba.

Evariste sentía en sus labios el frescor ardiente de los labios de Elodie. La estrechó entre sus brazos. Echando la cabeza para atrás, la mirada perdida, la cabellera suelta, doblando el talle, a punto de desmayarse, Elodie salió corriendo para echar el cerrojo...

Ya bien entrada la noche, la ciudadana Blaise abrió a su amante la puerta del apartamento y le dijo muy bajito, en la penumbra:

-¡Adiós, amor mío! Mi padre está a punto de volver. Si oyeseis ruido en la escalera, subid rápido al piso superior y no bajéis hasta que no estéis seguro de que no os ve nadie. Para que os abran la puerta de la calle, dad tres golpecitos en la ventana de la portera. ¡Adiós, mi vida! ¡Adiós, mi amor!

Ya en la calle, vio entreabrirse la ventana de la alcoba de Elodie y cómo una mano cogía un clavel rojo que cayó a sus pies como una gota de sangre.

Una tarde que el anciano Brotteaux llevaba doce docenas de títeres al ciudadano Caillou, a la calle de la Loi, el comprador de juguetes, que siempre se había mostrado correcto y amable, lo recibió con malos modales rodeado de sus muñecas y- polichinelas.

-¡Tened cuidado, ciudadano Brotteaux, tened cuidado! -le dijo-. No se puede bromear siempre. No todas las bromas son buenas: un miembro del Comité de vigilancia, que visitó ayer mi establecimiento, ha visto vuestros títeres y los ha encontrado contrarrevolucionarios.

-¡Estaba de broma! -dijo Brotteaux.

-¡Nanay! ciudadano, ¡nanay! Ese hombre no bromea. Intuía que en esos pequeños muñecos se caricaturizaba a ojos vista a Couthon, Saint-Just y a Robespierre, los ha embargado. Ello supone una gran pérdida para mí, sin contar los peligros a los que me expongo.

-¡Cómo! ¿esos Arlequines, esos Gilles, esos Escaramouches, esos Colines y esas Colinettes que yo he pintado, tal y como Boucher los pintaba hace cincuenta años, serían una caricatura de los Couthon y de los Saint-Just? Ningún hombre sensato puede pretenderlo.

Librodot

-Es posible -respondió el ciudadano Cailllou- que lo hayáis hecho sin malicia, aunque siempre hay motivo para desconfiar de alguien como vos. Pero el juego es peligroso. ¿Queréis un ejemplo? Natoile, que tiene un pequeño teatro en los Campos Elíseos, fue detenido anteayer por falta de civismo, y ello porque trataba a la Convención con muy poco respeto.

-Eso sí que es bueno -dijo Brotteaux, levantando el lienzo que cubría los muñecos-, mirad esas máscaras y esos rostros, ¿son algo más que simples personajes de comedia o de pastoral? ¿Cómo habéis permitido, ciudadano Caillou, que se diga que era irrespetuoso con la Convención nacional?

Brotteaux estaba desconcertado. Por muy grande que fuese la necedad humana, nunca hubiese creído que llegase hasta el punto de que se pudiese sospechar de sus Scaramouches y de sus Colinettes. Mientras protestaba defendía la inocencia de aquellas criaturas y la suya. Pero el ciudadano Caillou no quería saber nada del asunto.

-Ciudadano Brotteaux, llevaos vuestros muñecos. Sigo teniéndoos en alta estima, pero me disgusta sobremanera complicarme la vida por culpa vuestra. Respeto la ley. Quiero que se me tenga por buen ciudadano y ser tratado como tal. Buenas noches, ciudadano Brotteaux; llevaos los muñecos.

El anciano Brotteaux, en su camino de regreso a casa, llevaba a sus sospechosas criaturas sobre los hombros, colgando de una percha, y era el hazmerreír de cuantos niños encontraba a su paso, que lo tomaban por un matarratas. Su corazón estaba triste. Sin duda, no sólo vivía de sus muñecos: hacía retratos por veinte soles, delante de las puertas cocheras y en la lonja de Les Halles, en compañía de zurcidoras, donde muchos jóvenes querían hacerse un retrato que dejar a su amada antes de alistarse. Pero esos trabajitos eran muy fastidiosos y, además, era mejor retratista que fabricante de títeres. A veces hacía de secretario de las damas del barrio, pero ello implicaba meterse en conspiraciones monárquicas que podían costarle muy caro. Se acordó de que había en la calle Neuve-des-Petits-Champs, cerca de la antes llamada plaza Vendóme, otro vendedor de juguetes, un tal Joly, por lo que decidió ir a ofrecerle al día siguiente lo que le había rechazado el pusilánime Caillou.

Se puso a lloviznar. Brotteaux, que temía por sus muñecos, aceleró el paso. Cuando atravesaba el Pont-Neuf, sombrío y desértico, y daba la vuelta a la esquina de la plaza de Thionville, vio a la luz de un farol, en una arqueta, a un anciano enclenque con cierto aire de dignidad. Cuando se aproximó al desdichado, Brotteaux reconoció al padre Longuemare, aquel que había salvado de la horca, seis meses antes, cuando ambos estaban haciendo cola delante de la panadería de la calle de Jerusalén. Habiéndole prestado servicio en aquella ocasión memorable, Brotteaux se creyó en la obligación de ayudarle de nuevo:

pública por haber ocultado al pueblo la entrada de los ingleses en el puerto de Toulon.Padre, parecéis cansado. Bebed un trago de cazalla. Y sacando una botellita de aguardiente del bolsillo de su levita parda, que tenía junto a su Lucrecio, le dijo: -Bebed. Os ayudaré a volver a casa.

El padre Longuemare apartó con la mano la botellita que le ofrecían y trató de incorporarse. Pero volvió a caerse en la arqueta.

-Señor -le dijo con voz débil, pero segura-, vivía desde hacía tres meses en Picpus. Pero sabiendo que figuraba en la lista de los que iban a detener a las cinco de la mañana, no volví a casa. No tengo lecho; ando a la deriva por las calles y estoy bastante cansado.

-Pues bien -le dijo Brotteaux-, concededme el honor de compartir conmigo el desván.

-Señor -respondió el barnabita-, os dais perfectamente cuenta de que soy sospechoso.

-También lo soy yo -añadió Brotteaux-, como lo son mis muñecos, lo que es aún peor. Aquí los veis expuestos bajo este fino lienzo, a esta maldita lluvia que nos está empapando. Pues habéis de saber, padre, que tras haber sido negociante ahora fabrico muñecos para subsistir.

El padre Longuemare agarró la mano que le tendía el antaño financiero Brotteaux, y aceptó la hospitalidad que le ofrecía. Ya en el desván, tuvo el pan, el queso y el vino fresco que su anfitrión había puesto a refrescar en el canalón, pues Brotteaux era sibarita.

Habiendo apaciguado el hambre:

-Señor -dijo el padre Longuemare-, es mi deber informaos acerca de las circunstancias que motivaron mi huida e hicieron de mí ese pobre andorrero que habéis encontrado. Tras ser expulsado de mi convento, vivía de la exigua renta que la Asamblea me había otorgado; daba clases de latín y de matemáticas y escribía folletos sobre la persecución de la Iglesia en Francia. He llegado incluso a componer un opúsculo de cierta consideración para tratar de demostrar que el juramento constitucional de los sacerdotes es contrario a la disciplina eclesiástica. Los avances de la Revolución me dejaron sin alumnos, y me quedé sin pensión por no poder presentar el certificado de civismo que exigía la ley. Ese era el certificado que iba buscando al Hótel de Ville, seguro de merecerlo. Miembro de la orden fundada por el mismo apóstol San Pablo, que obtuvo el título de ciudadano romano, me vanagloriaba, siguiendo su ejemplo, de ser ciudadano francés, respetuoso de aquellas leyes humanas que no están reñidas con las leyes divinas. Presenté mi solicitud al señor Colin, chacinero y oficial municipal, encargado de otorgar ese tipo de cédulas. Me preguntó por mi situación, le dije que era sacerdote; me preguntó si estaba casado, y, al decirle que no, me respondió que peor para mí. Bueno, tras diversas peripecias, me preguntó si había demostrado mi civismo el 10 de agosto, el 2 de septiembre y el 31 de mayo. «No se pueden dar certificados, añadió, más que a aquellos que han demostrado su civismo de forma manifiesta en esas tres ocasiones». No conseguí darle una respuesta satisfactoria. Sin embargo, me cogió el nombre y la dirección prometiéndome llevar a cabo una petición tal y conforme se la demandaba. Cumplió su palabra, pues tras haber investigado mi caso, se presentaron en casa para prenderme dos comisarios del Comité de seguridad general del Picpus. No sé de qué crimen se me acusa. Pero estaréis de acuerdo conmigo en que el señor Colin es digno de lástima, pues en qué cabeza humana cabe el que se le reproche a un eclesiástico el no haber demostrado su civismo el 10 de agosto, el 2 de septiembre y el 31 de mayo. Un hombre capaz de concebirlo, merece compasión.

Comment [Librodot25]:

10 de agosto de 1793: primer aniversario de la caída de la monarquía francesa.

Comment [Librodot26]:

de septiembre de 1793: Billaud-Varenne ataca al Comité de salvación pública por haber ocultado al pueblo la entrada de los ingleses en el puerto de Toulon.

Comment [Librodot27]:

31 de mayo de 1793: la fracción girondina ha sido desalojada de la Convención por los *sans-culottes* de París.

-Tampoco yo tengo certificado -respondió Brotteaux-. Los dos somos sospechosos. Pero estáis algo cansado, padre, acostaos. Mañana trataremos de vuestra seguridad.

Ofrecióle el colchón a su huésped quedándose él con el de paja, pero tuvo que ceder ante las protestas del religioso, que lo reclamaba para sí, por simple humildad, sin lo cual, hubiese dormido incluso encima de una baldosa.

Terminadas las deliberaciones, Brotteaux apagó la candela, y es que, además de prudente, era ahorrativo.

-Señor -le dijo el religioso-, os agradezco sobremanera todo lo que hacéis por mí; pero, desafortunadamente, eso no os soluciona nada. ¡Que Dios os lo premie! Pero Dios no agradece aquello que, en lugar de hacerse para su honra, es únicamente fruto de una virtud natural. Razón por la cual os suplico, señor, que hagáis por El lo que contabais hacer por mí.

-Padre -repuso Brotteaux-, ni os inquietéis ni me lo agradezcáis. Lo que hago en este momento, ni es tan excelso como lo presentáis, ni lo hago por vos, pues, aunque os considero, no os conozco lo suficiente como para apreciaros. Tampoco lo hago por amor a la humanidad: ya que no soy tan ingenuo como Don Juan, ni creo como él que la humanidad tenga derechos; y ese prejuicio, en un espíritu tan libre como él, me aflige. Lo hago movido por ese egoísmo que inspira al hombre todas sus acciones generosas y buenas, ya que al hacerlo, uno se reconoce en todos esos miserables y socorriéndolos, se socorre a sí mismo, pues el infortunio es el destino común y natural de la especie humana. Lo hago también por aburrimiento: como la vida es tan insípida, hay que buscar alguna distracción a cualquier precio, siendo la beneficencia una de ellas, a falta de otra mejor; también lo hago por orgullo y para no ser menos que vos; y finalmente, lo hago por espíritu de sistema y para mostraros lo que un ateo es capaz de hacer.

-No os calumniéis, señor -respondió el padre Longuemare-. Dios me ha concedido mayor amparo y protección que a vos, hasta la fecha; aunque soy mucho más indigno. Concededme, sin embargo, una ventaja a mi favor: sin conocerme, no podéis amarme. Sin

Librodot

embargo, yo, sin conoceros, os amo más que a mí mismo. Dios así me lo exige.

Cuando hubo terminado de hablar, el padre Longuemare se puso de rodillas encima de una baldosa, rezó sus oraciones y se metió en su camastro dispuesto a conciliar un apacible sueño.

CAPÍTULO XII

EVARISTE GAMELIN formaba parte del Tribunal por segunda vez. Mientras se abría la sesión, comentaba con sus colegas los acontecimientos del día. Los había inciertos y falsos; pero los más dignos de crédito eran terribles. Los ejércitos coaligados, habiéndose adueñado de todos los accesos por carretera, avanzaban al unísono: La Vendée victoriosa, Lyon amotinado, Toulon en manos de los ingleses, que habían desembarcado catorce mil hombres.

Eso que para aquellos magistrados podía no ser más que asuntos caseros, tenía pendiente a todo el mundo. Seguros de perecer si la patria perecía, hacían de la salvación de la patria su propia salvación. Y el interés de la nación, identificado con el suyo, dictaba sus sentimientos, sus pasiones, su conducta.

Gamelin recibió, ya sentado en su sitio, una carta de Trubert, secretario del Comité de defensa; se trataba de su designación al puesto de comisario de polvorines.

Registra todos los sótanos de la sección para extraer cualquier tipo de material que sea necesario para fabricar pólvora. Quizá mañana el enemiga esté frente a París: es preciso que el suelo de la patria nos proporcione el rayo que lanzaremos a sus agresores. Adjunto te envío instrucciones de la Convención relativas al tratamiento del salitre. Salud y fraternidad.

En ese momento entró el acusado. Era uno de los últimos generales vencidos que la Convención entregaba al Tribunal, y el más oscuro. Al verlo, Gamelin se estremeció; le parecía volver a ver a ese militar que, confundido con el público, hacía tres semanas que lo había visto ser juzgado, condenado y entregado a la guillotina. Era el mismo hombre, de aspecto testarudo, mastuerzo: el proceso fue el mismo: Sus respuestas fueron socarronas, feroces; cosa que no podía beneficiarle en nada. Sus pleitos, sus argucias, las acusaciones con las que apabullaba a sus subordinados, acababan por hacer olvidar que estaba llevando a cabo la noble tarea de defender su honor y su vida. Todo en este asunto era incierto, discutible; el emplazamiento de los ejércitos, el número de efectivos, municiones, órdenes dadas, órdenes recibidas, movimientos de tropa; no se sabía nada. Nadie comprendía un ápice de todas aquellas confusas operaciones, absurdas, sin meta, que habían acarreado el desastre; nadie, no ya sólo el defensor y el acusado, sino tampoco el acusador, los jueces o los miembros del jurado, y, más extraño todavía, nadie se atrevía a confesar ni a confesarse que tampoco comprendía nada. Los jueces se complacían en hacer planos, disertando acerca de tácticas y estrategias; y el acusado se hacía un flaco favor enredándolo todo.

Las discusiones eran interminables. Y Gamelin, durante los debates, se imaginaba cómo, por los ásperos caminos del norte, entre arcones encenegados y cañones patas arriba en los atolladeros, las tropas vencidas huían en desbandada; mientras que la caballería enemiga acudía de todas partes por desfiladeros esmorecidos. Y era como si oyese el inmenso clamor de ese ejército desvencijado acusando al general. Al cierre de lo debates, una sombra inundaba la sala, y la figura indistinta de Marat aparecía como un fantasma sobre la cabeza del presidente. Instado a pronunciarse, el jurado estaba dividido. Gamelin, con una voz sorda que se le ahogaba en la garganta, pero con tono firme y resuelto, declaró al acusado culpable

de traición contra la República, y un murmullo aquiescente, que provenía del público, vino a adular su incipiente virtud. El dictamen fue leído bajo las antorchas, cuyo lívido resplandor se estremecía en las cavernosas sienes del condenado, por las que se deslizaban gotitas de sudor. A la salida, en medio de los peldaños abarrotados por comadres emperifolladas con su correspondiente escarapela, mientras oía pronunciar su nombre, que los asiduos al Tribunal ya empezaban a reconocer, Gamelin fue asaltado por costureras que, puño en alto, pedían la cabeza de la Austriaca.

Al día siguiente, Evariste tuvo que pronunciarse en suerte por una pobre mujer, la viuda Meyrion, distribuidora de pan. La cual iba por las calles empujando un carrito y llevando, en el talle, una tablilla de madera blanca para hacer con su cuchillo las muescas correspondientes a los panes que había repartido. Ganaba ocho céntimos al día. El suplente del fiscal se mostró exageradamente hostil hacia esta pobre mujer que, según parece, había gritado «¡Viva el rey!» varias veces y proferido gritos antirrevolucionarios en las casas por las que pasaba distribuyendo el pan de cada día. Había, asimismo, formado parte de una conspiración que tenía por objeto la evasión de la dama Capet. Interrogada por el juez, reconoció todos los hechos que se le imputaban; llámese candor, llámese fanatismo, el hecho es que tales sentimientos de monarquismo exacerbado acabaron por perderla.

El Tribunal revolucionario hacía triunfar la igualdad al mostrarse igualmente severo con los mozos de cuerda y las sirvientas que con los aristócratas o los financieros. A Gamelin no le cabía en la cabeza que pudiese ser de otro modo bajo un régimen popular. Hubiese considerado insolente, insultante para el pueblo, hacer excepciones. Reservada a los aristócratas, la guillotina le hubiese parecido una especie de privilegio. Gamelin empezaba a hacerse del castigo una idea místico-religiosa, prestándole virtudes, otorgándole méritos propios. Pensaba que los criminales merecen la pena y sería perjudicial para ellos que se les dispensase. Declaró, pues, a la dama Meyrion culpable y merecedora del castigo supremo, lamentando solamente que, los fanáticos que la habían perdido, no estuviesen ahí para compartir su suerte.

Evariste iba casi todas las tardes a los jacobinos, que se reunían en la antigua capilla de los dominicos, vulgarmente llamados jacobinos, calle Honoré. En un patio, en el cual se erguía un árbol de la Libertad y un álamo cuyas hojas, al agitarse, producían un murmullo perpetuo, había una capilla de estilo pobre y tosco, coronada de rústica teja, que exhibía un aguilón escuetamente, con una claraboya y una puerta combada, una insignia con los colores nacionales y un gorro de la Libertad. Los jacobinos, al igual que los cordeleros y los feuillantes, se habían apoderado del lugar y del nombre de los monjes dispersados. Gamelin, asiduo otrora a las sesiones de los cordeleros, no encontraba en los jacobinos las almadreñas, las carmañolas y los gritos de los dantonistas. En el club de Robespierre reinaba la prudencia administrativa y la gravedad burguesa. Desde que había desaparecido el Amigo del pueblo, Evariste seguía las lecciones de Maximilien, cuya presencia dominaba a los jacobinos y, de ahí, por medio de sociedades afiliadas, se expandía por toda Francia. Durante la lectura del atestado, paseaba su mirada por las paredes desmanteladas y tristes que, después de haber albergado a los hijos espirituales del gran inquisidor de la herejía, contemplaban reunidos a los celosos inquisidores de los crímenes contra la patria.

Allí, sin demasiadas solemnidades, con ayuda de la palabra, se ejercitaba el más grande de los poderes del Estado. Dicho poder gobernaba la ciudad y el imperio, y dictaba sus decretos a la Convención. Esos artesanos del nuevo orden de cosas, tan respetuosos de la ley como para que siguiesen siendo monárquicos en 1871 y quisiesen continuar siéndolo al regresar de Varennes, amigos del orden establecido, incluso después de las masacres del Champde-Mars, y jamás revolucionarios contra la revolución, ajenos a los movimientos populares, alimentaban en el fondo de su alma potente y sombría, un amor patriótico que había generado catorce ejércitos al mismo tiempo que la guillotina. Evariste admiraba en ellos su espíritu alerta, de vigilancia, sus criterios dogmáticos, su amor por los principios y su

Librodot

imperiosa sabiduría.

El público presente en la sala sólo dejaba percibir un estremecimiento unánime y regular, como el de las hojas del árbol de la Libertad que se encontraba a la entrada.

Aquel día, un 11 vendimiario, un joven, con frente de- primicia, de mirada penetrante, nariz prominente, barbilla afilada, rostro severo y picadito de viruela, subió a la tribuna. Un traje azul le ajustaba el talle y llevaba la cara muy empolvada. Tenía ese gesto estudiado, ese ademán mesurado que hacía que algunos se burlasen diciendo que parecía un maestro de baile, mientras que otros lo calificaban de «Orfeo francés». Robespierre pronunció, con voz clara, un discurso elocuente contra los enemigos de la República, confundiendo con argumentos metafísicos y terribles a Brissot y a sus cómplices. Habló largo rato, abundantemente, equilibradamente. Llevando la filosofía a esferas celestes, consiguió fulminar con la velocidad del rayo a sus pedestres contrincantes.

Evariste oyó y comprendió. Hasta ahora había acusado a la Gironde de preparar la restauración de la monarquía o el triunfo de la facción de Orleans y de propiciar la ruina de la ciudad heroica que había salvado a Francia y que liberaría un día al universo. Ahora, la voz del sabio le daba la pauta a seguir. Concebiría una metafísica revolucionaria que le permitiese elevarse por encima de groseras contingencias, situándole en la región de las certezas absolutas, fuera de la fragilidad sensorial. Las cosas son ya confusas de por sí; su complejidad es tal que confunde. Robespierre se las simplificaba, presentándole el bien y el mal mediante fórmulas claras y concisas. Federalismo, indivisibilidad: en la unidad y la indivisibilidad estaba la salvación; en el federalismo, la ruina. Gamelin experimentaba esa profunda alegría del creyente que conoce la palabra que salva y la que pierde. Desde ahora en adelante, el Tribunal revolucionario, como antaño los tribunales eclesiásticos, conocería el crimen absoluto, el crimen verbal. Y, dado que Gamelin poseía un espíritu religioso, recibía aquellas revelaciones con sombrío entusiasmo; su corazón se exaltaba y se regocijaba con la idea de que a partir de ahora, para distinguir entre inocencia y crimen, podía recurrir a un símbolo. ¡Oh tesoros de la fe, nada se os resiste!

El sabio Maximilien le abría también los ojos sobre las pérfidas intenciones de aquellos que querían igualar los bienes y repartir las tierras, suprimir la riqueza y la pobreza, estableciendo para todos una mediocridad reconfortante. En un principio, aquellas máximas le habían seducido porque las creía conforme a la ortodoxia republicana. Pero Robespierre, con sus discursos, le había revelado sus secretas maniobras, las intenciones de unos hombres cuyos propósitos parecían limpios, pero que en realidad socavaban los cimientos de la República, alarmando a los ricos con el fin de suscitar, a la autoridad legítima, enemigos implacables y recalcitrantes. En efecto, en cuanto la propiedad fue amenazada, todo el conjunto de la población, muy apegado a sus bienes, en tanto en cuanto tenía pocos, dio bruscamente la espalda a la República. Y es que, jugar con la propiedad, es conspirar. So pretexto de preparar la felicidad universal y el establecimiento del reino de la justicia, aquellos que propugnaban la igualdad y la comunidad de bienes eran unos cobardes, más traidores que los propios federalistas.

Pero la mayor revelación que la sabiduría de Robespierre le aportó, fue descubrir los crímenes y las infamias del ateísmo. Nunca Gamelin había negado la existencia de Dios; era deísta y creía en una providencia que vela por los hombres; pero, reconociendo que concebía muy difusamente la existencia del Ser Supremo, y teniendo gran apego a la libertad de conciencia, admitía de muy buen grado que gente ilustre como Lamettrie, Boulanger, el barón d'Holbach, Lalande, Helvétius, el ciudadano Dupuis, negasen la existencia de Dios, proponiendo establecer, a cambio, una moral natural y encargándose ellos mismos de asentar los principios de una justicia virtuosa y verdadera. Había llegado, incluso, a sentirse muy cerca de los ateos, sobre todo cuando eran perseguidos o injuriados. Maximilien le había abierto los ojos y le había dado la pauta. Por medio de su virtuosa elocuencia, ese gran hombre le había revelado el verdadero carácter del ateísmo, su naturaleza, sus intenciones, sus efectos; habiéndole demostrado que esta doctrina, que se había fraguado en los salones y en

Librodot

los gabinetes de la aristocracia, era la más pérfida invención que los enemigos del pueblo hubiesen podido imaginar para desmoralizarlo y esclavizarlo; siendo una villanía querer desalojar de sus mentes la tranquilizadora creencia en una providencia remuneradora, ya que sin freno y entregados a ese tipo de pasiones que degradan, hacen de él un vil esclavo, ya que, finalmente, el epicureísmo monárquico de un Helvétius conduce a la inmoralidad, a la crueldad, a todos los crímenes. Desde que aquellas lecciones del ilustre ciudadano lo habían instruido, execraba a los ateos, sobre todo cuando eran de naturaleza jovial y bonachona, como el anciano Brotteaux.

En los días que siguieron, Evariste tuvo que juzgar, uno por uno, a un culpable que reconoció haber destruido todo tipo de grano, dejando al pueblo a merced del hambre; a tres emigrados que habían vuelto para fomentar la guerra civil en Francia; a dos meretrices del Palais-Egalité; a catorce conspiradores bretones, a mujeres, adolescentes, señoritos y sirvientes. A hechos consumados, sanción al canto. Entre los condenados estaba una joven de veinte años. Su inminente condena empañaba la flor de su juventud. Tenía el pelo recogido y un pañuelo de lino que dejaba ver un cuello blanco y flexible.

Evariste se pronunció constantemente por la pena de muerte, y todos los acusados, a excepción de un viejo jardinero, fueron enviados al patíbulo.

La semana siguiente, Evariste y su sección segaron la cabeza a cuarenta y cinco hombres y a dieciocho mujeres.

Los miembros del Tribunal no distinguían entre hombres y mujeres, inspirándose para ello en un principio tan antiguo como la misma justicia. Y si el presidente Montané, sensible al valor y a los encantos de Charlotte Corday, había intentado salvarla alterando el procedimiento, perdiendo su puesto en el empeño; lo más corriente era que a las mujeres se las interrogase sin hacerles ningún tipo de favor, según la norma común que regía en todos los tribunales. Pero sabiéndolas ladinas, simuladoras, seductoras, desconfiaban de ellas. Al ser su valor equiparable al de los hombres, ello invitaba al Tribunal a tratarlas como a los hombres. La mayoría de los que las juzgaban, mediocremente sensuales o sensuales en ocasiones, ni se inmutaban. 1, Y las condenaban o exculpaban según su conciencia, sus prejuicios, su celo o su más o menos firme adhesión a los principios republicanos. Iban todas ellas peinadas con esmero y tan arregladitas como cabe esperarse de una situación así. Pero había pocas jóvenes, y guapas, menos todavía. La cárcel y los sufrimientos habían marchitado su rostro. Con la luz del día se notaba aún más el cansancio, el fastidio, el tedio que dejaba traslucir un penoso parpadeo y la tensa contracción de los labios. Sin embargo, aquel siniestro sillón cobijó más de una vez a alguna mujer joven, hermosamente pálida, mientras que una sombra fúnebre, parecida a los velos de la voluptuosidad, oscurecía su mi- rada. Frente a todo ello, que esos altos dignatarios se hayan compadecido o irritado, que, en lo más profundo de su depravada intimidad, alguno de ellos haya escrutado los más recónditos secretos de esa criatura a medio camino entre la vida y la muerte, y que alguno, agitando visiones voluptuosas y sangrientas, se haya dado el placer atroz de entregar al verdugo esos apetitosos cuerpos; eso es algo que, tal vez, deba callarse; pero que no puede negarse conociendo a los hombres. Evariste Gamelin, artista frío y culto, no conocía más belleza que la antigua, y la belleza le inspiraba menos desasosiego que respeto. Su exigente clasicismo hacía que rara vez encontrase una mujer que fuese completamente de su gusto; era tan insensible a los encantos de un bonito rostro como a los colores de Fragonard o los trazos de Boucher. Nunca había conocido el deseo más que en el amor profundo.

Como la mayoría de sus colegas, creía que las mujeres eran más peligrosas que los hombres. Odiaba a las que hasta hace poco habían sido princesas, a las que imaginaba, como entre sueños de horror, suministrando, con Elisabeth y la Austriaca, balas para aniquilar a los patriotas; odiaba, incluso, a todas las amigas de los funcionarios, de los filósofos, de los hombres de letras, culpándolas de haber disfrutado de los placeres de este mundo en una época en la que era muy fácil la vida. Las odiaba sin reconocer su rencor, y, cuando tenía

Librodot

que juzgar a alguna, la condenaba por resentimiento, creyendo que la condenaba con justicia y por la salvación de la patria. Pudor, honestidad, virilidad, objetividad fría, entrega al Estado, virtudes, en fin, que llevan al patíbulo a gentes sencillas y enternecedoras.

Pero ¿qué pasa?, ¿qué maravilloso suceso se ha producido? Hasta hacía poco era menester buscar a los culpables, buscarlos y sacarlos de su escondrijo para hacerles confesar su crimen. Ahora ya no es necesario buscarlos con ayuda de perros rastreadores: de cualquier parte surgen víctimas. Nobles, vírgenes, soldados, las mujeres de mala vida se entregan al Tribunal, arrancan a los jueces su veredicto demasiado lento y reclaman la muerte como un derecho del que esperan poder disfrutar. Ya no basta con esa pléyade de delatores cuya abnegación ha hecho que las prisiones estén a rebosar y que el fiscal y sus acólitos no se cansen de llevar delante de los tribunales: hay que ajusticiar, además, a todos aquellos que no quieren esperar. Los hay todavía que son más fieros y altaneros, los que se ofrecen gustosamente ante jueces y verdugos delatándose ellos mismos. Al ansia por condenar responde el ansia por morir. He aquí, por ejemplo, a un joven militar, guapo, vigoroso y solicitado que ha dejado en la cárcel a su amada diciéndole al despedirse: «¡Vive por mí!» Y que no quiere vivir ni por ella, ni por la gloria, ni por el amor. Y, siendo republicano como es, pues respira la libertad por todos sus poros, ha prendido fuego a su auto de procesamiento para encender su pipa, haciéndose monárquico para poder morir. El Tribunal intenta absorverlo; el acusado se resiste, los jueces acaban por ceder.

Con las lecciones de los jacobinos y el espectáculo de la vida, el inquieto y meticuloso Gamelin se hacía cada vez más suspicaz, alarmista. Una noche que atravesaba calles mal iluminadas, para ir a ver a Elodie, creía ver por cada tragaluz el artefacto que servía para la fabricación de moneda falsa en la trastienda del abacero o en la del panadero, víveres acaparados. A través de las cristaleras iluminadas de los negociantes, le parecía detectar la trama de un complot que se proponía acabar con las botellas de vino de Beaune o de Chablis; en las callejuelas lúgubres se imaginaba ver prostitutas pisoteando la escarapela nacional entre los gritos y aplausos de los jóvenes distinguidos; en todas partes veía conspiradores. Diciéndose para sí: «¡República!, contra tanto enemigo secreto o declarado, sólo queda un remedio. ¡Santa guillotina, salva a la patria!...»

Elodie estaba aguardándolo en su aposento de color azul, encima del *Amourpeintre.* Para avisarle de que podía entrar, ponía en el marco de la ventana una pequeña regadera verde, cerca de la maceta de claveles. Ahora le daba miedo, lo encontraba inhumano: lo temía y lo adoraba al mismo tiempo. Toda la noche estuvieron fuertemente agarrados el uno al otro; el amante sanguinario y la voluptuosa muchacha se besaban en silencio furiosamente.

CAPÍTULO XIII

PUESTO en pie desde el amanecer, y tras haber barrido su habitación, el padre Longuemare se fue a decir misa en una capilla de la calle Enfer que atendía un sacerdote fiel a sus principios. En París existían millares de refugios de este tipo, pudiendo así el clero refractario reunir clandestinamente a sus pequeños rebaños de fieles. El servicio de orden de las secciones, aunque atento y vigilante, solía cerrar los ojos en asuntos como ese, por miedo tal vez a la cólera de los feligreses o quizá por un residual respeto hacia las cosas santas. El barnabita se despidió de su anfitrión que a duras penas pudo convencerlo para que volviese a la hora de almorzar. Sólo la promesa de que la carne no sería ni demasiado buena ni demasiado abundante consiguió vencer sus resistencias.

Una vez solo, Brotteaux encendió su hornillo de barro y, mientras preparaba el almuerzo del religioso y del epicúreo, releía su Lucrecio y meditaba sobre la condición

humana.

A ese sabio no le sorprendía sobremanera que seres tan miserables, simples juguetes de las fuerzas naturales, se encontrasen tan a menudo envueltos en situaciones tan absurdas como terribles; pero para desgracia suya, solía creer que los revolucionarios eran todavía más necios que el resto de los hombres, y eso era ya puro prejuicio ideológico. Por lo demás, no era nada pesimista, y no consideraba que la vida fuese tan nefasta. Admiraba, entre otras cosas que la naturaleza tiene, la mecánica celeste y el amor físico, acomodándose perfectamente al insidioso trabajo cotidiano mientras llegaba ese día que nos liberaría del deseo y del miedo que impera en todo ser viviente.

Coloreó unos cuantos títeres y construyó una Zerline que se parecía a la Thévenin. Esta mujer le gustaba y su epicurismo no tenía por menos que maravillarse ante el perfecto orden de los átomos que la componían.

Esas ocupaciones lo distrajeron hasta el regreso del barnabita.

-Padre -le dijo al abrirle la puerta-, ya os había dicho que sería frugal. No tenemos más que castañas. Esperemos que estén bien condimentadas.

-¡Castañas! -exclamó el padre Longuemare sonriendo-, no hay alimento más delicioso. Mi padre, señor, era un pobre hidalgo limusino cuya única fortuna consistía en un palomar en ruinas y un bosquecillo de castaños. Alimentándose, junto a su mujer y a sus doce hijos, de castañas verdes, y todos estábamos fuertes y robustos. Yo era el más joven y el más turbulento; mi padre solía decir, bromeando, que sería menester mandarme a América como filibustero... ¡Ah, señor!, ¡qué bien huele esta sopa de castañas! Y cómo me recuerda aquella mesa que coronábamos los niños y que presidía la amable sonrisa de mi madre.

Tras la comida, Brotteaux fue a ver a Joly, el vendedor de juguetes de la calle Neuve-des-Petits-Champs, que no sólo se quedó con las doce docenas de muñecos que Caillou había rechazado, sino que le encargó veinticuatro para empezar.

Al llegar a la antigua calle Royale, Brotteaux vio cómo chisporroteaba un triángulo de acero entre dos largueros de madera: era la guillotina. Una inmensa multitud de curiosos se agolpaba alrededor del patíbulo esperando la llegada de las carretas con los condenados. Algunas vendedoras de mantecados de Nanterre pregonaban su mercancía y los que vendían refrescos tocaban la campanilla. Al pie de la estatua de la Libertad, un anciano exhibía grabados en un teatrillo que tenía un columpio en su parte superior con un mono balanceándose. Los perros, debajo del patíbulo, lamían la sangre del día anterior. Brotteaux dio media vuelta y se fue por la calle Honoré.

Cuando volvió al desván, encontró al barnabita leyendo, y después de limpiar con cuidado la mesa colocó sus artilugios para trabajar.

-Padre -dijo-, os rogaría, si ello no es incompatible con vuestro estado, que me ayudaseis a fabricar muñecos. Un tal señor Joly me ha hecho, esta misma mañana, un suculento pedido. Mientras yo pinto los que ya están hechos, podéis ir recortando cabezas, brazos, piernas y troncos con arreglo a este patrón. Están copiados, nada más y nada menos, que de Watteau y de Boucher.

-Yo creo, en efecto -le dijo Longuemare-, que Watteau y Boucher eran capaces de tales quehaceres, más les hubiese valido dedicarse, para su bien, a fabricar muñecos como esos. Me alegraría poder ayudaros, pero temo no ser lo suficientemente mañoso.

El padre Longuemare tenía sobradas razones para desconfiar de su habilidad: después de varias intentonas, hubo de rendirse a la evidencia: su fuerte no era cortar, a punta de navaja, graciosas siluetas de cartón. Pero cuando a instancias suyas, Brotteaux le dio una cuerda y un pasa-cintas, resultó ser un gran maestro en el arte de otorgar movimiento a esas diminutas criaturas. Llegó incluso a enseñarles a bailar algunos pasos de gavota y, cuando conseguía hacerles bailar, una enorme sonrisa se deslizaba sobre su rostro.

Cierta vez que cortaba, a la medida, la cuerda para un Scaramouche:

-Señor -dijo-, esta pequeña máscara me recuerda una singular historia. Era en 1746:

terminaba mi noviciado bajo la dirección del padre Magitot, hombre de edad avanzada, de profundo saber y costumbres austeras. En aquella época, quizá lo recordaréis, los muñecos, en un principio destinados a distraer a los niños, ejercían sobre las mujeres e incluso en los jóvenes y viejos un atractivo formidable; hacían furor en París. Las tiendas de moda estaban repletas; a las personas distinguidas no les faltaban, y no era raro encontrar por la calle a una persona ilustre provista de su respectivo muñequito saltarín. La edad, el carácter y la profesión del padre Magitot no lo libraron del contagio. Cuando veía a la gente entretenida jugando con los muñecos, sus dedos se impacientaban hasta el punto de convertirse en inoportuna costumbre. Un día, teniendo que visitar, por un asunto importante, al señor Chauvel, abogado del Parlamento, se dio cuenta de que había un muñequito colgando de la chimenea; rápidamente sintió la tentación de ir a tirar de la cuerda. A duras penas consiguió dominar tan terrible impulso. Pero el deseo persistió y nunca más lo dejó tranquilo. En sus estudios, en sus meditaciones, en sus oraciones, en la iglesia, en el púlpito, en el confesionario, la obsesión perduraba. Después de pasar varios días consumiéndose de lo lindo, decidió ir a exponer su caso al prior general de la orden que, en ese momento, se encontraba afortunadamente en París. Era un doctor eminentísimo y uno de los príncipes de la iglesia de Milán. Este le aconsejó satisfacer un deseo inocente en sus principios, nefasto en sus consecuencias y cuya insistente e inoportuna repetición amenazaba con producir, en el alma del que la padecía, graves trastornos. Siguiendo el consejo, o para ser más exactos, la orden del prior general, el padre Magitot volvió a casa del señor Chauvel, quien lo recibió, como la primera vez, en su gabinete. Allí, tras volver a ver el muñequito colgando de la chimenea, se acercó a él apresuradamente y pidió a su anfitrión que le permitiera tirar de la cuerdecita un momento. El abogado accedió gustosamente a la petición y le confió que, mientras preparaba sus alegatos, hacía bailar a Scaramouche (éste era el nombre del muñequito) y que, sin ir más lejos, la víspera, los movimientos de Scaramouche habían decidido la suerte de una mujer que había sido falsamente acusada de haber envenenado a su marido. El padre Magitot cogió, temblando, la cuerda y vio cómo Scaramouche se agitaba como si se tratase de un poseso al que se le practicase un exorcismo. Tras haber satisfecho su curiosidad, la obsesión se desvaneció.

-Vuestro relato no me sorprende, padre -respondió Brotteaux-. Ese tipo de obsesiones son bastante corrientes. Pero no siempre las provocan esos monigotes de cartón.

El padre Longuemare, que era religioso, no hablaba nunca de religión; Brotteaux hablaba constantemente. Y como sentía cierta simpatía por el barnabita, le gustaba acorralarlo y turbarlo poniendo objeciones a diversos artículos de la doctrina cristiana.

Una vez, mientras ambos construían Zerlines y Scaramouches:

-Cuando pienso -dijo Brotteaux- en los acontecimientos que nos han llevado hasta donde estamos, dudo qué partido, de la locura universal, ha sido el más loco, y no estoy lejos de creer que fue el de la corte.

-Señor -repondió el religioso-, todos los hombres se hacen insensatos, como Nabucodonosor, cuando Dios los abandona; pero ningún hombre, en nuestros días, cayó en tanto error y fue víctima de tanta ignorancia como el abad Fauchet, ningún hombre fue tan funesto para el reino como ese. ¡Cuán enfadado debía estar el Señor con Francia para enviarle al abad Fauchet!

-Me parece que ese desgraciado Fauchet no ha sido el único.

-EL abad Grégoire no ha sido menos.

-Y Brissot, y Danton, y Marat, y cien más, ¿qué opina, padre?

-Señor, que son laicos: los laicos no pueden tener las mismas responsabilidades que los religiosos. Aquéllos no tienen tantas obligaciones y sus crímenes no son universales.

-Y vuestro Dios, padre, ¿qué pensáis de su comportamiento durante la presente revolución?

-No os comprendo, señor.

-Epicuro ha dicho: «O Dios quiere impedir el mal y no lo puede, o lo puede y no lo quiere, o no lo puede ni lo quiere, o lo puede y lo quiere. Si lo quiere y no lo puede, es impotente; si lo puede y no lo quiere, es perverso, si no lo puede ni lo quiere, es impotente y perverso; si lo quiere y lo puede, ¿por qué no lo hace, padre?

Y Brotteaux dejó caer sobre su interlocutor una mirada de satisfacción.

-Señor -respondió el religioso-, no hay nada más miserable que las dificultades que planteáis. Cuando examino las razones de la incredulidad, me parece que veo hormigas levantando diques de hierba contra el torrente que baja de las montañas. Permitidme que no entre en discusión: tendría sobradas razones y muy poca habilidad para defenderlas. Por lo demás, he de deciros que lo que citáis de Epicuro es simplemente una tontería: se considera a Dios como si fuese un hombre y tuviese una moral. ¡Pues bien!, señor, los incrédulos, desde Celso hasta Bayle y Voltaire, han engañado a los necios con paradojas similares.

-Ya veis, padre, lo que conlleva vuestra fe. No sólo pretende encontrar toda la verdad en vuestra teología, sino que pretende que no hay ninguna verdad en las obras de genios maravillosos que pensaron distinto.

-Os equivocáis rotundamente, señor -replicó Longuemare-. Creo, por el contrario, que nada puede ser completamente falso. Los ateos ocupan el peldaño más bajo del conocimiento humano; y en ese peldaño aún hay atisbos de razón y muestras de verdad y, aunque las tinieblas los pierden, Dios puso en su frente alguna inteligencia: es el destino de Lucifer.

-Pues bien, señor -replicó Brotteaux, yo no soy tan benévolo y os confieso que no encuentro en ninguna obra de teología un solo átomo de sentido común.

Sin embargo, negaba querer destruir la religión, ya que la consideraba necesaria para el pueblo: hubiese deseado solamente que tuviese por ministros a los filósofos y no a polemistas. Deploraba también que los jacobinos quisieron reemplazarla por una religión más joven y más maligna, por la religión de la libertad, de la igualdad, de la república y de la patria. Se había dado cuenta de que cuanto más jóvenes son las religiones, más furiosas y crueles son, apaciguándose cuando envejecen. Por consiguiente, deseaba que se conservase el catolicismo, que había devorado a muchas víctimas en sus vigorosos comienzos, pero que ahora, cargado de años, calmado su apetito, se conformaba con enviar a la hoguera a cuatro o cinco herejes cada cien años.

-Por lo demás -añadió-, siempre me he llevado bien con mojigatos y santurrones. Tenía un capellán en Ilettes: decía misa todos los domingos, y todos mis invitados asistían a ella. No había gente más fervorosa que los filósofos ni más devota que las mancebas de la Opera. Era feliz entonces y tenía muchos amigos.

-¡Amigos -exclamó el padre Longuemare-, amigos!... ¡Ay, señor!, ¿creéis que todos esos filósofos y todas esas cortesanas, que han degradado vuestra alma, de tal suerte que al mismísimo Dios le costaría trabajo reconocer en ella uno de esos templos que edificó para su gloria, creéis, en verdad, que os amaban?

El padre Longuemare siguió viviendo ocho días más en casa del comerciante sin que nadie le molestase. Fiel a la regla de su comunidad, rezaba los oficios divinos a la hora de maitines, puesto de rodillas encima de una baldosa. Y aunque no disponía más que de sobras para comer, guardaba ayuno y abstinencia. Testigo afligido y bonachón de todas esas austeridades, el filósofo le preguntó un día:

-¿Creéis, verdaderamente, que Dios se complace viéndoos soportar tan tremendas privaciones?

-Dios mismo -respondió el monje- nos ha dado ejemplo de sufrimiento.

El noveno día, desde que el barnabita se instalase en casa del filósofo, éste fue a llevar, a la caída de la tarde, sus muñecos a Joly, el vendedor de juguetes, que vivía en la calle Neuve-des-Petits-Champs. Volvía contento por haberlos vendido todos cuando, en la plaza del Carroussel, una muchacha ataviada con dormán de raso azul bordado de armiño, y que

cojeaba al correr, se abalanzó sobre él y le dio uno de esos abrazos que imploran misericordia, y que todos recordamos por haberlos visto alguna vez.

La muchacha temblaba; oíase cómo su corazón palpitaba fuertemente. Brotteaux, viejo aficionado al teatro, admiró tanto patetismo en medio de tanta vulgaridad y pensó que la comediante Racourt hubiese aprendido muchísimo viéndola.

Esta hablaba con voz temblorosa, y bajaba el tono por miedo a que los transeúntes la oyesen.

-¡Llevadme, ciudadano, escondedme, os lo suplico! Han ido a buscarme a casa, a la calle Fromenteau. Mientras subían, me he escondido en casa de Flore, mi vecina, y al saltar por la ventana, me he desbaratado el pie... Ya llegan; quieren llevarme a la cárcel y matarme... La semana pasada han matado a Virginie.

Brotteaux se daba perfectamente cuenta de que hablaba de los delegados del Comité revolucionario de la sección o de los comisarios del Comité de seguridad general. La Comuna tenía entonces un procurador virtuoso, el ciudadano Chaumette, que perseguía a las alegres muchachas de la vía pública como si fuesen las peores enemigas de la República. Y es que quería regenerar las costumbres. A decir verdad, las muchachas de la zona del Palais-Egalité eran poco patriotas. Añoraban la anterior situación y no lo ocultaban. Algunas habían sido ya guillotinadas por conspiradoras, lo que había despertado en sus congéneres gran revuelo.

El ciudadano Brotteaux le preguntó a la suplicante muchacha por qué motivo se le había mandado detener.

Esta juró no saber nada, no haber hecho nada que pudiesen reprocharle.

-¡Pues bien!, hija mía -le dijo Brotteaux-, si no eres sospechosa, no tienes nada que temer. Vete a dormir, y déjame en paz.

Entonces confesó todo:

-Me he quitado la escarapela y he gritado «¡Viva el rey!».

Mientras deambulaban, del brazo, por los desiertos parajes, ella decía:

-Yo no es que defienda al rey, sabéis bien que no lo he conocido y quizá no era ni diferente ni mejor que el resto de los mortales. Pero éstos son malvados. Y se ensañan con las pobres muchachas. Me atormentan, me vejan y me injurian por todos los medios; quieren impedir que me gane la vida. No sé ganármela de otra manera. Ya me gustaría poder cambiar de vida... ¿Qué pretenden? Sólo saben cebarse en los más indefensos, el lechero, el carbonero, el repartidor de agua, la lavandera. No estarán tranquilos hasta que no se hayan ganado la enemistad de todas esas pobres gentes.

Se quedó mirándola: era igual que un niño. Ya no tenía miedo. Su rostro esbozaba una ligera sonrisa y su cojera resultaba graciosa. Le preguntó su nombre. Dijo que se llamaba Athénais y que tenía dieciséis años.

Brotteaux se ofreció para llevarla donde quisiera. No conocía a nadie en París; pero tenía una tía sirviendo en Palaiseau. Posiblemente podría albergarla.

Brotteaux resolvió llevarla consigo:

-Ven a casa, criatura -le dijo.

Y se la llevó cogiéndola por el brazo.

Ya en el desván, encontró al padre Longuemare leyendo el breviario:

-Padre, esta muchacha de la calle Fromenteau ha gritado «Viva el rey». La policía le sigue la pista. No tiene donde caerse muerta. Permitidme que la cobije esta noche.

El padre Longuemare cerró el breviario:

-Si entiendo bien -repuso el religioso¯, me estáis proponiendo que esta muchacha, que al igual que yo está siendo buscada, pueda quedarse a dormir, con el fin de salvar su pellejo, en esta habitacioncita.

-Sí, padre.

-¿Y por qué razón habría de oponerme? Ni su presencia me ofende ni estoy seguro de ser menos pecador que ella.

El religioso pasó la noche en un viejo sillón desvencijado. Athénais durmió en el colchón y Brotteaux, después de apagar la vela, en el camastro.

Las horas, con sus medias horas, sonaban en los campanarios de las iglesias. Brotteaux no pegaba ojo y oía los resuellos entremezclados del religioso y de la muchacha. La luna, imagen y testigo de sus pasados amoríos, iluminaba, con sus rayos de plata, la humilde mansión, los rubios cabellos, las cejas de oro, la delgada nariz y la boca ovalada y sonrosada de Athénais, que dormía con los puños cerrados.

«¡Y a eso -pensaba- se le considera un terrible enemigo de la República!»

Cuando Athénais se despertó, ya era de día. El religioso se había marchado. Brotteaux, debajo de la claraboya, leía a Lucrecio para instruirse, con las enseñanzas de la musa latina, aprendiendo a vivir sin temores y sin grandes anhelos; sin embargo, sentía fuertes desasosiegos.

Al abrir los ojos, Athénais vio con gran estupor las viguetas del desván. Después se dio cuenta, sonrió a su protector acariciándole con sus manecillas no del todo limpias.

Incorporada en su lecho, señaló con el dedo el sillón desvencijado en el que el religioso había pasado la noche.

-¿Se ha marchado?... ¿No habrá ido a denunciarme?

-No, pequeña. Ese viejo loco es buena gente.

Athenais preguntó que cuál era la locura de ese buen hombre; y, cuando Brotteaux le dijo que era la religión, quejóse amargamente de oírlo hablar así, asegurando que los hombres sin religión eran peores que los animales y que, por su parte, además de rezar a menudo, imploraba perdón y esperaba que la misericordia divina se apiadase de sus pecados acogiéndola en su seno.

Luego, al ver que Brotteaux tenía un libro entre las manos, creyó que era un misal y le dijo:

¡También vos rezáis! Dios os pagará lo que habéis hecho por mí.

Pero como Brotteaux le advirtió que no se trataba de un misal, y que ese libro había sido escrito antes de que la idea de misa circulase por el mundo, ella creyó que se trataba de una *Clave de los sueños* y le pidió si no podía explicarle un sueño maravilloso que había tenido. Como no sabía leer, sólo conocía, de oídas, esas dos clases de libros.

Brotteaux le explicó que ese libro no contenía más que el sueño de la vida. La hermosa muchacha, encontrando la respuesta difícil, renunció a comprenderla y metió la punta de la nariz en el barreño que sustituía las palanganas de plata que Brotteux había usado antaño. Después se colocó el pelo delante del espejo de afeitar de su anfitrión, aplicándose a ello con gran cuidado y esmero. Al doblar los brazos por encima de la cabeza, articulaba algunas palabras de cuando en cuando:

-Pienso que habéis 'sido bastante rico.

-¿En qué os basáis?

-No lo sé. Pero habéis sido rico y sois un aristócrata, estoy segura.

Sacó del bolsillo una pequeña Virgen María de plata

que tenía en una funda redonda de marfil, un trozo de azúcar, hilo, tijeras, un mechero, dos o tres fundas y, después de coger lo que consideraba indispensable, se puso a remendar la falda, pues la tenía rota por varios sitios.

-Para vuestra seguridad, pequeña, poneos esto en la cabeza -le dijo Brotteaux tendiéndole una escarapela tricolor.

-Me la pondré con mucho gusto, señor; más por complaceros que por amor a la nación.

Tras haberse ataviado y emperifollado lo mejor que pudo, cogiéndose la falda con las dos manos, hizo una reverencia de lo más pueblerina diciéndole a Brotteaux:

-Señor, soy vuestra más humilde servidora.

Estaba dispuesta a mostrar su gratitud de cualquier manera, pero creía mejor no ofrecer ni pedir nada: le parecía que era mejor despedirse así, con decoro.

Brotteaux le puso en la mano unos cuantos asignados que le permitiesen coger el

coche para Palaiseau. Era la mitad de su fortuna, y, aunque su generosidad hacia las damas era bien conocida, nunca hasta ahora había hecho semejante reparto de sus bienes.

Ella le preguntó su nombre.

-Me llamo Maurice.

De mala gana, y muy a pesar suyo, le abrió la puerta y le dijo:

-Adiós, Athénais.

Ella le dio un abrazo.

-Señor Maurice, cuando penséis en mí, llamadme Martha: es mi nombre de pila, por el que me conocen en el pueblo... Adiós y gracias... A vuestro servicio, señor Maurice.

CAPÍTULO XIV

COMO las cárceles estaban hasta los topes, y ya no cabía más gente, había que juzgar, juzgar sin tregua y condenar. Al igual que sus predecesores monárquicos, los actuales magistrados republicanos guardaban con aquéllos un parecido igualmente atroz, terrorífico. Agotados por la fatiga, reventados por el aguardiente y el insomnio, a duras penas podían mantenerse en su sitio; como tenían tan mala cara, parecían aún más tétricos. Su origen diverso, su desigual formación, su temperamento tan dispar, producía en tan variopinto conglomerado manifestaciones muy diferentes; pero, frente a la amenaza común, al peligro contrarrevolucionario, todos experimentaban, fingían o trataban de fingir, idéntico celo, parecidos sinsabores. Henchidos de virtud, presos del miedo y del terror que generaban, aquellos hombres formaban algo así como una especie de cuerpo místico, de tótem sagrado, de tal suerte que el ejercicio casi religioso de sus funciones les llevaba a multiplicar ininterrumpidamente las penas de muerte. Cuando un brusco sobresalto de sensibilidad les pasaba por la mente, solían perdonar a un acusado que muy bien hubiesen condenado, entre sarcasmos, una hora antes. Y es que, a medida que celebraban juicio tras juicio, su corazón se iba ablandando.

En medio de la somnolencia y la fiebre que les proporcionaba tanto trabajo, en medio de tanta actividad y de tanta algarabía, entre el fragor de tanto testigo furioso y de tanta gente tan fanática, aquellos magistrados vivían momentos turbulentos de revancha irascible e iracundo atolondramiento. Corrían rumores que hablaban de corrupción entre los miembros del Tribunal, que aceptaban oro proveniente de los reos. A tales rumores, ellos respondían protestando enérgicamente y condenando sin tregua. Y es que, finalmente, no eran más que unos seres humanos, ni peores ni mejores que los demás. A menudo, la inocencia es una dicha y no una virtud: cualquiera que hubiese aceptado ponerse en su lugar, hubiese hecho, igual o peor, una tarea tan poco grata.

María Antonieta, la tan esperada, vino, por fin, a sentarse en el fatal sillón de color negro. Era tal el odio acumulado, que sólo la certeza de cuál sería el veredicto pudo hacer respetar las formas. A las insidiosas preguntas la acusada iba respondiendo según su instinto de conservación, ya haciendo uso de su proverbial altivez, y, una vez, dada la vileza con que la acusara uno de sus detractores, supo responder como una madre. El ultraje y la calumnia sólo les estaban permitidos a los testigos; la defensa se quedó de piedra. El Tribunal, tratando de cumplir con el reglamento, esperaba que todo eso se acabase lo más pronto posible, con el fin de ofrecer la cabeza de la Austriaca a toda Europa.

Comment [Librodot28]:

Se trata, naturalmente, de María Antonieta, reina de Francia, esposa de Luis XVI. Estamos, pues, en la fecha del 16 de octubre de 1793.

Tres días después de la ejecución de María Antonieta, Evariste Gamelin fue llamado al catre de tijera donde, a treinta pasos de la oficina militar en la que había consumido su vida, y que antaño fuera la morada de algún barnabita, agonizaba ahora el ciudadano Fortuné Trubert. Su cadavérica figura se hundía en el lecho. Su mirada viscosa, que ya no distinguía nada, parecía apuntar a Evariste y, agarrándole la mano con fuerza inusitada, parecía no que-

rer soltarle. Por espacio de dos días había vomitado sangre tres veces. Intentó hablar; su voz, débil y velada al principio, creció, se hinchó:

-¡Wattignies! ¡Wattignies!... Jourdan ha hecho retroceder al enemigo a sus puestos... desbloqueado Maubeuge... Hemos reconquistado Marchiennes. Venceremos... Venceremos...

Después sonrió.

No es que estuviese delirando, sino que, por el contrario, aquel cerebro, a punto de sumirse para siempre en las tinieblas, tenía una percepción clara de la realidad. El acoso enemigo se había estancado: los generales, aterrorizados, se daban cuenta de que lo mejor era vencer. Lo que no habían conseguido los alistamientos de voluntarios, un ejército numeroso y disciplinado, lo lograba ahora: la militarización. Un paso más y la República estaría a salvo.

Después de media hora de desfallecimiento, el rostro de Fortuné Trubert, surcado por la muerte, empezó a recuperarse, sus manos se levantaron.

Mostró con el dedo a su amigo el único mueble que había en la habitación: un escritorio pequeñito de nogal.

Y con voz temblorosa y débil, pero clarividente:

-Amigo mío, como Eudamidas, te lego mis deudas: trescientas veinte libras cuya relación se expresa en... cuaderno rojo... Adiós, Gamelin. No te duermas. Sacrifícate por la República. Venceremos.

Comment [Librodot29]:

Eudamidas: héroe de una anécdota que cuenta el griego Luciano en el *Toraxis.* Según ésta, este personaje paupérrimo confía a dos de sus amigos el cuidado de alimentar a su madre y de proporcionar la dote a su hija.

Las tinieblas de la noche inundaron la celda. El moribundo resolló penosamente, y sus manos arañaron las sábanas.

A media noche, pronunció algunas palabras sin orden ni concierto:

-Más salitre todavía... Entregad más fusiles... ¿Mi salud? Inmejorable... Que bajen las campanas...

Finalmente expiró a las cinco de la mañana.

Por orden de la sección, su cadáver fue expuesto en la nave de la que hasta hace poco fuera la iglesia de los barnabitas, al pie del altar de la patria, en una cama de campaña, envuelto en una bandera tricolor y una corona de laurel en la cabeza.

Doce ancianos ataviados con la toga latina y una palma en la mano, doce muchachas cubiertas con velos y flores en la mano, rodeaban el catafalco. A los pies del difunto, dos niños tenían cada uno una antorcha ligeramente inclinada hacia atrás. En uno de ellos, Evariste reconoció a la pequeña Josephine, la hija de su portera, una encantadora criatura que le recordaba, por su gracia juvenil, a esos geniecillos del amor y de la muerte que los romanos esculpían encima de los sarcófagos.

La comitiva fúnebre se dirigió al cementerio de Saint-André-des-Arts entonando los cantos de *La Marsellesa* y del *Ça ira.*

Cuando besó la frente de Fortuné Trubert para darle su último adiós, Evariste lloró. Lloró para sí mismo, envidiando a aquel que ahora se disponía a descansar, tras haber cumplido su misión.

De vuelta a casa, le comunicaron que había sido nombrado miembro del Comité general de la Comuna. Candidato desde hacía cuatro meses, no tenía contrincante, y lo habían elegido después de varios escrutinios, por una treintena de sufragios. Ya casi no se votaba: las secciones estaban vacías; ricos y pobres hacían todo lo posible por no ocupar puestos de responsabilidad. Los grandes acontecimientos ya no interesaban ni despertaban curiosidad alguna; los periódicos no se leían. Evariste dudaba si, sobre los setecientos mil habitantes de la capital, tres o cuatro mil tenían aún un sentimiento republicano.

Aquel día, los Veintiuno comparecieron.

Inocentes o culpables de las desgracias de la República, vanidosos, imprudentes, ambiciosos e indolentes, a la vez moderados y violentos, débiles frente al terror como frente a la clemencia, rápidos para declarar la guerra, pero lentos para llevarla a cabo, tenían que seguir, ante el Tribunal que los acusaba ahora, el ejemplo que habían dado: no por eso

dejaban de ser la flor y nata de la Revolución; habían sido su escudo y su gloria. Este juez, que va a interrogarlos ahora con parcialidad estudiada; ese pálido acusador que, ahí, delante de la diminuta mesecilla, prepara su muerte y su deshonra; todos esos miembros allí presentes que querrán a toda costa acallar a la defensa; ese público que, desde las tribunas, los injuria y abuchea, pues bien, no hace tanto, jueces, magistrados y pueblo aplaudían juntos a esos hombres, celebraban su talento, su virtud. Pero ya no se acuerdan.

CAPÍTULO XV

DESPUÉS de haber sacrificado, día tras día, y durante tres meses seguidos, víctimas ilustres u oscuras, para y por la patria, Evariste hizo de un proceso, su proceso; de un acusado hizo su propio acusado.

Desde que formaba parte del Tribunal venía espiando ávidamente, de entre los numerosos sospechosos que desfilaban ante sus ojos, al seductor de Elodie. Su turbulenta imaginación se había forjado una imagen bastante precisa en algunos aspectos. Lo imaginaba joven, apuesto, insolente, y estaba archiconvencido de que había emigrado a Inglaterra. Pronto creyó haber dado con él cuando tropezó con un tal Maubel, joven emigrado que había vuelto a Francia y que había sido denunciado, a su regreso de Inglaterra, por el fondista que lo albergaba; y tras haber sido detenido en una fonda de Passy, las autoridades judiciales trataban su caso entre mil otros. Se le habían encontrado unas cartas que la acusación consideraba como pruebas de un complot urdido por Maubel y los agentes de Plitt, pero que no eran en realidad más que unas cartas dirigidas al emigrado por los banqueros londinenses en cuyos bancos había depositado sus fondos.

Joven, apuesto, Maubel era el prototipo del hombre galante. Entre sus papeles había trazas de sus relaciones con España, que estaba entonces en guerra con Francia; pero eran, a decir verdad, cosas íntimas, y, si las autoridades judiciales no dieron inmediatamente la orden de ponerlo en libertad, ello fue en virtud del principio que exige que la justicia no debe nunca darse prisa en soltar a un prisionero.

Comment [Librodot30]:

La Convención declara la guerra a España: 7 de marzo de 1793. El 20 de abril las tropas del general Ricardos asedian Perpiñán.

Gamelin fue informado puntualmente del primer interrogatorio sufrido por Maubel en la cámara del consejo, habiéndole chocado sobremanera su carácter, que él imaginaba en consonancia con el que atribuía al hombre que había abusado de la candidez de Elodie. Desde entonces, encerrado durante horas en el despacho del amanuense, estudiaba el expediente acaloradamente. Sus sospechas aumentaron considerablemente cuando encontró, en una antigua libretilla del emigrado, la dirección del *Amourpeintre*, al lado, bien es verdad, de la del *Singe vert* y de bastantes más tiendas de cuadros y grabados. Pero, cuando se enteró de que habían encontrado también en esa misma libretilla unos cuantos pétalos de clavel rojo, cuidadosamente envueltos en papel de seda, y acordándose de que el clavel rojo era la flor favorita de Elodie, que los tenía plantados en el balcón, los llevaba en el pelo y los daba (lo sabía) como prenda de amor, Evariste no dudó ya.

Tras estar completamente seguro, resolvió ir a interrogar a Elodie, pero ocultándole, sin embargo, las circunstancias que le habían hecho descubrir al criminal.

Cuando subía las escaleras, pudo apercibirse, ya en los pasillos de abajo, de un fuerte olor a fruta: y es que, en el taller, Elodie estaba ayudando a la ciudadana Gamelin a hacer carne de membrillo. Mientras que la anciana ama de casa encendía el hornillo y trataba de arreglárselas de la mejor manera para economizar carbón y azúcar semirrefinado, sin que ello fuera en detrimento de la calidad de la mermelada, la ciudadana Blaise, en su silla de enea, con un mandil de lona baza y el regazo repleto de dorados membrillos, los iba pelando y echaba los trozos en un barreño de cobre. Con la cofia hacia atrás y los cabellos recogidos sobre su sudorosa frente, era como si emanase de todo ello un cierto encanto doméstico y un

embrujo familiar que invitase a un voluptuoso recogimiento de serena tranquilidad.

Sin moverse del sitio, Elodie lo miró tiernamente y le dijo:

-Ya veis, Evariste, estamos trabajando para vos. Podréis comer, durante todo el invierno, una deliciosa mermelada de membrillo que os reconfortará el estómago y os pondrá contenta el alma.

Pero Gamelin, acercándosele, le pronunció este nombre al oído:

-Jacques Maubel...

En ese instante, al zapatero remendón llamado Combalot se le ocurrió asomar el morro por la puerta que había quedado entornada. Traía consigo, además de los zapatos que había remendado, una notita con el precio de las medias suelas.

Por miedo, y para no levantar sospechas, se servía del nuevo calendario. A la ciudadana Gamelin, que le gustaban las cosas claras, se hacía un verdadero lío entre tanto fructidor y tanto vendimiario.

-¡Jesús!, ¡quieren cambiarlo todo, los días, los meses, las estaciones, el sol y la luna! Por amor de Dios, señor Combalot, ¿qué es ese par de galochas del 8 vendimiario?

-Ciudadana, echad un vistazo al calendario y os daréis cuenta.

Tras descolgarlo y echarle un vistazo apartó la mirada horrorizada:

-¡No parece ser muy católico! -dijo con espanto.

-No es sólo eso, ciudadana -repuso el remendón-, lo peor es que tenemos tres domingos en lugar de cuatro. Y no acaba ahí la cosa: va a ser necesario cambiar nuestra manera de contar. Ya no habrá más ochavos ni centavos, todo se hará a partir del agua destilada.

A lo que la ciudadana Gamelin, con voz temblorosa y mirando hacia el techo, repuso:

-¡Es demasiado!

Y, mientras se lamentaba, a la manera de esas santas de los calvarios rústicos, un tizón, que se había prendido entre tanto, mezclaba su olor hediondo al cabezón aroma de los membrillos, tornándose el aire irrespirable.

A Elodie le picaba la garganta, y pidió que se abriese la ventana. Pero en cuanto que el zapatero se hubo marchado y la ciudadana Gamelin volvió a ocuparse del fuego, Evariste le repitió al oído:

-Jacques Maubel.

Ella lo miró un poco sorprendida, y, sin perder la calma ni parar de cortar los membrillos:

-¿Y eso?... ¿Jacques Maubel?...

-¡Es él!

-¿El? ¿Quién?

-Tú le has dado un clavel rojo.

Esta afirmó no comprender bien, y le pidió que se explicase.

-¡Ese aristócrata! ¡Ese emigrado! ¡Ese infame!... Elodie se encogió de hombros, y negó con la mayor simplicidad no haber conocido nunca a ese tal Jacques

Maubel.

Y, verdaderamente, no lo había visto nunca.

Negó haber dado alguna vez un clavel a alguien que no

fuese Evariste; pero, quizá, en eso, su memoria era más bien cortita.

Aunque no conocía bien a las mujeres, y no había captado el profundo sentir de Elodie, sin embargo la creía capaz de fingir y de engañar a alguien más astuto que él.

-¿Por qué negarlo? -dijo-. Lo sé.

Ella volvió a repetirle que no había conocido a ningún Maubel. Y, cuando acabó de pelar los membrillos, pidió agua para lavarse los dedos porque los tenía pegajosos.

Gamelin le trajo una palangana.

Y mientras se lavaba las manos, siguió negando. Pero como él seguía repitiendo que

lo sabía, esta vez optó por guardar silencio.

Le costaba adivinar a dónde su amante quería ir a parar con esas preguntas, y estaba a cien leguas de sospechar que ese tal Maubel, del cual jamás había oído hablar, fuese a comparecer delante del Tribunal revolucionario; no comprendía nada de esas sospechas que lo obsesionaban, pero las sabía mal fundadas. Finalmente optó por no seguir negando que hubiese conocido al tal Maubel, prefiriendo dejar al amante celoso perderse en busca de falsas pistas, sobre todo cuando, de un momento a otro, el más pequeño percance podía indicarle el verdadero camino a seguir. Su amiguito de marras, convertido en un apuesto y patriótico dragoncete, había reñido con su aristocrática amante. Cuando encontraba a Elodie, en la calle, le lanzaba una mirada que parecía decir: «¡Vamos, niña! Me parece que os voy a perdonar el haberos traicionado, estoy incluso dispuesto a haceros dueña de mi corazón.» De suerte que ya no se preocupó más por deshacer lo que ella llamaba los entuertos de su amigo; Gamelin siguió convencido de que Jacques Maubel era el corruptor de Elodie.

Los días siguientes, el Tribunal tuvo como misión tratar de aniquilar el federalismo: ese hidra de mil cabezas que había amenazado con devorar la libertad. Fueron unas jornadas muy duras, y los jueces, agotados por el cansancio, despacharon en un santiamén a la señora Roland, inspiradora y cómplice de los crímenes de la facción de Brissot.

Sin embargo, Gamelin se pasaba las mañanas en el ministerio fiscal con el fin de acelerar el caso Maubel. Algunos documentos importantes estaban en Burdeos. Y no paró hasta que consiguió que un comisario fuese a buscarlos al correo. Por fin llegaron.

El sustituto del fiscal los leyó, frunció el ceño y dijo:

-¡Esos documentos no son gran cosa que digamos! ¡Puras sandeces!... ¡Si al menos estuviésemos seguros de que ese tal Maubel ha emigrado!...

Por fin Gamelin lo consiguió. El joven Maubel fue invitado a comparecer delante del tribunal revolucionario el 19 brumario.

Desde el comienzo de la audiencia el presidente adoptó esa expresión sombría y terrible que él sabía poner cuando tenía que tratar asuntos poco claros. El sustituto se acariciaba la barbilla con la pluma y afectaba esa bondad que rezuma la buena conciencia. El copista leyó el acta de acusación: nunca se había oído nada tan etéreo.

El presidente preguntó al acusado si no había oído hablar de las leyes dictaminadas contra los emigrados.

-Las conozco y las he cumplido -respondió Maubel-, me marché de Francia provisto de un pasaporte en regla.

Las explicaciones que dio sobre su viaje a Inglaterra y su regreso a Francia fueron satisfactorias. Tenía una cara simpática, parecía franco y su altivez no era molesta. Las mujeres de las tribunas lo miraban con benevolencia. La acusación pretendía que había hecho un viaje a España cuando este país estaba en guerra con Francia; él afirmó no haber abandonado Bayona en aquella época. Un solo punto no quedaba claro. Entre los papeles que había arrojado al fuego de la chimenea cuando lo arrestaron, y de los que sólo se habían recuperado algunos trocitos, podían leerse algunas palabras en español y el nombre de «Nieves».

Jacques Maubel se negó rotundamente a dar explicaciones al respecto. Y cuando el presidente le dijo que sería más beneficioso para él que se explicara, éste respondió diciendo que no siempre se actúa en beneficio propio.

Gamelin no pensaba más que en convencer a Maubel de un solo crimen: que el presidente instase al acusado a explicarse sobre la procedencia del clavel rojo que tan celosamente guardaba en su cartera.

Maubel se defendió diciendo que no tenía por qué dar explicaciones sobre algo que no le incumbía, ya que no se había encontrado nada comprometedor escondido en dicha flor.

El jurado se retiró a la sala de deliberaciones para tratar, sin demasiada hostilidad, este

oscuro asunto que tenía, más bien, visos de ser un simple idilio amoroso. Esta vez, a los buenos, a los puros, les hubiese gustado perdonarle la vida. Uno de ellos, un antiguo noble, que militaba ahora en las filas de la Revolución, dijo:

-¿Se le puede reprochar su cuna? Yo también he tenido la desgracia de nacer aristócrata.

-Sí, pero tú has sabido rectificar a tiempo; él no.

Gamelin hablaba con tanta vehemencia contra ese conspirador, ese emisario de Pitt, ese cómplice de Cobourg, que había ido tras los Pirineos en busca de alianzas en contra de la libertad; pidió tan ferozmente un castigo para el traidor, que consiguió enardecer la severa e implacable austeridad de aquellos jueces patriotas.

Uno de ellos le dijo cínicamente:

-Hay favores que uno siempre concede a los colegas.

La sentencia de muerte se decidió por un voto.

El condenado escuchó el veredicto con una tranquilidad pasmosa. Echó un último vistazo, sosegado, al recinto y, cuando se tropezó con la mirada de Gamelin, lo miró con profundo desprecio.

Nadie aplaudió la sentencia.

Jacques Maubel, llevado a la Conserjería, escribió una carta mientras esperaba su ejecución, que sería aquella misma noche, a la luz de las antorchas:

Querida hermana, el Tribunal me envía al patíbulo, otorgándome así la satisfacción que podía esperar después de haber perdido a mi adorada Nieves. Se han apoderado de la única prenda que me quedaba de ella, una flor de granado que ellos llamaban, no sé por qué, un clavel.

El arte me apasionaba: en tiempos mejores había coleccionado, en París, una serie de grabados y de pinturas que ahora están en lugar seguro y que te entregarán en cuanto que sea posible. Te ruego, querida hermana, que los guardes como recuerdo mío

Se cortó un mechón de pelo y lo metió en la carta y, tras doblarla, escribió la siguiente dirección:

A la ciudadana Clémence Dezeimeries, apellidada Maubel de soltera.

La Réole.

El dinero que le quedaba se lo dio al carcelero pidiéndole a cambio que hiciese llegar la carta a su destino. Pidió una botella de vino y se la fue bebiendo a pequeños sorbos hasta que llegase la hora...

Después de la cena, Gamelin se dirigió al *Amour peintre* para encontrarse, como cada noche, en el dormitorio azul con su amada Elodie.

-Has sido vengada -le dijo-. Jacques Maubel ya no existe. La carreta que lo conducía hasta el patíbulo acaba de pasar bajo tu ventana.

-¡Miserable! Acabas de matarlo, y no era mi amante. Ni siquiera lo conocía... Jamás lo

había visto... ¿Qué clase de hombre era? Tal vez joven, amable..., inocente. Y lo acabas de matar, ¡miserable!, ¡miserable!

Y cayó desmayada. Pero, entre las sombras de esta muerte ingrávida, era como si experimentase una mezcla de horror y de voluptuosidad. Poco a poco se fue reanimando; sus pesados párpados dejaban ver el blanco de los ojos, su garganta se hinchaba, y sus manos temblorosas buscaban al amante. Lo apretó con tanta fuerza que casi lo ahoga, le clavó las uñas y le dio el beso más sordo, más extraño, más largo, más sublime y más doloroso de todos los besos.

Lo amaba con toda su alma, y, cuanto más tremendo, atroz, cruel, más sanguinario lo encontraba, mayor era su hambre y sed de amor por él.

CAPÍTULO XVI

EL 24 frimario, a las diez de la mañana, bajo un cielo claro y sonrosado, que iba deshaciendo las heladas de la noche anterior, los ciudadanos Guénot y Delourmel, delegados del Comité de seguridad general, se dirigieron hasta la antigua iglesia de los barnabitas con el fin de dirigirse al Comité de vigilancia de la sección, en donde se encontraba entonces el ciudadano Beauvisage, que estaba poniendo leña en la chimenea. Pero no se dieron cuenta de él en un primer momento, dada su baja estatura.

Con la típica voz cascada que suelen tener los jorobados, éste les rogó que se sentasen y se puso a su disposición.

Guénot le preguntó si conocía a un tal des Ilettes, que vivía cerca del Pont-Neuf.

-Se trata -añadió- de un individuo al que me corresponde detener.

Y mostró la orden de arresto que tenía del Comité de seguridad general.

Beauvisage, tratando de hacer memoria, respondió que no conocía a ningún individuo que se llamase así, y que el tal sospechoso podía muy bien vivir por allí al lado, por el Muséum, por l'Unité, por Marat-et-Marseille, que se encontraban cerca del Pont-Neuf; y que cabía la posibilidad de que se ocultase en algún otro lugar bajo cualquier otro nombre. Pero, que no temiesen, que más pronto o más tarde acabarían por descubrirlo.

-¡No hay tiempo que perder! -dijo Guénot-. La denuncia fue hecha al Comité, hace ya quince días, por medio de una carta remitida por una de sus antiguas cómplices, pero el ciudadano Lacroix sólo supo la noticia ayer. Estamos desbordados; las denuncias llueven de todas partes, y son tantas que uno no sabe a quién creer.

-Las denuncias -respondió Beauvisage, con cierta altivez- no paran tampoco de llegar al Comité de vigilancia de la sección. Algunos aportan sus confidencias por civismo, otros, porque esperan como recompensa un billete de cien soles. Algunos muchachos denuncian a sus padres porque ansían heredar lo más pronto posible.

-Esta carta -repuso Guénot- proviene de una tal Rochemaure, mujer galante, en cuya casa se jugaba a las cartas. Se despide y la firma el ciudadano Rauline; pero en realidad estaba dirigida a un emigrado al servicio de Pitt. La tengo aquí para informaron acerca del tal des Ilettes.

Sacó la carta del bolsillo y leyó:

-El comienzo habla de ciertas maniobras que se llevan a cabo con el fin, según asegura esta mujer, de sobornar a algunos miembros de la Convención mediante la promesa de alguna cantidad de dinero o por medio de algún futuro cargo en un nuevo gobierno, más estable que éste.

Después leyó este pasaje:

Salgo de casa del señor des Ilettes, que vive, cerca del Pont-Neuf, en una buhardilla que sólo siendo gato o diablo se consigue dar con ella; fabrica monigotes para poder sobrevivir. No tiene un pelo de tonto: como lo demuestra la conversación, que he mantenido con él y que a continuación os transmito. No confía en que el actual estado de cosas dure mucho tiempo. No considera que sea la coalición la que alcance la victoria; y los hechos parecen darle la razón; pues, ya sabéis, señor, que las noticias que nos llegan de la guerra no son halagüeñas. Más bien confía en una rebelión que impulsen las gentes sencillas y las mujeres del pueblo, todavía muy aferradas a la religión. Le parece que el espanto que produce el Tribunal revolucionario acabará por sublevar a toda Francia contra los jacobinos. «Ese Tribunal, ha dicho sarcásticamente, que juzga por igual a la reina de Francia y a una vendedora de pan, se parece a ese William Shakespeare, que los ingleses tanto admiran, etc...» No ve imposible que Robespierre se case con madame Royale y se haga protector del reino.

Le agradecería, señor, que se me pagase lo que se me debe, es decir, mil libras esterlinas, por la vía que ya conocéis, pero guardaos de escribir al señor Morhardt: acaba de ser detenido, encarcelado, etc.

-El señor des Ilettes fabrica títeres -dijo Beauvisage-, he ahí una buena pista... aunque hay muchísimas pequeñas industrias como ésa en el alfoz.

-Eso me recuerda -dijo Delourmel- que he prometido llevarle una muñeca a mi hija Nathalie, la pequeñita, que está en cama con la escarlatina. Ayer le aparecieron las manchas. No es que esta enfermedad sea peligrosa; pero exige muchos cuidados. Y Nathalie, muy desarrollada para su edad, y con una inteligencia superior, tiene una salud muy frágil.

-Yo -dijo Guénot- no tengo más que un niño. Juega al aro con las llantas de los tonelillos y construye pequeñas montgolfieras soplando en los sacos.

-Muy a menudo -añadió Beauvisage- los niños se divierten mejor con esas cosas que con juguetes de verdad. Mi sobrino Emile, que es un mocoso de siete años, muy inteligente, se pasa el día jugando con taquitos de madera, con los cuales construye... ¿Gustáis?

Y Beauvisage ofreció tabaco picado a los dos delegados.

-Y ahora hay que tomarse un descansito -dijo Delourmel, que tenía un hermoso mostacho y ojillos risueños-. Siento un vacío en el estómago, esta mañana me comería eso que los aristócratas despilfarran, con un buen vaso de vino blanco.

Beauvisage propuso a los delegados que fuesen a la tienda de su colega Dupont el viejo, en la plaza Dauphine, que seguramente conocería al tal des Ilettes.

-¿Habéis visto representar *El Juicio final de los Reyes?* -preguntó Delourmel a sus compañeros-; la pieza merece ser vista. El autor muestra a todos los reyes de Europa refugiados en una isla desierta, al pie de un volcán que se los traga. Es una obra muy patriótica.

Delourmel vislumbró, en la esquina de la calle de Harlay, un carricoche, brillante como una capilla, empujado por una viejecita que llevaba en la cabeza un sombrero de hule.

-¿Qué vende esa vieja! -preguntó.

La anciana misma respondió:

-Pueden elegir, si quieren. Vendo rosarios grandes y chicos, cruces, imágenes de San Antonio, sudarios, pañuelos de Santa Verónica, *Ecce horno, Agnus Dei,* durillones

y sortijas de San Huberto, y toda clase de objetos de devoción.

-¡Es el arsenal del fanatismo! -exclamó Delourmel. Y procedió a un somero interrogatorio que la buhonera supo atajar:

-Hijo mío, llevo cuarenta años vendiendo objetos de devoción.

Un delegado del Comité de seguridad general vio pasar por allí a un soldado, lo que aprovechó para encomendarle que condujese a la vendedora a la Conserjería, ante el asombro de ésta.

El ciudadano Beauvisage le hizo observar a Delourmel que correspondía al Comité de vigilancia haber detenido a esa mujer, y que, por otra parte, no se sabía muy bien qué actitud

Librodot

adoptar frente al culto, siguiendo las instrucciones del gobierno, si había que prohibir todo o permitir todo.

Cuando llegaron a la carpintería, los delegados y el comisario oyeron clamores de irritación entrecruzados con los chirridos de la sierra y los ronquidos del cepillo del carpintero. Había tenido lugar una riña entre el carpintero Dupont el viejo y el portero Remacle a causa de la mujer de este último, ya que un irresistible impulso empujaba a la ciudadana al fondo de la carpintería, y cuando volvía a la portería venía llena de virutas y perdida de polvo. El ofendido portero asestó un fuerte puntapié a *Mouton*, el perro del carpintero, justo en el preciso momento en el que Joséphine, hija de aquél, lo tenía recostado en su regazo. La pequeña, indignada, protestó airadamente contra su padre; pero el carpintero exclamó con voz irritada:

-¡Miserable! Te prohíbo que pegues al perro. -Y yo -respondió el portero amenazándole con la escoba- te prohíbo que...

No pudo terminar: la garlopa del carpintero le pasó rozando la cabeza.

Tan pronto como vio al ciudadano Beauvisage flanqueado por sus delegados, se le acercó corriendo y le dijo:

-Ciudadano comisario, eres testigo de que este cobarde acaba de asesinarme.

El ciudadano Beauvisage, ataviado con el correspondiente gorro frigio, símbolo de su misión, abrió los brazos en ademán de paz, y, dirigiéndose al portero y al carpintero:

-Cien soles -dijo- para aquel de vosotros que nos indique dónde se encuentra un sospechoso, buscado por el Comité de seguridad general, llamado des Ilettes, que fabrica títeres.

Ambos, portero y carpintero, designaron al unísono la morada de Brotteaux, no querellándose ya más que por los cien soles que se habían prometido al delator.

Delourmel, Guénot y Beauvisage, seguidos por cuatro granaderos, por el portero Remacle, por el carpintero Dupont, y por una docena de mozalbetes del barrio, subieron escaleras arriba hacia el sitio indicado.

Brotteaux, en su buhardilla, recortaba muñecos mientras que el padre Longuemare, frente a él, los iba cosiendo con hilo para darles forma y movimiento articulado, lo que no dejaba de procurarle un cierto placer al ver cómo sus dedos les procuraban ritmo y armonía.

El ruido de algunos culatazos en el pasillo hizo que el bueno del religioso se estremeciese de pies a cabeza, no porque fuese menos valiente que Brotteaux, que permaneció impertérrito, sino porque el respeto humano le había impedido fabricarse una coraza. Brotteaux, al ser interrogado por el ciudadano Delourmel, comprendió enseguida por dónde iban los tiros, pero se dio cuenta demasiado tarde de que no había sido prudente confiar en las mujeres. El ciudadano comisario le instó a que le siguiera, y aquél lo hizo no sin antes llevarse su Lucrecio y tres camisas:

-El ciudadano -dijo, señalando al padre Longuemare- me ayuda a fabricar estos títeres; vive aquí.

Pero como el religioso no pudo presentar el correspondiente certificado de civismo, se le aplicó la misma orden de arresto que a Brotteaux.

Cuando el cortejo pasó delante de la portería, la ciudadana Remacle, apoyándose en la escoba, miró a su inquilino con esa cara que suelen poner los samaritanos cuando ven al crimen habiéndoselas con la ley. La pequeña Joséphine, hermosísima pero despreocupada, agarró a *Mouton* por el collar para impedir que éste se acercase a saludar al amigo que le había dado azúcar. Una muchedumbre de curiosos abarrotaba la plaza de Thionville.

Brotteaux, al pie de la escalera, se encontró con una campesina que se disponía a subir. Llevaba bajo el brazo un cesto lleno de huevos y en la mano una torta envuelta en un trapo. Era Athénais que, a su regreso de Palaisseau, quería así testimoniar su agradecimiento por la ayuda prestada. Cuando se dio cuenta de que los magistrados y cuatro granaderos se llevaban al «señor Maurice», se quedó como tonta, preguntó si era verdad, y acercándose al comisario le dijo suavemente:

Librodot

-¿Acaso os lo lleváis? No es posible... ¡Pero si no lo conocéis! Es más bueno que el pan.

El ciudadano Delourmel la apartó y dio orden a los granaderos de seguir adelante. Entonces Athénais comenzó a echar venablos por su boca. Luego, con una voz de estentor que hizo estremecerse a los muchos curiosos que se habían congregado en la plaza de Thionville, gritó:

-¡Viva el rey!, ¡viva el rey!

CAPÍTULO XVII

A ciudadana Gamelin quería mucho al viejo Brotteaux, considerándolo, a la vez, como el hombre más amable y de más consideración que hubiese conocido jamás. No lo había defendido cuando lo detuvieron, porque temía enfrentarse con las autoridades y porque, dada su humilde cuna, la sumisión era para ella un deber. En cualquier caso, ello le había supuesto un rudo golpe que tardaría en superar.

Estaba inapetente y deploraba haber perdido el apetito precisamente cuando podía permitirse el lujo de comer. Admiraba todavía a su hijo; pero no se paraba a pensar en las tremendas tareas que estaba llevando a cabo, felicitándose por ser una pobre mujer ignorante para no tener que entrar en consideraciones de este tipo.

La pobre madre había encontrado un viejo rosario en el fondo de un baúl; no sabía muy bien cómo utilizarlo, pero al menos ocupaba en ello sus temblorosas manos. Tras haber vivido hasta la vejez al margen de la religión, empezaba ahora a creer en Dios: rezaba, durante todo el día, al lado del fuego, pidiendo por el pobre Brotteaux y por el bien de su hijo. A menudo Elodie iba a verla: ninguna se atrevía a mirar de frente a la otra, y hablaban sin ton ni son de cosas sin importancia.

Un día de pluvioso, con unos enormes copos de nieve que oscurecían el cielo y amortiguaban el ruido de la ciudad, la ciudadana Gamelin, que estaba sola en casa, oyó llamar a la puerta. Le dio un vuelco el corazón: desde hacía varios días, el menor ruido la sobresaltaba. Fue a abrir la puerta. Un joven de entre dieciocho o veinte años entró. Llevaba puesto un sombrero y vestía una casaca de color verde botella. Llevaba puestas unas botas ribeteadas al estilo inglés. Los cabellos de color castaño y rizados le llegaban hasta los hombros. Se adentró en el taller como si quisiese percibir desde cerca el níveo reflejo que la nieve filtraba tras los cristales, luego permaneció algunos instantes silencioso y tranquilo.

Comment [Librodot31]:

Quinto mes del calendario republicano francés.

Por fin, mientras que la ciudadana lo contemplaba desconcertada:

-¿No reconoces a tu hija?...

La anciana madre exclamó:

-¡Julie!... Eres tú... ¡Será posible, Dios mío!...

-¡Pues claro que sí, soy yo! Mamá, abrázame.

La ciudadana Gamelin estrechó a su hija entre sus brazos dejando caer una lágrima en la guerrera. Luego murmuró con cierta inquietud:

-¡Y tú, en París!...

-¡Ay, mamá! ¡Ojalá hubiese venido sola!... Con esta ropa sería difícil reconocerme.

Efectivamente, la guerrera disimulaba sus formas emparentándola con cualquier otro muchacho que llevase el pelo largo y fuese peinado con una raya en medio de la cabeza. En su rostro, fino, encantador, algo curtido y bastante marcado por el cansancio y las preocupaciones, se adivinaba cierta intrepidez muy masculina. Era alta y delgada, de piernas rectas y muy bien diseñadas, la expresión audaz; sólo la voz cristalina hubiese podido delatarla.

La madre le preguntó si tenía hambre. Esta le respondió que comería algo de muy buena gana, y, cuando se le hubo proporcionado el pan, el vino y el jamón, se puso a comer, con un

codo sobre la mesa, bella y glotona como Ceres en la cabaña de la vieja Baubó.

Luego, con el vaso aún entre los labios, preguntó:

-Mamá, ¿sabes cuándo volverá mi hermano? He venido para hablar con él.

La pobre madre contempló a su hija sobrecogida y no le contestó nada.

-Tengo que verle. Esta mañana han detenido a mi marido y lo han encerrado en la cárcel del Luxemburgo.

Al que llamaba «marido» era un tal Fortuné de Chassagne, antiguo noble y oficial del regimiento de Bouillé. El cual la había cortejado cuando era modistilla en la calle de los Lombards, y más tarde llevada con él a Inglaterra a donde había emigrado después del 10 de agosto. Era, pues, su amante; pero encontraba más digno llamarlo esposo delante de su madre. Decía también que la miseria los había casado y que la desgracia era una especie de sacramento.

Más de una vez habían pasado, los dos juntos, la noche recostados sobre uno de esos buenos bancos de los parques de Londres. Y, más de una vez también, habían compartido los mendrugos que caían por debajo de las mesas de los merenderos de Piccadilly.

Su madre no decía nada, pero la contemplaba taciturna.

-¿Me escuchas, mamá? El tiempo vuela, tengo que ver a Evariste enseguida; sólo él puede salvar a Fortuné.

-Julie -le dijo la madre-; más vale que no lo veas.

-¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso, mamá?

-Te digo que vale más no hablar a tu hermano del tal señor de Chassagne.

-¡No hay otro remedio, madre!

-Hija mía, Evariste no perdonará nunca al señor de Chassagne el que te haya llevado consigo. No puedes imaginarte cómo le sentó aquello, lo que dijo de vosotros, cómo lo llamaba...

-Sí; lo llamaría «corrupto» -respondió Julie encogiéndose de hombros mientras esbozaba una sonrisa amarga.

-Hija mía, tu hermano está atrozmente ofendido y no consiente, de ninguna manera, que se le hable del señor de Chassagne. Hace más de dos años que no ha vuelto a mencionar vuestro nombre; ya lo conoces: su odio es inextinguible. Evariste no perdona.

-Pero, mamá, Fortuné es mi marido, nos casamos en Londres.

La pobre señora alzó la mirada y los brazos:

-Basta que sea un aristócrata, un emigrado, para que Evariste lo considere enemigo.

-Mamá, contéstame, ¿de verdad piensas que Evariste se negaría a hacer las gestiones oportunas en el Comité de seguridad para salvar a Fortuné, si yo se lo pidiera? ¡Sería monstruoso!

-Hija mía, tu hermano es un caballero y un buen hijo... pero no le pidas que intervenga en eso. Oyeme, hija, nunca me confiesa nada, y, aunque me contara algo, sin duda yo tampoco lo comprendería... ¡Es juez!, tiene sus convicciones; obra con arreglo a su conciencia... ¡No le pidas más, Julie!

-Ya veo que lo conoces bien. Sabes que es frío, insensible, ambicioso y malvado, que es sólo vanidad. Siempre lo has preferido a mí. Cuando vivíamos los tres juntos, lo ponías como modelo. Su gesto grave y su comportamiento sibilino te subyugaban: era todo un ejemplo. En cambio a mí, me desautorizabas porque era franca, correteaba de acá para allá... A él lo querías; a mí me aguantabas. Pues bien, ¡lo odio! ¡Tu Evariste es un hipócrita!

-¡Cállate, Julie! Siempre he sido una buena madre para los dos. Te di un oficio; no me culpes de tus desgracias y de no haberte casado como Dios manda. Te quise, te quiero y

te sigo queriendo. Pero no hables mal de Evariste. Es un buen hijo. Siempre ha cuidado de mí. ¿Qué hubiera sido de mí cuando te fuiste con el señor de Chassaigne? Me hubiera muerto de miseria y de hambre.

-No digas eso, mamá; Fortuné y yo nos hubiésemos ocupado de ti si tú no nos hubieses

dado la espalda inducida por Evariste. ¡No lo defiendas!, es incapaz de realizar algo bueno; cuidaba de ti para que me fueses aborreciendo. ¿Que te quiere mucho? Pero ¿es que es capaz de querer a alguien? No tiene corazón y no sabe lo que es enternecerse. Para ser artista hay que tener una sensibilidad que a él le falta.

Tras echar un vistazo a los óleos del taller, que permanecían tal cual ella los había dejado antes de marcharse, añadió:

-Es bueno, ¿verdad? Echa un vistazo a sus cuadros para darte cuenta; son fríos, siniestros. Basta con observar su Orestes de mirada turbia, boquiabierto, excesivamente rígido, se le parece como una gota de agua a otra... Mira, mamá, ¿no te das cuenta? No puedo dejar a Fortuné en la cárcel. Ya conoces a los jacobinos, a esa banda de patriotas, a la pandilla de Evariste. ¡Lo matarían! Mamá querida, mi querida mamá, no quiero que me lo maten. ¡Lo amo! ¡Lo adoro! ¡Es tan bueno conmigo, y hemos sufrido tanto! Mira esta redingote, es suya. No llevo camisa debajo. Un amigo de Fortuné me ha prestado una chaquetilla para que pudiese trabajar como camarero en Douvres, mientras, Fortuné trabajaba en una barbería. Volver a Francia supone un riesgo total para nosotros, lo sabemos, pero nos dijeron que si queríamos llevar a cabo una importante misión... Hemos dicho que sí; lo hubiésemos aceptado igualmente aunque nos lo hubiese pedido el diablo. Nos han pagado el viaje y nos dieron una letra de cambio para un banquero de París. Pero supimos que las oficinas estaban cerradas y el banquero en la cárcel a punto de ser guillotinado. No teníamos un ochavo. Las pocas personas conocidas que hubiesen podido echarnos una mano habían huido o estaban en la cárcel. Nadie a quien recurrir. Dormíamos en una cuadra de la calle de la Femme-sans-Téte. Un limpiabotas caritativo, que se albergaba también allí, le prestó a Fortuné betún y cepillos. Durante quince días pudimos ganarnos la vida limpiando botas en la plaza de Gréve; pero el lunes un miembro de la Comuna se le acercó para que le limpiara el calzado; era un antiguo carnicero al que Fortuné le había dado, en otro tiempo, una patada en el culo por engañar a los clientes cuando pesaba la carne. Pero cuando fue a pagar y vio la cara de Fortuné, se dio cuenta de que era él, lo llamó aristócrata y amenazó con denunciarlo. Se arremolinó la muchedumbre, mezcla de curiosos y de algunos desalmados que gritaban: «¡Muerte al emigrado!» En aquel momento llegaba yo con la comida. Vi cómo lo encaminaban a la sección para encerrarlo en la iglesia de San Juan. Quise abrazarlo y me lo impidieron. Pasé la noche como un perro en la escalinata de la iglesia... Y por la mañana se lo llevaron...

Julie no pudo continuar, se le abrasaron los ojos, tiró el sombrero al suelo y se puso de rodillas a los pies de su madre:

-Está en la cárcel del Luxemburgo. ¡Madre! ¡Ten compasión! Haz algo por mí.

Y deshecha de llanto, se desabrochó el abrigo, agarró las manos de su madre y las puso, para más señas, encima de sus senos palpitantes.

-¡Hija mía! ¡Julie de mi alma y de mi corazón! -exclamó la viuda Gamelin. Después apretó su rostro contra las mejillas de su joven y desventurada hija. Guardaron silencio durante algunos instantes: la pobre madre buscaba un consuelo para su hija y ésta quería leer los pensamientos de aquélla entre sollozos y llantos.

«Tal vez... Tal vez -pensaba la buena señora- si le dijese algo, lo podría llegar a convencer. No es malo, es cariñoso conmigo. Si la política no lo hubiese hecho tan duro, si los jacobinos no le hubiesen sorbido el seso, no tendría ese celo que ahora tanto me asusta, que me asusta porque no lo entiendo.»

Cogiéndole con las dos manos la cabeza a Julie, le dijo:

-Atiéndeme, hija mía. Hablaré con Evariste; intentaré convencerlo para que te vea y te oiga. Tu presencia, así, de pronto, podría irritarlo... Además, lo conozco: tu atuendo le sorprendería; es muy rígido con lo que a costumbres y hábitos se refiere. Incluso yo misma he sido la primera en sorprenderme viéndote disfrazada de muchacho.

-¡Oh, mamá!, la emigración y las penurias del reino nos obligan a hacer este tipo de cosas. Muchas mujeres se visten de hombre y algunos hombres de mujer para poder trabajar, para guardar el anonimato, para obtener un pasaporte y muchas otras cosas. He visto en

Librodot

Londres al joven Girey disfrazado de muchacha y era igual que una mujer de verdad; y no me digas que ese tipo de cambios no son más escabrosos que el mío.

-¡Pobre criatura! No tienes por qué justificarte ante mí, ni de eso ni de nada. Soy tu madre: siempre serás inocente para mí. Hablaré con Evariste, le diré...

No pudo terminar la frase: sabía cómo era su hijo, lo conocía demasiado bien, no quería reconocerlo, pero no lo ignoraba.

-Como es bueno, hará por mí... por ti lo que le pida.

Y las dos mujeres, muertas de cansancio, se callaron. Julie se adormeció entre las piernas de la madre, como cuando era niña. Mientras tanto, la buena señora, con el rosario en la mano, sufría presintiendo desgracias inminentes que se acercaban sigilosamente en aquel día de nieve en el que todo callaba: las gentes, las calles, el cielo.

De pronto, su oído, agudizado por el desasosiego de los tiempos, advirtió las pisadas de Evariste, que subía las escaleras.

-¡Es Evariste!... -dijo-. Escóndete -y la metió en su alcoba.

-Madre, ¿cómo estáis hoy?

Evariste colgó el gorro en el perchero, se quitó el uniforme y se puso una chaquetilla de andar por casa, luego se sentó delante del caballete. Desde hacía unos días bosquejaba una Victoria que ponía una corona en la frente de un soldado muerto por la patria. El motivo le entusiasmaba, pero el Tribunal devoraba sus días por completo, le exigía una entrega total y, su mano, habiendo perdido la costumbre de pintar, volvióse torpe y perezosa.

Canturreaba el *Ça-ira*.

-Observo que cantas -dijo la ciudadana Gamelin-, debes de estar contento.

-Todos debemos alegrarnos, madre, hay buenas noticias. La Vendée ha sido reducida. Los austriacos, derrotados; el ejército del Rin ha roto el frente de Lautern y el de Wissembourg. Se aproxima la fecha en que la República triunfante mostrará su clemencia. Pero ¿cómo es posible que aumenten las pequeñas conspiraciones mientras que la República se asienta reduciendo a la nada a los poderosos enemigos que la atacan a pecho descubierto?

La ciudadana Gamelin miraba a su hijo por encima de las gafas mientras calceteaba.

Berzelius, tu viejo modelo, ha venido a pedirme las diez libras que le debías, y se las he dado. A Joséphine le ha estado doliendo el vientre por comer todas esas golosinas que le compra su padre, el ebanista. Le he preparado una tisana... Ha venido a verte Desmahis; sintió mucho no encontrarte en casa. Le apetecía grabar un motivo dibujado por ti. Aprecia mucho tu talento. Es un buen chico, estuvo mirando tus bocetos y los alabó mucho.

-Cuando se acaben las conspiraciones y se restablezca la paz -repuso el pintor-, acabaré mi Orestes. No suelo jactarme, pero este lienzo es una de las más logradas réplicas de David.

Y dibujó de un solo trazo un magistral brazo a su Victoria.

-Ofrece palmas -añadió-, pero sería mucho mejor que sus brazos fuesen ya palmas.

-¡Evariste!

-¿Mamá?

-He tenido noticias... adivina de quién...

-No lo sé...

-De Julie... de tu hermana... ¡Es muy desgraciada!

-Sería una vergüenza que no lo fuese.

-No hables así, hijo mío; es tu hermana. Julie no es mala; tiene buenos sentimientos. Puedo asegurarte que te quiere y que sólo desea una vida mejor, ejemplar, cerca de nosotros. Desearía que os volvieseis a ver. ¡Se ha casado con Fortuné Chassagne!

-¿Ha escrito?

-No.

-¿Cómo tenéis, entonces, noticias de su paradero? ¯No ha sido por una carta; es que...

Bruscamente, Evariste se puso de pie interrumpiéndola con un gruñido iracundo:

-¡Callad, madre! No me digáis que han regresado a Francia... Por ellos, por mí, por el

bien de todos, procurad que yo ignore que están en París; no me obliguéis a saberlo... a indagarlo...

-¿Qué dices, hijo mío? ¿Te atreverías?...

-Madre, escuchadme: si yo supiera que mi hermana Julie está en esa habitación (y señalaba con el dedo la puerta de la alcoba), la denunciaría inmediatamente al Comité de vigilancia de la sección.

«No quería creerlo, pero debo de reconocerlo: es un monstruo.»

Pálido, tembloroso, colérico, enfurecido, Evariste salió precipitadamente para dirigirse a casa de Elodie con el fin de encontrar allí el reposo y el olvido... esa especie de preludio que precede al infinito de la nada.

CAPÍTULO XVIII

MIENTRAS que el reverendo Longuemare y Athénais estaban siendo interrogados en la sección, Brotteaux había sido llevado hasta el Luxemburgo en medio de dos gendarmes; pero el carcelero se negó a admitirlo alegando que no había sitio donde meterlo. El viejo especulador fue conducido entonces hasta el despacho de un escribano de la Conserjería. Mientras que el escribano inscribía su nombre en el registro, Brotteaux divisó a través de la puerta vidriera a dos hombres que, instalados cada uno en su respectiva colchoneta, yacían inmóviles y parecían no darse cuenta de nada. Había por el suelo platos, botellas y algún que otro resto de comida. Eran dos condenados a muerte que aguardaban su turno.

El que antaño fue señor des Ilettes estaba ahora en un calabozo compartido por otras dos personas que la luz tenue de una linterna dejaba entrever: una era una figura huraña, horrible, mutilada; la otra, graciosa y apacible. Los dos prisioneros le hicieron un poco de sitio en sus miserables camastros llenos de piojos para que no se acostase por el suelo lleno de porquerías. Brotteaux se desplomó sobre un banco, apoyó la cabeza contra la pared. En medio de esa oscuridad pestilente, inmóvil, silencioso, apenas si podía respirar. Se sentía tan mal, que de buena gana se hubiese estampado la cabeza contra la pared, pero le faltaban las fuerzas. Un rumor permanente, tranquilo como el silencio, inundó sus oídos, nubló sus ojos, y todo su miserable ser se sumergió en un sopor delicioso. Durante un incomparable segundo, todo fue para él armonía, claridad, serena calma. Luego fue como si dejase de existir.

Cuando volvió en sí, la primera idea que le vino a la cabeza fue lamentarse del desmayo sufrido, pero sintiéndose más filósofo todavía en los peores momentos, pensó que había sido necesario sumergirse en la hediondez de un calabozo subterráneo, antesala de la guillotina, para gozar de la sensación más voluptuosa que percibiera jamás.

Procuró desmayarse de nuevo, pero no lo logró; al contrario, poco a poco se iba dando cuenta de que el aire infecto de aquella mazmorra invadía sus pulmones suministrándole, con el calor de la vida, la dimensión de su miseria. Amén de que sus dos compañeros en la desdicha consideraban su silencio como el peor de los desdenes.

Brotteaux, que era sociable, procuró satisfacer su curiosidad; pero, cuando averiguaron que se trataba de eso que ha dado en llamarse un «político», un hombre de los que se dedican a hablar o a pensar sibilinamente, ya no sintieron por él ni amistad ni simpatía. Los cargos imputados a aquellos dos prisioneros eran más sólidos: el anciano era un asesino, y el más joven, un falsificador de papel moneda. Ninguno se quejaba de su suerte, es más, parecían estar contentos con lo que el destino les había deparado. A Brotteaux le dio por pensar, de pronto, que, allá arriba, en la calle, todo era movimiento, luz, vida, y que las hermosas vendedoras de junto a Palacio sonreían, detrás de sus puestos de mercería, de cosméticos, a cualquier transeúnte libre y dichoso. Esta idea aceleraba su desesperación.

Sobrevino la noche, apenas perceptible entre la sombra y el silencie del calabozo, pero no por ello menos tediosa y lúgubre. Con una pierna sobre el banco y la cabeza apoyada contra el muro, Brotteaux se adormeció. Soñó que estaba sentado al pie de una haya frondosa, donde cantaban los pájaros, el sol poniente cubría el río con sus resplandores fosforescentes y las nubes se ribeteaban de púrpura. Pasó la noche. Devorado por la fiebre, bebió ardorosamente un trago de agua que aumentó su malestar.

Al día siguiente, el carcelero, que les traía el rancho, prometió a Brotteaux que, a cambio de unas monedas, y en cuanto hubiese sitio, le proporcionaría una celda dentro de poco. En efecto, al día siguiente salió Brotteaux de su mazmorra. Cada peldaño de la escalerilla que subía hasta su nueva celda le daba vida y le remontaba los ánimos. Aquel catre de tijera y aquella manta le hicieron llorar de felicidad. El lecho dorado que antaño encargara para acoger a la más famosa de las bailarinas de la Opera, nunca le pareció tan bello ni tan lleno de promesas.

Aquel catre de tijera estaba en una habitación bastante grande y limpia, donde había diecisiete más, aislados unos de otros por mamparas de madera. El personal que allí había estaba integrado por antiguos nobles, comerciantes, fabricantes, banqueros, una gente que, a decir verdad, no disgustaba al viejo especulador, que sabía bien cómo integrarse. Se dio cuenta de que toda aquella gente, privada como él de libertad, no estaba triste y bromeaba continuamente. Como no confiaba en la bondad del género humano, achacaba su buen humor a su falta de inteligencia, lo que les impedía darse cuenta de la terrible situación en la que se encontraban. Vino a confirmar esta idea el hecho de que fuesen los más inteligentes los que estaban más tristes. Se dio cuenta, también, de que algunos buscaban en el vino y en el aguardiente un alivio que partía de un fondo común de violencia y, a veces, de locura. No todos eran valientes; pero todos pretendían serlo. A Brotteaux no le extrañaba eso: sabía muy bien que los seres humanos están dispuestos a confesar su crueldad, su mal humor, incluso su codicia, pero jamás su cobardía, y ello porque esa confesión los denigraría de igual manera ante una sociedad avanzada o salvaje. Razón por la cual, pensaba, en todas las naciones hay héroes, y en todos los ejércitos, guerreros.

Más aún que los tragos de vino o de aguardiente, el ruido de armas, las voces de los centinelas, el crujir de las cerraduras, el pataleo de los ciudadanos que acudían a la puerta del Tribunal, emborrachaba a los prisioneros, acentuaba su melancolía, fomentaba el delirio o atizaba su furor. Había algunos que se cortaban la yugular con una navaja de afeitar y se tiraban por la ventana.

Tres días después, supo Brotteaux por el carcelero que el reverendo Longuemare compartía la miseria y se repartía los piojos con ladrones y asesinos de su antigua mazmorra. Hizo que lo trasladara a la celda para que la compartiese con él, comprometiéndose a pagar el alojamiento a su antiguo huésped. Como no tenía dinero, se las ingenió para procurárselo haciendo peluquines bastante logrados que vendía por un escudo. Los hombres solían comprarlos para hacerse notar en los salones y reuniones mundanas.

Al reverendo Longuemare no le faltaba la moral. Y mientras llegaba la hora de comparecer delante del Tribunal revolucionario, preparaba su defensa. Estaba dispuesto a explicar a los jueces cuán nefasta había sido la funesta manía de hacer laicos a los religiosos, y a la apostólica Francia, enemiga del Papa. Igualmente insensato había sido dispersar a los monjes enclaustrados, verdadera milicia cristiana, expoliada y odiosamente violentada. Pensaba citar oportunamente a San Gregorio el Grande y a San Ireneo, algunos artículos del Derecho canónico y párrafos enteros de los Decretales.

Todo el día lo pasó escribiendo, al pie de la cama, sobre papeles de estraza, periódicos, forros de libros, cartas, facturas, naipes; y llegó incluso a considerar la idea de escribir en su camisa, previamente almidonada ¡naturalmente! Las plumas que utilizaba estaban requetegastadas por el uso que habían hecho los demás prisioneros y para tinta le servía cualquier cosa que tirase a negro: hollín o posos de café. Fue amontonando hoja tras hoja mientras decía para sí:

Librodot

«Cuando aparezca delante de los jueces los voy a dejar boquiabiertos.»

Cierto día, convencido y satisfecho de la redacción de su defensa, que aumentaba día tras día, no tuvo por menos que pensar en los apuros que pondría a los magistrados cuando los tuviera delante:

«No me gustaría estar en su pellejo.»

Los prisioneros que el azar había hecho coincidir en esa celda eran o monárquicos o federalistas; había incluso algún jacobino. Había total desacuerdo entre ellos a la hora de concebir los asuntos del Estado, pero a ninguno le importaba lo más mínimo la cuestión religiosa. Los franciscanos, los constitucionales y los girondinos consideraban, al igual que Brotteaux, que Dios era malo para ellos y bueno para el pueblo. Los jacobinos reemplazaron a Jehová por un dios jacobino: una buena manera de sacralizar lo humano. Pero como tampoco podrían concebir que alguien fuese tan absurdo que creyese todavía en la religión revelada, y viendo que el reverendo Longuemare no tenía un pelo de tonto, lo tomaron por un farsante. Con el fin, sin duda, de prepararse para el martirio, Longuemare hacía profesión de fe en todo momento, y cuanto más sincero era, más impostor les parecía.

Fueron vanos los intentos que hizo Brotteaux por convencerlos de la crédula honradez del religioso; todos pensaban que el mismo Brotteaux no creía más de la mitad de lo que decía. Sus ideas eran demasiado originales como para no parecerles postizas. Decía de Rousseau que era un pícaro sin pizca de gracia. Sin embargo, ponía a Voltaire por las nubes, pero por debajo del divino Helvétius y del barón de Holbach. Para su gusto, el genio del siglo era sin duda Boulanger. También apreciaba mucho al astrónomo

Lalande y a Dupuis, autor de una *Memoria sobre el origen de las constelaciones.* Los bromistas no se cansaban de burlarse del pobre barnabita, sin que jamás éste se diera cuenta: y es que los chistes no encuentran eco en las almas cándidas.

Para zafarse de tantas preocupaciones y de un ocio que los torturaba tanto como el peor de los suplicios, los presos jugaban a las damas, a los naipes y al chaquete. No se les permitía tener ningún instrumento de música. Después de cenar se cantaba y se recitaban versos. *La doncella* de Voltaire alegraba un poco el ánimo de aquellos desdichados, que no se cansaban de recitar los pasajes más escabrosos. Pero resultándoles extraordinariamente difícil olvidarse de la suerte que les esperaba, a veces se entretenían, antes de dormirse, jugando al Tribunal revolucionario. Los diferentes papeles se distribuían según los gustos o las capacidades de cada cual. Unos representaban a los jueces y al acusador; otros, a los acusados o a los testigos; había quienes hacían de verdugo. Los procesos se acababan, invariablemente, condenando a la ejecución a todo el mundo. A los sentenciados se les echaba sobre un catre y se les ponía el cuello bajo una tabla. Luego se hacía una representación del infierno. Los más ágiles, envueltos en una sábana, hacían de fantasmas. Un joven abogado de Burdeos llamado Dubosc, pequeñito, muy moreno, tuerto, chepudo, patizambo, el Diablo Cojuelo en persona, venía, con su cornamenta y todo, a sacar, por los pies, al reverendo Longuemare de la cama, diciéndole que se había condenado sin remisión al fuego eterno por haber hecho del creador del universo un ser envidioso, torpe y malvado, un enemigo de placer y del amor.

-¡Ah! ¡Ah! -gritaba el terrible diablo-, tú predicas, infame budista, que a Dios le gusta ver a sus criaturas haciendo penitencia y guardando el ayuno. ¡Impostor, hipócrita, vil gusano! ¡Siéntate sobre esos clavos de punta y come cáscaras de huevo *per secula...!*

El reverendo Longuemare se conformaba con responder que, en ese tipo de discursos, se oía más al filósofo que al diablo, ya que el más insignificante demonio del infierno nunca hubiese dicho semejantes barbaridades. Y es que, ciertamente, el reverendo sabía algo de teología y era menos ignorante que un enclicopedista.

Pero cuando el abogado girondino lo llamaba capuchino, se enfadaba y se ponía todo rojo alegando que un hombre que era incapaz de distinguir entre un barnabita y un franciscano es tan ciego como el que no ve una mosca en un vaso de leche.

El Tribunal revolucionario vaciaba las cárceles que los Comités volvían a llenar en el

acto: en tres meses la celda de los dieciocho catres renovó a la mitad. El reverendo Longuemare se quedó sin su diablillo de abogado. Dubosc fue juzgado y condenado a muerte por federalista y por haber conspirado contra la unidad de la República. A la salida del juicio, recorrió, con los demás condenados, el pasillo que atravesaba la cárcel, y al que daba la celda que él había animado durante los tres meses que había estado allí. Al despedirse de sus compañeros lo hizo con ese desenfado y esa gracia que eran habituales en él.

-Le ruego que me perdone -le dijo al reverendo Longuemare- el haberlo sacado de la cama tirándole de los pies. No volveré a hacerlo.

Y a Brotteaux:

-¡Adiós! Os precedo en la nada. Entrego con mucho gusto a la naturaleza los elementos que me integran, no sin desear que de ahora en adelante los redistribuya mejor, pues hay que reconocer que conmigo había fracasado.

Y se dirigió hasta la escribanía, dejando afligido a Brotteaux y al reverendo, tembloroso y demacrado, más muerto que vivo viendo al impío reírse al borde del abismo.

Cuando con la llegada de germinal la luz solar se fue haciendo más diáfana, Brotteaux, que era voluptuoso, solía ir varias veces al día al patio que daba con la cárcel de mujeres, y se acercaba a la fuente donde las cautivas lavaban desde muy temprano la ropa. Una verja separaba ambos recintos; pero los barrotes permitían que las manos se juntasen y las bocas se uniesen. En la oscuridad indulgente de la noche, las parejas se besuqueaban. Entonces, Brotteaux se refugiaba discretamente en las escaleras y, sentado en un peldaño, sacaba del bolsillo de su cazadora parda el pequeño ejemplar de Lucrecio, para leer, bajo la luz de un farol, algunas máximas severamente consoladoras: *«Sic ubi non erimus...* Cuando hayamos dejado de existir, nada podrá conmovernos; ni siquiera el cielo, la tierra y el mar confundiéndose en el caos supremo...» Pero, aunque aquella sabiduría lo reconfortaba, envidiaba, sin embargo, al barnabita por ese fanatismo que le ocultaba la verdadera esencia del universo.

El terror hacía furor... Cada noche, los carceleros borrachos, acompañados de sus perros guardianes, iban de calabozo en calabozo tartamudeando nombres de condenados, y por cada víctima designada asustaban a doscientas. Por aquellos corredores, repletos de sombras sanguinarias, pasaban cada día, sin una queja, veinte, treinta, cincuenta reos, mujeres, ancianos, adolescentes, de carácter y condición tan distinta, que parecía que el criterio que se había seguido era el de la rifa.

Y allí se jugaba a las cartas, se bebía vino de Borgoña, se hacían proyectos, y se daban citas, por la noche, delante de la verja. El personal se había renovado casi por completo y ahora lo integraban «exaltados» y «fanáticos». Sin embargo, la celda de los dieciocho catres seguía siendo un sitio de elegancia y de distinción. Salvo dos individuos que habían sido trasladados recientemente del Luxemburgo a la Conserjería, y de los que se sospechaba que eran «soplones», es decir, espías, los ciudadanos Navette y Bellier, todos los demás eran personas honradísimas que se trataban con absoluta confianza. Las victorias de la República eran festejadas con brindis. También allí había poetas, como en todas las reuniones que preside el ocio. Los más astutos componían odas para celebrar el triunfo del ejército del Rin y las recitaban con énfasis, siendo calurosamente aplaudidos. Sólo Brotteaux celebraba con moderación a los héroes y a sus trovadores.

-Desde los tiempos de Homero -decía- se ha convertido en una extraña y funesta manía ensalzar a los militares. La guerra nunca ha sido un arte; sólo el azar decide la victoria en los campos de batalla. Entre dos generales, ambos igualmente estúpidos, uno tiene necesariamente que ganar. No os extrañéis si algún día uno de esos guerreros que tanto divinizáis os devora como la grulla de la fábula que se tragó a las ranas. Para entonces habréis hecho un dios, porque los dioses se caracterizan por su voracidad.

A Brotteaux nunca le había seducido la gloria militar. En modo alguno se alegraba de las victorias republicanas, que, por otra parte, había previsto. Desdeñaba los regímenes de nuevo cuño que se instalaban por la fuerza de las armas. Estaba descontento. Y razones había

más que suficientes.

Una mañana se corrió la voz de que los comisarios del Comité de seguridad general llevarían a cabo registros en los calabozos para requisar todo tipo de objetos de oro y de plata, cuchillos, tijeras, etc., ya que en la prisión del Luxemburgo ese tipo de registros habían dado como resultado la incautación de cartas, documentos y libros.

Todo el mundo se puso a cavilar para encontrar el mejor escondite. Al reverendo Longuemare se le ocurrió llevar sus papeles al tejado. Brotteaux logro escabullir su Lucrecio entre las cenizas de la chimenea.

Provistos de sus respectivas cintas tricolores en el cuello, los comisarios llevaron a cabo sus pesquisas, pero sólo encontraron lo que buenamente les habían dejado a la vista. Una vez el registro hubo terminado, el reverendo Longuemare recuperó del tejado los papeles que el viento y la lluvia le habían dejado, y Brotteaux sacó de la chimenea un Lucrecio lleno de ceniza y de hollín.

«Disfrutemos del presente, porque todo hace pensar que nuestros días están contados.»

En una tranquila noche de prairial, mientras que por encima del patio la luna dejaba ver sus dos cuernos plateados sobre un cielo plomizo, el viejo filósofo leía, según su costumbre, su Lucrecio en una escalinata de piedra cuando oyó una voz, una voz deliciosa, de mujer que lo llamaba y que él no reconocía. Bajó al patio y vio detrás de la verja una silueta no más fácil de identificar que su voz, pero que le hacía pensar en todas cuantas mujeres había conocido. El cielo la envolvía en su manto de azul y de plata. De pronto, Brotteaux reconoció a la sublime Rose Thévenin, a la actriz de la calle Feydeau.

-¿Qué hacéis aquí, criatura? Me desconsuela el enorme placer que me produce veros. ¿Desde cuándo y por qué estáis aquí?

-Desde ayer.

Luego añadió bajito:

-Me han acusado de monárquica. Me achacan haber conspirado para liberar a la reina. Como sabía que estabais aquí, traté de localizaros enseguida. Oídme, amigo...; puedo llamaros amigo ¿verdad? Conozco personas influyentes. Y no me faltan simpatías hasta en el Comité de salud pública. Moveré a mi gente para que me ayude y yo haré lo mismo para salvaron.

Pero Brotteaux tomó la palabra para aconsejarle:

-Por lo que más queráis, no intentéis nada, no escribáis, no solicitéis ayuda, os lo suplico: procurad pasar desapercibida.

Como ella no parecía captar lo que le quería decir, éste prosiguió con más ahínco:

-No hagáis, no digáis nada, no os hagáis notar lo más mínimo: esa es la única vía de salvación. Cualquier ayuda no haría más que acelerar vuestra desgracia. Ganad tiempo; ya queda menos, es cuestión de esperar un poco más. Sobre todo no tratéis de suplicar a los jueces, a un Gamelin... Ya no son hombres, son como autómatas: nadie discute con los objetos. Que nadie se dé cuenta de que existís. Si seguís mi consejo, me iré al otro mundo satisfecho de haberos salvado la vida.

Rose le respondió:

-Procuraré obedeceros... y no habléis de morir. Brotteaux se encogió de hombros:

-Yo ya he vivido, criatura. Vivid y sed dichosa.

La mujer le cogió las manos para ponérselas sobre su pecho y decirle:

-Escuchadme, amigo mío... Sólo os había visto un día y, sin embargo, no me sois indiferente. Y si lo que voy a deciros puede animaros a vivir, aquí va esto: ¡Siempre seré para vos... lo que vos queráis que sea!

Y ambos se dieron un beso en la boca a través de los barrotes de la verja.

CAPÍTULO XIX

EVARISTE Gamelin, durante una larga audiencia del Tribunal, cierra los ojos y piensa: «Los malvados, al obligar a Marat a encontrar refugio en algún escondrijo, lo habían convertido en un ave nocturna, en la lechuza de Minerva, cuyo ojo escrutador descubría a los conspiradores y los sacaba de las tinieblas donde se ocultaban. Ahora es una mirada fría, impertérrita, la que caza a los enemigos del Estado y denuncia a los traidores con una finura y una sutileza desconocida incluso hasta por el Amigo del pueblo, que yace para siempre en el jardín de los franciscanos. El nuevo salvador, tan eficaz como el primero, pero más perspicaz, ve lo que nadie había visto y cuando levanta el índice siembra el terror. Capta cualquier matiz, distingue con precisión entre el bien y el mal, el vicio y la virtud, algo que no todo el mundo sabe diferenciar, con el consiguiente perjuicio que ello entraña para el ejercicio de la justicia y de la libertad. Sabe establecer la línea divisoria fuera de la cual todo es, a izquierda y a derecha, error, crimen y cobardía. El Incorruptible sabe igualmente cómo se sirve al extranjero por exageración o por debilidad, persiguiendo las creencias en nombre de la razón y oponiendo resistencia en nombre de la religión a las leyes de la República. Los que inmolaron a Le Peltier y a Marat, adivinando su memoria, comprometieron su prestigio a los ojos del extranjero. Son sicarios del enemigo aquellos que no acatan la ley del orden, agentes también los que ultrajan las costumbres, ofenden la virtud y, en su indiscriminada falta de raciocinio, niegan a Dios. Los curas fanáticos merecen la muerte; pero hay una manera contrarrevolucionaria de combatir el fanatismo: hay adjuraciones criminales. Una moderación excesiva pierde a la República; una violencia indiscriminada la pierde también.

»¡Oh! ¡Qué tremendas obligaciones tienen los jueces, sobre todo cuando vienen dictadas por el más puro de los hombres! No basta con castigar a los enemigos declarados, a los aristócratas, a los federalistas, a los facinerosos de la fracción de Orleans. El conspirador, el agente del extranjero es un Proteo que se reviste de todas las apariencias del patriota, de un revolucionario, de un antimonárquico; fingiendo la osadía de un corazón al que sólo alienta el ansia de libertad; engola la voz y amedrenta a los enemigos de la República: tal Danton, pero su activismo a ultranza delata una moderación que acaba delatándose. El conspirador, el agente del extranjero es ese tartamudo elocuente que fue el primero en ponerse la escarapela revolucionaria en la cabeza, es ese panfletario que, henchido de civismo irónico y cruel se hacía llamar "hombre-faro", es Camille Desmoulins; se ha delatado al defender a los generales traidores y por haber exigido clemencia en la aplicación de las leyes contra criminales convictos y confesos. También lo es Philippeaux; Herault y el vil Lacroix. El reverendo Duchesne que envilece la libertad mediante la demagogia y el abuso exagerado de enredos contra María Antonieta, haciendo de ella un ser interesante para mucha gente. Igual sucede con Chaumette, de aspecto amable, populachero, moderado, risueño y buen administrador de los bienes de la Comuna, ¡pero era ateo! Los conspiradores, los agentes del extranjero son esos *sans-culottes* de gorro frigio, carmañola y zuecos, por haber exagerado, con loco entusiasmo, el patriotismo de los jacobinos. El conspirador, el agente del extranjero es Anacharsis Cloots, el sublime orador, condenado a muerte por todas las monarquías del mundo; pero era peligroso: tenía origen germano.

»Ahora, exaltados o moderados, todos esos cobardes, todos esos traidores, Danton, Desmoulins, Hébert, Chaumette, han caído a manos del verdugo. La República está a salvo. Un concierto de alabanzas y de elogios llega desde todos los Comités y desde todas las Asambleas populares apoyando a Maximilien y a la Montaña. Los patriotas dicen: "Sois dignos representantes de un pueblo libre; en vano los hijos de los titanes levantaron su altiva cabeza.

Montaña bienhechora, Sinaí protector, de tu seno ardiente salió el rayo fortificador..."

»En ese concierto corresponde al Tribunal parte de las alabanzas. ¡Qué gratas le resultan al ciudadano virtuoso, y qué recompensado se siente un juez íntegro cuando el pueblo lo aprueba!

»Sin embargo, ¡cuántas preocupaciones, cuántos dolores de cabeza tiene permanentemente un verdadero patriota! Por si fuera poco la traición de un Mirabeau, de un La Fayette, de un Bailly, de un Pétion, de un Brissot, el destino quiso que los delatores de esos traidores fuesen también traidores. Parece como si todos los hombres que hicieron la Revolución hubiesen contribuido a perderla. Los héroes de las famosas jornadas contribuían, sin saberlo, con Pitt y con Cobourg, a instalar la monarquía de Orleans o la tutela de Luis XVII. Danton, Chaumette y los hebertistas, más pérfidos que los federalistas por ellos condenados, aceleraban el desmembramiento de la República. Pero ¿no descubrirá mañana el ojo avezado de Robespierre a otros más traidores todavía? ¿Hasta dónde llegará la execrable espiral de los traidores traicionándose y siendo delatados por el Incorruptible?...»

CAPÍTULO XX

TODOS los días, Julie Gamelin, ataviada con su carric verde botella, iba al jardín del Luxemburgo, se sentaba en un banco y esperaba la hora en que su amante se asomaría por una de las buhardas del palacio. Llegado el momento, se hacían señas e intercambiaban mensajes en un lenguaje cifrado que habían imaginado. De esta manera sabía que el prisionero ocupaba una buena celda, con no muy mala compañía; si necesitaba una manta o un calentapiés y que su amor era inextinguible.

Pero ella no era la única que tenía los ojos puestos en ese palacio convertido en prisión. Otras infelices como esta joven madre espiaba otra ventana, y cuando ésta se abría, alzaba a su hijo por encima de la cabeza para que su marido lo viera. Otra mujer, ya entrada en años, aguardaba en su silla de tijera durante largas horas, y sin moverse del sitio, que su hijo se asomase; pero éste, para evitar enternecerse, se distraía jugando en el patio de la cárcel hasta que aquélla desaparecía inconsolable para volver al día siguiente.

Durante esas interminables estaciones, bajo un cielo apacible o inclemente, azul o gris, un hombre de cierta edad, regordete, muy limpio, se instalaba en un banco contiguo y jugaba con su cajita de rapé y sus dijes al mismo tiempo que abría un periódico que no leía nunca. Vestía a la antigua usanza, llevando un sombrero de tres picos con ribetes dorados, un traje color cinzolín y un chaleco azul con estampados argentados. Parecía correcto y, diríase, que músico, a juzgar por el trozo de flauta que asomaba por el bolsillo. No le quitaba a Julie, ni un solo momento, los ojos de encima. Sin parar de sonreírle discretamente, se levantaba o sentaba al mismo tiempo que ella, y la pobre desdichada sentía una infinita compasión por tan infeliz y enternecedor personaje.

Un día que Julie salía del jardín empezó a llover, entonces el buen señor se le acercó, abrió un enorme paraguas rojo y le ofreció cobijo. Julie aceptó amablemente tan cordial invitación. Pero esa voz cristalina y ese delicado perfume de mujer no debieron gustar demasiado al no tan desinteresado benefactor, pues, al advertirlo, se marchó súbitamente dejando a la infeliz criatura expuesta a la intemperie. Julie, que se dio cuenta perfectamente, no pudo por menos que esbozar una sonrisa...

Julie se albergaba en una buhardilla de la calle del Cherche-Midi, haciéndose pasar por dependienta de una tienda de mantas que buscaba trabajo. La viuda Gamelin estaba convencida de que su hija estaría mucho más segura cuanto más lejos estuviese de ella: por ello la había alejado lo más posible de la plaza de Thionville y de la Sección del Pont-Neuf. Siempre que podía le ayudaba. Julie cocinaba de vez en cuando, iba al Luxemburgo a ver a su

querido amante y volvía a su tugurio; aquel ir y venir le hacía más llevadera su monótona existencia y, como era joven y robusta, dormía toda la noche a pierna suelta. Alentada, tal vez, por el disfraz que llevaba y dado su carácter naturalmente fuerte, iba por la noche a la *Croix-Rouge*, un establecimiento muy frecuentado por gentes de lo más variopinto. Allí leía las gacetas o jugaba con algún patriota al chaquete en medio de una humareda descomunal. Risas, juego, juerga, cortejeos amorosos no faltaban nunca: había de todo y para todos. Una vez, uno de los allí presente oyó un galope de caballos fuera, levantó el visillo y reconoció al ciudadano Hanriot, comandante de la guardia nacional que pasaba al galope con todo su estado mayor:

-¡Ahí va la burra de Robespierre -murmuró.

Julie no pudo contener la risa y soltó una carcajada.

Pero un patriota bigotudo protestó airadamente:

-Los que hablan así huelen a aristócrata que apestan. Hanriot es un excelente patriota que salvaría, si hiciese falta, a París y a la Convención. Y eso los monárquicos no se lo perdonan.

Y encarándose con Julie, que no paraba de reír, el patriota bigotudo le dijo:

-Tú, pipiolo, si siguen riendo te vas a acordar de mí; exijo un respeto para los patriotas.

Pero se oyeron dos voces que decían:

-¡Hanriot es un borracho y un imbécil!

-¡Hanriot es un buen jacobino! ¡Viva Hanriot!

Dos bandos se formaron; el enfrentamiento airado sobrevino. Mesas patas arriba, vasos por el aire, los quinqués que se apagan, gritos de mujeres y puños que se abaten sobre las cabezas. Acorralada por varios patriotas, Julie agarró una banqueta y se defendió con uñas y dientes contra sus agresores. Una patrulla acudió para reducirla, pero, Julie, maltrecha, a medio desvestir, logró escapar abriéndose paso entre las piernas de los gendarmes.

Las carretas que conducían a los condenados estaban de bote en bote.

-¡No puedo abandonar a mi amante a su suerte! -le decía Julie a su madre.

Decidió, entonces, llevar a cabo gestiones, ir a los comités, a los domicilios de los representantes del pueblo, de los magistrados..., iría donde tuviese que ir. Su madre le consiguió una falda de rayas, una pañoleta y una cofia de encaje que había pedido prestadas a la ciudadana Blaise, y Julie, vestida de mujer y de patriota, se presentó ante el juez Renaudin, que habitaba una muy húmeda y sombría casa de la calle Mazarin.

Subió, temblando, las escaleras de madera y de baldosas, y fue recibida, en su muy humilde despacho, donde sólo había una mesa de pino y dos sillas de enea, por el austero magistrado. Jirones de papel despegado colgaban de las paredes. Renaudin, de pelo negro y muy liso, de mirada adusta, el labio caído y la barbilla saliente, le indicó que podía hablar y se dispuso a escucharla en silencio.

Esta le dijo que era hermana del ciudadano Chassagne, prisionero en el Luxemburgo, y le expuso, lo más hábilmente que pudo, las circunstancias por las cuales aquél había sido detenido, se lo hizo ver inocente y desdichado, mostrándose suplicante.

El magistrado permaneció insensible, indiferente.

Julie, suplicante, arrodillóse a sus pies y lloró.

Las lágrimas cambiaron el semblante del juez: sus pupilas, de un negro rojizo, se inflamaron, y sus enormes mandíbulas azuladas se removieron como si trabajasen para re-mojar con saliva su garganta reseca.

-Ciudadana, se hará lo necesario. No os preocupéis.

Y abriendo una puerta, indicó a la solicitante un saloncito rosa decorado de entrepaños pintados, figuritas de porcelana, candelabros dorados, un reloj de pared, poltronas, un canapé de tapicería con el dibujo de una pastorcilla de Boucher... Julie estaba dispuesta a todo con tal de salvar a su amante.

Renaudin fue brutal y expeditivo. Cuando Julie se levantó y se abrochó la elegante falda

Librodot

de la ciudadana Elodie, su mirada tropezó con la sonrisa irónica y cruel de aquel hombre que la había burlado, enseguida se dio cuenta de que había hecho un sacrificio inútil...

-Me habéis prometido la libertad de mi hermano. Al juez le dio la risa:

-Os he dicho, ciudadana, que se haría lo necesario, es decir, que se aplicaría la ley, ni más, ni menos. Os he dicho que no había por qué preocuparse, y ¿por qué habríais de hacerlo? El Tribunal revolucionario es siempre justo.

Le dieron ganas de echarse como una fiera sobre él, de arañarlo, de morderlo, de arrancarle los ojos... Sabiendo que ello supondría la pérdida definitiva de Fortuné, huyó, corriendo, hacia su refugio para despojarse de las mancilladas ropas de Elodie. Y, allí, en su miserable y furiosa soledad, rugió toda la noche de rabia y de dolor.

Al día siguiente, cuando volvió al Luxemburgo, encontró el jardín ocupado por unos guardias que expulsaban a las mujeres y a los niños. Los centinelas, apostados en los paseos, impedían a los transeúntes comunicarse con los detenidos. La joven madre, la que iba diariamente con su hijo en brazos, le dijo a Julie que se hablaba de conspiración en las prisiones, y que se reprochaba a las mujeres que se reuniesen en el jardín para soliviantar al pueblo en favor de los aristócratas y de los traidores.

CAPÍTULO XXI

EN el jardín de las Tullerías se ha instalado súbita mente una montaña. El cielo está despejado. Maximilien avanza, seguido por sus colegas, con casaca azul y pantalón amarillo, llevando en la mano un ramillete de espigas, de azulinas y de amapolas. Sube a la montaña y anuncia el dios de Jean-Jacques a la República enternecida. ¡Oh pureza! ¡Oh dulzura! ¡Oh fe! ¡Oh sencillez antigua! ¡Oh lágrimas de piedad! ¡Oh rocío fecundante! ¡Oh clemencia! ¡Oh fraternidad humana!

Vanamente intenta el ateísmo dar sus últimos coletazos: Maximilien empuña la antorcha; las llamas devoran al monstruo y aparece la Sabiduría señalando el cielo con una mano y sosteniendo con la otra una corona de estrellas.

Sobre el estrado que se yergue delante del palacio de las Tullerías, Evariste, en medio de una multitud sobrecogida por la emoción, deja escapar alguna lágrima, dando gracias a Dios por permitir que se inaugure una nueva era de promesas:

«Por fin seremos felices, puros, inocentes, si es que los malvados no lo impiden.»

¡Ay! Los malvados no lo permiten. Hay que seguir sacrificando, hay que seguir derramando sangre impía. Tres días después de la celebración de la nueva alianza y de la reconciliación del cielo y de la tierra, la Convención promulga la ley de prairial, que suprime, con aterradora ingenuidad, todas las leyes tradicionales, todo lo que desde los romanos la ley había concebido para salvaguardar la inocencia. Se acabaron las diligencias, los interrogatorios, los testigos, los defensores: con el patriotismo sobra y basta. El acusado, que esconde en su corazón el crimen o la inocencia, no necesita hablar cuando está delante de un juez patriota. Entonces hay que dilucidar ese tipo de casos, oscuros, farragosos, difíciles. ¿Cómo sentenciar ahora? ¿Cómo reconocer, en un instante, quién es culpable y quién es inocente, honrado patriota o canalla?...

Tras esos momentos de incertidumbre, Gamelin empezó a ver mucho más claro. Le parecía que una justicia más rápida en manos de los patriotas sería mucho más eficaz que aquella otra que practicaban esos legistas rutinarios y cicateros que sopesaban indefinidamente los pro y los contra. Se tenían muchas menos garantías, ¡cierto!, pero se ganaba en lealtad y en espontaneidad. Había que seguir los dictados de la naturaleza, esa madre y maestra, que no yerra jamás; había que juzgar con el corazón. Gamelin invocaba los manes de Rousseau:

-¡Hombre virtuoso -decía- inspírame y dame al mismo tiempo, fuerza para amar a los hombres y ansias para regenerarlos!

La mayor parte de sus colegas opinaban como él. Como eran casi todos gentes sencillas, querían que la justicia lo fuese también. Aborrecían las complicaciones, los enredos y las dilaciones. Tenían sólo en cuenta la opinión de los acusados, y cuando alguien pensaba distinto a ellos, lo tachaban de malvado. Como estaban seguros de su prudencia, de su lealtad, veían en sus adversarios malicia y perversidad. Estaban totalmente convencidos; se endiosaban.

Veían a Dios en ellos y a ellos en Dios. El Ser Supremo, reconocido por Maximilien, los iluminaba. Amaban, creían.

El sillón en el que antaño se sentaba el condenado era ahora una tarima en la que cabían cincuenta individuos: ahora se juzgaba en serie. El fiscal inculpaba, al mismo tiempo, a individuos que acababan de conocerse allí. El Tribunal condenaba sin tregua asistido por las enormes facilidades que le otrogaban las leyes de prairial. Bastábales, en efecto, con reconocer los dos crímenes de lesa majestad: complot fomentado con el oro del extranjero contra la República o bien la exagerada moderación de la que otrora hacían uso las fracciones hebertistas y dantonistas. Para poner más, y mejor, de manifiesto los crímenes dantonistas y hebertistas se recurrió a sacrificar dos cabezas que simbolizaban los dos bandos opuestos, dos cabecitas de mujer: la viuda de Camille Desmoulins, la encantadora Lucille, y la viuda del hebertista Momoro, diosa por un día y comadre encantadora. A las dos se las había encerrado, por simetría, en la misma cárcel, y juntas habían llorado sobre el mismo banco de piedra; las dos, por simetría, fueron enviadas juntas al patíbulo. Aquello fue, sin duda, todo un símbolo, una obra maestra de equilibrio, imaginada, tal vez, por la mente de algún procurador y atribuida, como de costumbre, a Maximilien. Era costumbre achacarle todos los acontecimientos, felices o desdichados, que tenían que ver con los intereses de la República, las leyes, las costumbres, el clima, las cosechas, las enfermedades. Injusticia merecida, porque aquel hombrecillo, menudo, acicalado, enfermizo, felino, ejercía un poderoso influjo sobre el pueblo...

Comment [Librodot32]:

Prairial: noveno mes del calendario republicano, correspondiente a los meses de mayo-junio. La ley del 22 prairial, del año II, no admitía ningún tipo de garantía para que el acusado pudiese defenderse.

Comment [Librodot33]:

Lucille Duplessis, esposa de Camille Desmoulins, el cual, después de haber sido uno de los primeros artífices de la Revolución, había sido ejecutado con Danton el 5 de abril de 1794, acusándosele de excesiva moderación.

Aquel día el Tribunal liquidaba a la mayor parte de los conspiradores de la cárcel del Luxemburgo, a unos treinta entre monárquicos convencidos y federalistas muy destacados. Todas las acusaciones se fundaban en el testimonio de un solo delator. Los jueces ignoraban todo el asunto, ni siquiera sabían los nombres de los condenados. Gamelin reconoció entre los acusados a Fortuné de Chassagne. El amante de Julie, muy delgado a causa de largo cautiverio, pálido, conservaba aún esas delicadas facciones que la radiante luz que iluminaba la sala hacían todavía más patentes. Su mirada, al tropezarse con la de Gamelin, destilaba un profundo desdén y un soberano desprecio.

Gamelin, preso de un furor contenido, se levantó, pidió la palabra y, con los ojos clavados en el busto de Bruto el viejo, que presidía el Tribunal, le dijo:

-Ciudadano presidente, aunque pudiesen existir entre uno de los acusados y yo vínculos que, si fuesen conocidos, tendrían carácter de parentesco, declaro no recusarme. Ninguno de los dos Brutos se recusó cuando, por el bien de la República y la causa de la libertad, les fue preciso condenar a un hijo y castigar al padre adoptivo -y volvió a sentarse.

-Nunca he visto a un canalla semejante -murmuró Chassagne entre dientes.

El público no reaccionó, ya sea porque el discurso de Gamelin no hizo mella, ya sea porque estaba harto de tanta grandilocuencia.

-Ciudadano Gamelin -dijo el presidente-, la ley ordena que cualquier recusación sea hecha, por escrito, veinticuatro horas antes de que se abran las sesiones de debates. Por lo demás, tampoco veo motivo para que te recuses: un juez patriota está por encima de cualquier clase de afectos.

Cada acusado fue interrogado durante cuatro o cinco minutos. El informe fiscal solicitaba la pena de muerte para todos. Los miembros del Tribunal la acataron unánimemente, asintiendo con la cabeza, pidiéndola de pie, por aclamación. Cuando le tocó opinar

a Gamelin, añadió:

-Todos los acusados son convictos -dijo- y la ley es terminante.

Al bajar la escalera del Palacio le salió al encuentro un mozalbete que vestía con un carric verde botella, parecía tener de diecisiete a dieciocho años. Llevaba un sombrero redondo, echado hacia atrás, las alas formaban una especie de aureola negra que contrastaba con la palidez de su rostro. Desesperado, lleno de cólera, le lanzó a la cara estos insultos:

-¡Cobarde, monstruo, asesino! ¡Pégame! ¡Atrévete! ¡Ordena que me detengan! ¡Envíame a la guillotina!... ¡Caín! ¡Soy tu hermana! -y le escupió en el rostro.

La muchedumbre iba relajando su vigilancia; su ardor cívico empezaba a deteriorarse: no hubo en torno a Gamelin y a su hermana más que leves muestras de confusa curiosidad. Julie se deslizó entre las masas y desapareció en el crepúsculo.

CAPÍTULO XXII

EVARISTE Gamelin estaba agotado y no encontraba sosiego. Durante la noche se despertaba cien veces, J sobresaltado, en medio de horribles pesadillas. Solamente junto a Elodie, en el aposento azul, podía descansar algunas horas. Sus gritos y voces durante la noche la despertaban; pero no podía entender nada de lo que decía su amante.

Una mañana, después de una noche durante la cual había soñado con las Euménides, se despertó acongojado y débil como un niño. La luz del alba atravesaba las cortinas de las ventanas e inundaba la habitación de lívidos resplandores. El pelo le cubría la frente y le llegaba hasta los ojos formando una especie de tupido velo: Elodie, en la cabecera de la cama, separaba, con ternura, los rebeldes mechones. Esta vez lo contemplaba como a un hermano y enjugaba con el pañuelo el sudor frío que se deslizaba sobre aquella frente dolorida. Entonces le vino a la memoria aquella bonita escena del *Orestes* de Eurípides, que él había dibujado, y que, de haberla acabado, habría constituido su

obra maestra: era el momento en' que la infeliz Electra seca el espumarajo que fluye de la boca de su hermano. Le parecía que Elodie decía con voz suave: «Escucha, querido hermano, mientras que las Furias te permiten ser dueño de ti mismo...»

Y luego se decía para sí mismo:

«Sin embargo, no soy parricida en absoluto. Al contrario, si he dejado correr la sangre impura de los enemigos de la patria, ha sido por piedad filial.»

CAPÍTULO XXIII

NUNCA se acababa con la conspiración en las prisiones. Hoy eran cuarenta y nueve los acusados que se sentaban en el banquillo. Maurice Brotteaux estaba sentado arriba, a la derecha, y llevaba puesta, como de costumbre, su casaca de color pardo, que había tenido el cuidado de cepillar la víspera y de zurcir una parte del bolsillo descosido que albergaba a su Lucrecio. A su lado, la dama Rochemaure, pintarrajeada, empolvada, provocativa, horrible. Al reverendo Longuemare lo habían colocado entre ella y la prostituta Athénais, que había recobrado en cautiverio su frescura de antaño.

Los gendarmes amontonaban en las gradas a gentes que no conocían, y que entre ellos tampoco se conocían, todos cómplices, sin embargo: parlamentarios, jornaleros, antiguos aristócratas, burgueses y burguesas. La ciudadana Rochemaure divisó a Gamelin entre los jueces. Aunque éste nunca respondió a sus cartas, a sus repetidos mensajes, confiaba en él, y

le echó una mirada suplicante y seductora. Pero el semblante severo del joven magistrado deshizo pronto sus ilusiones.

El escribano leyó el acta de acusación, cortísima, pero dado el número de condenados, resultaba bastante latoso escucharlo. Se acusaba a los presos de intrigas de todo tipo para desbancar a los representantes de la nación y del pueblo de París. Luego, particularizando se decía:

«Uno de los más perniciosos conspiradores de esta abominable conjura es el llamado Brotteaux, antaño señor des Ilettes, y recaudador de contribuciones al servicio del tirano. Este individuo, que ya en los tiempos de la tiranía tenía fama de libertino disoluto, es una prueba patente de lo pernicioso que son para la República y la libertad de los pueblos el libertinaje y las costumbres depravadas. En efecto, después de haber dilapidado el Tesoro público, este individuo despilfarró con su antigua concubina, de apellido Rochemaure, buena parte de los ahorros del pueblo, sostuvo correspondencia con los emigrados, les informó del estado de nuestras finanzas, de los desplazamientos de nuestras tropas y de las fluctuaciones de nuestras ideas.

»Brotteaux, que en aquella época de su despreciable existencia vivía amancebado con una prostituta que había recogido del cieno de la calle de Fromenteau, le inculcaba fácilmente sus ideas y la perfidia contrarrevolucionaria mediante gritos imprudentes y frases indecorosas.

»Bastará con indicar algunas de las ruines ideas de este hombre pernicioso para que os deis cuenta. Hablando del patriótico Tribunal que hoy está llamado a juzgarle decía: "El Tribunal revolucionario se parece a una comedia de William Shakespeare, que intercala las más patéticas escenas en medio de las más bufonas y triviales." Preconizaba insistentemente el ateísmo con el fin de envilecer al pueblo y sumergirlo en la más abyecta inmoralidad. En la Conserjería, donde se encontraba preso, deploraba como verdaderas calamidades las mejores victorias de nuestros ejércitos, esforzándose por infundir sospechas contra los generales más patriotas para que cayesen en el más insidioso desprestigio. "Llegará el día -decía en un lenguaje atroz-, llegará el día, no muy lejano, en que alguno de esos mosqueteros que ahora os defienden, os trage como la grulla de la fábula que se tragó a las ranas"».

El informe fiscal añadía más adelante:

«La denominada Rochemaure, antigua aristócrata y ahora concubina de Brotteaux, no puede decirse que sea menos culpable que él. No solamente sostenía correspondencia con el extranjero y estaba sobornada por el propio

Pitt, sino que asociándose a hombres tan corrompidos como Julien (de Toulouse) y Chabot, socios del ex barón de Batz, urdía, de acuerdo con este desalmado, todo tipo de argucias para hacer descender las acciones de la Compañía de Indias, comprarlas a bajo precio y revalorarlas nuevamentes después con artimañas e infundios, medrando así a costa de la fortuna privada y a costa de la fortuna pública. Encarcelada en las prisiones de Bourbe y de Madelonettes, jamás cejó en su empeño de especular y de corromper a jueces y magistrados.

»Louis Longuemare, ex noble, ex capuchino, venía practicando desde hacía tiempo todo tipo de acciones bochornosas y de las que ahora tendrá que rendir cuentas. Vivía en vergonzosa promiscuidad con la prostituta Gorcut, llamada Athénais, bajo el mismo techo que Brotteaux, resultando, por lo tanto, cómplice de ambos. Durante su reclusión en la Conserjería, no ha parado de escribir un solo día libelos disolventes y perniciosos para la paz y la estabilidad de la cosa pública.

»Conviene también decir, a propósito de Marthe Gorcut, llamada Athénais y compañía, que las prostitutas constituyen el más temible azote para las buenas costumbres y el mayor oprobio para la sociedad en su conjunto. Pero ¿hace falta seguir insistiendo sobre esos abominables crímenes que la misma inculpada confiesa sin recato alguno?...»

El acusador público continuaba repasando los cargos contra los cincuenta y cuatro implicados restantes y, de los cuales, ni Brotteaux ni el reverendo Longuemare ni la ciudadana Rochemaure habían oído nunca hablar, sólo los conocían de vista por haber

compartido alguna que otra celda durante estos últimos meses; pero que, al igual que ellos, estaban relacionados con esa supuesta y odiosa «conjura que jamás los anales de ninguna nación en el mundo habían registrado nunca».

Se acababa pidiendo la pena de muerte para todos. El primero en ser interrogado fue Brotteaux:

-¿Tú has conspirado?

-No, jamás. Todo lo que consta en ese informe es totalmente falso.

-¿Lo ves? Seguir negando es también una manera de conspirar ahora contra este Tribunal.

Y el presidente pasó a interrogar a la dama Rochemaure, que respondió a la desesperada, protestando, llorando, mintiendo.

Por su parte, el reverendo Longuemare dejaba todo en manos de la Providencia. Ni siquiera se había molestado en llevar su defensa por escrito. Siempre contestó a todas y a cada uno de las preguntas que se le hicieron con serena mansedumbre. Sin embargo, cuando el presidente lo llamó capuchino, fue herido en su amor propio y protestó:

-Nunca fui capuchino -dijo-, soy sacerdote y religioso de la Orden de los Barnabitas.

-Viene a ser lo mismo -respondió el presidente sin perder la calma.

-No puede concebirse mayor error que comparar a un capuchino con un religioso que pertenece a una orden que recibió sus atribuciones de las manos del mismísimo apóstol San Pablo.

Un carcajeo general retumbó en la sala. En su candidez, el reverendo interpretó las risas por un signo de aprobación, por lo cual llegó a proclamar que moriría siendo miembro de una orden que llevaba dentro de su corazón.

-¿Reconoces -le preguntó el presidente- haber conspirado de común acuerdo con la prostituta Gorcut, llamada Athénais, que te otorgaba sus deleznables favores?

Aquí ya el reverendo no contestó nada, dirigió al cielo una mirada de dolor y al presidente un silencio que traducía toda la extrañeza de un alma cándida que prefiere callar antes que pronunciar palabras pueriles.

-Marthe Gorcut -preguntó el presidente a la joven Athénais-, ¿reconoces haber conspirado con Brotteaux? Y ella respondió plácidamente.

-A mi modo de ver, el señor Brotteaux no ha hecho más que cosas buenas. Sería deseable que hubiese muchos como él, pues no los hay mejores. Los que afirman lo contrario se equivocan. Eso es todo lo que tengo que decir.

El presidente le preguntó si reconocía haber vivido en concubinato con Brotteaux. Hubo que explicarle lo que significaba aquella palabra, cuyo sentido ignoraba. Cuando comprendió, manifestó que de habérselo pedido Brotteaux, hubiese accedido encantada, pero que nunca Brotteaux le solicitó tal cosa.

Hubo risas de nuevo entre los asistentes y el presidente la amenazó con expulsarla si continuaba respondiendo tan cínicamente.

Entonces ella lo llamó gusano, cara de acelga, cabestro, y le escupió en la cara a él y a los demás una serie de injurias y de groserías. De manera que los gendarmes tuvieron que sacarla de la sala por la fuerza.

El presidente interrogó después, muy brevemente, a los demás acusados, siguiendo el orden que ocupaban en las gradas. Uno llamado Navette alegó que le resultaba francamente difícil conspirar en una prisión donde sólo estuvo cuatro días. El presidente consideró que aquella observación merecía ser tomada en cuenta, por lo que la plantearía a los demás jueces. Otro, llamado Bellier, alegó las mismas razones, por lo que el presidente hizo el mismo tipo de observación a sus colegas. Esta benevolencia del juez interpretóse como una muy loable equidad o bien como el precio que había que pagar a aquella delación.

Al tomar la palabra el sustituto del acusador público no hizo más que ampliar la acusación y añadir estas preguntas:

Librodot

-¿Queda probado que Maurice Brotteaux, Luise Rochemaure, Louis Longuemare, Marthe Gorcut, llamada Athénais, Eusébe Rocher, Pierre Guyton-Fabulet, Marcelline Descourtis, etc., etc., prepararon una conjura, valiéndose del asesinato, el hambre, la falsificación de documentos, de moneda, la depravación de la moral y de las buenas costumbres, la rebelión en las cárceles, con el fin de agudizar la guerra civil, promover la disolución de la representación nacional y fomentar el restablecimiento de la monarquía?

El jurado se retiró a deliberar... El veredicto fue afirmativamente unánime exceptuando a los acusados Navette y Bellier que fueron exculpados.

Gamelin pronunció su veredicto en estos términos:

-La culpabilidad de los acusados salta a la vista: hay que darles un escarmiento que sea directamente proporcional a la magnitud de los crímenes que han cometido; y ello con el fin de que su ejemplo no cunda entre las gentes sencillas.

El presidente pronunció la sentencia en ausencia de los implicados. En aquellos días terribles, contrariamente a lo que la ley exigía, no se volvía a llamar a los condenados para leerles la sentencia, quizá porque se temiesen las reacciones de un número tan considerable de víctimas desesperadas. Precaución inútil: ¡la sumisión estaba a la orden del día! Fue el escribano el que les leyó el veredicto, que fue recibido con la misma parsimonia con que acepta un rebaño de ovejas ser conducido al matadero.

La ciudadana Rochemaure declaró estar encinta. Un cirujano, que era al mismo tiempo miembro del Tribunal, se encargó de hacerle un reconocimiento. La buena mujer se desvaneció y la transportaron desmayada a un calabozo.

-¡Oh! -suspiraba el reverendo Longuemare-. Me dan mucha pena esos pobres hombres: la iniquidad de sus almas es tal que confunden todo, son incapaces de distinguir a un barnabita de un franciscano.

La ejecución tenía que realizarse forzosamente el mismo día junto a la Puerta del Trono Caído. Después de lavarlos, de cortarles el pelo y de desabrocharles la camisa, los condenados esperaban al verdugo, apiñados como ovejas en la pequeña estancia, que estaba separada de la escribanía por una puerta de cristales.

La llegada del brazo ejecutor y de sus lacayos interrumpió la apacible lectura de Brotteaux, que repasaba su Lucrecio, le puso una señal a la página, cerró el librito, se lo guardó en el bolsillo de la casaca y le dijo al barnabita:

-Reverendo padre, me consterna no poder persuadiros de que vamos a compartir juntos el sueño eterno y de que ya no será posible despertaros tirándoos de la manga para deciros: «Ya lo veis: habéis acabado de sufrir y de padecer; sois algo inanimado. Lo que sigue a la vida es como lo que le precede.»

Quiso reír; pero un dolor espantoso le oprimió el corazón y las entrañas, le faltó poco para desfallecer. Sin embargo, prosiguió:

-Padre, ya veis cómo dejo ver mis debilidades: me gusta tanto la vida que me desespera dejarla por las buenas.

-Caballero -le objetó el exclaustrado con dulzura-, tened presente que sois más valiente que yo y que, sin embargo, la muerte os turba más que a mí. ¿Qué significa eso, sino que yo veo la luz que vos no percibís todavía?

-También pudiera ocurrir -respondió Brotteauxque yo tema perder la vida porque he gozado de ella, mientras que a vos no os importa dado que la hicisteis muy similar a la muerte.

¡Tened la bondad, os lo suplico -repuso el exclaustrado palideciendo-, estamos en un momento decisivo: ¡Que dios me proteja! Vamos a morir sin recibir los auxilios espirituales. Debió de haber alguna vez cierta ingratitud por mi parte para que ahora el cielo no me conceda algo que tan ansiosamente recibiría.

Las carretas estaban rebosantes de condenados que se apiñaban los unos contra los otros. El supuesto embarazo de Rochemaure no fue certificado por el cirujano, por lo que fue metida en la carreta con los demás. La multitud de curiosos que los observaba le infundió

Librodot

algunas vanas esperanzas que pronto se esfumaron, ya que nadie movió un solo dedo ni atendió a sus miradas suplicantes que imploraban clemencia. Sólo algunos gritos de mujeres se dejaron oír para pedir la pena de muerte o burlarse de los sentenciados. Los hombres, prudentes o respetuosos con la ley, se callaban y se daban media vuelta.

La multitud se estremeció cuando pasó Athénais delante de ellos. Parecía casi una niña cuando al pasar delante del religioso le dijo:

-Dadme la absolución, por favor, señor cura. El reverendo susurró entre dientes las fórmulas del ritual sacramental y luego le dijo:

-¡Hija mía! fue vuestra vida un cúmulo de desvergüenzas y de desórdenes, pero por qué no podría ofrecerle al Señor un corazón tan humilde como el vuestro.

Athénais subió a la carreta, se puso de pie y de su pecho erguido se escapó esta salve:

-¡Viva el rey!

Luego le indicó a Brotteaux que le hacía sitio para que viniese a sentarse a su lado. Brotteaux ayudó al barnabita a subir viniéndose a sentar entre el religioso y la infeliz criatura.

-Caballero -le dijo el religioso al discípulo de Epicuro-, os pido un favor. Aun cuando no creáis en Dios todavía, rogadle por mí. No es seguro que en este momento no podáis interceder mejor que yo: la eternidad se puede decidir en un momento. Bastaría un solo segundo para que os convirtieseis en la criatura preferida del Señor. Caballero, rogad por mí.

Mientras que las ruedas rechinaban conforme iban rodando por los viejos suburbios, el religioso rogaba a Dios con todas las fuerzas de su corazón.

Por su parte, Brotteaux repetía los versos del poeta filósofo: *Sic ubi non erimus*... Atado como estaba y sacudido por el tremendo balanceo de la carreta, el buen filósofo permanecía sereno e imperturbable. A su lado, Athénais, orgullosa de morir como la reina de Francia, miraba a la multitud con desdén, mientras que el viejo republicano contemplaba, con ojo avezado, la garganta blanquísima de la núbil y hermosa muchacha. Le preocupaba que se fuese haciendo de noche.

CAPÍTULO XXIV

MIENTRAS que las carretas rodaban hacia su destino, la plaza del Trono Caído, custodiada por gendarmes, y transportando a Brotteaux y a sus cómplices, Evariste permanecía sentado, pensativo, en un banco del jardín de las Tullerías. Estaba esperando a Elodie. Los rayos del sol poniente traspasaban como flechas incendiadas los frondosos castaños. A la verja del jardín, la Fama, sobre su caballo alado, sostenía contra la boca, como de costumbre, la trompeta de siempre. Los vendedores de periódicos vociferaban la gran victoria de Fleurus.

-Sí -se decía Gamelin-; la victoria es nuestra. Nuestro trabajo nos ha costado.

Y se imaginaba a los generales contrarrevolucionarios merodeando como almas en pena en medio de aquel polvo ensangrentado de la plaza de la Revolución que los había visto perecer. Y sonrió con orgullo pensando que, sin el rigor que él mismo había contribuido a implantar, los caballos austriacos estarían ahora mordiendo las cortezas de aquellos árboles. Lo que le hizo exclamar:

-¡Saludable terror! ¡Terror santo! El año pasado teníamos como defensores, por la misma época, a unos harapientos desmoralizados; el territorio patrio invadido y los dos tercios de nuestra nación en rebeldía. Ahora, nuestros ejércitos, bien equipados, bien instruidos, capitaneados por hábiles generales, toman la ofensiva, dispuestos a llevar la libertad por todo el mundo. Y la paz se extiende por todo el territorio de la República... ¡Saludable terror! ¡Terror santo! ¡Amable guillotina! Hace un año, por estas fechas, las facciones devoraban a la

República; la hidra federalista amenazaba con desmembrarla. Por fin la unidad jacobina recubre al imperio con su fuerza y su virtud...

Sin embargo, no estaba del todo contento. Una profunda arruga le atravesaba la frente; y de su boca salieron estas amargas palabras: «Decíamos, entre nosotros, que había que vencer o morir. Nos equivocábamos, había que haber dicho: hay que vencer y morir.»

Miró a su alrededor y vio cómo los niños hacían castillos de arena y las ciudadanas, en sus sillas de madera, cosían o bordaban a la sombra de los árboles. Los transeúntes iban vestidos extraña pero impecablemente camino de su trabajo, de sus diversiones o de su casa. Y Gamelin se sentía solo entre ellos: no era ni su compatriota ni su contemporáneo. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo el entusiasmo de la primera época se había convertido en cansancio, indiferencia o, tal vez, hastío? Era indudable que todas aquellas buenas gentes no querían ya oír hablar del Tribunal revolucionario y le daban la espalda a la guillotina. Considerando que molestaba en la plaza de la Revolución, la habían instalado al final del barrio de Saint-Antoine. Allí mismo, al paso de las carretas, parece ser que algunas voces se habían alzado para gritar: «¡Basta!»

«¡Basta! ¡Cuando aún quedaban centenares de conspiradores, de traidores! ¡Basta! ¡Cuando había que renovar comités, depurar la Convención! ¡Basta! ¡Cuando los cobardes deshonraban la representación nacional! ¡Basta! ¡Cuando se estaba tramando en el seno del Tribunal revolucionario la caída del Justo! ¡Era increíble pero cierto! El mismísimo Fouquier urdía tramas y las cincuenta y siete víctimas que le habían inmolado fue un truco para desconcertarlo. ¿A qué malvada compasión cedía el alma francesa? Había, pues, que salvarla contra su parecer y cuando pedía clemencia, taparse los oídos y golpear fuerte. ¡Ay!, el destino lo había querido: la patria maldecía a sus redentores; pero ¡salvémosla aunque nos maldigan! ¡No basta con inmolar a pobres y oscuros aristócratas, financieros, especuladores, poetas, un Lavoisier, un Roucher, un André Chénier! Hay que castigar a esos malvados todopoderosos que, con las manos manchadas de sangre, preparan la ruina de la Montaña, los Fouché, los Tallien, los Rovére, los Carrier, los Bourdon. Hay que salvar al Estado de todos sus enemigos. Si Hébert hubiese triunfado, y la Convención destituida, la República hubiese caído en un abismo; si Desmoulins y Danton hubiesen ganado, la Convención, sin principios, hubiese entregado el poder a los aristócratas, a los especuladores, a los generales. Si los Tallien, los Fouché, esos monstruos insaciables de sangre y de rapiña triunfan, Francia se hunde en el fango y la miseria... ¡Despierta, Robespierre! Mentes criminales ebrias de crimen y de infamia están fraguando tu muerte y los funerales de la libertad. Couthon, Saint-Just, ¿por qué no denunciáis todas esas intrigas?

»¡Vaya!, ¡con que el antiguo Estado, el monarquismo feroz afirmaba su autoridad encerrando cada año a cuatrocientos mil hombres, ahorcando a quince mil, torturando a tres mil, a la República le preocupaba cortar algunos centenares de cabezas que ponen en peligro su permanencia y su seguridad! ¡Ahoguémonos en sangre, pero salvemos a la patria!...»

Mientras estos pensamientos asaltaban su mente, Elodie vino a verlo, pálida y agarrotada:

-Evariste, ¿Qué ocurre? ¿Por qué me haces venir aquí? ¿Por qué no allegarnos hasta la salita azul del *Amour peintre?*

-Porque voy a darte mi último adiós.

Y como ella lo considerara incomprensible, insensato, éste la detuvo para decirle.

-Elodie, no soy digno de ti.

-¡Cállate, Evariste, cállate!

Con el fin de que nadie escuchase lo que decían, caminaron unos cuatro metros y allí Evariste prosiguió diciendo:

-He sacrificado mi vida y mi honor por la patria. Moriré infame y no podré legarte, ¡infeliz!, más que un recuerdo execrable... ¿Amarnos? ¿Acaso se me puede querer todavía?

Lo trató de loco; le dijo que lo quería, que lo amaría siempre. Mostróse apasionada,

sincera; pero comprendía como él, mejor que él, que tenía razón. Trató en vano de rebelarse contra la evidencia.

De nuevo éste le dijo:

-No te reprocho nada. Tampoco me arrepiento de lo que he hecho, y estaría dispuesto a hacerlo de nuevo... Mi condición de réprobo me coloca al margen de la humanidad: no quepo en ella; pero todavía no hemos terminado. No quiero oír hablar de clemencia o de perdón. ¿Perdonan los traidores? ¿Son clementes los conspiradores? El número de parricidas y de cobardes aumenta día tras día, parecen salir de las entrañas de la tierra para venir a situarse en todas las fronteras: jóvenes de todas las edades, que hubiesen sido unos magníficos soldados, niños inocentes, mujeres encantadoras, ancianos... Y, apenas inmolados, aparecen más, y más... Te darás cuenta, entonces, que debo renunciar al amor, al goce, a los encantos de la vida, a vivir simplemente...

Luego se calló. Elodie, tierna, sensual, amiga de la voluptuosidad, se asustaba de tener que mezclar con los besos de su amante, tantas imágenes patibularias. No supo qué responder. Evariste tragó, como un cáliz amargo, el silencio de su amada.

-Date cuenta, Elodie: estamos al borde del precipicio, nuestro proyecto nos devora. Nuestros días, nuestras horas, parecen siglos. Parece como si tuviera cien años. Mira mi frente marchita ¿es la de un joven amante?

-Evariste, eres mío, me perteneces, no puedo perderte.

Era una manera de hablar. El se dio cuenta; ella también se daba cuenta.

-Elodie, ¿podrás dar fe algún día de que he vivido para cumplir con mi deber, para hacer el bien y de que sólo me preocupó la justicia? ¿Te atreverás a decir que fui sincero y tierno? ¿Podrás decir a quien te pregunte: ¡Cumplió con su deber!? ¡Claro que no lo dirás! Y no te pido que lo hagas. Prefiero que nadie se acuerde de mí. Mi satisfacción la llevo dentro. El oprobio me rodea. Si de veras me has amado, cubre mi memoria con un silencio impenetrable.

Un niño de ocho o nueve años que, en ese momento, corría tras su aro, tropezó con Gamelin. Evariste lo cogió en brazos y le dijo levantándolo:

-¡Muchacho! crecerás libre y dichoso gracias al infame Gamelin. Yo soy malvado para que tú seas feliz. Cruel para que tú seas bueno, implacable para que mañana todos los franceses se abracen y lloren de alegría.

Y tras apretarlo contra su pecho añadió:

-Cuando seas mayor, vivirás contento gracias a mí, tu dicha dependió de mí; tu inocencia también. Si algún día oyes pronunciar mi nombre, me abominarás.

Y tras dejarlo en el suelo, el niñito salió corriendo asustado a cobijarse entre los faldones de su madre que venía a recogerlo. Altiva, graciosa, elegantemente vestida, la mujer cogió a su hijo de la mano y miró con altivez al jacobino.

Evariste, enfurecido, volvió a encontrarse con Elodie para decirle:

-No por haber abrazado hoy a este niño, me importaría mandar a su madre a la guillotina mañana.

Y Evariste se alejó presuroso entre las hileras de los árboles de la alameda. Elodie se quedó quieta, mirando al suelo. Luego, de pronto, fuese en pos de su amante, furiosa, despeinada, semejante a una Euménide y, agarrándolo como si quisiera desgarrarlo, le dijo con voz dolorida y llorosa:

-¡Atrévete! Guillotíname a mí también; no te detengas ¡córtame la cabeza de un tajo!

Y, al imaginar el roce del acero en la nuca, todo su cuerpo se estremeció de horror y de voluptuosidad.

CAPÍTULO XXV

MIENTRAS que el sol de termidor se ocultaba en un lecho de púrpura sangrante, Evariste erraba, sombrío y taciturno, por los jardines de Marbeuf, convertidos en propiedad nacional y frecuentados por parisinos ociosos. Allí se vendían refrescos y helados; había caballitos de madera y casetas de tiro al blanco para los jóvenes patriotas. Al pie de un árbol, un saboyanito andrajoso, que llevaba en la cabeza un gorro negro, hacía bailar perezosamente a una marmota al son de su cascada vihuela. Un hombre, joven todavía, alto, vestido de azul, y provisto de una peluca, que llevaba un perro consigo, se detuvo para escuchar tan agreste música. Evariste reconoció a Robespierre. Lo encontraba paliducho, delgado, el rostro macilento y surcado de arrugas. Ello le hizo pensar a Gamelin: «¡Cómo ha debido sufrir este hombre para que se note así en su cara! ¡Qué difícil es trabajar para hacer el bien a los demás! ¿En qué estará pensando en este momento? ¿El himno del ala más radical de la Convención lo embauca de tal manera que le hace olvidar sus obligaciones más inmediatas? ¿Piensa que habiendo pactado con la muerte sus horas están contadas? ¿Se le estará ocurriendo volver, en honor de multitudes, al Comité de salvación pública, del cual se había retirado al verse continuamente boicoteado, junto a Couthon y a Saint-Just, por una mayoría sediciosa? ¿Qué esperanzas o qué desasosiegos se esconden detrás de ese rostro impenetrable?»

Sin embargo, Maximilien dedicó una amable sonrisa al muchacho, lo interrogó, plácidamente, acerca de la marcha del negocio, le preguntó por sus familiares, quiso saber si hacía mucho que los había dejado; luego le dio una monedita de plata y continuó su paseo. Como su perro había detectado la presencia de alguna rata por los alrededores, se preparaba para la caza, pero Robespierre lo amonestó:

-Brount! Brount!

Y ambos desaparecieron en la maleza.

Gamelin, por respeto, no se acercó al paseante solitario; pero, contemplando la delgada silueta que se adentraba en la penumbra, le dedicó esta perorata mental:

«He visto tu tristeza, Maximilien, adivino tus pensamientos. Tu melancolía, tu cansancio y, sobre todo, esa cara de espanto que se traduce en tu mirada de asombro me hace pensar: "Que el terror toca a su fin y que la fraternidad comienza. ¡Franceses, permaneced unidos, manteneos virtuosos y cultivad la sinceridad! ¡Amaos los unos a los otro!..." ¡Pues bien! me encargaré de llevar a cabo tus planes, para que tú puedas, conforme a tu naturaleza buena y bondadosa, poner fin a las discordias civiles, apagar los odios fatricidas, hacer del verdugo un jardinero que no corte ya más que las cabezas de las coles y el cogollo de las lechugas. Pero antes prepararé, con mis colegas del Tribunal, el camino que conduzca a la clemencia; no sin antes exterminar a los conspiradores y a los traidores. Redoblaremos la vigilancia y estaremos al acecho. Ningún culpable escapará. Y cuando la cabeza del último enemigo de la República haya caído a manos del verdugo, entonces se podrá ser indulgente y será posible que reine la inocencia y la virtud en Francia, ¡oh padre de la Patria!»

El Incorruptible estaba ya lejos. Dos hombres con sombrero redondo y pantalón color mahón, de los cuales uno tenía un aspecto más bien siniestro, tenía una mancha en un ojo y se parecía a Tallien, se cruzaron con él a la vuelta de un paseo, lo miraron de reojo y, haciendo como que no lo conocían, pasaron de largo. Cuando ya estaban lo suficientemente lejos como para que no los oyésen, murmuraron en voz baja:

-Ahí está el rey, el padre, el papa, Dios. Pues eres Dios y Catherine Théot tu profetisa.

-¡Dictador, traidor, tirano! Todavía sigue habiendo Bruto.

-¡Tiembla, cobarde! La roca Tarpeya está cerca del Capitolio.

El perro *Brount* se les acercó; se callaron y apresuraron el paso.

Librodot

CAPÍTULO XXVI

¡DUERMES, Robespierre! El tiempo vuela, los minutos apremian...

Por fin, el 8 de termidor, en la Convención, el Incorruptible se levanta y va a hablar. ¡Oh sol del treinta y uno de mayo, habrá una segunda oportunidad! Gamelin espera, confía. Robespierre va a desbancar de sus puestos a esos legisladores más culpables que los federalistas, más peligrosos que Danton... Pero vacila, no se decide. «No puedo -dice- decidirme a desgarrar completamente ese velo que cubre tanto misterio y tanta iniquidad.» Y la multitud dispersa, sin señalar a ninguno, los asusta a todos. Eran sesenta los que, desde hacía quince días, no se atrevían a acostarse de noche en su cama. Marat señalaba con el dedo a los traidores. El Incorruptible duda, no se decide, y ello lo convierte, por ende, en sospechoso...

Por la noche hay una tremenda expectación en los pasillos, en las salas, en el Club de los jacobinos. Están todos presentes: alborotadores adeptos y enemigos silenciosos. Robespierre les ha leído ese discurso que la Convención ha recibido en medio de un silencio sepulcral, pero que los jacobinos han aplaudido febrilmente.

-Es mi acta de defunción -les dice-; me veréis beber la cicuta sin turbarme.

-La beberé contigo -dice David.

-¡Todos, todos! -corean a gritos los jacobinos, que se separan sin haber decidido nada.

Evariste, mientras que se preparaba la muerte del Justo, durmió profundamente como lo hicieran los discípulos en el monte de los Olivos. Al día siguiente fue al Tribunal. De las dos secciones que lo componían, él participó en la que le correspondía y tuvo que juzgar a los veintiún cómplices de la conspiración de Lazare. Mientras llegaban noticias inquietantes: «La Convención, después de una sesión de seis horas, había decretado la acusación de Maximilien Robespierre, Couthon, Saint-Just junto a Augustin Robespierre y Lebas, que habían solicitado correr la misma suerte que el resto de sus compañeros. Los cinco proscritos han sido puestos a disposición judicial.

Llegan noticias de que el presidente de la sección de al lado, el ciudadano Dumas, ha sido detenido *in situ*, pero que la audiencia continúa. Oyese tocar generala con los tambores y a rebato con las campanas.

Evariste, en su mesa, recibe de la Comuna orden de dirigirse al Ayuntamiento para asistir a un consejo. Entre el repique de campanas y los redobles de tambores, pronuncia con sus colegas el veredicto y decide acercarse a casa para dar un abrazo a su madre y ponerse la banda reglamentaria. La plaza de Thionville estaba desierta. La sección no se atreve a pronunciarse ni por ni contra la Convención. Los que transitan por las calles van rozando las paredes, se camuflan entre los árboles o se meten en sus casas. Al toque de rebato y de generala responden los postigos que se cierran corriendo los pasadores. El ciudadano Dupont se ha escondido en su tienda y el portero Remacle se atrinchera en su portería. La pequeña Joséphine sujeta, temerosa, al perro *Mouton* entre los brazos. La madre de Gamelin se queja de la escasez de alimentos que, según ella, son la causa de todos los males. Al pie de la escalera

Evariste se encuentra con una Elodie tremendamente abatida, sudorosa, con el cabello aplastado contra la nuca por el sudor frío y húmedo.

-He ido a buscarte al Tribunal; pero acababas de salir. ¿Adónde vas ahora?

-Voy al Ayuntamiento.

¡No vayas! Sería tu ruina: Henriot ha sido detenido. Las secciones no se movilizarán. La sección de piques, que es la de Robespierre, ni se ha movido. Lo sé porque mi padre pertenece a ella. Yendo al Ayuntamiento corres un riesgo inútil.

-¿Quieres que me porte como un cobarde?

-Al contrario, se es más valiente cuando se obedece la ley y se permanece fiel a los principios de la Convención.

-La ley no rige cuando los malvados triunfan.

-Evariste, atiente a tu Elodie; escucha a tu hermana; ve a sentarte junto a ella para que tranquilice tu espíritu exaltado.

Nunca la había mirado con tanto detenimiento, nunca le había parecido tan atractiva y jamás su voz le había sonado con tanta voluptuosidad.

-Acompáñame. Vamos a dar un paseo.

Y ambos se encaminaron por el terraplén donde yacía la estatua derribada que estaba bordeada por bancos con muchos hombres y con muchas mujeres. Una vendedora de golosinas las iba pregonando, la vendedora de refrescos tocaba la campanilla y unas niñitas jugaban a ser personas mayores. A la orilla del río dos pescadores echaban la caña de pescar sin moverse apenas. El cielo estaba cubierto y amenazaba tormenta. Gamelin, acodado en el antepecho, echaba una ojeada a la isla, picuda como una proa, escuchaba los gemidos del viento sobre las copas de los árboles y sentía entrar en su cuerpo un infinito deseo de soledad y de tranquilidad.

Y como si fuese un eco delicioso de su pensamiento, la voz de Elodie susurraba llena de nostalgia:

-¿Recuerdas cuando paseando por el campo soñabas con ser juez en un pueblecito tranquilo? ¡Qué felicidad! Pero a través del agitado murmullo de los árboles y del dulce susurro de aquella deliciosa voz femenina, Evariste oyó el incesante toque de rebato y de generala, el lejano estrépito de la caballería y el estruendo de los cañones por las calles.

A dos pasos, un hombre joven, que charlaba con una señora elegante, dijo:

-¿Sabéis las últimas noticias?... Han instalado la Opera en la calle de la Loi.

Muchos lo sabían: se murmuraba el nombre de Robespierre, pero temblando, porque todavía se le temía. Y las mujeres, al filo de los comentarios, disimulaban su alegría. Evariste Gamelin cogió la mano de Elodie y luego la soltó bruscamente:

-¡Adiós! Te hice partícipe de mi espantoso destino, mancillé tu vida para siempre. ¡Adiós! ¡Ojalá me olvides!

-No vuelvas a casa esta noche; por lo que más quieras; ven al *Amour peintre.* No llames; tira una piedrecita a mi balcón, bajaré yo misma a abrirte. Te esconderé en el desván.

-¡Me verás glorioso o no me volverás a ver más. Adiós!

Conforme se iba acercando a la Casa Consistorial, le pareció oír en el cielo el zumbido de entusiasmo dedos días gloriosos. En la plaza de Gréve, un tumulto de armas, un resplandor de uniformes, los cañones de Henriot dispuestos en batería. Subió la escalera principal y, al entrar en el salón de la Alcaldía, firma en el libro de asistencia. El Consejo general de la Comuna, por unanimidad de los cuatrocientos noventa y un miembros presentes, declaróse a favor de los proscritos.

El alcalde leyó el artículo de los Derechos del Hombre que decía: «Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es, para el pueblo, el más santo y el más noble de los deberes.» Y el primer magistrado de París declara que al golpe de Estado de la Convención la Comuna responde con la insurrección popular.

Los miembros del Consejo general juran morir en su puesto. Dos alguaciles municipales se encargan de ir ala plaza de Gréve para invitar al pueblo a unirse a sus magistrados con el fin de salvaguardar la patria y la libertad.

Las gentes se buscan, se encuentran, intercambian opiniones y emiten pareceres. Hay pocos artesanos entre tanto magistrado. Y es que la Comuna allí reunida es fruto de la depuración jacobina: jueces y jurados del Tribunal revolucionario, artistas como Beauvallet y Gamelin, propietarios y profesores, burgueses enriquecidos y poderosos renteros, lujosos peluquines, barrigudos luciendo lujosos relojes de bolsillo; pocos zuecos, pantalones, carmañolas, gorros frigios. Esos burgueses son numerosos, decididos. Pero, a decir verdad, es más o menos con lo que París cuenta como republicanos. Reunidos en la Casa Consistorial,

como en torno al peñón de la Libertad, un océano de indiferencia los rodea.

Sin embargo llegan noticias favorables. Todas las cárceles abren sus puertas y devuelven la libertad a los proscritos. Augustin Robespierre sale de la Force y llega el primero a la Casa Consistorial siendo aclamado. A las ocho se dice que Maximilien, después de haberse resistido largo tiempo, se dirige a la Comuna. Le esperan, va a venir, llega; una aclamación formidable hace temblar las bóvedas del viejo palacio municipal. Hace su entrada a hombros, este hombrecillo delgado, pulcro, con casaca azul y calzones amarillos. Es él, toma asiento, habla.

A su llegada, el Consejo ordena que se ilumine inmediatamente la fachada del Ayuntamiento. La República es él. Habla con voz quebrada, con elegancia, abundante y delicadamente. Los que le oyen, los que han apostado la cabeza por él, se dan cuenta de que es un orador, un hombre de comités, de tribunas, un retórico incapaz de tomar resoluciones enérgicas y medidas revolucionarias.

Se lo llevan a la sala de deliberaciones. Ahora están ahí reunidos todos esos ilustres proscritos: Lebas, Saint-Just, Couthon. Robespierre habla. Son las doce y media de la noche: sigue hablando todavía. No obstante, Gamelin, en el salón del Consejo, aplastándose la cabeza contra una ventana, mira fuera ansiosamente y ve apenas en la oscuridad humear las lamparillas de la fachada. Los cañones de Henriot están en batería delante del Ayuntamiento. En la oscura plaza se agita una multitud indecisa, inquieta. A las doce y media de la noche, asoman antorchas por la calle de la Vannerie, en medio va un delegado de la Convención luciendo sus insignias y lee un decreto que declara fuera de la ley a los miembros de la Comuna que se han sublevado, a los miembros del Consejo general que la asisten y a los ciudadanos civiles que han respondido a su llamamiento.

¡Fuera de la ley! juicios sumarísimos! Sólo pensarlo pone el vello de punta a los más atrevidos. A Gamelin se le hiela el sudor de la frente. Luego ve cómo la muchedumbre se aleja de la plaza de Gréve apresuradamente. Y, cuando vuelve la cabeza, se da cuenta de que el salón que hace un momento estaba atestado, ahora está casi vacío. Pero huyen en vano, sus firmas están recogidas en el libro de entrada.

Dan las dos. El Incorruptible delibera en el salón de al lado, con la Comuna y los representantes proscritos. Gamelin hunde su mirada en la plaza tenebrosa. Percibe, a la luz de los faroles, el chisporroteo de las astillas de madera en el sobradillo de la tienda de enfrente. Los reverberos oscilan a causa de un viento que sopla fuerte. Unos segundos después cae de repente una tormenta que dispersa a los rezagados que habían hecho caso omiso del terrible decreto. Los cañones de Henriot han sido abandonados. Y cuando, a la luz de los relámpagos, se ve acudir, al mismo tiempo, por la calle Antoine y por los muelles a las tropas de la Convención, los alrededores de la Casa Consistorial quedan desiertos.

Por fin Maximilien se ha decidido a tomar en serio el decreto de la Convención en la sección de piques.

El Consejo general distribuye sables, pistolas, fusiles. Un ruido ensordecedor de armas, de pasos y de cristales rotos atruena el Consejo. Las tropas de la Convención pasan como una avalancha a través del salón de deliberaciones e irrumpen como una exhalación en el Salón de sesiones. Suena un disparo: Gamelin ve a Robespierre que se desploma con un tiro en la mandíbula. Entonces Gamelin saca su navaja, la navaja de seis céntimos, aquella con la que, un día de tantos, había cortado el pan para su madre hambrienta; la misma con la que Elodie había jugado a las prendas y, abriéndola, quiere clavársela en el corazón. Pero la hoja tropieza con una costilla y se cierra bruscamente cortándole, de un tajo, dos dedos. Gamelin se desploma ensangrentado, permanece quieto y le invade un frío cruel. En el tumulto de aquella lucha sin cuartel, lo pisotean y oye la voz clara del húsar Henry que dice:

-El tirano ya no existe; sus acólitos van a ser destruidos. La Revolución va a retomar su curso majestuoso y terrible.

Gamelin se desvanece.

Librodot

A las siete de la mañana, un cirujano enviado por la Convención lo atiende. La Convención atendía solícitamente a los cómplices de Robespierre: no quería que ninguno escapase a la guillotina. El artista, el pintor, el ex miembro del Consejo general de la Comuna, fue llevado en parihuelas a la Consejería.

CAPÍTULO XXVII

EL día 10, mientras que Evariste se despertaba sobre saltado después de haber pasado una noche horrible y llena de pesadillas en un camastro del calabozo, París, siempre espléndido y agradecido, resplandecía bajo los rayos de un sol risueño; la esperanza renacía en el corazón de cada prisionero; los comerciantes abrían alegremente sus tiendas; los burgueses se creían más ricos, los jóvenes se sentían más felices y las mujeres más bellas. ¡Todo porque Robespierre había caído! Sólo un puñado de jacobinos, algunos sacerdotes constitucionales y algunas señoras mayores temblaban viendo cómo el Poder pasaba a manos de los infames y de los corrompidos. Una delegación del Tribunal revolucionario compuesta por el fiscal y dos jueces se dirigió a la Convención para felicitarla por haber desarticulado los complots. La asamblea decidió que se alzara de nuevo el cadalso en la plaza de la Revolución. Se quería que los ricos, los elegantes y las mujeres bonitas pudiesen ver cómodamente el suplicio de Robespierre, que iba a ser guillotinado aquel mismo día. El dictador y sus cómplices habían sido declarados fuera de la ley: bastaba con que su identidad fuese certificada por dos guardias municipales para que el Tribunal los entregase inmediatamente al verdugo. Surgió una dificultad: había un defecto de forma a la hora de realizar las identificaciones, la misma Comuna estaba fuera de la ley. Pero la asamblea autorizó al Tribunal para que certificase con testigos ordinarios.

Los triunviros fueron conducidos al patíbulo en medio de entusiasmos y de furor, risas, cantos y lágrimas.

Al día siguiente, Evariste, que apenas si podía tenerse en pie, fue sacado del calabozo, llevado delante del Tribunal y sentado en aquella misma gradería en la que tantas veces había tenido la ocasión de ver a víctimas inocentes u oscuras y cuya salvación dependía un poco de su fallo. Ahora la tarima crujía bajo el peso de los setenta individuos que, como Gamelin, habían sido declarados fuera de la ley. Volvió a ver su sillón, el respaldo sobre el cual tenía costumbre de recostarse, el sitio desde el cual había aterrorizado a tantos infelices, el sitio en el que había tenido que soportar la mirada suplicante de Jacques Maubel, de Fortuné de Chassagne, de Maurice Brotteaux, los ojos misericordiosos de la ciudadana Rochemaure que lo había apadrinado para que fuese miembro del Tribunal y a la que había recompensado, a cambio, condenándola a muerte. Desde su nueva ubicación podía contemplar ahora a los jueces sentados en sus respectivos sillones de caoba, tapizados con terciopelo rojo de Utrech, los bustos de Chalier y de Marat, así como el de Bruto, que tomara una vez por testigo. Nada había cambiado, ni las hachas, ni las fasces, ni los gorros frigios, ni los ultrajes de las harpías revolucionarias de las tribunas hacia los condenados, ni siquiera el comportamiento de Fouquier-Tinville, obstinado, laborioso, removiendo pulcramente sus papeles homicidas, y entregando al verdugo, ejemplo acabado del perfecto magistrado, a sus amigos de la víspera.

Los ciudadanos, Remacle, a la vez portero y sastre, y Dupont, carpintero de la plaza de Thionville, miembro del Comité de vigilancia de la sección del Pont-Neuf, sirvieron de testigos luego del arresto de Gamelin (Evariste), ex miembro del Tribunal revolucionario, ex miembro del Consejo general de la Comuna, artista, pintor. Les fue entregado, a cambio de

sus servicios, un asignado de cien soles, corriendo los gastos a cargo de la sección. Pero como habían sido vecinos y amigos del proscrito, no se atrevieron a mirarlo de frente. Por lo demás, hacía mucho calor, tenían sed y les apetecía salir para irse a tomar un vaso de vino.

Gamelin, que había perdido mucha sangre y le dolía horriblemente la herida, tuvo que hacer grandes esfuerzos para subirse a la carreta. El cochero sacudió de un fuerte latigazo al jamelgo, y la comitiva se puso en marcha en medio de una gritería amenazadora.

Algunas mujeres que reconocieron a Gamelin le gritaron:

-¡Ahí va el vampiro! ¡El asesino implacable! Ya no se ríe: ¡está demacrado! ¡Cobarde!

Eran las mismas mujeres que poco tiempo atrás execraban a los conspiradores y a los aristócratas, a los exaltados y a los indulgentes que Gamelin y sus correligionarios enviaban a la guillotina.

La carreta giró hacia el muelle de Morfundus, acercándose lentamente al Pont-Neuf y a la calle de la Monnaie: se dirigía a la plaza de la Revolución, al cadalso de Robespierre. Como el caballo cojeaba, el cochero le sacudía en las orejas con el látigo. La muchedumbre espectante, bulliciosa, hacía lo posible por retardar la marcha del cortejo. Los espectadores felicitaban a los guardias, que aminoraban la marcha. En la esquina de la calle Honoré redoblaron los insultos. Los jóvenes que frecuentaban los bares de moda, se asomaron al antepechoygritaron, servilleta en mano:

-¡Caníbales, antropófagos, vampiros!

La carreta tropezó en uno de esos montones de basura que había entonces por las calles durante aquellos días turbulentos... De nuevo se oyeron voces:

-¡La carreta se ha metido en un atolladero! ¡Los jacobinos a la basura!

Gamelin siguió meditando para sus adentros:

«Muero con razón -pensó-. Justo es que paguemos con nuestro sacrificio los ultrajes que han recaído sobre una República que hemos sido incapaces de defender. Fuimos débiles, y la indulgencia nos hizo culpables. Merecemos un castigo por haber traicionado a la República. El mismo Robespierre, el puro, el santo, pecó por ser indulgente, benigno. Con su sacrificio paga sus errores. Al igual que él, yo también he traicionado a la República, una República que se desintegra, justo es que yo desaparezca con ella. Quise ahorrar sangre... ¡Que la mía corra! ¡Bien me lo merezco!»

Al hilo de estas reflexiones, el cortejo pasó por delante del *Amourpeintre*. Un torrente de tristeza y de amargura invadió el corazón del desdichado. La tienda estaba cerrada, las persianas de las tres ventanas del entresuelo totalmente bajadas. Cuando la carreta pasó delante de la ventana de la izquierda, la ventana del dormitorio azul, una mano de mujer, que llevaba una alianza de plata en el anular, levantó un poco la persiana y arrojó a Gamelin un rojo clavel que éste no pudo recoger por estar maniatado; pero que le pareció todo un símbolo a imagen y semejanza de aquellos labios carmesí que antaño habían refrescado su boca. Sus ojos se llenaron de lágrimas por aquel formidable adiós que sólo vino a entorpecer la sangrienta cuchilla que le esperaba en la plaza de la Revolución.

CAPÍTULO XXVII

EL Sena iba arrastrando los hielos de nivoso. Los estanques de las Tullerías, las fuentes y los arroyos helados. Un viento del norte barría la escarcha de las calles. Los caballos exhalaban un vapor blanco por la nariz y los ciudadanos miraban, sin detenerse, el termómetro que había en la puerta de la óptica. Un dependiente limpiaba el vapor de los cristales del *Amourpeintre* y los curiosos echaban un vistazo a los grabados de moda: Robespierre estrujando un corazón en un vaso como si fuese un limón, para beberse la sangre. Había también composiciones alegóricas tales como la tigocracia de Robespierre: no eran más que hidras, serpientes y monstruos terribles que el tirano había esparcido por toda Francia.

Comment [Librodot34]:

Cuarto mes del calendario republicano (del 21 de diciembre al 19 de enero).

También podía verse la *Horrible conspiración de Robespierre*, el *Arresto de Robespierre* y la *Muerte de Robespierre.*

Aquel día, después del almuerzo, Philippe Desmahis entró, con su carpeta bajo el brazo, en el *Amourpeintre* para entregarle al ciudadano Jean Blaise un grabado en filigrana que acababa de ejecutar, el *Suicidio de Robespierre.* El buril malicioso del grabador había hecho a Robespierre lo más repugnante posible. El pueblo francés no estaba todavía harto de todas aquellas estampas que consagraban el oprobio y el horror de ese hombre que encarnaba todos los crímenes de la Revolución. Sin embargo, Blaise, buen conocedor de su público, le dijo que, desde ahora en adelante, le daría motivos militares para que los grabase.

-Ahora necesitamos victorias y conquistas, sables, penachos, generales. Se acercan tiempos de gloria. Lo presiento, mi corazón palpita oyendo los relatos que cuentan las hazañas de nuestros gloriosos ejércitos. Y es raro que cuando yo intuyo una cosa no la experimente todo el mundo. Lo que ahora necesitamos son mujeres y guerreros, Marte y Venus.

-Ciudadano Blaise, tengo todavía en casa dos o tres tintas de Gamelin que me habíais dado para grabar. ¿Corre prisa?

-De ninguna manera.

-A propósito de Gamelin: ayer, al pasar por el bulevar del Temple, vi en el baratillo de un cambalachero, frente a la casa de Beaumarchais, todos los lienzos de ese desdichado. Allí estaban su Orestes y Electra. Orestes se parece al pintor, y está verdaderamente lograda, os lo aseguro... la cabeza y el brazo son soberbios... El cambalachero me dijo que no le importaría demasiado que alguien se los comprase para volver a pintar sobre ellos... ¡Pobre Gamelin! Podría haber llegado a ser un pintor de primer orden si no se hubiese dedicado a la política.

-¡Tenía instintos asesinos! -repuso el ciudadano Blaise-. Yo mismo lo desenmascaré, aquí precisamente, cuando todavía sus bajas pasiones no se habían desatado. Nunca me lo perdonó... Sí; ¡era un perfecto canalla!

-¡Pobre muchacho! Era sincero. Los fanáticos lo han descarriado.

-Supongo, Desmahis, que no lo defenderéis... No es defendible.

-No, ciudadano Blaise, no es defendible.

Y el ciudadano Blaise le dio un golpecito en el hombro al agraciado Desmahis diciéndole:

-Los tiempos han cambiado. Ya se os puede llamar «Barbarroja»; se acabaron los destierros. Ahora que me acuerdo: Desmahis, ¿por qué no hacéis un grabado de Charlotte Cordey?

Una señora alta y esbelta, morena, con abrigo de pieles, entró en la tienda e hizo un pequeño saludo, elegante y discreto, al ciudadano Blaise. Era Julie Gamelin; pero ya no se llamaba así: aquel apellido denigrante lo había cambiado por el de «la ciudadana viuda de Chassagne», llevando, bajo el abrigo, una túnica roja en honor de las camisas rojas de la época del Terror.

Julie había mantenido siempre cierto distanciamiento hacia la amante de Evariste; todo lo que tenía algo que ver con su hermano le repelía. Pero la ciudadana Blaise, después de la muerte de Evariste, había albergado a la desconsolada madre en el desván del *Amour peintre.* Julie se había refugiado con ella, al principio, pero más tarde había vuelto a encontrar un empleo de modas de la calle de los Lombards. Su pelo corto «al estilo víctima», su aire aristocrático y el luto que llevaba interesó muy pronto a la juventud acomodada. Jean Blaise, cuyas relaciones con Rose Thévenin se habían enfriado casi por completo, se brindó a protegerla, y ella aceptó. Sin embargo, a Julie le seguía gustando llevar, como en los tiempos difíciles, vestimenta masculina. Se solía poner un traje currutaco para acudir, bastón en mano, a cenar en los figones de Sévres o de Meudon con una dependienta. Inconsolable por la muerte de aquel cuyo nombre llevaba, esta varonil Julie compensaba tanta tristeza con un furor que se hacía sentir en cuanto que se cruzaba con algún jacobino, increpándolo y tratando de azuzar a los transeúntes contra él. Le quedaba poco tiempo libre para ocuparse de su madre, que permanecía todo el día sola rezando el rosario abrumada por el trágico fin de su

Librodot

hijo. Rose se llevaba a las mil maravillas con Elodie.

-¿Dónde está Elodie? -preguntó la ciudadana Chassagne a Jean Blaise. Este respondió por señas que no lo sabía. Lo ignoraba siempre, aunque lo supiera, porque se había propuesto no saberlo nunca. Lo tenía como norma.

Julie venía a recogerla para ir a visitar a la Thévenin que tenía en Monceaux una casita con un jardín inglés.

En la Conserjería la Thévenin había trabado amistad con un acaudalado abastecedor del ejército, el ciudadano Montfort. Liberada primero con la ayuda de Jean Blaise, obtuvo enseguida la libertad de su amigo que, tras su liberación, siguió suministrando víveres a la tropa y especuló con los terrenos del barrio de la Pépiniére. Los arquitectos Ledoux, Olivier y Wailly construyeron allí bonitas casas, habiendo el terreno, en tres meses, triplicado el precio inicial. Montfort era, desde que habían estado juntos en la cárcel del Luxemburgo, el amante de la Thévenin y le había regalado un hotelito cerca de Tivoli, en la calle Rocher, que valía muy caro y que no le costaba nada, pues la venta de los terrenos colindantes habían servido para amortizarlo con creces. Jean Blaise era todo un caballero, y consideraba inútil lamentarse de lo que no se había podido evitar: entregó a la Thévenin a Montfort sin enemistarse con ella.

Poco tiempo después de la llegada de Julie al *Amourpeintre,* Elodie bajó vestida y ataviada para salir. Bajo el abrigo, a pesar de las inclemencias del tiempo, sólo llevaba un traje blanco. Estaba más pálida, había adelgazado, su mirada se había vuelto lánguida y toda su persona transmitía voluptuosidad.

Las dos mujeres se encaminaron a casa de la Thévenin que las estaba esperando. Las acompañaba Desmahis: la actriz le pidió consejos acerca de cómo debía decorar su hotelito, pero lo que a él le interesaba en aquel momento era, más bien, la manera de abordar a Elodie. Cuando las dos mujeres pasaron cerca de Monceaux, donde habían sido enterrados, bajo un montón de cal, los que habían sido ajusticiados en la plaza de la Revolución, comentaron:

-En invierno puede ser más o menos llevadero, pero en primavera debe apestar toda la ciudad.

La Thévenin recibió a sus dos amigas en un saloncito de estilo antiguo, cuyos canapés y sillones habían sido diseñados por David. Copias de bajorrelieves adornaban las paredes, por encima de estatuillas, bustos y candelabros pintados de bronce. Tenía puesta una peluca rizada, de un rubio pajizo. En aquella época las pelucas hacían furor: entre los regalos de boda figuraban seis, o doce, o dieciocho. Un vestido «a la cipriana» las oprimía ciñéndolas como una tripa de embutido.

Echándose un abrigo sobre los hombros, condujo a sus amigas y a Desmahis hacia el jardín, que era todavía un conglomerado de árboles y un montón de cascotes, en espera de que Ledoux planificara. Pero la gruta de Fingal, con su capilla gótica, su campana, su templo y su torrente, ya estaba instalada.

-Allí -dijo, designando un montón de pinos- me gustaría levantar un cenotafio en honor del infeliz Brotteaux des Ilettes. Creo que estaba lejos de serle indiferente. Los monstruos lo han degollado. Era un caballero. He llorado mucho su muerte. Desmahis, dibujadme una columna funeraria.

Luego añadió a continuación:

-Es desesperante... me gustaría organizar un baile esta semana; pero no hay ningún violinista disponible..., la ciudadana Tallien organiza veladas musicales en su casa todas las noches.

Después de cenar las tres amigas y Desmahis subieron al coche de la Thévenin para ir al teatro Feydeau. Lo más elegante de París se daba cita allí. Las damas iban peinadas a «la antigua» o a «la víctima», vestidos muy escotados, color púrpura o blanco, y con lentejuelas; los hombres llevaban cuellos negros muy altos, llegando, incluso, las enormes corbatas blancas a taparles parte de la barbilla.

El cartel anunciaba *Fedra* y el *Perro del hortelano.* La sala pedía que se tocara el himno de moda entre la gente presumida: el *Despertar del pueblo.*

Librodot

Levantóse la cortina y un hombrecillo, pequeño y rechoncho, apareció en escena: era el célebre Lays, que cantó con su hermosa voz de tenor:

-¡Pueblo francés, pueblo de hermanos!...

Sonaron tan fuerte los aplausos que los cristales de la lámpara de araña tintinearon. Oyéronse, después, algunos murmullos y una voz desde el parterre que contestó tarareando el Himno de los Marselleses:

- *Allons, enfants de la patrie!...*

Esta voz quedó ahogada por un formidable abucheo de voces que gritaban:

-¡Abajo los terroristas! ¡Muerte a los jacobinos!

A petición del público, Lays repitió el himno de los termidorianos:

-¡Pueblo francés, pueblo de hermanos!...

En todas las salas de espectáculos podíase ver el busto de Marat en lo alto de una columna o sobre un pedestal; en el teatro Feydeau se erguía sobre una repisa, junto al decorado que inauguraba la puesta en escena.

Mientras que la orquesta interpretaba la obertura de Fedra e Hipólito, un joven currutaco gritó apuntando con su bastón el busto:

-¡Abajo Marat!

Y miles de voces se oyeron repetir:

-¡Muera! ¡Muera Marat!

Algunas voces elocuentes dominaron el tumulto haciéndose oír:

-¡Es una vergüenza que todavía esté ahí!

-El infame Marat está en todas partes, hay tantos bustos como cabezas pretendía cortar. ¡Qué deshonra! -¡Sapo venenoso!

-¡Tigre!

-¡Sucia serpiente!

De repente un espectador elegante se sube a la barandilla del palco, empuja el busto y éste cae haciéndose mil pedazos. El público se levanta, aplaude y canta puesto de pie

el *Despertar del pueblo:*

-¡Pueblo francés, pueblo de hermanos!..

Entre los más entusiastas, Elodie reconoce al gallardo húsar, al apuesto escribano Henry, su primer amor.

Después de la representación, el atractivo Desmahis alquiló una carroza para llevar a la ciudadana Elodie hasta el

Amour peintre.

En el coche, el artista apretó las manos de la muchacha entre las suyas:

-¿Habéis notado, Elodie, que os amo?

-He notado que me amáis, porque os gustan todas las mujeres.

-Las amo a todas en vos.

-Sería excesivo si yo encarnase todas la pelucas negras, rubias y pelirrojas para vos.

-Elodie, os lo juro...

-¿Juramentos, ciudadano Desmahis? O sois más inocente de lo que parecéis o me consideráis más cándida de lo que parezco.

Desmahis no sabía bien qué responder, algo que a ella le pareció un triunfo y una especie de revancha.

Al llegar a la esquina de la calle de la Loi oyeron gritos y vieron sombras agitarse en torno a una hoguera. Eran algunos jóvenes distinguidos que, a la salida del teatro Francés, quemaban un muñeco que representaba a Marat.

En la calle Honoré el bicornio del cochero tropezó con una efigie de Marat que estaba colgada de un farol. Hízole aquello tanta gracia que, volviéndose hacia la pareja, les contó cómo, la noche anterior, el mondonguero de la calle Montorgueil había ensangrentado el busto de Marat diciendo: «Eso es lo que le gustaba», también les dijo que los niños habían

tirado el busto a una alcantarilla, a propósito de lo cual los ciudadanos habían coreado:

-¡-Ese es su panteón!

Mientras tanto, oíase cantar desde todos los figones y todas las tiendas:

¡Pueblo francés, pueblo de hermanos!

Llegada al *Amour peintre,* Elodie se despidió de su acompañante. Pero Desmahis le suplicó tan tiernamente, mostróse tan solícito, que ella no se atrevió a cerrarle la puerta:

-Se hace tarde, podéis quedaros sólo un momento.

En el dormitorio azul despojóse de su abrigo y se quedó únicamente con su vestido blanco y clásico, mostrando el encanto de sus formas y la fragancia de sus carnes.

-Quizá tengáis frío -dijo-, voy a encender el fuego, siempre está preparado.

Le prendió fuego a la yesca y Philippe la cogió entre sus brazos con esa delicadeza de que es capaz la verdadera fuerza; ella se estremeció. Y a punto de sucumbir, aún tuvo tiempo de retirarse para decir:

-¡Dejadme!

Despeinóse lentamente mirándose al espejo de la chimenea; luego se contempló melancólicamente, echó un vistazo a la alianza que llevaba en el anular de la mano izquierda, una pequeña sortija con el busto de Marat, tan usada, tan desgastada, que casi no se distinguía ya. Siguió mirándola hasta que las lágrimas nublaron sus ojos, se la quitó y la arrojó al fuego. Luego, radiante de belleza, empapada en lágrimas, arrogante y seductora, se echó en brazos de su amante.

Era ya de madrugada cuando la ciudadana Blaise le abrió a Philippe la puerta de la calle diciéndole muy bajito:

-¡Adiós, amor mío! A esta hora suele volver mi padre: si oyes ruido o notas algo, sube al piso superior y no bajes hasta que desaparezca el peligro de que te vean. Para que te abran la puerta de la calle, da tres golpecitos en el ventanillo de la portera. ¡Adiós, mi amor!

Los últimos rescoldos se consumíam en el fogón. Elodie recostó la cabeza sobre la almohada; estaba algo cansada, pero dichosa.

Librodot